

[DE CONSENSU EVANGELISTARUM.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS DE CONSENSO DE LOS EVANGELISTAS.

En esta obra, San Agustín asume la defensa del Evangelio contra las calumnias de los paganos. Desde su misma promulgación, el Evangelio había ganado mucha autoridad y fe entre todos los pueblos, tanto por los numerosos milagros realizados divinamente como por la presencia corporal del Espíritu Santo, que lo sancionó con su poder. Sin embargo, no faltaron quienes lo atacaron. Primero, soportó la violencia de los tormentos y castigos infligidos cruelmente a los primeros cristianos; luego, enfrentó las acusaciones de inmoralidad tanto de la doctrina como de la historia que los cuatro escritores sagrados, inspirados divinamente, habían tejido sobre él: todo en vano. En verdad, al igual que en sus primeros intentos, los adversarios de la verdad evangélica no lograron más que hacerla más cierta y explorada, con el Espíritu divino sugiriendo fuerzas a los mártires que la defendieron con su sangre. Del mismo modo, ese mismo Espíritu encendió las mentes de hombres muy distinguidos, quienes, al refutar con gran erudición las calumnias de los idólatras, le otorgaron mayor firmeza y dignidad. Además, se les acusaba principalmente de que los historiadores sagrados no estaban de acuerdo entre sí: "Esto es lo que suelen," dice Agustín, "presentar como el principal argumento de su vanidad, que los mismos evangelistas discrepan entre sí" (Libro 1, cap. 7, n. 10). Los maniqueos, que se apoyaban en ciertos pasajes, acusaban a los evangelios de haber sido añadidos, como se puede ver en los libros contra Fausto. Pero a Agustín no le bastó con conciliar lo que estos herejes, contra quienes principalmente defendía el Antiguo Testamento, disputaban; sino que, para ser justamente escuchado como defensor del Nuevo Testamento, se propuso demostrar la suma concordia de los cuatro evangelistas, tanto en la revisión de los hechos como en el mismo orden de la narración.

Ciertamente, no pudo evitar que esta labor le costara mucho esfuerzo. De ahí que en el Tratado 112 sobre Juan, n. 1, la llame "letras laboriosas"; y nuevamente en el Tratado 117, n. 2, dice que allí se discuten las cosas con gran esfuerzo. En efecto, carecía de los recursos con los que contaron todos los que después trabajaron en el mismo argumento, quienes, sin embargo, siguiendo sus pasos, apenas encontraron algo de importancia que él no hubiera dicho. Esta obra la completó, interrumpiendo los libros sobre la Trinidad que ya había comenzado, con un trabajo continuo, según el libro 2 de las Retracciones, cap. 16, y no antes del final del año 399; ya que en el libro 1, cap. 27, testifica que en ese tiempo los ídolos eran destruidos por la autoridad de las leyes promulgadas por los emperadores. No tenemos ninguna ley expresa sobre este asunto anterior a las que fueron promulgadas y ejecutadas en África en el año 399 (De la Ciudad de Dios, libro 18, cap. 54): antes de que estas leyes se establecieran, Agustín admitía que no tenía derecho a destruir las imágenes sin el consentimiento de aquellos a quienes pertenecían (Sermón 62, cap. 11, n. 17).

El primer libro lo dedica a refutar a aquellos que, aunque consideraban a Cristo como un hombre de gran sabiduría, o más bien, pretendían considerarlo así, negaban la fe al Evangelio; bajo el pretexto de que no fue escrito por el mismo Cristo, sino por sus discípulos, quienes, decían, le habían atribuido divinidad y no habían recibido de él la doctrina que predicaron sobre la renuncia al culto de los dioses. En el segundo libro, considera al evangelista Mateo hasta la narración de la cena, y al compararlo con Marcos, Lucas y Juan, demuestra que hay un acuerdo perpetuo entre ellos. El tercer libro trata sobre la concordia de los mismos cuatro evangelistas desde la narración de la cena hasta el final del Evangelio. Finalmente, el cuarto libro trata sobre lo que es peculiar a Marcos, Lucas y Juan. La obra en el código de Corbie, escrito hace 900 o 1000 años, se titula "De la Concordia de los Evangelistas de Aurelio Agustín, obispo": así también en muchos otros manuscritos. En todos

ellos, excepto el primero, los libros se dividen en capítulos, cuyos títulos están prefijados al frente de los libros.

SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, De Consenso DE LOS EVANGELISTAS, CUATRO LIBROS. (C,S)

LIBRO PRIMERO.

Habiendo hablado brevemente sobre la autoridad, número, orden y diversas formas de escribir de los evangelistas, Agustín, antes de tratar sobre su consenso, en este libro responde a aquellos que se preguntan por qué Cristo mismo no escribió nada, o fingen que escribió libros sobre magia; y a quienes, en contra de la doctrina evangélica, afirman que los discípulos de Cristo no solo atribuyeron a su maestro más de lo que realmente era, al llamarlo Dios, sino que también, al prohibir el culto a los dioses, no enseñaron lo que aprendieron de él. Contra ellos, defiende la doctrina de los apóstoles a partir de las palabras de los profetas, mostrando que solo debe adorarse al Dios de Israel, quien, al prohibir que otros dioses fueran adorados junto con él, no fue aceptado por los romanos, pero finalmente sometió el imperio romano a su nombre y, como prometió a través de sus profetas, destruyó los ídolos entre todas las naciones mediante la predicación del Evangelio.

CAPÍTULO PRIMERO.---La autoridad de los Evangelios.

1. Entre todas las autoridades divinas contenidas en las Sagradas Escrituras, el Evangelio destaca con razón. Porque lo que la Ley y los Profetas anunciaron como futuro, se demuestra cumplido y realizado en el Evangelio. Sus primeros predicadores fueron los apóstoles, quienes vieron al mismo Señor y Salvador nuestro Jesucristo presente en la carne. No solo recordaron lo que escucharon de su boca o lo que vieron hacer bajo sus ojos, sino que también, antes de adherirse a él como discípulos, se preocuparon por investigar y conocer, mediante indicios muy ciertos y testimonios fidelísimos, lo que divinamente se había hecho en su nacimiento, infancia o niñez, digno de memoria, ya sea por él mismo, por sus padres o por cualquier otra persona. Con la misión de evangelizar impuesta, se encargaron de anunciarlo a la humanidad. Algunos de ellos, es decir, Mateo y Juan, también publicaron escritos sobre él, que consideraron dignos de ser escritos, en libros individuales.

2. Y para que no se pensara que, en lo que respecta a la comprensión y predicación del Evangelio, había alguna diferencia entre si lo anunciaban aquellos que siguieron al mismo Señor presente en la carne, o aquellos que creyeron fielmente lo que de ellos aprendieron; la divina providencia dispuso, por el Espíritu Santo, que a algunos de aquellos que seguían a los primeros apóstoles, no solo se les otorgara la autoridad de anunciar, sino también de escribir el Evangelio: estos son Marcos y Lucas. Los demás hombres que intentaron o se atrevieron a escribir algo sobre los actos del Señor o de los apóstoles, no fueron tales en sus tiempos como para que la Iglesia les diera fe y recibiera sus escritos en la autoridad canónica de los libros sagrados: no solo porque no eran tales como para que se les creyera al narrar, sino también porque en sus escritos incluyeron algunas cosas falsamente, que la regla de fe católica y apostólica y la sana doctrina condenan.

CAPÍTULO II.---Orden de los evangelistas y modo de escribir.

3. Estos cuatro evangelistas, por tanto, son conocidos en todo el mundo, y tal vez por eso son cuatro, ya que hay cuatro partes del mundo, declararon de alguna manera con el sacramento de su número que la Iglesia de Cristo se extendería por todo el universo. Se dice que

escribieron en este orden: primero Mateo, luego Marcos, tercero Lucas, y finalmente Juan. Por lo tanto, tuvieron un orden diferente para conocer y predicar, y otro para escribir. Para conocer y predicar, ciertamente fueron los primeros quienes siguieron al Señor presente en la carne, lo escucharon hablar y lo vieron actuar; y fueron enviados a evangelizar desde su boca. Pero al escribir el Evangelio, que se debe creer que fue ordenado divinamente, dos de los que el Señor eligió antes de su pasión ocuparon el primer y último lugar; primero Mateo, último Juan: para que los otros dos, que no eran de ese número, pero que siguieron a Cristo hablando en ellos, fueran abrazados como hijos, y por lo tanto colocados en el lugar intermedio, fueran protegidos por ambos lados.

4. De estos cuatro, solo Mateo se dice que escribió en hebreo, los demás en griego. Y aunque cada uno parece haber seguido un cierto orden narrativo, no se encuentra que cada uno de ellos haya querido escribir como ignorando al anterior, o haya omitido lo que otro escribió; sino que, como fue inspirado a cada uno, añadió la cooperación no superflua de su trabajo. Pues se entiende que Mateo asumió la encarnación del Señor según la estirpe real, y muchas cosas hechas y dichas según la vida presente de los hombres. Marcos, que lo siguió, parece ser su acompañante y abreviador. Con solo Juan, no dijo nada; solo él, muy poco; con solo Lucas, menos; con Mateo, mucho; y muchas cosas casi con las mismas palabras, ya sea solo o en consonancia con los demás. Lucas, sin embargo, parece más ocupado con la estirpe y persona sacerdotal del Señor. Pues no siguió el linaje real hasta David, sino que ascendió por aquellos que no fueron reyes, hasta Natán, hijo de David (Luc. III, 31), quien tampoco fue rey. No como Mateo, que descendiendo por el rey Salomón (Mat. I, 6), siguió también a los demás reyes en orden, manteniendo en ellos, de lo que hablaremos más adelante, un número místico.

CAPÍTULO III.---Mateo con Marcos se refirió a la persona real, Lucas a la sacerdotal de Cristo.

5. Porque el Señor Jesucristo es el único verdadero rey y el único verdadero sacerdote, para gobernarnos y para expiarnos, respectivamente, demostró haber representado estas dos personas, individualmente recomendadas entre los Padres, ya sea por aquel título que estaba fijado sobre su cruz, Rey de los Judíos; de donde Pilato, por un impulso arcano, respondió: Lo que he escrito, he escrito (Juan XIX, 19-22): pues estaba predicho en los Salmos, No destruyas la inscripción del título (Sal. LXXIV, 1): o en lo que respecta a la persona del sacerdote, en que nos enseñó a ofrecer y recibir; de donde adelantó la profecía sobre sí mismo diciendo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). Y en muchos otros documentos de las Escrituras divinas, Cristo aparece como rey y sacerdote. De ahí que el mismo David, de quien no en vano se le llamó más frecuentemente hijo que hijo de Abraham, y a quien Mateo y Lucas mantuvieron en común, aquel por quien descendía a través de Salomón, este por quien ascendía a través de Natán, aunque fue abiertamente rey, sin embargo, figuró también la persona del sacerdote, cuando comió los panes de la proposición, que no era lícito comer sino solo a los sacerdotes (I Reg. XXI, 6; Mat. XII, 3). A esto se añade que solo Lucas menciona que María fue manifestada por el ángel como pariente de Isabel, quien era esposa del sacerdote Zacarías. De quien el mismo escribió que tenía esposa de las hijas de Aarón, es decir, de la tribu de los sacerdotes (Luc. I, 36, 5).

6. Por lo tanto, mientras Mateo tenía la intención de la persona del rey, Lucas tenía la intención de la persona del sacerdote, ambos recomendaron principalmente la humanidad de Cristo. Porque según el hombre, Cristo fue hecho rey y sacerdote, a quien Dios dio el trono de David su padre, para que su reino no tuviera fin (Luc. I, 32, 33), y fuera mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Sin embargo, Lucas no tuvo un

acompañante como abreviador, como Marcos lo fue para Mateo. Y esto tal vez no sin algún sacramento, porque es propio de los reyes no estar sin la compañía de cortesanos: de ahí que aquel que asumió la narración de la persona real de Cristo, tuvo como un compañero adjunto que de alguna manera siguiera sus pasos. Pero el sacerdote, ya que entraba solo en el santo de los santos, por eso Lucas, cuya intención era sobre el sacerdocio de Cristo, no tuvo un compañero que de alguna manera abreviara su narración.

CAPÍTULO IV.---Juan se preocupó por expresar la divinidad misma.

7. Sin embargo, estos tres evangelistas se diversificaron principalmente en las cosas que Cristo hizo temporalmente a través de la carne humana: pero Juan se centró principalmente en la divinidad misma del Señor, en la que es igual al Padre, y se preocupó por recomendarla especialmente en su Evangelio, tanto como creyó suficiente entre los hombres. Por lo tanto, se eleva mucho más alto que estos tres, de modo que ves a estos de alguna manera conversando en la tierra con Cristo hombre; pero aquel ha trascendido la nube que cubre toda la tierra, y ha llegado al cielo claro, desde donde con la vista más aguda y firme de la mente vería, en el principio, el Verbo Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas; y lo reconocería hecho carne, para que habitara entre nosotros (Juan I, 1, 3, 14): que asumió carne, no que fue cambiado en carne. Porque si la ascensión de la carne no se hubiera hecho manteniendo la divinidad inmutable, no se diría: Yo y el Padre somos uno (Id. X, 30): porque el Padre y la carne no son uno. Y este testimonio del Señor sobre sí mismo solo lo recordó el mismo Juan; y, El que me ha visto, ha visto al Padre; y, Yo en el Padre, y el Padre en mí (Id. XIV, 9, 10); y, Para que sean uno, como nosotros somos uno (Id. XVII, 22); y, Todo lo que el Padre hace, lo mismo hace el Hijo igualmente (Id. V, 19); y si hay otras cosas que insinúan la divinidad de Cristo, en la que es igual al Padre, a los que entienden correctamente, casi solo Juan las puso en su Evangelio: como quien del pecho del mismo Señor, sobre el que solía recostarse en su banquete (Id. XIII, 23), bebió el secreto de su divinidad más abundantemente y de alguna manera más familiarmente.

CAPÍTULO V.---Dos virtudes; Juan se ocupa de la contemplativa, los otros evangelistas de la activa.

8. Por lo tanto, como se proponen dos virtudes al alma humana, una activa, otra contemplativa; aquella por la que se va, esta por la que se llega; aquella por la que se trabaja, para que el corazón se purifique para ver a Dios; esta por la que se descansa y se ve a Dios: aquella se ejerce en los preceptos de la vida de este tiempo, esta en la doctrina de la vida eterna. Por lo tanto, aquella trabaja, esta descansa; porque aquella está en la purgación de los pecados, esta en la luz de los purificados. Por lo tanto, en esta vida mortal, aquella está en la obra de la buena conversación; esta, sin embargo, más en la fe, y entre muy pocos a través del espejo en enigma, y en parte en alguna visión de la verdad inmutable (I Cor. XIII, 12). Estas dos virtudes se entienden figuradas en las dos esposas de Jacob. Sobre las cuales, contra Fausto el Maniqueo, según mi capacidad, discutí tanto como parecía suficiente para esa obra (Libro 22, cap. 52). Lia, en efecto, se interpreta como Trabajadora; Raquel, como Principio de visión. De lo cual se da a entender, si prestas atención diligente, que tres evangelistas, al perseguir copiosamente los hechos y dichos temporales del Señor que más valían para informar los hábitos de la vida presente, se ocuparon de la virtud activa; pero Juan, narrando mucho menos los hechos del Señor, y escribiendo más diligente y abundantemente sus dichos, especialmente aquellos que insinuaban la unidad de la Trinidad y la felicidad de la vida eterna, mantuvo su intención y predicación en la virtud contemplativa recomendada.

CAPÍTULO VI.---Los cuatro animales del Apocalipsis, otros los entendieron más apropiadamente sobre los cuatro evangelistas.

9. Por lo tanto, me parece que aquellos que interpretaron los cuatro animales del Apocalipsis para entender a los cuatro evangelistas, atendieron más probablemente a aquellos que entendieron al león en Mateo, al hombre en Marcos, al becerro en Lucas, al águila en Juan, que aquellos que atribuyeron al hombre a Mateo, al águila a Marcos, al león a Juan. Porque quisieron tomar una conjetura de los principios de los libros, no de toda la intención de los evangelistas, que más bien debía ser investigada. Porque mucho más congruentemente aquel que recomendó principalmente la persona real de Cristo, se entiende significada por el león: de donde también en el Apocalipsis con la misma tribu real se menciona al león, donde se dijo: Venció el león de la tribu de Judá (Apoc. V, 5). Según Mateo, se narra que los Magos vinieron de Oriente a buscar y adorar al rey, quien les apareció nacido por la estrella: y el mismo rey Herodes teme al rey niño, y para poder matarlo, mata a tantos niños (Mat. II, 1-18). Pero que Lucas fue significado por el becerro, debido a la gran víctima del sacerdote, ninguno de los dos dudó. Allí comienza el discurso del narrador con el sacerdote Zacarías; allí se menciona el parentesco de María e Isabel (Luc. I, 5, 36); allí se narran los sacramentos del primer sacerdocio cumplidos en el niño Cristo (Id. II, 22-24): y cualquier otra cosa que pueda ser diligentemente observada, por la cual aparezca que Lucas tuvo la intención sobre la persona del sacerdote. Por lo tanto, Marcos, que no quiso narrar ni el linaje real, ni el sacerdotal, ni el parentesco, ni la consagración, y sin embargo se muestra ocupado en lo que el hombre Cristo operó, parece significarse solo por la figura del hombre en esos cuatro animales. Pero estos tres animales, ya sea león, hombre o becerro, caminan en la tierra: de donde estos tres evangelistas se ocuparon principalmente en lo que Cristo operó en la carne, y en los preceptos de la vida mortal que entregó a los que llevan carne. Pero Juan vuela como un águila sobre las nubes de la debilidad humana, y con los ojos más agudos y firmes del corazón contempla la luz de la verdad inmutable.

CAPÍTULO VII.---Causa de la obra emprendida sobre el consenso de los evangelistas. Se responde a aquellos que dicen que Cristo no escribió nada, pero que sus discípulos, al predicarlo como Dios, mintieron.

10. Las santas cuadrigas del Señor, con las cuales, viajando por el mundo, somete a los pueblos a su yugo suave y carga ligera, son atacadas por algunos con impía vanidad o temeraria ignorancia mediante calumnias, para restarles credibilidad a las narraciones veraces, a través de las cuales la religión cristiana se ha diseminado por el mundo con tal fertilidad que los hombres infieles apenas se atreven a murmurar sus calumnias entre ellos, reprimidos por la fe de las naciones y la devoción de todos los pueblos. Sin embargo, porque algunos aún, con sus disputas calumniosas, o bien retrasan a otros en la fe para que no crean, o bien perturban a los ya creyentes tanto como pueden; algunos hermanos, deseando conocer con fe qué responder a tales cuestiones, ya sea para el progreso de su conocimiento o para refutar las vanas habladurías de aquellos; inspirados y ayudados por nuestro Señor Dios (lo cual ojalá también beneficie a su salvación), hemos asumido en esta obra demostrar el error o temeridad de aquellos que creen presentar acusaciones suficientemente astutas contra los cuatro libros del Evangelio, que los cuatro evangelistas escribieron individualmente: para que esto se logre, es necesario mostrar que estos cuatro escritores no se contradicen entre sí. Esto es lo que suelen objetar como el argumento principal de su vanidad, que los mismos evangelistas discrepan entre sí.

11. Pero primero debe discutirse aquello que suele inquietar a algunos, por qué el mismo Señor no escribió nada, de modo que sea necesario creer en lo que otros escribieron sobre Él. Esto lo dicen especialmente aquellos paganos que no se atreven a culpar o blasfemar contra el mismo Señor Jesucristo, y le atribuyen una sabiduría excelentísima, aunque como a un hombre: dicen que sus discípulos le atribuyeron más de lo que era, al llamarlo Hijo de Dios, y Verbo de Dios por el cual fueron hechas todas las cosas, y que Él y Dios Padre son uno; y si hay algo similar en las Escrituras apostólicas, por las cuales aprendimos que debe ser adorado como un solo Dios con el Padre. Pues piensan que debe ser honrado como un hombre sapientísimo; pero niegan que deba ser adorado como Dios.

12. Por tanto, cuando preguntan por qué Él mismo no escribió, parecen estar dispuestos a creer esto de Él, lo que Él mismo hubiera escrito sobre sí, no lo que otros hubieran predicado sobre Él a su arbitrio. A estos les pregunto, ¿por qué creyeron esto de algunos de sus filósofos más nobles, lo que sus discípulos escribieron sobre ellos y dejaron en la memoria, cuando ellos mismos no escribieron nada sobre sí mismos? Pues se dice que Pitágoras, en quien Grecia no tuvo nada más claro en aquella virtud contemplativa, no escribió nada sobre sí mismo, ni sobre ninguna otra cosa. Sócrates, a quien en cambio prefirieron en la activa, en la que se forman los modales, a todos los demás, hasta el punto de que no callan que fue proclamado el más sabio de todos por el testimonio de su dios Apolo, persiguió las fábulas de Esopo con unos pocos versos, aplicando sus palabras y números a las cosas de otro, hasta tal punto que no quiso escribir nada, que dijo haberlo hecho obligado por el mandato de su demonio, como lo recuerda su discípulo más noble, Platón: en esa obra, sin embargo, prefirió adornar las sentencias ajenas antes que las propias. ¿Cuál es entonces la razón por la que creen esto de ellos, lo que sus discípulos dejaron consignado en escritos, y no quieren creer lo que los discípulos de Cristo escribieron sobre Él; especialmente cuando admiten que superó a todos los demás hombres en sabiduría, aunque no quieran admitir que es Dios? ¿O acaso aquellos, a quienes no dudan que fueron mucho inferiores a Él, pudieron hacer que sus discípulos fueran veraces sobre ellos, y Él no pudo? Si esto se dice absurdamente, crean sobre Él, a quien admiten sabio, no lo que ellos quieren, sino lo que leen en aquellos que aprendieron de ese sabio lo que escribieron.

CAPÍTULO VIII.---Si Cristo es creído sabio por la fama que lo narra, ¿por qué no es creído Dios por la fama mayor que lo predica?

13. Luego digan, al menos de dónde pudieron saber o escuchar que fue sapientísimo. Si por la fama que se disemina, ¿es acaso más certera la fama que lo anuncia que sus discípulos, por quienes esa fama se difundió por todo el mundo? Finalmente, prefieran una fama a otra, y crean en esa fama sobre Él que es mayor. Pues esa fama, que se difunde con admirable claridad sobre la Iglesia católica, que asombran al verla extendida por todo el orbe, supera incomparablemente los rumores tenues de estos: esa fama, tan grande, tan célebre, que al temerla, estos murmuran sus débiles y tibias contradicciones en su seno, ya más temiendo ser escuchados que deseando ser creídos, proclama a Cristo como el Hijo Unigénito de Dios y Dios, por quien fueron hechas todas las cosas: si eligen la fama como testigo, ¿por qué no eligen esta, que resplandece con tanta claridad? Si la escritura, ¿por qué no la evangélica, que prevalece con tanta autoridad? Ciertamente nosotros creemos estas cosas sobre sus dioses, que tienen tanto la escritura más antigua como la fama más célebre. Si deben ser adorados, ¿por qué se ríen de ellos en los teatros? Si deben ser ridiculizados, es más ridículo cuando son adorados en los templos. Resta que quieran ser testigos sobre Cristo, quienes se quitan el mérito de saber lo que dicen, diciendo lo que no saben. O si dicen tener algunos libros que afirman que Él escribió, preséntenlos a nosotros. Pues ciertamente son utilísimos y muy saludables, los que, como ellos admiten, escribió un hombre sapientísimo. Si temen

presentarlos, ciertamente son malos; pero si son malos, no los escribió un sapientísimo: sin embargo, admiten que Cristo es sapientísimo; por lo tanto, Cristo no escribió algo así.

CAPÍTULO IX.---Algunos inventan que Cristo escribió libros de magia.

14. Así de verdad desvarían, que dicen que en esos libros que creen que Él escribió, se contienen las artes con las que creen que hizo aquellos milagros, cuya fama se ha difundido por todas partes: al pensar esto, se delatan a sí mismos sobre lo que aman y lo que desean; ya que piensan que Cristo fue sapientísimo porque conocía no sé qué cosas ilícitas, que no solo la disciplina cristiana, sino también la misma administración de la república terrena condena justamente. Y ciertamente, quienes afirman haber leído tales libros de Cristo, ¿por qué no hacen ellos mismos cosas semejantes a las que admiran que Él hizo con tales libros?

CAPÍTULO X.---Algunos deliran que esos mismos libros están dirigidos a Pedro y Pablo.

15. ¿Qué decir de que también, por juicio divino, algunos de ellos, que creen o quieren que se crea que Cristo escribió tales cosas, dicen que esos mismos libros están dirigidos a Pedro y Pablo, como si estuvieran titulados epistolarmente? Y puede ser que, ya sea enemigos del nombre de Cristo, o quienes pensaron que podían dar peso de autoridad a tan glorioso nombre con tales artes execrables, escribieron tales cosas bajo el nombre de Cristo y de los Apóstoles: en esta audacia engañosa están tan cegados, que incluso los niños, que aún puerilmente en el grado de Lectores conocen las Escrituras cristianas, se ríen de ellos con razón.

16. Pues cuando quisieron fingir que Cristo escribió algo así a sus discípulos, pensaron a quiénes principalmente podría creerse que escribió, como a aquellos que se le habían adherido más familiarmente, a quienes dignamente se les confiaría tal secreto: y se les ocurrió Pedro y Pablo, creo que porque los veían pintados juntos con Él en muchos lugares; porque los méritos de Pedro y Pablo, incluso por el mismo día de su pasión, Roma los celebra más solemnemente. Así merecieron errar completamente, quienes buscaron a Cristo y sus Apóstoles no en los santos códices, sino en las paredes pintadas: no es de extrañar si, al fingir, fueron engañados por los pintores. Pues en todo el tiempo que Cristo vivió en carne mortal con sus discípulos, Pablo aún no era su discípulo, a quien después de su pasión, después de su resurrección, después de su ascensión, después del envío del Espíritu Santo desde los cielos, después de la conversión de muchos judíos y la fe admirable, después de la lapidación de Esteban, diácono y mártir, cuando aún se llamaba Saulo, y perseguía gravemente a los que creían en Cristo, lo llamó desde el cielo, y lo hizo su discípulo y apóstol (Hechos IX, 1-30). ¿Cómo pudo entonces escribir libros, que se supone que escribió antes de morir, a los discípulos, como los más familiares, Pedro y Pablo, cuando Pablo aún no era su discípulo?

CAPÍTULO XI.---Contra aquellos que sueñan que Cristo convirtió a los pueblos a sí mismo por arte mágica.

17. También deben considerar aquellos que deliran que Él pudo tanto con artes mágicas, y consagró su nombre a los pueblos para convertirlos a sí mismo con esa misma arte, si pudo con artes mágicas llenar de Espíritu divino a tantos Profetas, antes de nacer en la tierra, que predijeron tales cosas sobre Él, como las que ya pasadas leemos en el Evangelio, y como las que ahora vemos presentes en el mundo. Pues si hizo que fuera adorado incluso muerto por artes mágicas, no era mago antes de nacer: a quien, profetizando que vendría, se le asignó una nación, cuya administración de la república era toda una profecía de ese rey venidero, y de la ciudad celestial que iba a fundar de todas las naciones.

CAPÍTULO XII.---Por qué el Dios de los judíos, al ser subyugados, no fue recibido por los romanos, ya que Él ordenaba ser adorado solo a Él, destruyendo los ídolos.

18. Por tanto, de esa nación hebrea asignada para profetizar a Cristo, como dije, no había otro dios, sino un solo Dios, el verdadero Dios, que hizo el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos: al ofenderlo, a menudo eran sometidos a sus enemigos; ahora también, por el gravísimo crimen de haber matado a Cristo, han sido completamente erradicados de Jerusalén, que era la capital de su reino, y subyugados al imperio romano. Sin embargo, los romanos solían propiciar a los dioses de las naciones que subyugaban, y recibir sus ritos. Esto no quisieron hacer con el Dios de la nación hebrea, cuando la atacaron o la vencieron. Creo que veían que, si recibían los ritos de ese Dios que ordenaba ser adorado solo a Él, destruyendo incluso los ídolos, debían abandonar todos los que antes habían recibido para ser adorados, cuyas religiones creían que habían hecho crecer su imperio. En esto, la falacia de los demonios los engañaba mucho: pues ciertamente debían entender que el reino les fue dado y aumentado por la oculta voluntad del verdadero Dios, en quien está el poder supremo de las cosas, no por el favor de esos dioses; que si tuvieran algún poder en este asunto, habrían protegido a los suyos, para que no fueran superados por los romanos, o habrían sometido a los romanos a ellos, conquistados.

19. Pues no pueden decir que su piedad y costumbres fueron amadas y elegidas por los dioses de las naciones que vencieron. Nunca dirán esto, si recuerdan sus orígenes, el asilo de criminales y el fratricidio de Rómulo. Pues cuando establecieron el asilo, Rómulo y Remo, para que cualquiera que hubiera cometido cualquier crimen y se refugiara allí, quedara impune, no dieron preceptos de penitencia para sanar las almas de los miserables; sino que más bien armaron una multitud de temerosos contra sus ciudades, cuyas leyes temían, con la recompensa de la impunidad: o cuando Rómulo mató a su hermano, que no le había hecho ningún mal, no pensó en la justicia de vengar, sino en el dominio de gobernar. ¿Acaso esos dioses amaron tales costumbres, favoreciendo a los enemigos de sus ciudades? Más bien, ni abandonando a aquellas las oprimieron, ni pasando a estos los ayudaron en algo; porque no tienen en su poder dar y quitar el reino: sino que un solo y verdadero Dios hace esto con juicio oculto, no haciendo inmediatamente felices a aquellos a quienes da un reino terrenal; ni inmediatamente miserables a aquellos a quienes se lo quita; sino haciendo felices o miserables por otra cosa y de otra manera, distribuye los reinos temporales y terrenales a quienes quiere, y por el tiempo que quiere, según el orden predestinado de los siglos, ya sea permitiendo o donando.

CAPÍTULO XIII.---Por qué Dios permitió que los judíos fueran subyugados.

20. Por lo tanto, tampoco pueden decir: ¿Por qué entonces el Dios de los hebreos, a quien decís que es el Dios supremo y verdadero, no solo no subyugó a los romanos a ellos, sino que tampoco ayudó a los hebreos para que no fueran subyugados por los romanos? Pues precedieron sus manifiestos pecados, por los cuales los Profetas les predijeron tanto tiempo antes que esto les sucedería; y especialmente porque con impío furor mataron a Cristo, en cuyo pecado fueron cegados por los méritos de otros pecados ocultos: y que la pasión de Él sería provechosa para los gentiles, fue predicho por el mismo testimonio profético. Y nada más claramente mostró que el reino de esa nación, y el templo, y el sacerdocio, y el sacrificio, y aquella unción mística, que en griego se llama χρῖσμα, de donde resplandece el nombre de Cristo, y por la cual llamaban a sus reyes cristos, no fue asignado sino para preanunciar a Cristo, que el hecho de que después de que comenzó a predicarse la resurrección de Cristo a

los gentiles creyentes, todo eso cesó, sin que los romanos, por cuya victoria, ni los judíos, por cuya subyugación, supieran que eso cesaría.

CAPÍTULO XIV.---El Dios de los hebreos, al ser vencidos, mostró que no fue vencido al destruir los ídolos y convertir a todas las naciones a su culto.

21. Ciertamente, los pocos paganos que quedan no advierten una cosa admirable, que el Dios de los hebreos, ofendido por los vencidos, y no recibido por los vencedores, ahora es predicado y adorado por todas las naciones. Él es el Dios de Israel, de quien tanto tiempo antes el Profeta se dirigió al pueblo de Dios diciendo: Y el que te redimió, el Dios de Israel, será llamado Dios de toda la tierra (Isaías LIV, 5). Esto se ha hecho por el nombre de Cristo, que vino a los hombres de la descendencia del mismo Israel, que fue nieto de Abraham, de quien comenzó la nación de los hebreos: pues también a Israel se le dijo: En tu descendencia serán bendecidas todas las tribus de la tierra (Génesis XXVIII, 14). De aquí se muestra que el Dios de Israel, el único Dios que hizo el cielo y la tierra, y cuida de las cosas humanas con justicia y misericordia, de modo que ni la justicia excluye la misericordia, ni la misericordia impide la justicia, no fue vencido en su pueblo hebreo, porque permitió que su reino y sacerdocio fueran atacados y destruidos por los romanos: ya que por el Evangelio de Cristo, el verdadero rey y sacerdote, que prefiguró con ese reino y sacerdocio, ahora el mismo Dios de Israel destruye los ídolos de las naciones; que ciertamente para que no fueran destruidos, los romanos no quisieron recibir sus ritos, como recibieron los de los dioses de otras naciones que vencieron. Así, quitó el reino y sacerdocio de la nación profética, porque ya había venido quien se prometía a través de ella; y sometió el imperio romano, por el cual la nación fue vencida, al nombre de Cristo, y lo convirtió con la fuerza y devoción de la fe cristiana para destruir los ídolos, por cuyo honor no se recibieron sus ritos.

22. Creo que Cristo no hizo que se profetizaran estas cosas futuras sobre Él, para que fueran anunciadas por tantos Profetas, y por el reino y sacerdocio de cierta nación, con artes mágicas, antes de que naciera entre los hombres. Pues también el pueblo de ese reino ya destruido, disperso por todas partes por la providencia admirable de Dios, aunque ha quedado sin ninguna unción de rey y sacerdote, en la que aparece el nombre de Cristo, sin embargo, conserva las reliquias de algunas de sus observancias: pero los romanos no recibieron aquellos ritos de la adoración de ídolos, ni vencidos ni subyugados, para que los Libros proféticos sean testimonio de Cristo, y así se pruebe la verdad del Cristo profetizado en los códices de los enemigos. ¿Por qué entonces los miserables aún, al alabar mal a Cristo, se delatan a sí mismos? Si hay algunos escritos mágicos bajo su nombre, cuando la doctrina de Cristo es vehementemente enemiga de estas artes; más bien entiendan de aquí cuán grande es ese nombre, al que incluso aquellos que viven contra sus preceptos intentan honrar sus artes nefastas. Pues así como en los diversos errores de los hombres, muchos también fundaron varias herejías contra la verdad bajo su nombre; así también los enemigos de Cristo sienten que para persuadir lo que presentan contra la doctrina de Cristo, no tienen ningún peso de autoridad si no lleva el nombre de Cristo.

CAPÍTULO XV.---Los paganos, obligados a alabar a Cristo, son contumeliosos con sus discípulos.

23. ¿Qué decir de que estos vanos alabadores de Cristo y oblicuos detractores de la religión cristiana no se atreven a blasfemar contra Cristo, porque algunos de sus filósofos, como Porfirio el Siciliano lo ha registrado en sus libros, consultaron a sus dioses sobre qué responder sobre Cristo, y ellos, obligados por sus oráculos, fueron forzados a alabar a Cristo? No es de extrañar, ya que también en el Evangelio leemos que los demonios lo confesaron

(Lucas IV, 41): está escrito en nuestros Profetas, Porque los dioses de las naciones son demonios (Salmo XCV, 5). Por lo tanto, estos, para no intentar ir contra las respuestas de sus dioses, contienen las blasfemias contra Cristo, y las vierten sobre sus discípulos: pero me parece que esos dioses de las naciones, a quienes los filósofos paganos pudieron consultar, incluso si se les preguntara sobre los discípulos de Cristo, también serían obligados a alabarlos.

CAPÍTULO XVI.---Los apóstoles no enseñaron nada diferente de Cristo o de los Profetas sobre la destrucción de los ídolos.

24. Sin embargo, estos disputan de tal manera que esta destrucción de templos, y condenación de sacrificios, y ruptura de ídolos no se hace por la doctrina de Cristo, sino por la de sus discípulos, a quienes afirman que enseñaron algo diferente de lo que aprendieron de Él; así quieren socavar la fe cristiana, honrando y alabando a Cristo: porque ciertamente por los discípulos de Cristo se anunciaron tanto los hechos como las palabras de Cristo, en las cuales se basa la religión cristiana, aún enemiga de estos ya poquísimos, y ya no oponentes, pero aún murmuradores. Pero si no quieren creer que Cristo enseñó tales cosas, lean a los Profetas, quienes no solo ordenaron destruir las supersticiones de los ídolos, sino que también predijeron que esta destrucción ocurriría en tiempos cristianos. Si se equivocaron, ¿por qué se cumple con tanta manifestación? Si dijeron la verdad, ¿por qué se resiste a una divinidad tan grande?

CAPÍTULO XVII.---Contra los romanos que rechazaron al Dios de Israel solo.

25. Sin embargo, es necesario preguntar con más diligencia a estos, quién creen que es el Dios de Israel; por qué no lo han aceptado para adorarlo, como a los dioses de otras naciones que el imperio romano ha subyugado; especialmente cuando su opinión es que todos los dioses deben ser adorados por el sabio. ¿Por qué, entonces, ha sido rechazado este de entre los demás? Si es muy poderoso, ¿por qué no es adorado por ellos solo? Si tiene poco o ningún poder, ¿por qué, con sus ídolos destruidos, es casi el único que ya es adorado por todas las naciones? Nunca podrán liberarse del lazo de esta cuestión, aquellos que, mientras adoran a dioses mayores y menores, a quienes consideran dioses, no adoran a este Dios, que ha prevalecido sobre todos los que adoran. Pues si es de gran virtud, ¿por qué se le considera reprobable? Si es de poca o ninguna virtud, ¿por qué pudo tanto siendo reprobado? Si es bueno, ¿por qué se le separa solo de los demás buenos? Si es malo, ¿por qué no es superado por tantos buenos? Si es veraz, ¿por qué se rechazan sus preceptos? Si es mentiroso, ¿por qué se cumplen sus predicciones?

CAPÍTULO XVIII.---El Dios de los Hebreos no fue aceptado por los romanos porque quiso ser adorado solo.

26. Finalmente, que piensen lo que quieran sobre él. ¿Acaso los romanos no creen que también los dioses malos deben ser adorados, quienes hicieron templos para el Pálido y la Fiebre? ¿Quiénes aconsejan invitar a los demonios buenos y aplacar a los demonios malos? Sea lo que sea que piensen de él, ¿por qué decidieron que no debía ser invocado ni propiciado solo? ¿Quién es este Dios, o tan desconocido que entre tantos dioses aún no ha sido encontrado solo, o tan conocido que ya es adorado solo por tantas personas? No queda nada que puedan decir sobre por qué no quisieron recibir los ritos de este Dios, excepto porque quiso ser adorado solo, y prohibió adorar a aquellos dioses de las naciones que ellos ya adoraban. Pero esto mismo debe ser preguntado más a ellos, quién o qué tipo de Dios creen

que es este, que no quiso que otros dioses fueran adorados, a quienes ellos hicieron templos e ídolos; y que pudo tanto, que su voluntad fue más poderosa para destruir sus ídolos que la de ellos para no recibir sus ritos. Ciertamente, se revela la opinión de su filósofo, a quien afirmaron ser el más sabio de todos los hombres incluso por oráculo. Pues la opinión de Sócrates es que cada dios debe ser adorado de la manera en que él mismo ha ordenado ser adorado. Por lo tanto, se les impuso una gran necesidad de no adorar al Dios de los Hebreos; porque si quisieran adorarlo de otra manera que no fuera como él mismo dijo, ciertamente no lo adorarían a él, sino lo que ellos mismos habrían inventado: pero si quisieran hacerlo de la manera que él dijera, verían que no debían adorar a otros, a quienes él prohibía adorar. Y por esto rechazaron el culto del único Dios verdadero, para no ofender a muchos falsos; pensando más bien que la ira de estos les sería perjudicial, que la benevolencia de aquel les sería provechosa.

CAPÍTULO XIX.---Este es el verdadero Dios.

27. Pero esta fue una necesidad vana y una timidez risible: ahora preguntamos qué piensan de este Dios los hombres a quienes les agrada que todos los dioses sean adorados. Pues si este no debe ser adorado, ¿cómo se adoran todos, cuando este no es adorado? Pero si debe ser adorado, no todos deben ser adorados; porque a menos que sea adorado solo, este no es adorado. ¿O acaso dirán que este no es Dios, mientras llaman dioses a aquellos que, como creemos, no pueden hacer nada, excepto lo que se les permite por el juicio de aquel; no para beneficiar a alguien, sino para que no puedan dañar, excepto a aquellos que él juzga que deben ser dañados, quien todo lo puede? Como ellos mismos se ven obligados a admitir, ciertamente pudieron menos que él. Pues si son dioses aquellos cuyos vates, consultados por los hombres, no diré que engañaron, pero al menos respondieron sobre asuntos privados; ¿cómo no es Dios aquel cuyos vates no solo respondieron adecuadamente a lo que se les consultaba en su tiempo, sino que también predijeron mucho antes sobre toda la humanidad y todas las naciones, lo que ahora leemos y vemos? Si llaman Dios a aquel por quien la Sibila cantó los destinos cumplidos de los romanos; ¿cómo no es Dios aquel que, como predijo, mostró que los romanos y todas las naciones creerían en él como el único Dios a través del Evangelio de Cristo, y destruirían todos los ídolos de sus padres? Finalmente, si llaman dioses a aquellos que nunca se atrevieron a decir nada contra este Dios a través de sus vates; ¿cómo no es Dios aquel que a través de sus vates no solo ordenó que sus ídolos fueran destruidos, sino que también predijo que serían destruidos en todas las naciones por aquellos que, abandonándolos, serían ordenados a adorarlo solo, y obedeciendo, le servirían?

CAPÍTULO XX.---No se encuentra nada predicho contra el Dios de los Hebreos por los vates paganos.

28. O que lean, si pueden, ya sea alguna de las Sibilas, o cualquiera de sus otros vates, que haya predicho que esto sucedería, que el Dios de los Hebreos, el Dios de Israel, sería adorado por todas las naciones, y que sus adoradores de otros dioses lo habrían rechazado correctamente antes; que también las escrituras de sus Profetas estarían en una autoridad tan sublime, que obedeciéndolas, incluso el imperio romano ordenaría destruir los ídolos; que también advirtieron que no se obedecieran tales preceptos: que lean esto, si pueden, de algunos libros de sus vates. Pues omito decir que lo que se lee en sus libros da testimonio a favor de nuestra, es decir, la religión cristiana, que pudieron escuchar de los santos ángeles y de nuestros propios Profetas: así como los demonios también fueron obligados a confesar a Cristo presente en la carne. Pero omito estas cosas, que cuando las presentamos, afirman que fueron inventadas por los nuestros: ellos mismos, ciertamente, ellos mismos deben ser presionados, para que presenten algo profetizado por los vates de sus dioses contra el Dios de

los Hebreos; así como nosotros observamos tantas y tan grandes cosas de los libros de nuestros Profetas contra sus dioses y sus mandatos, y recitamos lo predicho, y mostramos lo hecho. Que aquellos pocos que ya quedan prefieren lamentar que se hayan cumplido, a reconocer a aquel Dios que pudo predecir que se cumplirían: cuando en sus dioses falsos, que son verdaderos demonios, no buscan nada más grande que cuando han aprendido de sus respuestas que algo de ellos sucederá.

CAPÍTULO XXI.---Este solo Dios debe ser adorado, quien, aunque prohíbe adorar a otros, no es prohibido ser adorado por otros.

29. Dado que esto es así, ¿por qué no entienden más bien los miserables que él es el verdadero Dios, a quien ven separado de la sociedad de sus dioses, de modo que, aunque se ven obligados a admitir que es Dios, quienes profesan que todos los dioses deben ser adorados, no se les permite adorarlo junto con los demás? Por lo tanto, ya que no pueden ser adorados juntos, ¿por qué no se elige a aquel que prohíbe adorar a estos, dejando a estos que no prohíben adorarlo a él? O si lo prohíben, que se lea. Pues, ¿qué más debió ser recitado a sus pueblos en sus templos, donde nunca resonó tal cosa? Y ciertamente, la prohibición de tantos contra uno, debería ser más notoria y poderosa que la de uno contra tantos. Pues si el culto a este Dios es impío, los dioses son inútiles, que no prohíben a los hombres de la impiedad: si en verdad el culto a este es piadoso, ya que en él se ordena que estos no sean adorados, el culto a ellos es impío. Pero si tan tímidamente prohíben adorar a este, que temen más ser escuchados que se atreven a prohibir; ¿quién no es sabio, quién no siente, que debe elegirse más bien a aquel que prohíbe tan públicamente adorar a estos, que ordenó, predijo y destruyó sus ídolos, que a estos, que no sabemos que hayan ordenado que no se le adore, no leemos que lo hayan predicho, no vemos que hayan logrado algo? Pregunto, respondan; ¿quién es este Dios que persigue así a todos los dioses de las naciones, que traiciona así todos sus ritos, que los extingue así?

CAPÍTULO XXII.---Opinión de las naciones sobre nuestro Dios.

30. ¿Por qué pregunto a hombres que se han desvanecido pensando quién es este? Algunos dicen, es Saturno: creo que por la santificación del sábado, porque ellos atribuyeron ese día a Saturno. Sin embargo, su Varro, a quien no encuentran más docto entre ellos, pensó que el Dios de los judíos era Júpiter, considerando que no importa con qué nombre se le llame, mientras se entienda la misma cosa: creo que fue disuadido por su supremacía. Pues como los romanos no suelen adorar nada superior a Júpiter, lo cual su Capitolio declara abierta y suficientemente, y lo consideran el rey de todos los dioses; cuando notó que los judíos adoraban al Dios supremo, no pudo sospechar otra cosa que Júpiter. Pero ya sea que piensen que el Dios de los judíos es Saturno o Júpiter, que digan cuándo Saturno prohibió adorar a otro Dios; ni siquiera Júpiter, quien se dice que lo expulsó del reino, el hijo al padre. Si este agradó a sus adoradores como más poderoso y victorioso, que no adoren a Saturno, vencido y expulsado. Pero tampoco prohibió que se adorara a Júpiter; y aunque pudo vencerlo, sin embargo, permitió que fuera un dios.

CAPÍTULO XXIII.---Qué han fabulado los paganos sobre Júpiter y Saturno.

31. Estas, dicen, son fábulas que deben ser interpretadas por los sabios o ridiculizadas: pero nosotros adoramos a Júpiter, de quien dice Marón, "Jovis omnia plena"; es decir, el espíritu vivificante de todas las cosas. Por lo tanto, con razón Varro pensó que los judíos adoraban a Júpiter, porque dice a través del profeta, "Yo lleno el cielo y la tierra". ¿Qué hay de aquello que el mismo poeta llama éter? ¿Cómo lo entienden? Pues así dice: "Entonces el Padre

omnipotente, con lluvias fecundas, el Éter, desciende al regazo de su esposa feliz". Porque dicen que el éter no es espíritu, sino un cuerpo sublime, por el cual el cielo se extiende sobre el aire. ¿Se le permite al poeta hablar ahora según los platónicos, para que no sea un cuerpo sino un espíritu, ahora según los estoicos, para que sea un cuerpo Dios? ¿Qué, entonces, adoran en el Capitolio? Si es espíritu, si finalmente es el mismo cielo corpóreo, ¿qué hace allí el escudo de Júpiter, que llaman Égida? Sin duda, el origen de este nombre se explica así, porque Júpiter, ocultado por su madre, fue alimentado por una cabra: ¿o también mienten los poetas? ¿Acaso los Capitolios de los romanos son obras de poetas? ¿Qué significa esta variedad no poética, sino claramente mímica, de buscar a los dioses según los filósofos en los libros, y adorarlos según los poetas en los templos?

32. Pero, ¿acaso también fue poeta aquel Euhemero, quien reveló tan claramente que Júpiter y Saturno su padre, y Plutón y Neptuno sus hermanos, fueron hombres, que sus adoradores deben más bien agradecer a los poetas, porque no inventaron mucho para deshonorarlos, sino más bien para adornarlos? Aunque Cicerón recuerda que Euhemero fue traducido al latín por el poeta Ennio. ¿Acaso también fue poeta Cicerón, quien, en las Tusculanas, advierte a su interlocutor, como a alguien consciente de secretos, diciendo: "Si realmente investigara las cosas antiguas, y de ellas lo que los escritores de Grecia han revelado, se encontraría que esos mismos dioses de las grandes naciones, que se consideran, partieron de aquí hacia el cielo. Busca de quiénes se muestran las tumbas en Grecia; recuerda, ya que has sido iniciado, lo que se transmite en los misterios: entonces entenderás cuán ampliamente se extiende esto". Aquí ciertamente confiesa suficientemente que los dioses de ellos fueron hombres, pero benevolentemente sospecha que llegaron al cielo: aunque no dudó en decir públicamente que este honor de opinión les fue conferido por los hombres, cuando hablaba de Rómulo: "Quien fundó esta ciudad, hemos elevado a Rómulo a los dioses inmortales por benevolencia y fama". ¿Qué, entonces, es de extrañar si los hombres antiguos hicieron esto con Júpiter y Saturno y los demás, lo que los romanos hicieron con Rómulo, lo que finalmente quisieron hacer también con César en tiempos más recientes? A quienes Virgilio añadió la adulación de su verso, diciendo: "He aquí que la estrella de César, hijo de Dione, ha surgido". Que vean, entonces, si acaso la verdad histórica muestra las tumbas de los falsos dioses en la tierra; pero la vanidad poética no fija, sino que finge sus estrellas en el cielo. Pues ciertamente no es realmente la estrella de Júpiter, ni la de Saturno; sino que después de su muerte, a las estrellas establecidas desde el principio del mundo, los hombres les impusieron estos nombres, quienes quisieron tenerlos como dioses muertos. ¿De qué tanto mal la castidad, o de qué tanto bien la voluptuosidad, mereció, para que entre las estrellas, que giran con el sol y la luna, Venus tenga una estrella, y Minerva no la tenga?

33. Pero, ¿fue también Cicerón un académico más incierto que los poetas, quien se atrevió a mencionar las tumbas de los dioses y a consignarlo por escrito: aunque no lo presumió por su propia opinión, sino que lo recordó de la tradición de sus propios ritos? ¿Acaso también Varro, ya sea como poeta inventa, o como académico lo pone de manera dudosa, cuando dice que los ritos de tales dioses están compuestos de la vida o muerte de cada uno de ellos, como vivieron o murieron entre los hombres? ¿Acaso también fue poeta o académico León, el sacerdote egipcio, quien reveló a Alejandro de Macedonia un origen de estos dioses diferente a la opinión de los griegos, pero que claramente declara que fueron hombres?

34. Pero, ¿qué nos importa? Que digan que no adoran a Júpiter, un hombre muerto, ni que dedicaron el Capitolio a un hombre muerto, sino al espíritu que vivifica todas las cosas, con el cual el mundo está lleno, e interpreten su escudo hecho de piel de cabra en honor a su nodriza como quieran. ¿Qué dicen de Saturno? ¿Qué Saturno adoran? ¿No es aquel que primero vino del Olimpo, huyendo de las armas de Júpiter, y exiliado de su reino? ¿Quién

compuso a un pueblo indócil y disperso en las altas montañas, y les dio leyes, y prefirió que se llamara Lacio, porque allí había estado seguro? ¿No indica su misma imagen, que se representa con la cabeza cubierta, como si estuviera oculto? ¿No muestra él mismo la agricultura a los italianos, lo que indica con la hoz? No, dicen: pues aunque fue aquel hombre y cierto rey, de quien se narran estas cosas, nosotros, sin embargo, interpretamos a Saturno como el tiempo universal, lo que también muestra su nombre griego: pues se llama Chronos, que con la aspiración añadida, también es el nombre del tiempo; de donde también se le llama Saturno en latín, como si estuviera saciado de años. ¿Qué se debe hacer con estos, que al intentar interpretar mejor los nombres y las imágenes de sus dioses, admiten que su dios mayor y padre de los demás es el tiempo? Pues, ¿qué otra cosa indican, sino que todos sus dioses son temporales, de los cuales el padre es el mismo tiempo?

35. Los filósofos más recientes de ellos, los platónicos, que ya fueron en tiempos cristianos, se avergonzaron de esto; y trataron de interpretar a Saturno de otra manera, diciendo que se le llamaba Chronos, como si fuera por la saciedad del intelecto, porque en griego la saciedad se llama Chóros, y el intelecto o mente se llama Nous: lo que parece estar respaldado por el nombre latino, como si estuviera compuesto de la primera parte latina y la posterior griega, para que se le llame Saturno, como si estuviera saciado de Nous. Pues vieron cuán absurdo sería, si Júpiter, el hijo del tiempo, fuera considerado un dios eterno, o lo creyeran o quisieran que se creyera. Pero según esta nueva interpretación, que si sus antiguos la hubieran tenido, sería extraño que Cicerón y Varro la ignoraran, dicen que Júpiter es el hijo de Saturno, como el espíritu que fluye de aquella mente suprema, que quieren que sea como el alma de este mundo, llenando todos los cuerpos celestiales y terrenales. De donde es la frase de Marón, que mencioné antes, "Jovis omnia plena". ¿No es cierto que, si pudieran, como esta interpretación, también cambiarían la superstición de los hombres, y o no harían imágenes, o ciertamente dedicarían las cumbres a Saturno más que a Júpiter? Pues no disputan que ninguna alma racional se hace sabia, sino por la participación de aquella suma e inmutable sabiduría; no solo el alma de cualquier hombre, sino también la del mismo mundo, que llaman Júpiter. Nosotros, en verdad, no solo concedemos, sino que también proclamamos que hay una cierta suma de sabiduría de Dios, cuya participación hace sabia a cualquier alma que se hace verdaderamente sabia. Sin embargo, si esta vasta masa corporal, que se llama mundo, tiene un alma, o como su alma, es decir, una vida racional, por la cual se gobierna como cualquier animal, es una gran y oculta cuestión: y esta opinión no debe afirmarse, a menos que se descubra que es verdadera; ni refutarse, a menos que se descubra que es falsa. Pero, ¿qué importa esto al hombre, incluso si siempre le permanece oculto; puesto que ninguna alma se hace sabia o bienaventurada por otra alma cualquiera, sino solo por aquella suma e inmutable sabiduría de Dios?

36. Sin embargo, los romanos, que no construyeron el Capitolio para Saturno, sino para Júpiter; o las otras naciones, que pensaron que Júpiter debía ser adorado principalmente sobre los demás dioses, no pensaron esto que estos pensaron: quienes según su nueva opinión, y si tuvieran algún poder en estas cosas, dedicarían las cumbres a Saturno más que a Júpiter; y destruirían a los matemáticos o astrólogos, que entre las otras estrellas colocaron a Saturno, a quien estos llamarían el hacedor de sabios, como un dios maléfico. Esta opinión prevaleció tanto contra ellos en las mentes humanas, que ni siquiera quieren nombrarlo, llamándolo más bien el anciano que Saturno: con una superstición tan temerosa, que los cartagineses casi cambiaron el nombre de su barrio, llamándolo más a menudo el Barrio del anciano que el Barrio de Saturno.

CAPÍTULO XXIV.---No todos adoran a los dioses, quienes rechazan al Dios de Israel; ni lo adoran a él, quienes adoran a otros.

37. Es conocido, por tanto, qué adoran y qué intentan disfrazar los adoradores de ídolos. Sin embargo, también a estos nuevos intérpretes de Saturno se les debe preguntar qué piensan del Dios de los hebreos. Pues incluso ellos decidieron adorar a todos los dioses junto con las naciones, ya que les avergonzaba humillarse bajo Cristo para la remisión de sus pecados. ¿Qué piensan entonces del Dios de Israel? Si no lo adoran, no adoran a todos los dioses; pero si lo adoran, no lo hacen como Él mandó, porque también adoran a otros que Él prohibió adorar. Pues a través de esos profetas prohibió estas cosas, a través de los cuales predijo lo que ahora sufren sus ídolos por parte de los cristianos. Ya sea que los ángeles hayan sido enviados a esos profetas, quienes les mostraron figurativamente al único verdadero Dios, creador de todo, al que todo está sujeto, a través de una representación adecuada de las cosas sensibles, y les indicaron cómo debía ser adorado; o que las mentes de algunos de ellos hayan sido elevadas por el Espíritu Santo para ver con la misma visión que los ángeles: es evidente que sirvieron a ese Dios que prohibió adorar a otros dioses; sirvieron con la fe de la piedad en el reino y sacerdocio de su república, y con ritos que significaban la venida de Cristo como verdadero rey y sacerdote. CAPÍTULO XXV.---Los falsos dioses no prohíben que otros sean adorados junto con ellos. El Dios de Israel se demuestra como el verdadero Dios por sus obras y por lo predicho y cumplido.

38. Además, en cuanto a los dioses de las naciones (a quienes estos desean adorar, pero no quieren adorar a aquel que no puede ser adorado junto con ellos), que digan cuál es la razón por la que ninguno de ellos se encuentra prohibiendo la adoración de otro, aunque los sitúan en diferentes oficios y funciones, y quieren que sean guardianes de las cosas que les pertenecen propiamente. Pues si Júpiter no prohíbe adorar a Saturno, porque no es aquel hombre que expulsó a su padre del reino, sino o bien el cuerpo del cielo, o el espíritu que llena el cielo y la tierra; y por eso no puede prohibir adorar a la mente suprema de la que se dice que emanó: si por esa razón tampoco Saturno prohíbe adorar a Júpiter, porque no fue superado por él en rebelión, como aquel Júpiter que huyendo de sus armas vino a Italia; sino que favorece a la primera mente del alma que engendró: al menos Vulcano debería prohibir adorar a Marte, el adúltero de su esposa, o Hércules a Juno, su perseguidora. ¿Qué clase de consenso tan vergonzoso es este entre ellos, que ni siquiera Diana, virgen casta, prohíbe adorar, no digo a Venus, sino a Príapo? Pues si un hombre quisiera ser tanto cazador como agricultor, sería siervo de ambos: sin embargo, se avergüenza de construir templos cercanos para ellos. Pero que interpreten a Diana como la virtud que quieren, y a Príapo como el dios de la fecundidad, aunque les avergüence tener a Juno como ayudante en la fecundación de las mujeres. Que digan lo que les plazca, que interpreten lo que entienden; mientras tanto, todos sus argumentos son perturbados por el Dios de Israel. Quien, habiendo prohibido adorar a todos ellos, y no siendo prohibido por ninguno de ellos, y habiendo ordenado, predicho y realizado la destrucción de sus ídolos y ritos, muestra suficientemente que ellos son falsos y engañosos, y que Él es el verdadero y veraz Dios.

39. ¿Quién no se asombraría de que estos pocos adoradores de muchos dioses falsos no quieran obedecer a aquel, sobre quien, cuando se les pregunta quién es Dios, responden con cualquier opinión, pero no se atreven a negar que es Dios? Porque si lo negaran, serían fácilmente convencidos por sus obras y por lo predicho y cumplido. No digo aquellas cosas que consideran libre no creer, como que Él en el principio hizo el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos (Gén. I). Ni aquellas cosas demasiado antiguas, como que trasladó a Enoc (Id. V, 24), que destruyó a los impíos con el diluvio, que liberó a Noé el justo y su casa a través de la madera (Id. VII). Comienzo con las obras de Él en los hombres desde Abraham. A este se le hizo una promesa manifiesta a través de un oráculo angélico, que ahora vemos

cumplida. A él se le dijo: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Id. XXII, 18): de cuya simiente es el pueblo de Israel, de donde proviene la virgen María que dio a luz a Cristo, en quien todas las naciones se atreven ya a negar si pueden ser bendecidas. Esta promesa también se hizo a Isaac, hijo de Abraham (Id. XXVI, 4). Esta también a Jacob, nieto de Abraham (Id. XXVIII, 14), quien también fue llamado Israel, de quien todo ese pueblo fue propagado y nombrado, para que el Dios de este pueblo fuera llamado Dios de Israel: no porque Él no sea el Dios de todas las naciones, ya sea que lo sepan o no; sino porque en este pueblo quiso manifestar más claramente el poder de sus promesas. Pues ese pueblo, primero multiplicado en Egipto, y liberado de esa servidumbre por Moisés con muchas señales y prodigios, después de derrotar a muchas naciones, también recibió la tierra de la promesa, en la cual reinó a través de sus reyes surgidos de la tribu de Judá. Judá fue uno de los doce hijos de Israel, nieto de Abraham; y de ahí los judíos fueron llamados, hicieron muchas cosas con la ayuda de Dios, y sufrieron muchas cosas por sus pecados con el castigo de Dios, hasta que vino la simiente a la que se prometió, en la cual serían bendecidas todas las naciones, y voluntariamente rompieron los ídolos de sus padres.

CAPÍTULO XXVI.---La idolatría destruida por el nombre de Cristo y la fe de los cristianos según las profecías.

40. Pues no en tiempos cristianos, sino mucho antes, se predijo lo que se cumple por los cristianos. Los mismos judíos que permanecieron enemigos del nombre de Cristo, de cuya futura perfidia tampoco se guardó silencio en esas Escrituras proféticas, tienen y leen al profeta diciendo: Señor mi Dios, y mi refugio en el día de los males, a ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra, y dirán: Ciertamente nuestros padres adoraron mentiras, ídolos que no tienen utilidad (Jerem. XVI, 19). He aquí que ahora sucede, he aquí que ahora las naciones vienen a Cristo desde los confines de la tierra diciendo estas cosas, y rompiendo los ídolos. Y esto también es grande, lo que Dios ha concedido a su Iglesia difundida por todas partes, que el pueblo judío, justamente derrotado y disperso por las tierras, para que no se pensara que estas cosas fueron compuestas por nosotros, llevara los códigos de nuestras profecías por todas partes; y siendo enemigo de nuestra fe, se convirtiera en testigo de nuestra verdad. ¿Cómo entonces los discípulos de Cristo enseñaron lo que no aprendieron de Cristo, como los necios jactándose afirman, para que la superstición de los dioses gentiles y sus ídolos fuera destruida? ¿Acaso también aquellas profecías que ahora se leen en los códigos de los enemigos de Cristo, pueden decirse que fueron inventadas por los discípulos de Cristo?

41. ¿Quién, pues, ha destruido estas cosas, sino el Dios de Israel? A ese pueblo se le dijo a través de las voces divinas hechas a Moisés: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios (Deut. VI, 4). No te harás ídolo, ni semejanza alguna, ni en el cielo arriba, ni en la tierra abajo (Éxodo XX, 4). Y para que también destruya estas cosas, donde haya recibido poder, así se le ordena: No adorarás a sus dioses, ni les servirás; no harás según sus obras, sino que los derribarás y romperás sus ídolos (Éxodo XXIII, 24). ¿Quién dirá que Cristo y los cristianos no pertenecen a Israel, cuando Israel fue nieto de Abraham, a quien primero, y luego a Isaac su hijo, y luego al mismo Israel su nieto se le dijo lo que ya he mencionado, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones? Lo cual ya vemos que se cumple en Cristo, cuando de ahí surgió aquella virgen, de la cual el profeta del pueblo de Israel y del Dios de Israel cantó, diciendo: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel. Emmanuel se interpreta como Dios con nosotros (Isaías VII, 14; Mateo I, 23). Por tanto, el Dios de Israel, que prohibió adorar a otros dioses, que prohibió fabricar ídolos, que ordenó destruirlos, que predijo a través del profeta que las naciones desde los confines de la tierra dirían: Ciertamente nuestros padres adoraron mentiras, ídolos que no tienen utilidad; Él mismo, a través del nombre de Cristo y la fe de los cristianos, ordenó, prometió y realizó

la destrucción de todas estas supersticiones. En vano, por tanto, los miserables, porque han sido prohibidos de blasfemar a Cristo incluso por sus dioses, es decir, por los demonios que temen el nombre de Cristo, quieren hacer ajena a Él esta doctrina, por la cual los cristianos disputan contra los ídolos, y erradican todas esas falsas religiones donde pueden.

CAPÍTULO XXVII.---Urge a los restos de los idólatras a que finalmente sirvan al verdadero Dios que destruye ídolos en todas partes.

42. Que respondan sobre el Dios de Israel, a quien los libros de los cristianos y de los judíos testifican que enseña y ordena estas cosas: que consulten a sus dioses sobre Él, quienes prohibieron blasfemar a Cristo; que respondan algo injurioso sobre el Dios de Israel, si se atreven. Pero, ¿a quién consultarán? ¿O dónde consultarán ahora? Lean los libros de los suyos. Si piensan que el Dios de Israel es Júpiter, como escribió Varrón (para hablar por un momento según su opinión), ¿por qué entonces no creen a Júpiter que los ídolos deben ser destruidos? Si piensan que es Saturno, ¿por qué no lo adoran? ¿O por qué no lo adoran como Él mandó ser adorado a través de esos profetas, por quienes cumplió lo que predijo? ¿Por qué no creen que deben destruirse los ídolos y que no deben adorarse otros dioses? Si no es ni Júpiter ni Saturno (porque si fuera uno de ellos, no diría tantas cosas contra los ritos de Júpiter y Saturno); ¿quién es entonces, que por otros dioses no es adorado por ellos, y habiendo destruido a otros dioses, hace tan evidentemente que solo Él sea adorado, humillando toda altivez soberbia que se levantó contra Cristo por los ídolos, persiguiendo y matando a los cristianos? Ahora ciertamente buscan dónde esconderse cuando quieren sacrificar; o dónde esconder a sus propios dioses, para que no sean encontrados y destruidos por los cristianos. ¿De dónde viene esto, sino del temor a las leyes y a los reyes, a través de los cuales el Dios de Israel manifiesta su poder, ya sometidos al nombre de Cristo? como prometió mucho antes, diciendo a través del Profeta: Y lo adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 11).

CAPÍTULO XXVIII.---Rechazo de los ídolos predicho.

43. Sin duda ya se cumple lo que repetidamente se canta a través del profeta, que dejaría a su pueblo impío (no todo, porque muchos incluso de los israelitas creyeron en Cristo; pues de ahí eran también sus Apóstoles), y humillaría a todo soberbio e injurioso, para que solo Él fuera exaltado, es decir, para que solo Él, alto y poderoso, se manifestara a los hombres: hasta que los ídolos fueran arrojados por los creyentes, y escondidos por los no creyentes; cuando la tierra se rompa por su temor, es decir, los hombres terrenales se rompen por el temor, temiendo la ley ya sea de Él, o de aquellos que creyendo en Él, y reinando sobre las naciones, prohibieran tales sacrilegios.

44. Pues estas cosas, que para que se entendieran más fácilmente, he expuesto brevemente, el profeta las dice así: Y ahora tú, casa de Jacob, venid, y caminemos en la luz del Señor. Porque ha dejado a su pueblo, la casa de Israel; porque su región está llena, como desde el principio, de augurios, como de extranjeros; y muchos hijos de extranjeros les han nacido. Porque su región está llena de plata y oro, y no hay número de sus tesoros. Y la tierra está llena de caballos, y no hay número de sus carros. Y la tierra está llena de abominaciones de las obras de sus manos, y adoraron lo que hicieron sus dedos. Y el hombre se inclinó, y el varón se humilló, y no les perdonaré. Y ahora entrad en las rocas, y esconded en la tierra por el temor del Señor, y por la majestad de su Poder, cuando se levante para quebrar la tierra. Porque los ojos del Señor son altos, pero el hombre es humilde; y se humillará la altitud de los hombres, y el Señor solo será exaltado en aquel día. Porque el día del Señor de los ejércitos será sobre todo injurioso y soberbio, y sobre todo alto y humillado, que serán

humillados; y sobre todo cedro del Líbano de los altos y elevados, y sobre todo árbol del Líbano de Basán, y sobre todo monte, y sobre toda colina alta, y sobre toda nave del mar, y sobre todo espectáculo de naves de adorno. Y se humillará, y caerá la contumelia de los hombres, y el Señor solo será exaltado en aquel día. Y todas las obras hechas por manos se esconderán en las cavernas, y en las grietas de las rocas, y en las cuevas de la tierra por el temor del Señor, y por la majestad de su Poder, cuando se levante para quebrar la tierra. Porque en aquel día el hombre arrojará las abominaciones de oro y plata, que hicieron para adorar cosas superfluas y nocivas; para que entren en las hendiduras de la roca sólida, y en las grietas de las rocas, por el temor del Señor, y por la majestad de su Poder, cuando se levante para quebrar la tierra (Isaías II, 5-21).

CAPÍTULO XXIX.---¿Por qué los paganos no adoran al Dios de Israel, si lo consideran incluso como el jefe de los elementos?

45. ¿Qué dicen sobre este Dios de los ejércitos, que se interpreta como Dios de las virtudes o de los ejércitos; porque a Él sirven las virtudes y los ejércitos de los ángeles? ¿Qué dicen sobre este Dios de Israel, porque es el Dios de ese pueblo, del cual vino la simiente, en la cual serían bendecidas todas las naciones? ¿Por qué no lo adoran solo a Él, quienes sostienen que todos los dioses deben ser adorados? ¿Por qué no le creen, quien ha mostrado y destruido a otros dioses como falsos? Escuché a uno de ellos decir que había leído en no sé qué filósofo, que de lo que los judíos hacían en sus sacramentos, había entendido a qué Dios adoraban: "Al jefe, dijo, de esos elementos, con los cuales este mundo visible y corpóreo está construido:" cuando en las santas Escrituras de sus Profetas se muestra claramente que se mandó adorar al pueblo de Israel al Dios que hizo el cielo y la tierra, y de quien es toda verdadera sabiduría. Pero, ¿qué necesidad hay de discutir más sobre esto, cuando para lo que estoy haciendo basta con lo que ellos presumen sobre ese Dios, a quien no pueden negar que es Dios? Pues si es el jefe de los elementos con los cuales este mundo consiste, ¿por qué no se le adora a Él más bien que a Neptuno, que es jefe solo del mar? ¿que Silvano, que es jefe solo de los campos y bosques? ¿que el Sol, que es jefe solo del día, o incluso de todo el calor celestial? ¿que la Luna, que es jefe solo de la noche, o incluso del poder del humor? ¿que Juno, que se dice que solo tiene el aire? Pues ciertamente estos jefes de partes, quienesquiera que sean, deben estar bajo aquel que lleva el jefazgo de todos los elementos y de toda esta estructura. Pero este prohíbe adorar a todos ellos: ¿por qué entonces estos, contra el mandato de su mayor, no solo quieren adorarlos, sino que por ellos no quieren adorarlo a Él? Aún no encuentran qué pronunciar de manera constante y clara sobre este Dios de Israel; ni lo encontrarán jamás, hasta que lo encuentren como el único Dios verdadero, por quien todas las cosas fueron creadas.

CAPÍTULO XXX.---El Dios de Israel ya se ha dado a conocer en todas partes con las profecías cumplidas.

46. Por tanto, cierto Lucano, gran declamador de ellos en verso, creo que él mismo buscando por mucho tiempo, ya sea a través de sus pensamientos, ya sea a través de los libros de los suyos, quién era el Dios de los judíos; y porque no buscaba piadosamente, no encontrándolo; prefirió, sin embargo, decir que era un Dios incierto que no encontraba, antes que decir que no había Dios, de quien sentía tan grandes pruebas. Pues dice: Y Judea dedicada a los ritos de un Dios incierto. (Lucano, libro 2, al final.) Y aún este Dios santo y verdadero, el Dios de Israel, aún no había hecho tantas cosas en todas las naciones a través del nombre de Cristo, como las que han sucedido hasta el día de hoy después de los tiempos de Lucano. Ahora bien, ¿quién es tan duro que no se doblegue? ¿quién tan torpe que no se encienda, cuando se cumple lo que está escrito, que no hay quien se esconda de su calor? cuando ya se

manifiestan con clarísima luz las cosas que en el mismo salmo, del cual recordé este versículo, fueron predichas tanto tiempo antes? Pues con el nombre de cielos se significaron los Apóstoles de Cristo, porque en ellos Dios presidía, para que anunciaran el Evangelio. Ya, por tanto, los cielos han narrado la gloria de Dios, y el firmamento ha anunciado la obra de sus manos. El día al día eructó palabra, y la noche a la noche anunció conocimiento. Ya no hay lenguas ni palabras, cuyas voces no se oigan. Ya su sonido ha salido por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo. Ya en el sol, es decir, en la manifestación, ha puesto su tabernáculo, que es su Iglesia. Porque, para hacer esto, Él mismo, como sigue allí, como esposo salió de su tálamo, es decir, el Verbo unido a la carne humana salió del vientre virginal. Ya se regocijó como un gigante, y corrió su camino. Ya desde el extremo del cielo ha sido su salida, y su regreso hasta el extremo del cielo. Y por eso sigue muy acertadamente el verso que recordé hace poco, Y no hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 1-7). Y aún estos eligen, parlotando frágiles contradicciones, ser convertidos en ceniza por este fuego, como paja, antes que ser purificados como oro de la impureza: cuando ya los monumentos de la falsedad de los dioses falsos han sido frustrados, y las promesas veraces de aquel Dios incierto ya se han hecho ciertas.

CAPÍTULO XXXI.---Profecía sobre Cristo cumplida.

47. Dejen, pues, de decir los malos alabadores de Cristo, que no quieren ser cristianos, que Cristo no enseñó a abandonar a sus dioses y a destruir sus ídolos. El Dios de Israel, de quien se predijo que sería llamado Dios de toda la tierra, y ya es llamado Dios de toda la tierra; esto lo predijo a través de los Profetas que sucedería, y lo cumplió en el tiempo adecuado a través de Cristo. Ciertamente, si ya el Dios de Israel es llamado Dios de toda la tierra, es necesario que se haga lo que ordenó, cuando quien ordenó se dio a conocer. Y porque se dio a conocer a través de Cristo y en Cristo, para que su Iglesia se difundiera por el mundo, y a través de ella el Dios de Israel fuera llamado Dios de toda la tierra, lean un poco más arriba en el mismo profeta quienes quieran: más bien, que yo lo mencione. Pues no es tan largo como para que deba omitirse. Se dicen muchas cosas sobre la presencia, humildad y pasión de Cristo, y sobre su cuerpo, del cual él es la cabeza, es decir, sobre su Iglesia, cuando se le llama como estéril a la que no daba a luz. Durante muchos años, la Iglesia, que habría de estar en todas las naciones en sus hijos, es decir, en sus santos, no apareció, aún no habiendo sido anunciado Cristo por los Evangelistas, a aquellos a quienes no fue anunciado por los Profetas: y se dice que los hijos de la desolada serán más numerosos que los de la que tiene marido; en cuyo nombre de marido se significó la Ley, o el Rey que recibió el primer pueblo de Israel: ni las naciones habían recibido la Ley en el tiempo en que el profeta hablaba; ni el Rey de los cristianos había aparecido aún a las naciones, de las cuales, sin embargo, surgió una multitud de santos mucho más fértil y numerosa. Así pues, dice Isaías, comenzando desde la humildad de Cristo, y luego dirigiéndose a la Iglesia hasta el versículo que hemos mencionado, donde dice, Y el que te redimió, él mismo será llamado Dios de toda la tierra: He aquí, dice, mi siervo será entendido, y será exaltado y glorificado en gran manera. Como muchos se asombrarán de ti, así también tu apariencia será deshonrada por todos, y tu honor por los hombres. Así se asombrarán muchas naciones de él, y los reyes cerrarán su boca. Porque a quienes no se les anunció de él, verán; y quienes no oyeron, entenderán. Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? y el brazo del Señor, ¿a quién se ha revelado? Anunciamos delante de él, como un niño, como una raíz en tierra sedienta: no tiene apariencia, ni honor. Y lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura: sino que su rostro era despreciado y desfigurado, su posición por todos los hombres; hombre en aflicción, y que sabe llevar enfermedades, por lo cual su rostro se apartó, fue injuriado, y no fue estimado en gran manera. Él lleva nuestras enfermedades, y está en dolores por nosotros. Y nosotros lo

consideramos en dolores, y en aflicción y en castigo. Pero él fue herido por nuestras transgresiones, y debilitado por nuestras iniquidades. La corrección de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos sanados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, y el Señor lo entregó por nuestros pecados. Y él, porque fue maltratado, no abrió su boca: como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, estuvo sin voz, así no abrió su boca. En su humillación fue quitado su juicio. ¿Quién contará su generación? Porque su vida será quitada de la tierra: por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte. Daré, pues, a los malos por su sepultura, y a los ricos por su muerte; por esto que no hizo iniquidad, ni hubo engaño en su boca. El Señor quiere purificarlo de la plaga. Si ofrecéis vuestra alma por vuestras transgresiones, veréis una descendencia de larga vida. Y el Señor quiere quitar de los dolores su alma, mostrarle la luz, y formar por el sentido, justificar al justo que bien sirve a muchos; y él llevará los pecados de ellos. Por eso él heredará a muchos, y repartirá los despojos de los fuertes. Por lo cual su alma fue entregada a la muerte, y fue contado entre los inicuos: y él llevó los pecados de muchos, y por las iniquidades de ellos fue entregado. Alégrate, estéril que no das a luz; exulta y clama, tú que no das a luz; porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido. Porque el Señor ha dicho, Ensancha el lugar de tu tienda, y extiende tus cortinas; no escatimes: alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Extiéndete aún más a la derecha y a la izquierda. Porque tu descendencia heredará las naciones, y habitarás las ciudades que estaban desoladas, no temas. Porque prevalecerás, y no te avergonzarás de haber sido detestable. Porque olvidarás la confusión para siempre, no recordarás la ignominia de tu viudez: porque yo soy el Señor que te hace, el Señor es su nombre; y el que te redime, él mismo será llamado Dios de toda la tierra (Isaías 52, 13 - 54, 5).

48. ¿Qué se puede decir contra esta evidencia y expresión de cosas predichas y cumplidas? Si piensan que los discípulos de Cristo mintieron sobre su divinidad, ¿acaso dudarán de la pasión de Cristo? No suelen creer que resucitó: pero todas aquellas cosas que sufrió humanamente por los hombres las creen con gusto, porque quieren que se crea que solo fue un hombre. Aquel que fue llevado como oveja al matadero, aquel contado entre los inicuos, aquel herido por nuestras transgresiones; por cuya llaga fuimos sanados, cuyo rostro fue injuriado, y no fue estimado en gran manera, golpeado con palmas, y cubierto de escupitajos, cuya posición en la cruz fue desfigurada: aquel llevado a la muerte por las iniquidades del pueblo de Israel; aquel que no tenía apariencia ni hermosura, cuando era golpeado con puñetazos, cuando era coronado con espinas, cuando colgando era burlado; aquel que, como cordero ante el que lo trasquila no tiene voz, así no abrió su boca, cuando le decían los que lo insultaban, Profetiza para nosotros, Cristo (Mateo 26, 27; Marcos 14, 15; Lucas 22, 23, y Juan 18, 19): ciertamente ya ha sido exaltado, ya ha sido glorificado en gran manera. Ciertamente ya muchas naciones se asombran de él. Ya los reyes han cerrado su boca, con la que promulgaban leyes muy severas contra los cristianos. Ciertamente a quienes no se les anunció de él, ya ven, y quienes no oyeron ya entienden (Romanos 15, 16-21). Porque las naciones a las que no anunciaron los Profetas, ellas mismas ven más que lo que fue anunciado por los Profetas es verdadero. Y quienes no oyeron a Isaías hablando, ya entienden en sus Escrituras de quién hablaba. Pues incluso en el mismo pueblo de los judíos, ¿quién creyó al anuncio de los Profetas, o el brazo del Señor, que es Cristo mismo, quien fue anunciado por ellos, a quién se le reveló (Juan 12, 37, 38, y Romanos 10, 16); cuando con sus manos cometían esos crímenes en Cristo, que los Profetas que tenían habían predicho que sucederían? Ciertamente ya posee en herencia a muchos, y reparte los despojos de los fuertes, cuando lo que el diablo y los demonios poseían, a través de las construcciones de sus iglesias, y cualquier uso necesario, expulsados y traicionados, lo distribuye.

CAPÍTULO XXXII.---La doctrina de los apóstoles contra la idolatría se vindica a partir de las profecías.

49. ¿Qué dicen, pues, a estas cosas los perversos alabadores de Cristo, y detractores de los cristianos? ¿Acaso para que estas cosas fueran predichas tanto tiempo antes por los Profetas, Cristo lo hizo con artes mágicas, o sus discípulos lo inventaron? ¿Acaso para que la Iglesia, difundida por las naciones, se deleite, antes estéril, ahora en más hijos, que aquella Sinagoga que había recibido la Ley o el Rey como marido: acaso para que así ensanche el lugar de su tienda ocupando todas las naciones y lenguas, para que extienda sus cuerdas más allá de los límites del imperio romano, hasta los persas e indios y otras naciones bárbaras; para que a la derecha por los verdaderos cristianos, y a la izquierda por los falsos cristianos en tantos pueblos se extienda su nombre; para que su descendencia herede las naciones, para que habite las ciudades que habían sido desoladas del verdadero culto a Dios y de la verdadera religión; para que no temiera las amenazas y furias de los hombres, cuando se vestía en la sangre de los mártires como con un honor púrpura, para que prevaleciera sobre tantos y tan vehementes y poderosos perseguidores suyos; para que no se avergonzara de haber sido detestable, cuando era un gran crimen ser o hacerse cristiano; para que olvide la confusión para siempre, porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Romanos 5, 20); para que no recuerde la ignominia de su viudez, porque dejada por un poco y sujeta a oprobio, ahora florece con tan eminente gloria: acaso finalmente para que el Señor que la hizo, y la redimió del dominio del diablo y de los demonios, él mismo sea llamado Dios de toda la tierra, los discípulos de Cristo lo inventaron, lo que los Profetas, cuyos Libros ahora están en manos de los enemigos de Cristo, predijeron tanto tiempo antes de que Cristo se hiciera hijo del hombre?

50. De aquí, pues, entiendan, que ni siquiera a los más lentos y obtusos les queda oscuro o dudoso: de aquí, digo, entiendan los perversos alabadores de Cristo y los execradores de la religión cristiana, que incluso los discípulos de Cristo aprendieron y enseñaron contra sus dioses lo que la doctrina de Cristo contiene; porque el Dios de Israel, que se encuentra que ordenó en los Libros de los Profetas que todas estas cosas que ellos quieren adorar, sean abominadas y destruidas, él mismo es llamado Dios de toda la tierra, como prometió tanto tiempo antes, a través de Cristo y la Iglesia de Cristo ya es llamado. Pues si sospechan con una extraña demencia que Cristo adoró a sus dioses, y por ellos pudo tanto; ¿acaso también el Dios de Israel adoró a sus dioses, quien sobre sí mismo, siendo adorado por todas las naciones y sobre ellos siendo abominados y destruidos (Deuteronomio 7, 5), a través de Cristo cumplió lo que prometió? ¿Dónde están sus dioses? ¿dónde las profecías de los fanáticos, y las adivinaciones de los pitones? ¿dónde los augurios, o auspicios, o arúspices, o los oráculos de los demonios? ¿Por qué no se presenta algo advertido y predicho contra la fe cristiana, y contra la verdad ya tan clara en todas las naciones de nuestros Profetas? Dicen que ofendimos a nuestros dioses, y nos abandonaron: por eso los cristianos prevalecieron contra nosotros, y la felicidad de las cosas humanas, cansada y disminuida, se desvanece. Ciertamente lean que esto les sucedería por los cristianos, en los libros de sus vates: pero lean eso, donde si no Cristo, porque quieren que él haya sido adorador de sus dioses, al menos el Dios de Israel sea desaprobado y detestado, quien ciertamente es el destructor de estos. Pero nunca presentarán esto, a menos que ahora tal vez lo hayan inventado. Cuando lo presenten, aparecerá, ciertamente por el mismo hecho de que se presenta algo tan desconocido, que sin duda debió ser recitado en los templos de los dioses de todas las naciones antes de que sucediera lo que fue predicho, para que fueran preparados y advertidos quienes ahora quieren ser cristianos.

CAPÍTULO XXXIII.---Contra aquellos que se quejan de que la felicidad de las cosas humanas ha disminuido en tiempos cristianos.

51. Luego, sobre lo que se quejan de la disminución de la felicidad de las cosas humanas en tiempos cristianos, si leen los libros de sus filósofos, que reprueban esas cosas que ahora se les quitan incluso a ellos que se resisten y murmuran, entonces encontrarán gran alabanza de los tiempos cristianos. Pues, ¿qué se les ha disminuido de felicidad, sino lo que usaban de manera pésima y lujuriosa en gran injuria al Creador? A menos que tal vez los tiempos sean malos porque en casi todas las ciudades caen los teatros, cuevas de torpezas y profesiones públicas de delitos; caen también los foros o murallas, en los que se adoraban demonios. ¿De dónde caen, sino de la escasez de cosas, cuyo uso lascivo y sacrílego las construyó? ¿No dijo su Cicerón, cuando alababa a un tal Roscio, actor, que era tan hábil que solo él debería entrar en escena; tan buen hombre, que solo él no debería acercarse a ella (Cicerón, Orat. pro Roscio)? ¿Qué otra cosa muestra claramente, sino que esa escena es tan vergonzosa, que cuanto más bueno sea un hombre, menos debe estar allí? Y sin embargo, sus dioses se placaban con tal deshonra, que Cicerón consideraba que debía ser removida de los hombres buenos. También hay una confesión clara de este mismo Cicerón, donde dice que Flora, madre de los juegos, debe ser aplacada con la celebración de juegos (Cicerón, in Verrem, act. 5). En estos juegos se solía exhibir tal torpeza, que en comparación con ellos los demás son honestos, de los cuales, sin embargo, incluso los mismos hombres buenos son prohibidos. ¿Qué clase de madre es esta Flora, qué tipo de diosa es, que la torpeza más celebrada y con riendas más sueltas la concilia y propicia? ¿Cuánto más honestamente entraba Roscio en escena, que Cicerón adoraba a una diosa tal? Si la disminución de la abundancia de cosas, que se gastan en estas celebraciones, ofende a los dioses de los gentiles, se muestra qué clase de seres son los que se deleitan con tales cosas. Pero si ellos mismos, enojados, disminuyen estas cosas, es más útil que se enojen que se complazcan. Por lo tanto, o reprueben a sus filósofos, que reprobaron tales cosas en los hombres lujuriosos; o rompan a sus dioses, que exigieron tales cosas de sus adoradores: si es que ya encuentran a quienes romper o a quienes esconder: pero dejen de imputar la disminución de las cosas secundarias, que fluían en lo torpe y dañino, a los tiempos cristianos, blasfemando, para que no nos recuerden más bien por lo que más se debe alabar el poder de Cristo.

CAPÍTULO XXXIV.---Epílogo de lo anterior.

52. Diría mucho sobre esto, si no me obligara ya la necesidad de concluir este libro y volver a la intención propuesta del trabajo asumido. Pues cuando me propuse resolver las cuestiones evangélicas, donde parece a algunos que los cuatro Evangelistas no concuerdan entre sí, al exponer las intenciones de cada uno, primero me encontré con la cuestión que algunos suelen plantear, de por qué no presentamos escritos de Cristo mismo. Pues quieren que se crea que él escribió algo que aman, y que no sintió nada contra sus dioses, sino que más bien los adoró con rito mágico: y que sus discípulos no solo mintieron sobre él, diciendo que era Dios por quien fueron hechas todas las cosas, cuando no era más que un hombre, aunque de sabiduría excelentísima; sino también que no enseñaron sobre sus dioses lo que aprendieron de él. Por lo cual, nos vimos obligados a urgirles sobre el Dios de Israel, quien es adorado por todas las naciones a través de la Iglesia de los cristianos, y ya destruye en todas partes las vanidades sacrílegas de estos, como lo predijo tanto tiempo antes a través de sus Profetas, y a través del nombre de Cristo, en quien prometió bendecir a todas las naciones, cumplió lo que predijo. De lo cual deben entender que ni Cristo pudo conocer o enseñar otra cosa sobre sus dioses que lo que el Dios de Israel ordenó y predijo a través de sus Profetas, por quienes prometió y envió a Cristo mismo; en cuyo nombre, según la promesa que hizo a los Padres, cuando todas las naciones fueron bendecidas, se hizo que el mismo Dios de Israel fuera llamado Dios de

toda la tierra: ni sus discípulos se desviaron de la doctrina de su maestro, cuando prohibieron adorar a los dioses de los gentiles, para que no adoráramos a ídolos insensatos, ni tuviéramos sociedad con demonios, ni sirviéramos con el culto de la religión a la criatura más que al Creador.

CAPÍTULO XXXV.---El misterio del Mediador es predicado a los antiguos por profecía, a nosotros por el Evangelio.

53. Por lo tanto, siendo Cristo mismo la Sabiduría de Dios, por quien fueron creadas todas las cosas, y siendo que ninguna mente racional, ya sea de ángeles o de hombres, se hace sabia sino por la participación de él mismo, a quien nos adherimos por el Espíritu Santo, por quien la caridad se difunde en nuestros corazones, la cual Trinidad es un solo Dios; se consultó a la providencia divina para los mortales, cuya vida temporal estaba ocupada en cosas que nacen y mueren, para que esa misma Sabiduría de Dios, al asumir la unidad de persona con un hombre, en el cual naciera temporalmente, viviera, muriera, resucitara, diciendo y haciendo, sufriendo y soportando lo que es adecuado para nuestra salvación, se convirtiera en ejemplo para los hombres de regresar desde abajo, y para los ángeles que están arriba, ejemplo de permanecer. Pues si en la naturaleza del alma racional no naciera temporalmente algo, es decir, no comenzara a ser lo que no era, nunca pasaría de una vida pésima y necia a una sabia y óptima. Por lo tanto, como la verdad de las cosas eternas es disfrutada por los que contemplan, pero a las cosas nacidas se debe la fe de los que creen, el hombre es purificado por la fe en las cosas temporales, para que perciba la verdad de las eternas. Pues incluso un filósofo muy noble de ellos, Platón, en el libro que llaman Timeo, dice así: «En cuanto a lo que ha nacido, la eternidad vale tanto como la fe a la verdad.» Dos de esas cosas están arriba, la eternidad y la verdad: dos de estas están abajo, lo que ha nacido, y la fe. Para que seamos llamados de lo bajo a lo alto, y lo que ha nacido reciba la eternidad, es necesario llegar a la verdad a través de la fe. Y porque todas las cosas que van en dirección contraria, son llevadas de regreso por algo intermedio, y la iniquidad temporal nos alejaba de la justicia eterna; por lo tanto, era necesario una justicia temporal intermedia, que fuera intermedia, temporal de lo bajo, justa de lo alto, y así, sin romperse de lo alto, y adaptándose a lo bajo, devolviera lo bajo a lo alto. Por eso Cristo fue llamado mediador entre Dios y los hombres, entre Dios inmortal y hombre mortal, Dios y hombre (1 Timoteo 2, 5), reconciliando al hombre con Dios, permaneciendo lo que era, hecho lo que no era. Él es para nosotros la fe en las cosas nacidas, que es la verdad en las eternas.

54. Este gran e inenarrable sacramento, este reino y sacerdocio se revelaba a los antiguos por profecía, y se predica a sus descendientes por el Evangelio. Pues era necesario que alguna vez se devolviera a todas las naciones lo que durante mucho tiempo se prometía a una sola nación. Por tanto, quien envió a los Profetas antes de su descenso, también envió a los Apóstoles después de su ascensión. Y a todos sus discípulos, a través del hombre que asumió, es como la cabeza a los miembros de su cuerpo. Así que cuando ellos escribieron lo que él mostró y dijo, de ninguna manera se debe decir que él no escribió; puesto que sus miembros realizaron lo que conocieron bajo la dirección de la cabeza. Porque todo lo que él quiso que leyéramos sobre sus hechos y dichos, les ordenó que lo escribieran como si fueran sus propias manos. Quien entienda esta comunión de unidad y el ministerio concordante de los miembros en diversos oficios bajo una sola cabeza, no tomará de otra manera lo que leyó en el Evangelio narrado por los discípulos de Cristo, que si hubiera visto la misma mano del Señor, que llevaba en su propio cuerpo, escribiendo. Por lo tanto, veamos más bien qué tipo de cosas son aquellas que piensan que los Evangelistas escribieron en contradicción consigo mismos (lo cual puede parecer a los que entienden poco); para que, al resolver estas cuestiones,

también se haga evidente que los miembros de esa cabeza, no solo sintiendo lo mismo, sino también escribiendo de manera coherente, han mantenido la genuina concordia en la unidad de su cuerpo.

LIBRO SEGUNDO.

En el cual Agustín trata el Evangelio de Mateo hasta la narración de la cena, y lo compara con los otros Evangelios de Marcos, Lucas y Juan, demostrando que se encuentra un acuerdo perpetuo entre los cuatro Evangelistas.

PRÓLOGO.

1. Puesto que en un discurso no breve y muy necesario, que hemos abarcado en un solo libro, hemos refutado la vanidad de aquellos que piensan que los discípulos de Cristo, al escribir el Evangelio, deben ser despreciados porque, aunque no dudan en honrar a Cristo no como Dios, pero sí como un hombre de sabiduría muy superior a los demás, no se presentan escritos de él por nosotros; y quieren que parezca que él escribió cosas tales como las que los perversos aman, no aquellas que, leídas y creídas, pueden corregir a los perversos: ahora veamos cómo concuerdan entre sí y consigo mismos las cosas que los cuatro Evangelistas escribieron sobre Cristo; para que no sufran escándalo en la fe cristiana aquellos que son más curiosos que capaces, quienes, no habiendo leído de cualquier manera, sino como si hubieran examinado diligentemente los Libros evangélicos, piensan que han descubierto algunas incongruencias y contradicciones, y consideran que deben ser objetadas contenciosamente más que consideradas prudentemente.

CAPÍTULO PRIMERO.---Por qué se mencionan los generadores de Cristo hasta José, cuando Cristo no nació de su semilla, sino de la Virgen María.

2. El evangelista Mateo comenzó así: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mat. I, 1). Con este comienzo suyo muestra suficientemente que asumió narrar la generación de Cristo según la carne. Pues según esta, Cristo es hijo del hombre, lo cual él mismo se llama frecuentemente (Id. VIII, 20, y IX, 6), recomendándonos lo que misericordiosamente se dignó ser por nosotros. Pues aquella generación suprema y eterna, según la cual el Hijo de Dios es unigénito antes de toda criatura, porque todas las cosas fueron hechas por él, es tan inefable que se entiende que el profeta dijo de ella: ¿Quién contará su generación? (Isai. LIII, 8). Por tanto, Mateo prosigue la generación humana de Cristo, mencionando a los generadores desde Abraham, a quienes lleva hasta José, el esposo de María de quien nació Jesús. Pues no era lícito pensar que debía separarse de la unión conyugal de María, porque no fue por su concubito, sino que la virgen dio a luz a Cristo. Con este ejemplo se insinúa magníficamente a los fieles casados que, incluso manteniendo la continencia por mutuo consentimiento, pueden permanecer y ser llamados matrimonio, no por la mezcla del sexo corporal, sino por la custodia del afecto mental: especialmente porque también pudo nacerles un hijo sin ningún contacto carnal, que solo debe ser utilizado para engendrar hijos. Pues no por eso no debía llamarse José padre de Cristo, porque no lo había engendrado por concubito, ya que sería correctamente padre incluso de aquel que no hubiera sido procreado de su esposa, sino adoptado de otro lugar.

3. Cristo era considerado hijo de José de otra manera también, como si hubiera sido procreado completamente de su carne; pero esto lo pensaban aquellos a quienes la virginidad de María les era desconocida. Pues Lucas dice: Y Jesús mismo comenzaba a ser como de treinta años, como se suponía, hijo de José (Luc. III, 23). Sin embargo, Lucas no dudó en

llamar a ambos sus padres, no solo a María, cuando dice: Y el niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él. Y sus padres iban todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua. Pero para que nadie piense aquí que los padres deben entenderse como parientes consanguíneos de María con su madre, ¿qué responderá a lo que el mismo Lucas dijo anteriormente? Y su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él (Id. II, 40, 41, 33). Por tanto, aunque él mismo narra que Cristo no nació del concubito de José, sino de María virgen; ¿por qué lo llama su padre, sino porque entendemos correctamente que era el esposo de María sin mezcla de carne, por la misma unión conyugal; y por esto también padre de Cristo mucho más unido, que si hubiera sido adoptado de otro lugar? De donde es evidente que lo que dice, Como se suponía, hijo de José, lo dijo por aquellos que pensaban que había nacido de José, como nacen otros hombres.

CAPÍTULO II.---Cómo es Cristo hijo de David, cuando no nació del concubito de José, hijo de David.

4. Por lo tanto, incluso si alguien pudiera demostrar que María no tenía ningún origen de consanguinidad de David, bastaría según esta razón aceptar a Cristo como hijo de David, de la misma manera que José fue correctamente llamado su padre: cuánto más, cuando el apóstol Pablo dice claramente que Cristo es del linaje de David según la carne (Rom. I, 3), no debemos dudar que también María llevaba alguna consanguinidad de la estirpe de David. De esta mujer, ya que tampoco se oculta su linaje sacerdotal, insinuado por Lucas, que era pariente de Isabel, a quien dice de las hijas de Aarón (Luc. I, 36, 5); debemos sostener firmemente que la carne de Cristo fue propagada de ambos linajes, tanto de reyes como de sacerdotes, en cuyas personas en aquel pueblo de los hebreos también se figuraba la unción mística, es decir, el crisma, de donde el nombre de Cristo resplandece, anunciado mucho antes también por esa significación evidentísima.

CAPÍTULO III.---Por qué Mateo enumera diferentes progenitores de Cristo que Lucas.

5. A quienes les preocupa que Mateo enumere diferentes progenitores, descendiendo de David hasta José (Mat. I, 1-16), y Lucas ascendiendo de José hasta David (Luc. III, 23-38), es fácil que adviertan que José pudo haber tenido dos padres, uno de quien fue engendrado, otro de quien fue adoptado. Pues la costumbre de adoptar es antigua incluso en aquel pueblo de Dios, para hacerse hijos a quienes no habían engendrado. Excepto que la hija de Faraón había adoptado a Moisés (Exod. II, 10) (pues ella era extranjera), el mismo Jacob adoptó a sus nietos nacidos de José, con palabras clarísimas diciendo: Ahora, pues, tus dos hijos, que te nacieron antes de que yo viniera a ti, son míos: Efraín y Manasés, como Rubén y Simeón serán míos. Pero si engendras hijos después, serán tuyos (Gen. XLVIII, 5, 6). De donde también se hizo que fueran doce tribus de Israel, excepto la tribu de Leví, que servía al templo; con ella, pues, eran trece, cuando los hijos de Jacob eran doce. De donde se entiende que Lucas asumió en su Evangelio al padre de José, no de quien fue engendrado, sino de quien fue adoptado, cuyos progenitores mencionó hacia arriba hasta llegar a David. Pues cuando es necesario, siendo ambos evangelistas veraces, tanto Mateo como Lucas, que uno de ellos haya mencionado el origen de aquel padre que engendró, y el otro de aquel que adoptó a José, es más probable que entendamos que Lucas mencionó el origen del adoptante, que aquel que no quiso decir que José fue engendrado por aquel de quien narraba que era su hijo. Pues más correctamente se dijo hijo de aquel de quien fue adoptado, que se dijera engendrado por aquel de cuya carne no había nacido. Pero Mateo, diciendo, Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y así perseverando en este verbo que es, engendró, hasta que al final dijera, Jacob engendró a José; expresó suficientemente que había llevado el orden de los generadores hasta aquel padre de quien José no fue adoptado, sino engendrado.

6. Aunque si también Lucas dijera que José fue engendrado por Heli, tampoco este verbo debería perturbarnos, para creer otra cosa que no sea que uno de los evangelistas mencionó al padre que engendró, y el otro al que adoptó a José. Pues no absurdamente se dice que alguien ha engendrado no por carne, sino por amor, a quien ha adoptado como hijo: o acaso también nosotros, a quienes Dios dio el poder de ser hechos hijos suyos, ¿nos engendró de su naturaleza y sustancia, como a su único Hijo, sino que ciertamente nos adoptó por amor? Este verbo lo usa frecuentemente el Apóstol (Rom. VIII, 15, y II, 4), no se entiende por otra cosa, sino para distinguir al Unigénito antes de toda criatura, por quien todas las cosas fueron hechas, que solo nació de la sustancia del Padre, según la igualdad de divinidad esto mismo que el Padre: quien dice que fue enviado para asumir carne de aquel linaje, en el cual también nosotros somos según nuestra naturaleza, para que participando él de nuestra mortalidad por amor, nos hiciera partícipes de su divinidad por adopción. Así dice: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos (Galat. IV, 4, 5). Y sin embargo, se dice que también nacimos de Dios, es decir, habiendo recibido el poder de ser hechos hijos suyos, que ya éramos hombres: pero somos hechos por gracia, no por naturaleza. Pues si fuéramos hijos por naturaleza, nunca habríamos sido otra cosa. Pues cuando Juan dijo, Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre; añadió, Los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Así, a los que dijo que fueron hechos hijos de Dios por el poder recibido, lo que significa aquella adopción que Pablo menciona, a esos mismos dijo que nacieron de Dios. Y para mostrar más claramente por qué gracia se hizo, Y el Verbo, dice, se hizo carne, y habitó entre nosotros (Joan. I, 12-14): como si dijera, ¿Qué maravilla si fueron hechos hijos de Dios cuando eran carne, por quienes el único se hizo carne, cuando era Verbo? Sin embargo, con esta gran diferencia, porque nosotros, hechos hijos de Dios, somos transformados a mejor, pero él, Hijo de Dios, cuando fue hecho hijo del hombre, no fue transformado a peor, sino que asumió lo que era inferior. También dice Santiago: Voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad, para que seamos un principio de su creación (Jacobi I, 18). No sea que en lo que dice, engendró, pensemos que nos hacemos esto mismo que él es, por eso nos concedió un cierto principado en la creación con esta adopción.

7. Por tanto, no sería ajeno a la verdad, incluso si Lucas dijera que José fue engendrado por aquel de quien fue adoptado. También así, pues, lo engendró, no para que fuera hombre, sino para que fuera hijo: como Dios nos engendró, para que seamos sus hijos, a quienes hizo para que fuéramos hombres. Pero al único lo engendró, no solo para que fuera Hijo, lo que el Padre no es; sino también para que fuera Dios, lo que el Padre es. Pero ciertamente si Lucas también usara este verbo, de todos modos sería ambiguo cuál de ellos habría mencionado al adoptante, cuál al padre que engendró a José: como si ninguno de ellos dijera, engendró, sino que este dijera que era hijo de aquel, y aquel de aquel, no obstante sería ambiguo cuál de ellos habría mencionado al que lo engendró, cuál al que lo adoptó. Ahora bien, cuando uno dice, Jacob engendró a José; el otro, José que fue hijo de Heli: incluso esta diferencia de palabras elegantemente insinuó lo que cada uno asumió. Pero esto fácilmente, como dije, podría ocurrirle a un hombre religioso, que juzgaría que cualquier otra cosa debe ser buscada antes que creer que un evangelista mintió; fácilmente, digo, ocurriría, para ver por qué causas un hombre pudo haber tenido dos padres: esto también les ocurriría a aquellos calumniadores, si prefirieran considerar antes que litigar.

CAPÍTULO IV.---Por qué se encuentran cuarenta generaciones, excepto el mismo Cristo, en Mateo, cuando triplica catorce.

8. Pero lo que debe insinuarse a continuación, realmente para que se advierta y vea, requería un lector muy atento y diligente. Pues se ha observado agudamente que Mateo, quien había establecido insinuar la persona real en Cristo, excepto el mismo Cristo, nombró a cuarenta hombres en la serie de generaciones. Este número significa aquel tiempo en el que en este mundo y en esta tierra debemos ser gobernados por Cristo según la disciplina laboriosa, por la cual Dios, como está escrito, azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6): de la cual dice el Apóstol, que por tribulación debemos entrar en el reino de Dios (Act. XIV, 21). Lo cual también significa aquella vara de hierro, de la que se lee en el Salmo, Los regirás con vara de hierro; cuando anteriormente había dicho, Yo he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo. Pues los buenos son gobernados también con vara de hierro, de quienes se dice, Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios? y si el justo con dificultad se salva: el pecador y el impío, ¿dónde aparecerán? (I Petr. IV, 17, 18). A quienes pertenece lo que sigue: Como vasija de alfarero los quebrarás (Sal. II, 9). Pues los buenos son gobernados por esta disciplina; los malos, en cambio, son quebrantados: quienes como si fueran los mismos son mencionados por los mismos sacramentos, que los malos tienen en común con los buenos.

9. Porque, por tanto, este número es el sacramento de esta vida laboriosa, en la que bajo la disciplina del rey Cristo luchamos contra el diablo, también lo declara aquello de que el ayuno de cuarenta días, es decir, la humillación del alma, fue consagrado tanto por la Ley como por los Profetas a través de Moisés y Elías, quienes ayunaron cuarenta días (Exod. XXXIV, 28, y III Reg. XIX, 8); y el Evangelio por el mismo ayuno del Señor, durante los cuales cuarenta días también fue tentado por el diablo (Matth. IV, 1, 2), ¿qué otra cosa sino prefigurando en su carne, que se dignó asumir de nuestra mortalidad, nuestra tentación durante todo el tiempo de este siglo? También después de la resurrección no quiso estar más de cuarenta días con los discípulos en esta tierra (Act. I, 3), aún mezclado con la conversación humana de esta vida, y recibiendo con ellos alimentos mortales, aunque ya no iba a morir: para que por esos mismos cuarenta días significara que cumpliría con su presencia oculta lo que prometió, cuando dijo, He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Matth. XXVIII, 20). ¿Por qué este número significa esta vida terrenal y temporal de los hombres, aquella causa por ahora se presenta, aunque haya otra quizás más secreta, que los tiempos de los años corren en vicisitudes cuadripartitas, y el mismo mundo se termina en cuatro partes, que a veces la Escritura menciona con el nombre de los vientos, del Oriente y Occidente, del Norte y del Sur (Zach. XIV, 4). Pero cuarenta, tienen cuatro veces diez. Además, esos mismos diez se completan progresando el número desde uno hasta cuatro.

10. Por tanto, a este mundo, y a esta vida terrenal y mortal de los hombres, a nosotros que debemos ser gobernados en tentación laborando, viniendo el rey Cristo, Mateo lo recibe, comenzando desde Abraham, y enumeró cuarenta hombres. Pues de la misma gente de los hebreos, que para ser distinguida de las demás naciones, Dios separó a Abraham de su tierra y de su parentela (Gen. XII, 1, 2), Cristo vino en carne; para que también esto perteneciera más distintivamente a él para ser profetizado y anunciado, lo que se prometía de qué gente vendría. Pues cuando dividió en tres artículos catorce generaciones, diciendo que desde Abraham hasta David son catorce generaciones, y desde David hasta la transmigración de Babilonia otras catorce, y otras tantas hasta el nacimiento de Cristo (Matth. I, 17); sin embargo, no las sumó para decir, Son en total cuarenta y dos. Pues uno de esos progenitores se cuenta dos veces, es decir, Jeconías, de quien se hizo una cierta desviación hacia las naciones extranjeras, cuando se transmigró a Babilonia. Pero donde el orden se desvía de la rectitud, y para ir en dirección diferente, como hace un ángulo; aquello que está en el ángulo

se cuenta dos veces, al final del orden anterior, y en la cabeza de la misma desviación. Y esto mismo ya prefiguraba a Cristo que de la circuncisión a la incircuncisión, como de Jerusalén a Babilonia, de alguna manera migraría, y de aquí y de allá sería como la piedra angular para los que creen en él. Estas cosas entonces en figura preparaba Dios para las cosas que vendrían en verdad. Pues el mismo Jeconías, donde se prefiguró este ángulo, se interpreta Preparación de Dios. Así, pues, ya no son cuarenta y dos, que hacen tres veces catorce, sino que por uno contado dos veces, se hacen cuarenta y una generaciones, si también contamos al mismo Cristo, quien regia y temporalmente preside a esta nuestra vida que debe ser gobernada, como el número cuarenta.

11. Porque Mateo quiso significar el descenso de Cristo para participar con nosotros en esta mortalidad, recordó las generaciones desde Abraham hasta José y hasta el nacimiento de Cristo, descendiendo desde el inicio de su Evangelio. Lucas, sin embargo, no desde el inicio de su Evangelio, sino desde el bautismo de Cristo, narra las generaciones, no descendiendo, sino ascendiendo, asignándolo más como sacerdote en la expiación de los pecados; donde una voz del cielo lo declaró, donde Juan dio testimonio de él, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1, 29). Ascendiendo, pasa por Abraham y llega a Dios, con quien somos reconciliados una vez purificados y expiados. Con razón él asumió el origen de la adopción, porque por adopción nos convertimos en hijos de Dios, creyendo en el Hijo de Dios. Por la generación carnal, el Hijo de Dios se hizo hijo del hombre por nosotros. Demostró suficientemente que no dijo que José era hijo de Helí porque fue engendrado por él, sino porque fue adoptado por él; ya que también llamó a Adán hijo de Dios, aunque fue hecho por Dios, pero por la gracia que luego perdió al pecar, fue constituido como hijo en el paraíso.

12. Por lo tanto, en las generaciones de Mateo, se significa la asunción de nuestros pecados por el Señor Cristo; en las generaciones de Lucas, se significa la abolición de nuestros pecados por el Señor Cristo. Por eso, aquel las narra descendiendo, este ascendiendo. Porque lo que dice el Apóstol: "Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado"; esta es la asunción de los pecados: pero lo que añade, "Para condenar al pecado en la carne" (Rom. 8, 3); esta es la expiación de los pecados. Por consiguiente, Mateo desciende desde el mismo David a través de Salomón, en cuya madre pecó (2 Sam. 11, 4): Lucas, sin embargo, asciende hasta el mismo David a través de Natán; por quien el profeta Dios expió su pecado (2 Sam. 12, 1-14). También el número que Lucas sigue, indica con certeza la abolición de los pecados. Porque alguna iniquidad de Cristo, quien no tuvo ninguna, no está unida a las iniquidades de los hombres, que asumió en su carne; por eso el número en Mateo, excepto Cristo, es cuarenta. Pero porque nos une a su justicia y a la del Padre, expiados de todo pecado y purificados, para que se cumpla lo que dice el Apóstol: "El que se une al Señor, es un espíritu con él" (1 Cor. 6, 17); por eso en el número que está en Lucas, tanto Cristo, de quien comienza la enumeración, como Dios, a quien llega, son contados, y se hace el número setenta y siete, que significa la remisión y abolición total de los pecados. Que también el mismo Señor expresó claramente por el misterio de este número, diciendo que se debe perdonar al que peca, no solo siete veces, sino setenta veces siete (Mat. 18, 22).

13. No en vano este número se refiere a la purificación de todos los pecados, si se investiga con más diligencia. Porque el número diez, como número de justicia, se muestra en los diez mandamientos de la Ley. Por otro lado, el pecado es la transgresión de la Ley; y ciertamente la transgresión del número diez se figura congruentemente en el número once: por eso se ordena hacer once cortinas de cilicio en el tabernáculo (Éx. 26, 7); ¿quién duda que el cilicio se refiere a la significación del pecado? Y por esto, porque todo el tiempo se desarrolla en el

número de siete días, convenientemente multiplicado el once por siete, se llega al número setenta y siete, que abarca todos los pecados. En este número también se realiza la plena remisión de los pecados, expiándonos en la carne de nuestro sacerdote, de quien ahora comienza este número; y reconciliándonos con Dios, a quien ahora llega este número por el Espíritu Santo, que apareció en forma de paloma en este bautismo, donde se recuerda este número (Luc. 3, 22).

CAPÍTULO V.---Cómo el orden de Mateo concuerda con el de Lucas en lo que respecta a la concepción y la infancia o niñez de Cristo, que uno omite y el otro recuerda.

14. Después de enumerar las generaciones, Mateo sigue así: "La generación de Cristo fue de esta manera. Estando desposada María su madre con José, antes de que se unieran, se halló que había concebido del Espíritu Santo". Cómo sucedió esto, que aquí omitió, Lucas lo expuso después de recordar la concepción de Juan, narrando así: "En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel a ella, dijo: Salve, llena de gracia; el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres. Al verla, se turbó por sus palabras, y pensaba qué clase de saludo sería este. Y el ángel le dijo: No temas, María; porque has hallado gracia ante Dios: he aquí concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús: este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios: y lo demás, que no pertenece a lo que ahora se trata. Esto, pues, Mateo lo recordó diciendo de María: "Se halló que había concebido del Espíritu Santo": y no es contrario que Lucas expuso lo que Mateo omitió; ya que ambos testifican que María concibió del Espíritu Santo: así como no es contrario que Mateo conecte lo que Lucas omite. Pues sigue y dice Mateo: "José, su marido, siendo justo y no queriendo exponerla a la infamia, quiso dejarla secretamente. Mientras pensaba en esto, he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa; porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús: porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta, diciendo: He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que traducido es: Dios con nosotros. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado; y recibió a su esposa: y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y llamó su nombre Jesús. Cuando Jesús nació en Belén de Judea en los días del rey Herodes, y lo demás.

15. Mateo y Lucas coinciden en la ciudad de Belén: pero cómo y por qué razón José y María llegaron allí, Lucas lo expone, Mateo lo omite. Por el contrario, Lucas guarda silencio sobre los Magos que vinieron de Oriente, Mateo lo dice, conectando así: "He aquí, unos Magos vinieron de Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Porque vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido a adorarle. Al oír esto, el rey Herodes se turbó; y lo demás, hasta el lugar donde está escrito de los Magos que, advertidos en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino. Todo esto Lucas lo omite, así como Mateo no narró lo que Lucas narra, que el Señor fue puesto en un pesebre; y que un ángel anunció su nacimiento a los pastores; y que una multitud del ejército celestial se unió al ángel alabando a Dios; y que los pastores vinieron y vieron que era verdad lo que el ángel les había anunciado; y que en el día de su circuncisión recibió su nombre; y lo que después de

cumplidos los días de la purificación de María, el mismo Lucas narra, que lo llevaron a Jerusalén, y sobre Simeón o Ana, lo que dijeron de él en el templo, después de haberlo reconocido llenos del Espíritu Santo: todo esto lo calla Mateo.

16. Por lo tanto, se pregunta con razón cuándo sucedieron, ya sea lo que Mateo omite y Lucas dice, o lo que Lucas omite y Mateo dice. Ya que Mateo, después de que los Magos que vinieron de Oriente regresaron a su tierra, sigue narrando que José fue advertido por un ángel para que huyera a Egipto con el niño, para que no fuera asesinado por Herodes; luego, al no encontrarlo, Herodes mató a los niños de dos años para abajo; y después de la muerte de Herodes, regresaron de Egipto, y al saber que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, habitaron con el niño en la ciudad de Nazaret en Galilea: todo esto Lucas lo calla. Y no por eso puede parecer contrario que uno diga lo que el otro omite, o que el otro recuerde lo que este no dice. Pero se pregunta cuándo pudieron suceder las cosas que Mateo narra sobre la partida a Egipto y el regreso de allí después de la muerte de Herodes, para que ya habitaran en la ciudad de Nazaret, a donde Lucas, después de haber cumplido en el templo todo lo referente al niño según la Ley del Señor, recuerda que regresaron. Aquí, por lo tanto, se debe entender lo que sigue para otras cosas similares, para que no perturben de la misma manera y confundan el ánimo, que cada Evangelista narra su relato de tal manera que parece una serie ordenada como si no omitiera nada: pues, omitiendo lo que no quiere decir, así conecta lo que quiere decir con lo que estaba diciendo, de modo que parece que sigue inmediatamente: pero cuando uno dice lo que el otro omitió, el orden considerado diligentemente indica el lugar donde pudo haber saltado lo que fue omitido, para que lo que pretendía decir se uniera a lo anterior, como si siguiera sin interrupciones. Por lo tanto, se entiende que Mateo, donde dice que los Magos fueron advertidos en sueños de no volver a Herodes, y regresaron a su tierra por otro camino; allí omitió lo que Lucas narró que sucedió alrededor del Señor en el templo, y lo que dijeron Simeón y Ana: donde nuevamente Lucas, omitiendo la partida a Egipto, que narra Mateo, conectó como continua la regresión a la ciudad de Nazaret.

17. Si alguien desea organizar una sola narración de todos los eventos relacionados con el nacimiento, infancia o niñez de Cristo, que se mencionan o se omiten en las narraciones de ambos evangelistas, puede hacerlo de la siguiente manera: La generación de Cristo fue así (Mateo 1, 18). En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías; su esposa era de las hijas de Aarón y se llamaba Isabel. Ambos eran justos ante Dios, caminando sin reproche en todos los mandamientos y preceptos del Señor. No tenían hijos, porque Isabel era estéril y ambos eran de edad avanzada. Mientras Zacarías ejercía su ministerio sacerdotal ante Dios, según el orden de su grupo, le tocó por suerte entrar en el templo del Señor para ofrecer el incienso, y toda la multitud del pueblo estaba orando afuera a la hora del incienso. Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. Zacarías se turbó al verlo y el temor se apoderó de él. Pero el ángel le dijo: No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada, y tu esposa Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Será para ti motivo de gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento, porque será grande ante el Señor. No beberá vino ni licor, y estará lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios, y él irá delante de Él con el espíritu y el poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo sabré esto? Porque yo soy anciano y mi esposa es de edad avanzada. El ángel le respondió: Yo soy Gabriel, que estoy en la presencia de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva. Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda, porque no creíste mis palabras, que se cumplirán a su debido tiempo. El pueblo estaba

esperando a Zacarías y se extrañaban de que tardara tanto en el templo. Cuando salió, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el templo. Él les hacía señas y permanecía mudo. Cuando se cumplieron los días de su ministerio, regresó a su casa. Después de estos días, su esposa Isabel concibió y se mantuvo oculta durante cinco meses, diciendo: Así ha hecho el Señor conmigo en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres. En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. El ángel, al entrar, le dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres. Ella se turbó al oír estas palabras y se preguntaba qué significaría este saludo. El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por siempre, y su reino no tendrá fin. María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? El ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Y mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está en el sexto mes la que llamaban estéril, porque para Dios nada es imposible. María dijo: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia. En aquellos días, María se levantó y fue apresuradamente a la región montañosa, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su vientre, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Exclamó con gran voz: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque apenas llegó la voz de tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor. María dijo: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva. Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho grandes cosas en mí; santo es su nombre, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre. María permaneció con ella unos tres meses y luego regresó a su casa (Lucas 1, 5, 36); y se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo y no queriendo exponerla a la deshonra, decidió dejarla en secreto. Mientras pensaba en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido engendrado es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros. Al despertar, José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado y recibió a su esposa, pero no la conoció (Mateo 1, 18-25). Cuando se cumplió el tiempo de Isabel para dar a luz, tuvo un hijo. Sus vecinos y parientes oyeron que el Señor había mostrado gran misericordia hacia ella y se alegraron con ella. Al octavo día, vinieron para circuncidar al niño y querían llamarlo con el nombre de su padre, Zacarías. Pero su madre respondió: No, se llamará Juan. Le dijeron: No hay nadie en tu familia que tenga ese nombre. Entonces preguntaron por señas a su padre cómo quería que se llamara. Él pidió una tablilla y escribió: Su nombre es Juan. Todos se maravillaron. Inmediatamente se le soltó la lengua y comenzó a hablar, bendiciendo a Dios. Un temor reverente se apoderó de todos sus vecinos, y en toda la región montañosa de Judea se comentaban estas cosas. Todos los que las

oían las guardaban en su corazón, diciendo: ¿Qué llegará a ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él. Zacarías, su padre, lleno del Espíritu Santo, profetizó: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Ha levantado un poderoso Salvador para nosotros en la casa de David, su siervo, como lo había prometido desde antiguo por boca de sus santos profetas. Salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian. Para mostrar misericordia a nuestros padres y recordar su santo pacto, el juramento que hizo a nuestro padre Abraham, de concedernos que, libres de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, en santidad y justicia delante de él todos nuestros días. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para preparar sus caminos, para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación mediante el perdón de sus pecados, por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pies por el camino de la paz. El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel. En aquellos días, salió un edicto de César Augusto para que se empadronara todo el mundo. Este primer censo se realizó siendo gobernador de Siria Quirino. Todos iban a empadronarse, cada uno a su ciudad. José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, porque era de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Mientras estaban allí, se cumplieron los días para que ella diera a luz, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigiliass de la noche sobre su rebaño. Un ángel del Señor se les apareció, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y tuvieron gran temor. El ángel les dijo: No temáis, porque os traigo una buena nueva de gran gozo, que será para todo el pueblo: hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: encontraréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De repente, apareció con el ángel una multitud del ejército celestial, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Cuando los ángeles se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Vayamos, pues, hasta Belén y veamos esto que ha sucedido, que el Señor nos ha dado a conocer. Fueron apresuradamente y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca de este niño. Todos los que lo oyeron se maravillaron de lo que los pastores les decían. María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, tal como se les había dicho. Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, se le puso por nombre Jesús, el nombre que el ángel le había dado antes de ser concebido en el vientre (Lucas 1, 57; 2, 21). Y he aquí que unos magos vinieron de Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Reunió a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, se informó de ellos del tiempo en que había aparecido la estrella. Los envió a Belén y les dijo: Id y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando lo encontréis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y lo adore. Ellos, después de oír al rey, se fueron; y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se alegraron con gran gozo. Al entrar en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Advertidos en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro

camino (Mateo 2, 1-12). Cuando se fueron, después de cumplirse los días de la purificación de su madre, según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor. Y para ofrecer un sacrificio conforme a lo que se dice en la Ley del Señor: un par de tórtolas o dos pichones. Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, fue al templo. Cuando los padres del niño Jesús lo llevaron para cumplir con él lo que ordenaba la Ley, él lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, que has preparado ante la vista de todos los pueblos, luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel. Su padre y su madre estaban maravillados de lo que se decía de él. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Este niño está destinado para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad avanzada, había vivido con su esposo siete años desde su virginidad, y era viuda hasta los ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Llegando en ese momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Cuando cumplieron todo conforme a la Ley del Señor (Lucas 2, 22-39), he aquí que un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes buscará al niño para matarlo. Él se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, y se retiró a Egipto. Estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: De Egipto llamé a mi hijo. Cuando Herodes se dio cuenta de que había sido burlado por los magos, se enfureció mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías: Se oyó una voz en Ramá, llanto y gran lamentación, Raquel llorando por sus hijos, y no quiso ser consolada porque ya no existen. Después de la muerte de Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la vida del niño. Él se levantó, tomó al niño y a su madre, y fue a la tierra de Israel. Pero al oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo que fue dicho por los profetas: Será llamado Nazareno (Mateo 2, 13-23). El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él. Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta. Al terminar los días, cuando regresaban, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Pensando que estaba en la caravana, anduvieron un día de camino y lo buscaban entre los parientes y conocidos. Al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén buscándolo. Al cabo de tres días, lo hallaron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían se asombraban de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, se sorprendieron, y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Él les respondió: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que les decía. Descendió con ellos, fue a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres (Lucas 2, 40-52).

CAPÍTULO VI.---Del orden de la predicación de Juan el Bautista entre los cuatro evangelistas.

18. Desde aquí comienza a narrarse la predicación de Juan, que todos los cuatro evangelistas mencionan. Pues Mateo, después de las palabras que puse al final de su relato, donde cita el testimonio del profeta, "Porque será llamado Nazareno", continúa y añade: "En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea", etc. (Mateo III, 1). Y Marcos, que no narró nada sobre el nacimiento, infancia o niñez del Señor, comenzó su Evangelio desde aquí, es decir, desde la predicación de Juan. Así comenzó: "Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios: como está escrito en el profeta Isaías: He aquí envío mi mensajero delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Juan estaba en el desierto bautizando y predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados", etc. (Marcos I, 1-4). Y Lucas, después de las palabras donde dice, "Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres", ya sigue con la predicación de Juan diciendo: "En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto", etc. (Lucas III, 1, 2). También el apóstol Juan, el más eminente entre los cuatro evangelistas, después de haber hablado del Verbo de Dios, que es el mismo Hijo antes de todas las criaturas, porque todas las cosas fueron hechas por él, inmediatamente introduce la predicación y el testimonio de Juan diciendo: "Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan" (Juan I, 6). Por lo tanto, ya es necesario ver cómo las narraciones de los cuatro evangelistas sobre Juan el Bautista no discrepan entre sí: no para que se nos exija o requiera en todo lo que hicimos sobre los comienzos del nacimiento de Cristo de María, cómo Mateo y Lucas concuerdan entre sí, para que de la narración de ambos hiciéramos una sola, demostrando a los más lentos que al recordar uno lo que el otro calla, o al callar uno lo que el otro recuerda, no se impide la comprensión de la veraz narración del otro; para que con este ejemplo, ya sea como lo hice yo, o de otro modo más conveniente, cada uno vea que también en otros lugares similares se puede hacer lo que aquí se ha visto que se hizo.

19. Ahora, pues, como dije, veamos el consenso de los cuatro evangelistas sobre Juan el Bautista. Mateo sigue así: "En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea". Marcos no dijo, "En aquellos días", porque no había mencionado ninguna serie de eventos anteriores, en cuyos días se pudiera entender que decía, si dijera, "En aquellos días". Lucas, sin embargo, expresó más significativamente los tiempos mismos de la predicación o del bautismo de Juan a través de los poderes terrenales diciendo: "En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto". Sin embargo, no debemos entender que Mateo se refirió a estos días, es decir, a este tiempo de estos poderes, cuando dijo, "En aquellos días"; sino que quiso que se entendiera en un espacio de tiempo mucho más largo lo que dijo, "En aquellos días". Pues tan pronto como narró el regreso de Cristo de Egipto tras la muerte de Herodes; lo cual ciertamente ocurrió en el tiempo de su infancia o niñez, para que pueda constar lo que Lucas narró sobre él, cuando tenía doce años, que ocurrió en el templo de Jerusalén (Lucas II, 42-50): por lo tanto, cuando Mateo recordó al niño o al joven que fue llamado de Egipto, inmediatamente añadió, "En aquellos días vino Juan el Bautista", no insinuando ciertamente solo los días de su niñez, sino todos los días desde su nacimiento hasta el tiempo en que Juan

comenzó a predicar y bautizar, en cuyo tiempo ya se encuentra la edad juvenil de Cristo; porque él y Juan eran coetáneos, y se dice que tenía casi treinta años cuando fue bautizado por él.

CAPÍTULO VII.---Sobre los dos Herodes.

20. Pero ciertamente, sobre Herodes suele inquietar a algunos que Lucas narró que en los días del bautismo de Juan, Herodes era tetrarca de Galilea, cuando también el Señor fue bautizado joven (Lucas III, 1-21); pero Mateo dice que, muerto Herodes, el niño Jesús regresó de Egipto: lo cual no puede ser cierto a menos que se entienda que hubo dos Herodes. Lo cual, cuando nadie ignora que pudo haber sucedido, ¿qué ceguera hace que enloquezcan aquellos que son más proclives a calumniar la verdad evangélica que a ser un poco más considerados, para entender que dos hombres fueron llamados con el mismo nombre? de lo cual hay ejemplos en abundancia. Pues se dice que este último Herodes fue hijo del primer Herodes; como Arquelao, a quien Mateo menciona que sucedió a su padre muerto en el reino de Judea (Mateo II, 19-22); como Felipe, a quien Lucas insinúa como hermano del tetrarca Herodes y también tetrarca de Iturea. Pues aquel Herodes que buscaba la vida del niño Cristo fue rey; pero otro Herodes, su hijo, no fue rey, sino llamado tetrarca, un nombre griego que resuena por una cuarta parte del reino.

CAPÍTULO VIII.---Cómo dice Mateo que José temió ir con el niño Cristo a Jerusalén, por causa de Arquelao; y no temió ir a Galilea, donde estaba el tetrarca Herodes, su hermano.

21. A menos que tal vez alguien se inquiete de nuevo, cuando Mateo dice que José temió ir a Judea con el niño que regresaba, porque Arquelao, hijo de su padre Herodes, reinaba allí; ¿cómo pudo ir a Galilea, donde otro hijo de él, Herodes, era tetrarca, como testifica Lucas? Como si esos fueran los tiempos en que entonces se temía por el niño, que ahora Lucas ha mencionado, que ya estaban tan cambiados, que en la misma Judea ya no era rey Arquelao, sino Poncio Pilato, que no era rey de los judíos, sino gobernador: en cuyos tiempos, bajo el emperador Tiberio, los hijos del mayor Herodes no tenían reino, sino tetrarquía. Lo cual ciertamente aún no había sucedido, cuando José, temiendo a Arquelao que reinaba en Judea, se trasladó con el niño a Galilea, donde también estaba su ciudad, Nazaret.

CAPÍTULO IX.---Cómo dice Mateo que José fue a Galilea con el niño Cristo porque temió a Arquelao que reinaba en Jerusalén por su padre; cuando Lucas dice que fue a Galilea porque allí estaba Nazaret, su ciudad.

22. ¿O tal vez esto también inquieta, cómo dice Mateo que los padres de Jesús fueron a Galilea con el niño porque no quisieron ir a Judea por miedo a Arquelao; cuando más bien parecen haber ido a Galilea porque su ciudad era Nazaret de Galilea, como Lucas no lo ocultó? Pero debe entenderse que cuando el ángel en sueños en Egipto dijo a José, "Levántate, toma al niño y a su madre, y ve a la tierra de Israel", fue entendido primero por José como si se le hubiera ordenado ir a Judea; pues esta podría haber sido entendida primeramente como la tierra de Israel: pero después de saber que allí reinaba el hijo de Herodes, Arquelao, no quiso exponerse a ese peligro, cuando la tierra de Israel también podía entenderse así, para que también Galilea se considerara allí, porque también el pueblo de Israel habitaba en ella. Aunque también esta cuestión puede resolverse de otro modo, porque pudo parecer a los padres de Cristo con el niño, sobre quien habían conocido tales cosas por respuestas angélicas, que no debían habitar sino en Jerusalén, donde estaba el templo del Señor; y por eso, al regresar de Egipto, iban a ir allí y habitar allí, a menos que la presencia

de Arquelao los aterrara. Pues no se les ordenaba divinamente habitar allí, para que debieran despreciar lo que temían de Arquelao.

CAPÍTULO X.---Cómo dice Lucas que sus padres iban todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua con aquel niño; cuando Mateo dice que temieron ir allí al regresar de Egipto por miedo a Arquelao.

23. ¿O alguien dice: ¿Cómo entonces, como narra Lucas, sus padres iban todos los años de la niñez de Cristo a Jerusalén, si por miedo a Arquelao se les prohibía acercarse allí? No me sería difícil resolver esto, ni siquiera si alguno de los evangelistas hubiera expresado cuánto tiempo reinó allí Arquelao. Pues podría suceder que durante el día festivo entre tanta multitud subieran en secreto, para regresar pronto, donde sin embargo temían habitar en otros días: para que no fueran irreligiosos al omitir la solemnidad, ni conspicuos por una estancia continua. Pero como también todos han guardado silencio sobre cuánto duró el reino de Arquelao, también este entendimiento es claro, para que lo que Lucas dice que solían subir todos los años a Jerusalén (Lucas II, 41), lo entendamos hecho cuando ya no se temía a Arquelao. Pero si el reino de Arquelao fue algo más prolongado según alguna historia fuera del Evangelio, a la que se deba dar crédito; lo que dije antes será suficiente, que temían tanto la estancia en Jerusalén, que sin embargo por temor de Dios no omitían la festividad solemne, en la cual fácilmente podían pasar desapercibidos: pues no es increíble que, aprovechando tiempos oportunos ya sea de días o de horas, las personas se acerquen a esos lugares en los que temen estar.

CAPÍTULO XI.---Cómo pudo ser que, cumplidos los días de la purificación de la madre de Cristo, como dice Lucas, subieran con él al templo para realizar los ritos, si según Mateo ya Herodes, por los Magos, sabía que había nacido aquel por quien, al buscarlo, mató a tantos niños.

24. También se resuelve esta cuestión, si a alguien le inquieta, cómo ya estaba preocupado aquel mayor Herodes, alarmado por el anuncio de los Magos, de que había nacido el rey de los judíos, cómo pudieron, cumplidos los días de la purificación de su madre, subir con él al templo, para que se hicieran con él según la Ley del Señor lo que Lucas menciona. Pues ¿quién no ve que incluso un solo día pudo pasar desapercibido para el rey ocupado en muchas cosas? Pero si eso no parece verosímil, que Herodes, que esperaba con gran ansiedad qué le dirían los Magos sobre el niño, después de tantos días se sintiera burlado, de modo que después del tiempo de la purificación de su madre, y realizada la solemnidad de los primogénitos en el templo de Jerusalén, después también de su partida a Egipto, se le ocurriera buscar la vida del niño, y matar a tantos niños como narra Mateo (Mateo II, 3-16): si esto, pues, inquieta, omito decir cuántas y cuán grandes ocupaciones pudieron distraer la atención real durante muchos días de esa intención, ya sea apartándola completamente o impidiéndola. Pues no se pueden enumerar las causas por las cuales esto pudo haber sucedido; que, sin embargo, nadie tan inexperto en los asuntos humanos es, que lo niegue o lo dude. Pues ¿a quién no se le ocurre cuántas otras cosas más terribles pudieron ser anunciadas al rey, ya sean verdaderas o falsas, de modo que quien temía que un niño rey le fuera adverso a él o a sus hijos después de algunos años, agitado por terrores de peligros más inminentes, su mente apartada de esa preocupación se ocupara más bien en prevenir otros peligros más cercanos? Así que, para omitir esto, digo que después de que los Magos no le informaron nada a Herodes, pudo creer que ellos, engañados por la visión de una estrella engañosa, después de no encontrar al que pensaban que había nacido, se avergonzaron de regresar a él, y así, con el temor disipado, dejó de buscar y perseguir al niño. Por lo tanto, cuando después de la purificación de su madre vinieron a Jerusalén con él, y se hicieron en el templo las cosas

que Lucas narra (Lucas II, 22-39), porque las palabras de Simeón y Ana profetizando sobre él, cuando comenzaron a ser proclamadas por quienes las oyeron, iban a volver a la intención original del rey, advertido en sueños, José huyó con el niño y su madre a Egipto. Luego, divulgados los hechos que ocurrieron y se dijeron en el templo, Herodes se sintió burlado por los Magos; y luego, deseando llegar a la muerte de Cristo, mató a muchos niños, como narra Mateo (Mateo II, 3-16).

CAPÍTULO XII.---Sobre las palabras de Juan entre los cuatro.

25. Mateo, en verdad, sobre Juan, así lo enlaza: "En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Este es aquel de quien se habló por el profeta Isaías diciendo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas" (Mateo III, 1-3). Marcos y Lucas también coinciden en que este testimonio de Isaías es sobre Juan (Marcos I, 3, y Lucas III, 4). Pues Lucas mencionó más palabras consecuentes del mismo profeta cuando narraba sobre Juan el Bautista. Sin embargo, el evangelista Juan recuerda que el mismo Juan el Bautista presentó este mismo testimonio de Isaías sobre sí mismo (Juan I, 23): como ahora Mateo dijo algunas palabras de Juan que otros no dijeron. Predicando, dice, en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado: estas palabras de Juan los otros las omitieron. Ahora bien, lo que sigue Mateo y añade, "Este es aquel de quien se habló por el profeta Isaías diciendo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas", está puesto ambigüamente, y no queda claro si lo mencionó Mateo por su propia cuenta, o si aún siguió las palabras del mismo Juan, para que todo esto se entienda que lo dijo Juan: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado: este es aquel de quien se habló por el profeta Isaías, etc. Pues no debe inquietar que no dijera, Yo soy aquel de quien se habló por el profeta Isaías; sino que dijo, Este es aquel de quien se habló. Pues tal locución es común en los mismos evangelistas Mateo y Juan. Pues Mateo dijo, "Vio a un hombre sentado en el telonio" (Mateo IX, 9); no dijo, Me vio a mí: y Juan, "Este es", dice, "el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero" (Juan XXI, 24); no dijo, Yo soy, o, Mi testimonio es verdadero. El mismo Señor a menudo dice, Hijo del hombre (Mateo IX, 6, y XVI, 27), o Hijo de Dios (Juan V, 25); y no dice, Yo: y, "Era necesario", dice, "que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día" (Lucas XXIV, 46); no dijo, Era necesario que yo padeciera. Por lo tanto, también Juan el Bautista, cuando dijo, "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado", pudo añadir sobre sí mismo lo que sigue, "Este es aquel de quien se habló por el profeta Isaías", etc., para que después de sus palabras Mateo continúe la narración, "Pero Juan tenía un vestido de pelos de camello", etc. Si es así, no es de extrañar si, interrogado sobre qué decía de sí mismo, como narra el evangelista Juan, dijo, "Yo soy la voz del que clama en el desierto" (Juan I, 23); como ya había dicho, ordenando que se arrepintieran. Sobre su vestimenta y alimento, Mateo sigue diciendo: "Pero Juan tenía un vestido de pelos de camello, y un cinturón de cuero alrededor de su cintura. Su alimento eran langostas y miel silvestre". Esto también lo dice Marcos casi con las mismas palabras, pero los otros dos lo callan.

26. Continúa, por tanto, Mateo y dice: Entonces salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la región alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados. Pero al ver a muchos de los fariseos y saduceos que venían a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, fruto digno de arrepentimiento: y no queráis decir dentro de vosotros, Tenemos por padre a Abraham; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Ya está el hacha

puesta a la raíz de los árboles: todo árbol, pues, que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego. Yo os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene después de mí, es más poderoso que yo, de quien no soy digno de llevar el calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego: su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja con fuego que no se apaga. Todo esto lo dice también Lucas, expresando casi las mismas palabras de Juan. Y donde hay alguna variación en las palabras, no se aparta sin embargo del mismo sentido: como cuando Mateo dice que Juan dijo, Y no queráis decir dentro de vosotros, Tenemos por padre a Abraham; y él, Y no comencéis a decir, Tenemos por padre a Abraham. Este, Yo os bautizo en agua para arrepentimiento; él interpone la pregunta de las multitudes, qué debían hacer, y Juan respondiéndoles sobre las buenas obras, como frutos del arrepentimiento, lo que Mateo omitió: luego, pensando en sus corazones sobre él si era el Cristo, dice que respondió, Yo os bautizo en agua; no dijo, para arrepentimiento. Luego Mateo, Pero el que viene después de mí, es más poderoso que yo; él, Viene uno más poderoso que yo. También Mateo, De quien no soy digno de llevar el calzado; él, De quien no soy digno de desatar la correa de su calzado. Lo mismo dice Marcos, aunque calla lo demás: pues después de mencionar su vestimenta y alimento, sigue diciendo, Y predicaba diciendo: Viene uno más poderoso que yo después de mí, de quien no soy digno de inclinarme para desatar la correa de su calzado. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo. En cuanto al calzado, esto difiere de Lucas, porque añadió, inclinándome. En cuanto al bautismo, esto difiere de ambos, porque no dijo, y fuego, sino solamente, en Espíritu Santo. Pues así como Mateo, también Lucas dijo, y en el mismo orden, Él os bautizará en Espíritu y fuego: excepto que Lucas no añadió, santo, como Mateo dijo, en Espíritu Santo y fuego (Mat. III, 3-12, Marc. I, 6-8, y Luc. III, 7-17). A estos tres atestigua el evangelista Juan, cuando dice: Juan da testimonio de él, y clama diciendo, Este era de quien dije, El que viene después de mí, es antes de mí, porque era primero que yo (Juan I, 15). Así muestra que lo dijo entonces, cuando ellos recuerdan que lo dijo; pero repitió y recordó lo que ya había dicho, cuando dice, Este era de quien dije, el que viene después de mí.

27. Si, por tanto, se pregunta qué palabras dijo más bien Juan el Bautista, si las que Mateo, o las que Lucas recuerda que dijo, o las que Marcos en esas pocas que puso que dijo, callando las demás; de ninguna manera debe preocupar esto a quien prudentemente entiende que las mismas sentencias son necesarias para conocer la verdad, con cualesquiera palabras hayan sido explicadas. Pues el que uno mantenga un orden diferente de palabras, no es ciertamente contrario. Ni es contrario que uno diga lo que otro omite. Pues como cada uno recordaba, y como a cada uno le parecía mejor, ya sea más breve o más extenso, explicar la misma sentencia, así es evidente que lo hicieron.

28. Y en esto se muestra suficientemente lo que más importa, ya que la verdad del Evangelio, por la palabra de Dios, que permanece eterna e inmutable sobre toda criatura, dispensada por la criatura con signos temporales y lenguas humanas, ha obtenido la máxima autoridad; no debemos pensar que miente alguien, si al recordar más de uno lo que oyeron o vieron, no de la misma manera y con las mismas palabras, se indica la misma cosa; o si se cambia el orden de las palabras, o se usan otras palabras que sin embargo significan lo mismo; o si se dice menos de lo que no se le ocurrió al que recuerda, o de lo que se puede entender por otras cosas que se dicen; o si por la gracia de narrar otras cosas que decidió contar más, para que el tiempo sea suficiente, alguien asume no explicar todo, sino tocar algo en parte; o si para iluminar y declarar la sentencia, no añade nada de las cosas, pero sí algo de las palabras, a quien se le ha concedido la autoridad de narrar; o si, reteniendo bien la cosa, no logra, aunque lo intente, enunciar de memoria incluso las palabras que escuchó en su totalidad. Pero quien dice que ciertamente a los evangelistas por el poder del Espíritu Santo se les debió conceder

que no discreparan ni en el tipo de palabras, ni en el orden, ni en el número; no entiende cuánto más sobresale la autoridad de los evangelistas, tanto más debía ser fortalecida por ellos la seguridad de los demás hombres que hablan la verdad: para que, al narrar más de uno la misma cosa, de ninguna manera alguno de ellos sea correctamente acusado de mentira, si difiere de otro de tal manera que pueda incluso ser defendido por el ejemplo precedente de los evangelistas. Pues ya que no es lícito pensar o decir que alguno de los evangelistas mintió; así se mostrará que tampoco mintió aquel a quien al recordar le ocurrió algo similar a lo que se muestra que les ocurrió a ellos. Y cuanto más pertenece a las mejores costumbres evitar la mentira, tanto más debíamos ser guiados por tan eminente autoridad, para no pensar que son mentiras, cuando encontramos que las narraciones de algunos varían entre sí, como han variado entre los evangelistas. Al mismo tiempo, lo que más importa para la doctrina fiel, entendemos que no se debe buscar o abrazar tanto la verdad de las palabras como la de las cosas, cuando aprobamos que aquellos que no usan la misma locución, cuando no discrepan en las cosas y las sentencias, han permanecido en la misma verdad.

29. ¿Qué, pues, en lo que he propuesto al comparar las narraciones de los evangelistas, se debe considerar contrario? ¿O es que uno dijo, de quien no soy digno de llevar el calzado; y otros, de desatar la correa del calzado? Pues no en las palabras, ni en el orden de las palabras, ni en algún tipo de locución, sino incluso en la misma cosa parece ser diferente llevar el calzado que desatar la correa del calzado. Con razón, pues, se puede preguntar qué dijo Juan que no era digno de hacer; si llevar el calzado o desatar la correa del calzado. Pues si dijo una de estas cosas, parece que aquel dijo la verdad que pudo narrar lo que dijo; pero quien dijo otra cosa, aunque no mintió, ciertamente se pensará que dijo una cosa por otra, ya sea por olvido. Conviene, sin embargo, que de los evangelistas esté ausente toda falsedad, no solo la que se profiere mintiendo, sino también la que se da por olvido. Por lo tanto, si importa a la cosa, entender algo diferente de lo que se dijo, llevar el calzado; y algo diferente de lo que se dijo, desatar la correa del calzado: ¿qué más se debe entender correctamente, sino que Juan dijo ambas cosas, ya sea en diferentes momentos o de manera continua? Pues pudo haber dicho así, De quien no soy digno de desatar la correa del calzado, ni de llevar el calzado; de modo que uno de los evangelistas mencionó una cosa, y otros otra, pero todos narraron la verdad. Pero si Juan no pretendía nada más, cuando hablaba del calzado del Señor, que su excelencia y su propia humildad; cualquiera de estas cosas que haya dicho, ya sea sobre desatar la correa del calzado o sobre llevar el calzado, sin embargo, mantuvo la misma sentencia, quienquiera que también con sus palabras expresó la misma significación de humildad a través de la mención del calzado, de donde no se desvió de la misma voluntad. Por lo tanto, es un modo útil y muy recomendable para la memoria, cuando decimos sobre la concordancia de los evangelistas, que no es mentira, cuando alguien incluso diciendo algo diferente que también aquel no dijo de quien narra algo, sin embargo, explica su voluntad, que también aquel que recuerda sus palabras. Pues así aprendemos saludablemente, que no se debe buscar otra cosa que lo que quiere aquel que habla.

CAPÍTULO XIII.---Del bautismo de Jesús.

30. Continúa, pues, Mateo y dice: Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán a Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan se lo impedía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero respondiendo Jesús, le dijo: Deja ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Los demás también atestiguan que Jesús vino a Juan. Pero tres recuerdan que fue bautizado: pero callan lo que Mateo dice, que Juan dijo al Señor, o el Señor respondió a Juan (Mat. III, 13-15, Marc. I, 9; Luc. III, 21, y Juan I, 32-34).

CAPÍTULO XIV.---De las palabras de la voz hecha del cielo sobre el bautizado.

31. Luego sigue Mateo: Y Jesús, después de ser bautizado, subió luego del agua. Y he aquí, los cielos se abrieron a él, y vio al Espíritu de Dios descendiendo como paloma, y viniendo sobre él. Y he aquí una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. Esto también lo narran de manera similar los otros dos, Marcos y Lucas: pero varían la locución de las palabras de la voz que se hizo del cielo, aunque la sentencia se mantiene. Pues lo que Mateo dice que se dijo, Este es mi Hijo amado, y los otros dos dicen, Tú eres mi Hijo amado, vale para explicar la misma sentencia, como se ha tratado anteriormente. Pues la voz celestial dijo una de estas cosas, pero el evangelista quiso mostrar que lo que se dijo, Este es mi Hijo, era para indicar a los que escuchaban que él era el Hijo de Dios, y así quiso referir lo dicho, Tú eres mi Hijo, como si se dijera a ellos, Este es mi Hijo. Pues no se le indicaba a Cristo lo que ya sabía: sino que lo escuchaban los que estaban presentes, para quienes también se hizo esa voz. Ahora bien, lo que uno dice, en quien tengo complacencia; otro, en ti tengo complacencia; otro, en ti complació a mí (Mat. III, 16, 17; Marc. I, 10, 11, y Luc. III, 22): si preguntas cuál de estas cosas sonó en aquella voz, acepta cualquiera, siempre que entiendas que aquellos que no retuvieron la misma locución, retuvieron la misma sentencia. Esta diversidad de locuciones es útil también para que no se entienda menos lo dicho de una sola manera, e interprete de manera diferente a como es la cosa. Pues lo que se dijo, en quien tengo complacencia, si alguien quiere entenderlo de tal manera que Dios parece complacerse en el Hijo; se le advierte por lo que se dijo, en ti tengo complacencia. Si nuevamente alguien entiende de esto solo, que en el Hijo el Padre complació a los hombres; se le advierte por lo que se dijo, en ti complació a mí. De lo cual se muestra suficientemente que, cualquiera de los evangelistas que haya retenido incluso las palabras de la voz celestial, otros variaron las palabras para explicar más familiarmente la misma sentencia: para que se entienda que esto fue dicho por todos, como si se dijera, En ti he constituido mi complacencia, es decir, por ti realizar lo que me place. Pero lo que algunos códices tienen según Lucas, que esto sonó en aquella voz lo que está escrito en el Salmo, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7); aunque se dice que no se encuentra en los códices griegos más antiguos, sin embargo, si puede ser confirmado por algunos ejemplares dignos de fe, ¿qué otra cosa sino que se debe entender que ambas cosas sonaron de cualquier orden de palabras?

CAPÍTULO XV.---Cómo según el evangelista Juan dice Juan el Bautista, Yo no le conocía; cuando según otros se encuentra que ya le conocía.

32. Pero lo que según Juan se dice de la paloma, no se narra cuando ocurrió, sino que se refieren las palabras de Juan el Bautista recordando lo que vio. En lo cual se pregunta, cómo se dijo, Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo, Sobre quien veas al Espíritu descendiendo y permaneciendo sobre él, este es el que bautiza en Espíritu Santo (Juan I, 33). Pues si entonces le conoció, cuando vio la paloma descendiendo sobre él, se pregunta cómo dijo al que venía a ser bautizado, Yo necesito ser bautizado por ti (Mat. III, 14): pues esto le dijo antes de que la paloma descendiera. De lo cual se muestra que, aunque ya le conocía (pues incluso en el vientre de su madre saltó de gozo, cuando María vino a Isabel (Luc. I, 41), sin embargo, aprendió algo en él que aún no conocía, por la descendencia de la paloma, que él bautizaría en Espíritu Santo con un poder propio y divino: para que ningún hombre que hubiera recibido el Bautismo de Dios, aunque bautizara a alguien, pudiera decir que lo que entregaba era suyo, o que el Espíritu Santo era dado por él.

CAPÍTULO XVI.---De la tentación de Jesús.

33. Continúa Mateo y dice: Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Pero él respondiendo dijo: Está escrito, No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, etc., hasta lo que se dijo, Entonces el diablo le dejó; y he aquí, los ángeles vinieron y le servían. Todo esto lo narra de manera similar Lucas, aunque no en el mismo orden. De donde es incierto qué ocurrió primero, si los reinos de la tierra le fueron mostrados primero, y luego fue llevado al pináculo del templo; o esto primero, y aquello después. Sin embargo, nada importa, mientras sea evidente que todo ocurrió: y que Lucas explica las mismas sentencias con otras palabras, no siempre es necesario destacar cuánto no se pierde de la verdad. Sin embargo, Marcos atestigua que fue tentado en el desierto por el diablo durante cuarenta días y noches; pero calla lo que se le dijo, o lo que respondió. También lo que Lucas omitió, este no lo calló, que los ángeles le servían (Mat. IV, 1-11, Marc. I, 12, 13, y Luc. IV, 1-13): pero Juan omitió todo este pasaje.

CAPÍTULO XVII.---De la vocación de los apóstoles pescadores.

34. Continúa narrando Mateo, Cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea: esto también lo dice Marcos, y Lucas (Mat. IV, 12; Marc. I, 14, y Luc. IV, 14); pero Lucas no dice nada aquí sobre Juan entregado. Sin embargo, el evangelista Juan, antes de que Jesús fuera a Galilea, dice que Pedro y Andrés permanecieron con él un día, y entonces a Pedro se le impuso el nombre, cuando antes se llamaba Simón. Al día siguiente, ya queriendo ir a Galilea, encontró a Felipe, y le dijo que le siguiera: de ahí se llegó a narrar también sobre Natanael. Al tercer día, estando en Galilea, hizo aquel milagro en Caná de la conversión del agua en vino (Juan I, 39-II, 11). Todas estas cosas los demás evangelistas las omitieron, conectando en sus narraciones que Jesús regresó a Galilea: de donde se entiende que hubo algunos días interpuestos, en los cuales se realizaron aquellas cosas sobre los discípulos, que son interpuestas por Juan. Sin embargo, no es contrario a aquel lugar, donde Mateo narra que el Señor dijo a Pedro, Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). Pues no se debe entender que recibió este nombre entonces, sino más bien entonces, cuando Juan recuerda que se le dijo, Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro (Juan I, 42): para que el Señor lo llamara con este nombre después diciendo, Tú eres Pedro. Pues no dijo, Tú serás llamado Pedro, sino, Tú eres Pedro; lo que ya se le había dicho antes, Tú serás llamado.

35. Luego continúa la narración Mateo, y dice: Y dejando la ciudad de Nazaret, vino y habitó en Capernaum junto al mar, en los confines de Zabulón y Neftalí, y lo demás, hasta que termina el discurso que tuvo en el monte. En cuyo contexto de narración le atestigua Marcos sobre la vocación de los discípulos, Pedro y Andrés, y poco después de Jacobo y Juan. Pero cuando Mateo inmediatamente unió la narración del largo discurso que tuvo en el monte, después de haber curado a muchos, y le siguieron grandes multitudes, Marcos intercaló otras cosas, porque les enseñaba en la sinagoga, y se asombraban de su doctrina. Entonces él dijo, lo que también Mateo después de aquel largo discurso, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. También narró sobre el hombre del que fue expulsado el espíritu inmundo; luego sobre la suegra de Pedro. En esto, sin embargo, Lucas le consiente (Mat. IV, 13, VII, 29, Marc. I, 16-31, y Luc. IV, 31-39): pero Mateo no narró sobre este demonio; sobre la suegra de Pedro no lo calló, sino que lo mencionó después (Mat. VIII, 14, 15).

36. En este lugar, que ahora consideramos, el mismo Mateo después de la vocación de los discípulos, a quienes pescando les ordenó que le siguieran, narra que recorrió Galilea,

enseñando en las sinagogas, y predicando el Evangelio, y sanando toda enfermedad; y reuniéndose las multitudes a él, subió al monte, y usó aquel largo discurso. Da, pues, lugar a entender que entonces se hicieron las cosas que Marcos narra después de la elección de los mismos discípulos, cuando recorría Galilea, y enseñaba en sus sinagogas: entonces también sobre la suegra de Pedro: pero lo recordó después, aunque no todo lo omitido lo revocó a la narración.

37. Ciertamente puede causar inquietud cómo Juan dice que no en Galilea, sino junto al Jordán, primero Andrés siguió al Señor con otro cuyo nombre no se menciona, luego Pedro recibió su nombre de Él, y tercero Felipe fue llamado a seguirlo: mientras que los otros tres evangelistas dicen que fueron llamados durante la pesca de manera bastante concordante, especialmente Mateo y Marcos. Pues Lucas no nombra a Andrés, quien sin embargo se entiende que estaba en esa barca según la narración de Mateo y Marcos, quienes brevemente mencionan cómo sucedió: lo que Lucas explicó más claramente, recordando también allí el milagro sobre la captura de peces, y que desde esa barca el Señor primero habló a las multitudes. Esto también parece diferir, ya que solo a Pedro se le recuerda que el Señor le dijo: "Desde ahora serás pescador de hombres"; lo que ellos narraron que fue dicho a ambos hermanos. Pero ciertamente pudo haber sido dicho primero a Pedro, cuando se maravillaba de la gran cantidad de peces capturados, como insinuó Lucas; y después a ambos, como recordaron esos dos. Por lo tanto, lo que dijimos sobre Juan debe ser considerado cuidadosamente: no puede considerarse una pequeña contradicción, ya que hay una gran diferencia de lugares, tiempo y de la misma vocación. Pues si junto al Jordán, antes de que Jesús fuera a Galilea, siguieron a Él dos por el testimonio de Juan el Bautista, uno de los cuales era Andrés, quien inmediatamente llevó a su hermano Simón a Jesús, cuando también recibió el nombre de Pedro; ¿cómo dicen los otros evangelistas que los encontró pescando en Galilea y los llamó al discipulado (Mat. IV, 13-23; Mar. I, 16-20; Luc. V, 1-11, y Juan I, 35-44)? A menos que se entienda que no vieron al Señor junto al Jordán de tal manera que ya se unieran inseparablemente a Él, sino que solo conocieron quién era, y maravillados regresaron a sus asuntos.

38. Pues también en Caná de Galilea, cuando convirtió el agua en vino, dice el mismo Juan que sus discípulos creyeron en Él. Lo narra así: "Y al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús y sus discípulos a las bodas" (Juan II, 1, 2). Si entonces creyeron en Él, como dice poco después, aún no eran discípulos cuando fueron invitados a las bodas. Pero esto se dijo en el modo de hablar en que decimos que el apóstol Pablo nació en Tarso de Cilicia (Hech. XXII, 3): pues no era apóstol en ese momento. Así, cuando escuchamos que los discípulos de Cristo fueron invitados a las bodas, debemos entender no a los discípulos ya, sino a quienes serían discípulos. Pues ya ciertamente eran discípulos de Cristo cuando estas cosas fueron narradas y escritas; y por eso el narrador de tiempos pasados habló de ellos así.

39. Pero lo que dice el mismo Juan: "Después de esto descendió a Cafarnaúm él, y su madre, y sus hermanos, y sus discípulos; y permanecieron allí no muchos días" (Juan II, 12); no está claro si ya se habían unido a él también Pedro y Andrés y los hijos de Zebedeo. Pues Mateo primero narra que vino y habitó en Cafarnaúm; y después que los llamó de las barcas mientras pescaban: pero este dice que sus discípulos vinieron con él a Cafarnaúm. ¿O tal vez Mateo recapituló lo que había omitido? Porque él no dice: "Después de esto, caminando junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos"; sino sin ninguna diferencia de tiempo consecutivo, dice: "Caminando junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos", y lo demás. Por lo tanto, puede ser que después narrara no lo que sucedió después, sino lo que había omitido antes,

para que se entienda que vinieron con él a Cafarnaúm, adonde Juan dice que él y su madre y sus discípulos vinieron. ¿O más bien fueron otros discípulos; como ya lo seguía Felipe, a quien llamó diciendo: "Sígueme"? Pues el orden en que fueron llamados todos los doce apóstoles no aparece en las narraciones de los evangelistas, ya que no solo el orden de la vocación, sino ni siquiera la misma vocación de todos es recordada, sino solo la de Felipe, Pedro, Andrés, los hijos de Zebedeo, y Mateo el publicano, que también se llamaba Leví (Mat. IV, 18-22, y IX, 9; Mar. I, 16-20, y II, 14; Luc. V, 1-11, y Juan I, 35-44). Sin embargo, de él solo Pedro recibió el nombre individualmente y primero (Juan I, 42). Pues a los hijos de Zebedeo no los llamó individualmente, sino a ambos juntos los llamó hijos del trueno (Mar. III, 17).

40. Ciertamente debe observarse que la Escritura evangélica y apostólica no llama discípulos suyos solo a aquellos doce, sino a todos los que creyendo en Él, eran instruidos por su enseñanza para el reino de los cielos. De cuya multitud eligió a doce, a quienes también llamó apóstoles, como Lucas recuerda. Pues él mismo dice poco después: "Y descendiendo con ellos, se detuvo en un lugar llano, y una multitud de sus discípulos, y una gran multitud de gente" (Luc. VI, 13-17). No diría ciertamente una multitud de discípulos, refiriéndose a doce hombres. En otros lugares de las Escrituras esto aparece claramente, llamando discípulos suyos a todos los que aprendían de Él lo que pertenecía a la vida eterna.

41. Sin embargo, puede preguntarse cómo llamó a dos de las barcas de pescadores, primero a Pedro y Andrés; luego, avanzando un poco, a otros dos hijos de Zebedeo, como narran Mateo y Marcos: cuando Lucas dice que ambas barcas de ellos estaban llenas con aquella gran captura de peces, y menciona a los socios de Pedro, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, llamados para ayudar, cuando no podían sacar las redes llenas, y todos se maravillaron de la gran cantidad de peces que habían capturado: y cuando solo a Pedro le dijo: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres"; sin embargo, lo siguieron juntos después de llevar las barcas a tierra. De donde se entiende que esto primero sucedió como lo insinúa Lucas; y que no fueron llamados por el Señor en ese momento, sino que solo a Pedro se le predijo que sería pescador de hombres. No se dijo así, como si ya nunca más fuera a pescar peces: pues incluso después de la resurrección del Señor leemos que pescaron (Juan XXI, 3). Se dijo, por lo tanto, que de ahí en adelante capturaría hombres; no se dijo que ya no capturaría peces. De donde se da lugar a entender que regresaron a la pesca de peces como de costumbre, para que después sucediera lo que narran Mateo y Marcos, cuando los llamó de dos en dos, y Él mismo les ordenó que lo siguieran, primero a Pedro y Andrés, luego a los otros dos hijos de Zebedeo. Pues entonces no llevaron las barcas a tierra como si tuvieran la preocupación de regresar, sino que lo siguieron como a quien los llamaba y ordenaba que lo siguieran.

CAPÍTULO XVIII.---Sobre el tiempo de su retiro en Galilea.

42. También debe investigarse cómo el evangelista Juan, antes de que Juan el Bautista fuera encarcelado, dice que Jesús fue a Galilea (pues después de haber mencionado que en Caná de Galilea convirtió el agua en vino, y descendió a Cafarnaúm con su madre y sus discípulos, y permanecieron allí no muchos días, dice que luego subió a Jerusalén por la Pascua; después de esto vino a la tierra de Judea y sus discípulos, y allí permaneció con ellos y bautizaba: donde sigue diciendo: "Y Juan también estaba bautizando en Enón, cerca de Salim, porque había allí muchas aguas; y venían y eran bautizados: pues Juan aún no había sido encarcelado" [Juan II, 13, y III, 22-24]); pero Mateo dice: "Cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea" (Mat. IV, 12). De manera similar, Marcos: "Después que Juan fue entregado, Jesús vino a Galilea" (Mar. I, 14). Lucas tampoco dice nada sobre Juan siendo entregado, pero también él después del bautismo y la tentación de Cristo dice que fue a

Galilea, como esos dos. Pues así conecta su narración: "Y cuando toda tentación fue completada, el diablo se apartó de Él hasta un tiempo. Y Jesús regresó en el poder del Espíritu a Galilea, y su fama se extendió por toda la región" (Luc. IV, 13, 14). De donde se entiende que estos tres evangelistas no narraron cosas contrarias a Juan el evangelista, sino que omitieron el primer advenimiento del Señor a Galilea después de ser bautizado, cuando allí convirtió el agua en vino; pues entonces Juan aún no había sido entregado: pero conectaron su advenimiento a Galilea en sus narraciones, que ocurrió después de que Juan fue entregado; sobre cuyo regreso a Galilea el mismo Juan evangelista habla así: "Cuando Jesús supo que los fariseos habían oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan (aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos), dejó Judea y se fue de nuevo a Galilea" (Juan IV, 1-3). Entonces entendemos que Juan ya había sido entregado, pero los judíos habían oído que hacía y bautizaba más discípulos que Juan había hecho y bautizado.

CAPÍTULO XIX.---Sobre aquel extenso sermón que según Mateo tuvo en el monte.

43. Ahora veamos si los otros evangelistas no parecen contradecir aquel extenso sermón que según Mateo el Señor tuvo en el monte. Pues Marcos no lo mencionó en absoluto, ni dijo nada similar, excepto algunas sentencias, no de manera continua, sino dispersas, que el Señor repitió en otros lugares. Sin embargo, dejó un lugar en el texto de su narración donde entendemos que este sermón fue dicho, pero omitido por él: "Y estaba predicando en sus sinagogas, y en toda Galilea, y expulsando demonios". En esta predicación que dice que tuvo en toda Galilea, se entiende que también se dio este sermón en el monte, del cual Mateo hace mención. Pues el mismo Marcos sigue así: "Y vino a él un leproso rogándole, y arrodillándose le dijo: Si quieres, puedes limpiarme" (Mar. I, 39, 40), y conecta otras cosas sobre este leproso curado de tal manera que se entiende que es el mismo que Mateo menciona que fue curado cuando el Señor descendió del monte después de aquel sermón. Pues así dice Mateo: "Cuando descendió del monte, le siguieron muchas multitudes. Y he aquí un leproso, viniendo, le adoraba, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme" (Mat. VIII, 1, 2), y lo demás.

44. De este leproso también Lucas hace mención (Luc. V, 12, 13), no ciertamente en este orden, sino como suelen recordar lo omitido, o anticipar lo hecho después, como divinamente se les sugería, lo que antes conocido, después recordando escribían. Sin embargo, el mismo Lucas también narró un extenso sermón del Señor, donde también comenzó de manera similar a Mateo. Pues aquí dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"; y aquel: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios". Luego muchas cosas que siguen también en la narración de Lucas son similares. Y al final del sermón, la misma conclusión se encuentra exactamente, sobre el hombre prudente que edifica sobre la roca, y el insensato que edifica sobre la arena: excepto que allí solo dice que el río golpeó la casa, no también la lluvia y los vientos, como Mateo. Por lo tanto, podría fácilmente creerse que él también intercaló el mismo sermón del Señor, pero omitió algunas sentencias que Mateo puso: y puso otras que este no dijo; algunas también no con las mismas palabras, pero explicando de manera similar la integridad de la verdad.

45. Esto, como dije, podría fácilmente creerse, si no fuera porque Mateo dice que este sermón fue dado por el Señor sentado en el monte; mientras que Lucas dice que fue dado por el Señor de pie en un lugar llano. Esta diversidad hace parecer que aquel fue uno, y este otro. Pues ¿qué impediría que Cristo repitiera en otro lugar algunas cosas que ya había dicho, o hiciera de nuevo algunas cosas que ya había hecho? No obstante, estos dos sermones, uno intercalado por Mateo, el otro por Lucas, no se separan por una larga distancia de tiempo, se cree probablemente porque tanto antes como después ambos narraron algunas cosas similares

o las mismas, de modo que no absurdamente se siente que sus narraciones, intercalando estas cosas, se movieron en los mismos lugares y días. Pues Mateo lo dice así: "Y le siguieron muchas multitudes de Galilea, y Decápolis, y Jerusalén, y Judea y de más allá del Jordán. Y viendo las multitudes, subió al monte; y cuando se sentó, se acercaron a él sus discípulos. Y abriendo su boca, les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos", y lo demás (Mat. IV, 25; VII, 29). Aquí puede parecer que quiso evitar a muchas multitudes, y por eso subió al monte, como apartándose de las multitudes, para hablar solo a sus discípulos. A lo cual parece atestiguar también Lucas, narrando así: "Y aconteció en aquellos días, que salió al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando fue de día, llamó a sus discípulos, y eligió a doce de ellos, a quienes también llamó apóstoles: Simón, a quien llamó Pedro, y Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Jacobo hijo de Alfeo y Simón llamado Zelote, Judas hijo de Jacobo y Judas Iscariote, que fue el traidor. Y descendiendo con ellos, se detuvo en un lugar llano, y una multitud de sus discípulos, y una gran multitud de gente, de toda Judea, y Jerusalén, y de la costa de Tiro y Sidón, que habían venido para oírle y ser sanados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud procuraba tocarle, porque de él salía virtud, y sanaba a todos. Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios", etc. (Luc. VI, 12-49). Aquí puede entenderse que cuando en el monte eligió a los doce discípulos de entre muchos, a quienes llamó apóstoles, lo que Mateo omitió, entonces tuvo aquel sermón que Mateo intercaló, y Lucas calló, esto es, en el monte; y luego cuando descendió, en un lugar llano tuvo otro similar, del cual Mateo calla, Lucas no calla: y ambos sermones concluyeron de la misma manera.

46. Pero lo que Mateo sigue diciendo después de este sermón: "Y aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, las multitudes se maravillaban de su doctrina", puede parecer que llamó multitudes de discípulos, de entre los cuales había elegido a aquellos doce. Lo que sigue diciendo: "Cuando descendió del monte, le siguieron muchas multitudes: y he aquí un leproso, viniendo, le adoraba", puede entenderse que después de ambos sermones sucedió, no solo el que Mateo, sino también el que Lucas intercaló. Pues no aparece después de la bajada del monte cuánto tiempo se interpuso; sino que Mateo solo quiso significar que después de aquella bajada había muchas multitudes con el Señor, cuando curó al leproso, no cuánto tiempo había pasado: especialmente cuando Lucas dice que el mismo leproso fue curado ya en la ciudad, lo que Mateo no se preocupó por decir.

47. Aunque también podría ocurrir que en alguna parte más alta del monte primero estuvo el Señor solo con sus discípulos, cuando de entre ellos eligió a aquellos doce: luego descendió con ellos, no del monte, sino de la misma altura del monte a un lugar llano, es decir, a alguna planicie, que estaba en el lado del monte, y podía albergar a muchas multitudes; y allí se detuvo hasta que las multitudes se congregaron hacia él: y después cuando se sentó, sus discípulos se acercaron más, y así tuvo un sermón con ellos y con las demás multitudes presentes, que Mateo y Lucas narraron, con diferente modo de narrar, pero con la misma verdad de las cosas y sentencias que ambos dijeron. Pues ya advertimos, lo que también sin advertencia cada uno espontáneamente debería ver, que si alguien omite algo que otro dice, no es contrario; ni si alguien dice algo de otra manera, mientras se explique la misma verdad de las cosas y sentencias: para que lo que Mateo dice: "Cuando descendió del monte", también se entienda junto con aquel lugar llano que pudo estar en el lado del monte. Luego Mateo narra sobre el leproso curado, lo que también Marcos y Lucas de manera similar.

CAPÍTULO XX.---Cómo dice Mateo que el centurión se acercó a él por su siervo, cuando Lucas dice que envió amigos a él.

48. Después de esto Mateo sigue y dice: "Cuando entró en Cafarnaúm, se acercó a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi siervo yace en casa parálítico, y gravemente atormentado", y lo demás, hasta el lugar donde dice: "Y el siervo fue sanado en aquella hora" (Mat. VIII, 5-13). Esto sobre el siervo del centurión también lo recuerda Lucas: no, como este, después del leproso curado, que aquel después recordó, sino después del final de aquel sermón más extenso, que así lo conecta: "Cuando hubo terminado todas sus palabras en oídos del pueblo, entró en Cafarnaúm: y el siervo de cierto centurión, que estaba enfermo, estaba a punto de morir, quien le era precioso", etc., hasta el lugar donde fue sanado (Luc. VII, 1-10). Aquí se debe entender que cuando hubo terminado todas sus palabras en oídos del pueblo, Cristo entró en Cafarnaúm, es decir, porque no entró antes de terminar estas palabras: pero no se expresa después de cuánto tiempo de intervalo entró en Cafarnaúm después de haber terminado estos sermones. Pues en ese intervalo el leproso fue curado, que Mateo intercaló en su lugar, pero este después recuerda.

49. Ahora veamos si Mateo y Lucas están de acuerdo sobre el siervo del centurión. Mateo dice: "Se le acercó un centurión, rogándole y diciendo: Mi siervo yace en casa parálítico". Esto parece contradecir lo que dice Lucas: "Y cuando oyó hablar de Jesús, envió a él a los ancianos de los judíos, rogándole que viniera y sanara a su siervo. Cuando ellos llegaron a Jesús, le rogaron con insistencia, diciéndole: Es digno de que le concedas esto, porque ama a nuestra nación y él mismo nos edificó la sinagoga. Jesús fue con ellos, y cuando ya no estaba lejos de la casa, el centurión envió a unos amigos a decirle: Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me consideré digno de ir a ti; pero di la palabra, y mi siervo será sanado". Si esto ocurrió así, ¿cómo puede ser verdad lo que narra Mateo, "Se le acercó un centurión", si él no se acercó, sino que envió a sus amigos? A menos que, al observar cuidadosamente, entendamos que Mateo no abandonó del todo el uso común del lenguaje. No solo solemos decir que alguien se acercó, incluso antes de que llegue al lugar al que se dice que se acercó; de ahí que también digamos: "Se acercó un poco" o "se acercó mucho" al lugar al que desea llegar. También solemos decir que la llegada misma, por la cual se accede, se ha realizado, aunque quien llega no vea a aquel a quien llega, cuando llega a través de un amigo, cuyo favor es necesario. Esta costumbre se ha mantenido tanto que incluso en el lenguaje común se llaman "intermediarios" a aquellos que, mediante la interposición de personas convenientes, alcanzan con arte de ambición los ánimos de los poderosos, que de otro modo serían inaccesibles. Si, por tanto, la llegada misma se dice comúnmente que se realiza a través de otros, cuánto más puede realizarse el acceso a través de otros, que a menudo queda dentro de la llegada, cuando alguien puede acercarse mucho, pero no puede llegar. Por lo tanto, no es absurdo que Mateo, incluso lo que comúnmente se puede entender, al acceso del centurión al Señor realizado por otros, quiso decir brevemente: "Se le acercó un centurión".

50. Sin embargo, no debe pasarse por alto la profundidad mística del lenguaje del santo evangelista, según lo que está escrito en el Salmo: "Acérquense a él y sean iluminados" (Salmo 33, 6). Por lo tanto, porque la fe del centurión, con la cual verdaderamente se accede a Jesús, él la alabó diciendo: "No he encontrado tanta fe en Israel"; el prudente evangelista quiso decir que él mismo se acercó a Cristo, más que aquellos por quienes envió sus palabras. Además, Lucas reveló todo tal como ocurrió, para que entiéramos cómo otro, que no podía mentir, dijo que él se acercó. Así también aquella mujer que padecía flujo de sangre, aunque tocó el borde de su manto, tocó más al Señor que las multitudes que lo apretaban (Lucas 8, 42-48). Porque cuanto más creyó esta, más tocó al Señor; así también el centurión, cuanto más creyó, más se acercó al Señor. Ya lo demás en este capítulo, lo que uno dice y

otro omite, se trata en vano; ya que según la regla antes recomendada, no se encuentra que tengan algo contrario.

CAPÍTULO XXI.---Sobre la suegra de Pedro, en qué orden se narra.

51. Mateo continúa y dice: "Y cuando Jesús llegó a la casa de Pedro, vio a su suegra postrada y con fiebre; y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó y les servía" (Mateo 8, 14-15). Cuándo ocurrió esto, es decir, después de qué o antes de qué, no lo expresa Mateo. No es necesario entender que ocurrió después de lo que se narra, después de esto también se hizo. Sin embargo, se entiende que este recordó lo que antes había omitido. Pues Marcos lo narra (Marcos 1, 29-31) antes de mencionar lo del leproso sanado, que parece haber interpuesto después del sermón en el monte, del cual él mismo calló. Así también Lucas narra esto de la suegra de Pedro (Lucas 4, 38-39) después de lo que también Marcos, antes del sermón que él mismo también intercaló, que puede parecer el mismo que dice que se dio en el monte Mateo. Pero, ¿qué importa quién lo ponga en qué lugar, ya sea que lo inserte en orden, ya sea que lo recuerde omitido, ya sea que lo que se hizo después lo anticipe; siempre que no contradiga al mismo o a otro narrador, ni a sí mismo ni a otro? Porque no está en el poder de nadie, aunque conozca muy bien y fielmente los hechos, en qué orden recordarlos (pues lo que primero o después viene a la mente del hombre, no es como queremos, sino como se nos da); es bastante probable que cada uno de los evangelistas creyera que debía narrar en el orden en que Dios quiso sugerirle a su memoria lo que narraba, al menos en aquellas cosas cuyo orden, sea este o aquel, no disminuye la autoridad y verdad evangélica.

52. Pero, ¿por qué el Espíritu Santo, distribuyendo a cada uno lo propio como quiere (1 Corintios 12, 11), y por eso también gobernando y dirigiendo sin duda las mentes de los santos para los libros que debían colocarse en tan alto grado de autoridad, permitió que uno ordenara su narración de una manera y otro de otra, quienquiera que lo busque con piadosa diligencia, ayudado divinamente, podrá encontrarlo. Sin embargo, este no es el propósito de esta obra que ahora hemos emprendido, solo para demostrar que los evangelistas no se contradicen ni entre sí ni consigo mismos, en cualquier orden que uno de ellos haya podido o querido narrar las mismas cosas o diferentes hechos y dichos de Cristo. Por lo tanto, donde no aparece el orden de los tiempos, no debe interesarnos qué orden de narración haya seguido cualquiera de ellos: pero donde aparece, si algo parece contradecirse a sí mismo o a otro, ciertamente debe considerarse y resolverse.

CAPÍTULO XXII.---Sobre el orden de las cosas que después de esto narran si no difieren entre sí Mateo, Marcos y Lucas.

53. Mateo continúa diciendo: "Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados, y expulsaba a los espíritus con su palabra, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, diciendo: Él tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias" (Mateo 8, 16-18). Esto indica suficientemente que pertenece al tiempo del mismo día, cuando añade: "Al atardecer". Así también Marcos, después de haber dicho sobre la suegra de Pedro: "Y les servía", añadió esto mismo: "Al atardecer, cuando se puso el sol, le traían todos los enfermos y endemoniados; y toda la ciudad estaba reunida a la puerta: y sanó a muchos que padecían diversas enfermedades; y expulsaba muchos demonios; y no les permitía hablar, porque sabían quién era él. Y muy de madrugada, se levantó y salió a un lugar desierto" (Marcos 1, 31-35). Parece que aquí Marcos mantuvo el orden, para decir después de lo que se dijo: "Al atardecer", luego: "Y muy de madrugada". Aunque tampoco es necesario, donde se dice: "Al atardecer", tomar el atardecer del mismo día; ni donde se dice: "de madrugada", el amanecer de la misma noche: sin embargo, de alguna manera puede parecer que aquí se ha mantenido

el orden de los hechos, debido al orden de los tiempos dispuesto. Lucas también, después de haber narrado sobre la suegra de Pedro, no dice él mismo: "Al atardecer"; pero sin embargo añadió algo que significaba lo mismo, diciendo: "Cuando el sol se puso, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los llevaban a él; y él, imponiendo las manos sobre cada uno, los sanaba. También salían demonios de muchos, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y él, increpándolos, no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo. Al hacerse de día, salió y fue a un lugar desierto" (Lucas 4, 40-42). Y aquí vemos que se ha mantenido exactamente el mismo orden de los tiempos que encontramos en Marcos. Sin embargo, Mateo, que parece no seguir el orden en que ocurrió, sino recordar lo omitido, después de narrar lo que ocurrió ese día, incluso al atardecer, ya no añade el amanecer, sino que narra así: "Viendo Jesús muchas multitudes a su alrededor, ordenó pasar al otro lado del lago". Esto ya es otra cosa, no lo que Marcos y Lucas continúan, quienes después del atardecer ponen el amanecer. Por lo tanto, lo que aquí se dice: "Viendo Jesús muchas multitudes a su alrededor, ordenó pasar al otro lado del lago", debemos entender que recordó e intercaló algo que en un día, cuando Jesús vio muchas multitudes a su alrededor, ordenó pasar al otro lado del lago.

CAPÍTULO XXIII.---Sobre aquel que dijo al Señor: "Te seguiré a dondequiera que vayas", y otras cosas que están cerca, en qué orden se narran por Mateo y Lucas.

54. Luego, lo que añade: "Y acercándose un escriba, le dijo: Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas", hasta aquello donde dice: "Deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mateo 8, 19-22); esto lo narra de manera similar Lucas. Pero él después de muchas cosas, tampoco ciertamente con un orden expreso de los tiempos, sino a modo de recuerdo: si lo que antes omitió, o lo que se hizo después de lo que sigue, lo anticipó, es incierto. Así dice: "Yendo ellos por el camino, uno le dijo: Te seguiré a dondequiera que vayas. Y le respondió exactamente lo mismo que Mateo menciona. Pero lo que Mateo dice que esto ocurrió cuando ordenó ir al otro lado del lago, Lucas dice, yendo ellos por el camino, no es contrario; porque ciertamente caminaron por el camino para llegar al lago. Y sobre aquel que pide primero enterrar a su padre, Mateo y Lucas están completamente de acuerdo. Porque lo que Mateo primero puso las palabras de este que pide esto por su padre, y luego las del Señor diciendo: "Sígueme", Lucas primero las del Señor diciendo: "Sígueme", y luego las de este pidiendo esto, no afecta a la sentencia. Lucas también mencionó a otro que dijo: "Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los que están en casa"; de lo cual Mateo calla. Desde allí, Lucas ya se dirige a otra cosa, no a lo que seguía en orden de tiempo. "Después de estas cosas", dice, "designó el Señor también a otros setenta y dos" (Lucas 9, 57; 10, 1). Después de estas cosas, ciertamente; pero cuánto tiempo después de estas cosas hizo aquello el Señor, no aparece. Sin embargo, en ese intervalo ocurre lo que Mateo a continuación añade: pues Mateo aún mantiene el orden de los tiempos, narrando así:

CAPÍTULO XXIV.---Sobre la travesía donde durmió en la barca, y sobre los demonios expulsados, a quienes permitió entrar en los cerdos, cómo lo que se hizo o dijo concuerda entre Mateo, Marcos y Lucas.

55. "Y subiendo él a la barca, le siguieron sus discípulos: y he aquí que se levantó una gran tempestad en el mar", hasta aquello donde dice: "Y vino a su ciudad". Estos dos hechos que Mateo narra consecutivamente sobre el mar calmado, después de que Jesús ordenó a los vientos desde su sueño, y sobre aquellos que tenían un demonio feroz, y que, rompiendo las cadenas, eran llevados al desierto, son narrados de manera similar por Marcos y Lucas (Mateo 8, 23-34, Marcos 4, 36; 5, 17, y Lucas 8, 22-37): con otras palabras se han dicho algunas sentencias por uno y otro, pero no otras, como aquello que dice que él dijo según

Mateo: "¿Por qué teméis, hombres de poca fe?" Marcos lo dice así: "¿Por qué teméis? ¿Aún no tenéis fe?", es decir, aquella perfecta, como un grano de mostaza: esto, por tanto, también lo dijo él, "hombres de poca fe". Lucas, sin embargo, "¿Dónde está vuestra fe?" Y todo esto pudo haberse dicho: "¿Por qué teméis? ¿Dónde está vuestra fe? Hombres de poca fe". De donde uno aquí, otro allá, lo recuerda. Y aquello que al despertarlo dijeron, Mateo así: "Señor, sálvanos, perecemos"; Marcos: "Maestro, ¿no te importa que perezcamos?"; Lucas: "Maestro, perecemos": es una misma sentencia de los que despiertan al Señor y quieren ser salvados; no es necesario buscar qué de esto se dijo más bien a Cristo. Porque si dijeron algo de estos tres, o otras palabras que ninguno de los evangelistas mencionó, pero que valen lo mismo para la misma verdad de la sentencia, ¿qué importa? Aunque también pudo ocurrir que, al despertarlo varios a la vez, todas estas cosas, una por uno, se dijeran. Asimismo, lo que después de calmada la tempestad dijeron según Mateo: "¿Qué clase de hombre es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen?" Según Marcos: "¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?" Según Lucas: "¿Quién es este, que hasta a los vientos manda y al mar, y le obedecen?" ¿Quién no ve que es una misma sentencia? Porque vale exactamente lo mismo: "¿Quién es este?" y "¿Qué clase de hombre es este?" y donde no se dice "manda", ciertamente se entiende consecuentemente, porque se obedece al que manda.

56. Pero lo que Mateo dice que había dos que sufrían aquella legión de demonios, que se les permitió ir a los cerdos, mientras que Marcos y Lucas mencionan a uno: entiéndase que uno de ellos era de alguna persona más clara y famosa, a quien aquella región lamentaba especialmente, y por cuya salud se preocupaba mucho. Queriendo significar esto, dos evangelistas juzgaron que solo debía mencionarse a aquel de quien la fama de este hecho se había extendido más ampliamente y con más claridad. Ni porque las palabras de los demonios se dijeron de manera diferente por los evangelistas, tiene algo de escrúpulo; ya que pueden reducirse a una sola sentencia, o entenderse que se dijeron todas. Ni porque pluralmente en Mateo, en aquellos sin embargo singularmente habla; ya que ellos mismos narran que, preguntado cómo se llamaba, respondió que era legión, porque eran muchos demonios. Ni porque Marcos dijo que el rebaño de cerdos estaba cerca del monte, mientras que Lucas dijo en el monte, hay alguna contradicción. Pues el rebaño de cerdos era tan grande, que algo de él estaba en el monte, algo cerca del monte. Porque eran dos mil cerdos, como expresó Marcos.

CAPÍTULO XXV.---Sobre el paralítico a quien dijo: "Se te perdonan los pecados", y "Toma tu camilla", principalmente si el lugar donde esto ocurrió concuerda entre Mateo y Marcos; porque Mateo dice en su ciudad, pero Marcos en Capernaum.

57. De aquí, pues, sigue Mateo, aún manteniendo el orden de los tiempos, y así continúa la narración: "Y subiendo a la barca, cruzó y vino a su ciudad. Y he aquí que le traían un paralítico tendido en una camilla", etc., hasta aquello que dice: "Viendo las multitudes, temieron y glorificaron a Dios, que dio tal potestad a los hombres" (Mateo 9, 1-8). De este paralítico también hablaron Marcos y Lucas. Lo que, por tanto, Mateo dice que el Señor dijo: "Confía, hijo, se te perdonan tus pecados"; Lucas, sin embargo, no dijo "hijo", sino "hombre", para expresar más claramente la sentencia del Señor: porque al hombre se le perdonaban los pecados, quien por el hecho de ser hombre, no podía decir: No he pecado; al mismo tiempo que aquel que perdonaba al hombre, se entendiera que era Dios. Marcos, sin embargo, dijo lo mismo que Mateo; pero no dijo "Confía". Podría haberse dicho así: Confía, hombre; se te perdonan los pecados, hijo: o, Confía, hijo; se te perdonan los pecados, hombre; o en cualquier orden de palabras congruente.

58. Ciertamente puede sorprender que Mateo narre sobre este paralítico de la siguiente manera: "Y subiendo a una barca, cruzó al otro lado y llegó a su ciudad. Y he aquí que le ofrecían un paralítico tendido en una camilla". Sin embargo, Marcos no dice que esto ocurrió en su ciudad, que ciertamente se llama Nazaret, sino en Cafarnaúm; lo narra así: "Y de nuevo entró en Cafarnaúm después de algunos días, y se supo que estaba en casa; y se reunieron muchos, de modo que no cabían ni siquiera en la puerta; y les hablaba la palabra. Y vinieron trayéndole un paralítico, que era llevado por cuatro. Y como no podían acercarlo a él a causa de la multitud, descubrieron el techo donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron la camilla en la que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, etc." (Marcos 2, 1-12). Lucas, por su parte, no menciona en qué lugar ocurrió, pero dice: "Y sucedió un día que él estaba enseñando, y estaban sentados fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanarlos. Y he aquí unos hombres que traían en una camilla a un hombre que era paralítico, y buscaban introducirlo y ponerlo delante de él; y no encontrando por dónde introducirlo a causa de la multitud, subieron al techo y por las tejas lo bajaron con la camilla en medio, delante de Jesús. Al ver su fe, dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados, etc." (Lucas 5, 17-26). Por lo tanto, queda la cuestión entre Marcos y Mateo, ya que Mateo escribe como si hubiera ocurrido en la ciudad del Señor, mientras que Marcos dice que fue en Cafarnaúm. Esto sería más difícil de resolver si Mateo también nombrara Nazaret; pero ahora, dado que toda Galilea podría llamarse ciudad de Cristo, porque Nazaret estaba en Galilea, así como todo el reino constituido en tantas ciudades se llama ciudad romana; y dado que la ciudad constituida en tantas naciones, de la cual está escrito: "Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Salmo 86, 3); y dado que el pueblo de Dios anterior, habitando en tantas ciudades, también fue llamado una casa, la casa de Israel (Isaías 5, 7; Jeremías 3, 20, y Ezequiel 3, 4): ¿quién dudaría que Jesús hizo esto en su ciudad, cuando lo hizo en la ciudad de Cafarnaúm, ciudad de Galilea, a la que había regresado cruzando desde la región de los Gerasenos, de modo que al venir a Galilea, correctamente se diría que vino a su ciudad, en cualquier pueblo de Galilea que estuviera; especialmente porque Cafarnaúm misma sobresalía en Galilea, de modo que se consideraba como una metrópoli? Pero si no se pudiera aceptar en absoluto que la ciudad de Cristo fuera Galilea misma, en la que estaba Nazaret, o Cafarnaúm misma, que como cabeza de las ciudades de Galilea sobresalía; diríamos que Mateo omitió lo que sucedió después de que Jesús llegó a su ciudad, hasta que llegó a Cafarnaúm, y añadió esto sobre el paralítico sanado: como hacen en muchos casos, omitiendo lo intermedio, como si esto siguiera inmediatamente, lo que añaden sin ninguna indicación de su omisión.

CAPÍTULO XXVI.---Sobre la vocación de Mateo, si concuerda con Marcos y Lucas que dicen Leví de Alfeo.

59. De aquí sigue Mateo, diciendo: "Y al pasar de allí Jesús, vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo, y le dijo: Sígueme; y levantándose, lo siguió" (Mateo 9, 9). Marcos narra esto de la misma manera, manteniendo también el mismo orden después de la sanación de aquel paralítico: "Y salió, dice, al mar, y toda la multitud venía a él, y les enseñaba. Y al pasar, vio a Leví de Alfeo sentado en el telonio, y le dijo: Sígueme; y levantándose, lo siguió" (Marcos 2, 13-14). Aquí no hay contradicción; pues Mateo es el mismo que Leví. Lucas también, después de la sanación de ese mismo paralítico, lo añade así: "Y después de esto salió, y vio a un publicano llamado Leví sentado en el telonio, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, levantándose, lo siguió" (Lucas 5, 27-28). De aquí parece más probable que Mateo, recordando, menciona esto que había omitido: porque ciertamente se debe creer que Mateo fue llamado antes de aquel sermón en el monte. En ese monte, Lucas menciona que

todos los doce fueron elegidos de entre muchos discípulos, a quienes también llamó apóstoles (Lucas 6, 13).

CAPÍTULO XXVII.---Sobre el banquete donde se le objetó que comía con pecadores, y que sus discípulos no ayunaban, lo que parece que unos dicen que fue objetado por otros, y sobre las palabras de ellos y las respuestas del Señor, si Mateo, Marcos y Lucas concuerdan.

60. Sigue entonces Mateo, y dice: "Y sucedió que mientras él estaba reclinado en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores vinieron y se reclinaban con Jesús y sus discípulos, etc., hasta donde dice: Pero el vino nuevo se pone en odres nuevos, y ambos se conservan" (Mateo 9, 10-17). Aquí Mateo no especificó en qué casa Jesús estaba reclinado con publicanos y pecadores: de donde podría parecer que no añadió esto en orden, sino que recordó algo que ocurrió en otro momento, a menos que Marcos y Lucas, que narran esto de manera muy similar, manifestaran que Jesús estaba reclinado en la casa de Leví, es decir, Mateo, y dijeron todas esas cosas que siguen. Así lo dice Marcos, manteniendo el mismo orden: "Y sucedió que mientras estaba reclinado en su casa, muchos publicanos y pecadores se reclinaban con Jesús" (Marcos 2, 15-22). Cuando dice "en su casa", ciertamente expresa a aquel de quien hablaba antes, es decir, Leví. Así también Lucas, después de decir: "Le dijo: Sígueme; y dejándolo todo, levantándose, lo siguió", inmediatamente añadió: "Y Leví le hizo un gran banquete en su casa; y había una gran multitud de publicanos y otros que estaban con ellos reclinados" (Lucas 5, 27-39). Por lo tanto, es evidente en qué casa se llevaban a cabo estas cosas.

61. Veamos ahora las mismas palabras, ya sean dichas al Señor o respondidas por él, que todos estos tres evangelistas han puesto. Mateo dice: "Y viendo los fariseos, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro maestro con publicanos y pecadores?" Casi con las mismas palabras lo dice también Marcos: "¿Por qué come y bebe vuestro maestro con publicanos y pecadores?" Por lo tanto, Mateo omitió lo que este añadió, "y bebe": pero ¿qué importa, cuando la sentencia está completa, insinuando que estaban juntos en el banquete? Lucas, sin embargo, parece haberlo narrado de manera algo diferente: "Y murmuraban, dice, los fariseos y sus escribas, diciendo a sus discípulos: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?" No queriendo que su maestro no se entendiera allí: sino insinuando que esto fue objetado a todos, tanto a él como a sus discípulos: sin embargo, no se lo dijeron a él, sino a ellos, lo que se tomaría tanto de él como de ellos. Pues ciertamente también Lucas dice que el Señor respondió: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento": lo que no les habría respondido, a menos que lo que dijeron, "coméis y bebéis", se refiriera principalmente a él. Por eso también Mateo y Marcos narraron que esto fue objetado a sus discípulos sobre él, porque incluso cuando se decía de los discípulos, se objetaba más al maestro, a quien seguían imitando. Por lo tanto, es una sola sentencia, y tanto mejor insinuada cuanto más variada en algunas palabras, manteniendo la verdad. Asimismo, lo que Mateo relata que el Señor respondió: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores"; Marcos y Lucas también mantuvieron la misma sentencia con casi las mismas palabras, excepto que ambos no interponen ese testimonio del profeta, "Misericordia quiero, no sacrificio". Lucas, sin embargo, después de decir: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores", añadió "al arrepentimiento", lo que ayuda a explicar la sentencia, para que nadie piense que los pecadores son amados por Cristo por el mero hecho de ser pecadores: ya que esa similitud de los enfermos bien indica lo que Dios quiere al llamar a los pecadores, como un médico a los enfermos, para que sean salvados de la iniquidad como de una enfermedad; lo cual se logra mediante el arrepentimiento.

62. Asimismo, lo que dice Mateo: "Entonces se acercaron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente?" Marcos lo introdujo de manera similar, diciendo: "Y estaban ayunando los discípulos de Juan y los fariseos; y vienen y le dicen: ¿Por qué ayunan los discípulos de Juan y de los fariseos, y tus discípulos no ayunan?" excepto que este podría parecer haber añadido a los fariseos, que junto con los discípulos de Juan dijeron esto, cuando Mateo solo testimonia que los discípulos de Juan dijeron esto. Pero las mismas palabras que se lee que dijeron en Marcos, indican más que otros dijeron esto de otros; es decir, los comensales que estaban presentes vinieron a Jesús, porque los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban, y le dijeron esto de ellos: de modo que lo que dice, "vienen", no lo dijo de ellos mismos, de quienes había interpuesto, "Y estaban ayunando los discípulos de Juan y los fariseos"; sino que, mientras estos ayunaban, vinieron aquellos a quienes esto les movía, y le dijeron: "¿Por qué ayunan los discípulos de Juan y de los fariseos, y los tuyos no ayunan?" Lo cual Lucas expresó más claramente, indicando esto mismo, cuando dijo lo que el Señor les respondió sobre la vocación de los pecadores, como de los enfermos: "Pero ellos, dice, le dijeron: ¿Por qué ayunan frecuentemente los discípulos de Juan, y hacen oraciones, y de igual manera los de los fariseos, y los tuyos comen y beben?" Por lo tanto, aquí, como Marcos, narró que otros dijeron esto de otros. ¿De dónde, entonces, Mateo, "Entonces se acercaron a él los discípulos de Juan diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos?" sino porque también ellos estaban presentes, y todos, como podían, objetaron esto: cuya sentencia, en diverso modo de hablar, pero no ajena a la verdad, ha sido insinuada por los tres evangelistas.

63. Asimismo, aquello de los hijos del esposo, que no ayunarán mientras el esposo esté con ellos, lo interpusieron de manera similar Mateo y Marcos: excepto que Marcos llamó hijos de las bodas a los que aquel llamó hijos del esposo; lo cual no importa. Pues entendemos por hijos de las bodas no solo al esposo, sino también a la esposa. Por lo tanto, es la misma sentencia clara, no otra contraria. Lucas, sin embargo, no dijo: "¿Acaso pueden ayunar los hijos del esposo?" sino que dijo: "¿Acaso podéis hacer ayunar a los hijos del esposo, mientras el esposo está con ellos?" en lo cual también él, para insinuar algo más, eligió elegantemente abrir la misma sentencia. Pues así se entiende que los mismos que hablaban serían los que harían que los hijos del esposo ayunaran con lamento, ya que ellos mismos serían los que matarían al esposo. Pero lo que dijo Mateo, "llorar", esto lo dijeron Marcos y Lucas, "ayunar": porque aquel después dijo, "entonces ayunarán", no "entonces llorarán". Sin embargo, con esa palabra significó que el Señor hablaba de tal ayuno que pertenece a la humildad de la tribulación: de modo que aquel otro, que pertenece al gozo del alma suspendida en lo espiritual, y por ello de algún modo ajena a los alimentos corporales, se entiende que el Señor lo significó con las similitudes posteriores, del paño nuevo y del vino nuevo, mostrando que a los animales y carnales ocupados en el cuerpo, y por ello aún arrastrando el viejo sentido, no les conviene este tipo de ayuno; las cuales similitudes los otros dos explicaron de manera similar. Ya está suficientemente claro que no hay nada contrario, si uno dice algo que otro omite, ya sea de palabra o de hecho; mientras no se aparte de la misma sentencia, o lo que quizás se ponga diferente, no se oponga a otro.

CAPÍTULO XXVIII.---Sobre la hija del archisinagogo resucitada, y la mujer que tocó el borde de su manto: si el orden en que se dijeron las cosas no contradice a ninguno de los que las dijeron; y especialmente sobre las palabras del archisinagogo, con las que rogó al Señor.

64. Luego sigue Mateo aún manteniendo el orden de los tiempos: "Mientras él les hablaba, he aquí que un príncipe se acercó y lo adoraba diciendo: Mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá, etc., hasta donde dice: Y la niña se levantó; y salió esta fama por

toda aquella tierra" (Mateo 9, 18-26). Esto lo dicen también los otros dos, Marcos y Lucas; pero ya se apartan de este orden. Lo recuerdan e insertan en otro lugar, es decir, en el lugar donde regresa cruzando desde la región de los Gerasenos, después de expulsar y permitir a los demonios entrar en los cerdos. Pues Marcos lo une así después de lo ocurrido en Gerasa: "Y cuando Jesús hubo cruzado de nuevo en la barca al otro lado, se reunió mucha gente alrededor de él; y estaba junto al mar. Y vino uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo se postró a sus pies, etc." (Marcos 5, 21-43). Por lo tanto, se debe entender que esto de la hija del archisinagogo ocurrió cuando Jesús cruzó de nuevo en la barca al otro lado: pero cuánto después, no se muestra. Pues si no hubiera habido un intervalo, no habría habido tiempo para que ocurriera lo que ahora narró Mateo en el banquete de su casa: como de otro, en efecto, narró lo que se hizo de él y en su casa: después de lo cual no sigue inmediatamente otra cosa que esto de la hija del archisinagogo. Pues él mismo lo conecta de tal manera que la misma transición indica claramente que esto se narra a continuación, lo que también ocurrió a continuación: ya que cuando anteriormente había mencionado lo que Jesús dijo sobre el paño nuevo y el vino nuevo, inmediatamente añadió: "Mientras él les hablaba, he aquí que un príncipe se acercó"; y por lo tanto, si mientras él les hablaba se acercó, no se interpuso nada más de sus hechos y dichos. En la narración de Marcos, el lugar está claro donde se pudieron interponer otras cosas, como ya hemos mostrado. De manera similar, Lucas, después de narrar el milagro en Gerasa, no pasa a narrar sobre la hija del archisinagogo de manera que contradiga a Mateo, quien muestra que esto ocurrió después de aquellas similitudes del paño y el vino, diciendo: "Mientras él les hablaba". Pues este, después de terminar lo que había narrado que ocurrió en Gerasa, pasa a otra cosa de esta manera: "Y sucedió que cuando Jesús regresó, la multitud lo recibió: porque todos lo esperaban. Y he aquí un hombre llamado Jairo, y él mismo era jefe de la sinagoga, y cayó a los pies de Jesús, etc." (Lucas 8, 40-56). Así se entiende que la multitud ciertamente recibió al Señor inmediatamente, ya que lo esperaban de regreso: lo que añadió, "Y he aquí un hombre llamado Jairo", no se debe entender que ocurrió inmediatamente, sino primero aquello del banquete de los publicanos, como narra Mateo; a cuya narración lo une de tal manera que no se puede entender que otra cosa ocurrió a continuación.

65. En esta narración, que ahora hemos asumido considerar, sobre aquella que padecía flujo de sangre, todos estos tres evangelistas concuerdan sin ninguna cuestión. Pues no importa para la verdad del hecho que uno diga algo que otro calla; ni que Marcos diga: "¿Quién tocó mis vestiduras?" y Lucas: "¿Quién me tocó?" Uno lo dijo de manera usual, el otro de manera propia, pero ambos con la misma sentencia. Pues más usualmente decimos: "Me desgarras", que "Desgarras mis vestiduras"; aunque está claro qué queremos que se entienda.

66. Pero cuando Mateo narra que el archisinagogo no anunció al Señor que su hija estaba por morir, o muriendo, o en el extremo de la vida, sino que estaba completamente muerta; pero aquellos dos dicen que estaba ya próxima a la muerte, pero aún no muerta, hasta el punto de que dicen que vinieron después quienes anunciaron que había muerto, y por ello ya no debía molestarse al maestro, como si viniera para no permitir que muriera imponiendo la mano, no como quien pudiera resucitar a una muerta: se debe considerar si parece contradecir, y se debe entender que por causa de la brevedad Mateo quiso decir más bien que el Señor fue rogado para que hiciera lo que se manifiesta que hizo, es decir, que resucitara a la muerta: pues atendió no a las palabras del padre sobre su hija, sino a lo que es más importante, su voluntad; y puso tales palabras como era su voluntad. Pues había desesperado de tal manera que más bien quería que reviviera, no creyendo que pudiera encontrarla viva, a quien había dejado moribunda. Por lo tanto, dos pusieron lo que dijo Jairo: pero Mateo puso lo que quiso y pensó. Por lo tanto, se pidió ambas cosas al Señor, que salvara a la moribunda o que

resucitara a la muerta: pero como Mateo había decidido decir todo brevemente, insinuó que el padre rogó diciendo lo que ciertamente quiso, y Cristo hizo. Sin embargo, si aquellos dos o alguno de ellos hubiera mencionado que el mismo padre dijo lo que sus mensajeros dijeron, que ya no debía molestarse a Jesús porque la niña había muerto, contradirían las palabras que Mateo puso en su pensamiento: pero ahora, tanto lo que dijeron sus mensajeros, prohibiendo que el maestro viniera, no se lee que él lo consintiera. Por lo tanto, también lo que el Señor le dijo: "No temas, cree solamente, y será salva", no reprendió a un incrédulo, sino que confirmó más firmemente a un creyente. Pues tal era la fe en él, como en aquel que dijo: "Creo, Señor; ayuda mi incredulidad" (Marcos 9, 23).

67. Dado que esto es así, a través de estas diversas, pero no contradictorias, expresiones de los Evangelistas, aprendemos algo sumamente útil y necesario: que no debemos fijarnos en las palabras de cada uno, sino en la intención a la que las palabras deben servir; y que nadie miente si dice con otras palabras lo que aquel quiso, cuyas palabras no está repitiendo: no sea que miserables cazadores de palabras piensen que la verdad debe estar atada a los detalles de las letras; ya que, en efecto, no solo en las palabras, sino también en todos los demás signos del alma, no se debe buscar sino el mismo espíritu. 68. Pero algunos códices tienen, según Mateo, "No ha muerto la niña, sino que duerme", mientras que Marcos y Lucas testifican que era una niña de doce años; se entiende que Mateo habló al modo hebreo. Pues también en otros lugares de las Escrituras se encuentra que no solo aquellas que habían conocido varón, sino también las mujeres intactas y vírgenes, son llamadas mujeres: como está escrito de la misma Eva, "La formó en mujer" (Gén. II, 22); y aquello en el libro de los Números, donde se ordena guardar a las mujeres que no conocieron lecho de varón, es decir, vírgenes, para que no sean asesinadas (Núm. XXXI, 18): con esta expresión también Pablo dice que Cristo mismo fue "hecho de mujer" (Gál. IV, 4). Esto lo entendemos mejor que creer que aquella de doce años ya estaba casada o había conocido varón.

CAPÍTULO XXIX.---De los dos ciegos y el mudo endemoniado, que solo Mateo menciona.

69. Mateo continúa y dice: "Y al pasar Jesús de allí, lo siguieron dos ciegos clamando y diciendo: Ten misericordia de nosotros, hijo de David", y así hasta donde dice, "Pero los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios" (Mat. IX, 27-34). Esto de los dos ciegos y del mudo endemoniado, solo lo menciona Mateo. Aquellos dos ciegos, de los que también otros narran (Mar. X, 46-52, y Luc. XVIII, 35-43), no son estos, pero sin embargo ocurrió algo similar: de modo que si el mismo Mateo no hubiera recordado también aquel hecho (Mat. XX, 29-34), podría pensarse que lo que ahora narra fue dicho también por otros dos. Debemos recordar diligentemente que hay ciertos hechos similares; lo cual se prueba cuando el mismo evangelista menciona ambos: para que si alguna vez encontramos tales cosas individuales en cada uno, y en ellas algo contrario que no pueda resolverse, nos ocurra que no es este hecho, sino otro similar, o hecho de manera similar.

CAPÍTULO XXX.---Donde, compadecido de las multitudes, envió a sus discípulos, dándoles poder para realizar curaciones, y les dio muchas instrucciones, ordenando cómo debían vivir: donde se debe investigar cómo Mateo concuerda con Marcos y Lucas, especialmente sobre el bastón que según Mateo no debe llevarse, pero según Marcos debe llevarse solo; y sobre el calzado y las vestiduras.

70. Ciertamente, en adelante no aparece el orden de los hechos. Pues después de estos dos hechos, de los ciegos y el mudo endemoniado, sigue así: "Y Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, y predicando el reino del Evangelio, y sanando toda

enfermedad y toda dolencia. Al ver las multitudes, se compadeció de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos; rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies. Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos", y así hasta donde dice, "De cierto os digo que no perderá su recompensa" (Mat. IX, 35; X, 42). En todo este pasaje que ahora recordamos, instruyó mucho a sus discípulos: pero si Mateo lo añadió en orden, o si el orden de narrar fue su recuerdo, como se ha dicho, no aparece. Marcos parece haber resumido brevemente este pasaje, y lo introduce diciendo: "Y recorría las aldeas de alrededor enseñando. Y llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio poder sobre los espíritus inmundos", y así hasta donde dice, "Sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos" (Mar. VI, 6-11). Pero antes de narrar esto, Marcos primero, después de resucitar a la hija del jefe de la sinagoga, narró aquello donde se maravillaban del Señor en su patria, de dónde le venía tanta sabiduría y poder, cuando conocían su origen: lo cual Mateo recuerda después de esta instrucción a los discípulos, y después de muchas otras cosas (Mat. XIII, 54). Por lo tanto, es incierto si esto que ocurre en su patria, Mateo lo revocó omitido; o si Marcos lo anticipó recordado; cuál de ellos mantuvo el orden del hecho, y cuál el de su recuerdo. Lucas, sin embargo, inmediatamente después de la resurrección de la hija de Jairo, añade este pasaje sobre el poder y la instrucción de los discípulos (Luc. IX, 1-6), tan brevemente como Marcos: ni él mismo de tal manera que aparezca que esto sigue también en el orden de los hechos. En cuanto a los nombres de los discípulos, Lucas, que los nombra en otro lugar cuando primero son elegidos en el monte, no difiere de Mateo, salvo en el nombre de Judas de Santiago (Luc. VI, 14-16), a quien Mateo llama Tadeo; pero algunos códices tienen Lebeo. ¿Quién ha prohibido alguna vez que una persona sea llamada con dos o tres nombres?

71. También suele preguntarse cómo Mateo y Lucas recuerdan que el Señor dijo a los discípulos que no llevaran bastón, cuando Marcos dice, "Y les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solo bastón"; y él mismo continúa, "ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto": para mostrar que su narración se desarrolla en el mismo lugar en el que también aquellos que dijeron que no se debía llevar bastón. Esto se resuelve entendiendo que el bastón que según Marcos debe llevarse, se dijo con un significado diferente; y el que según Mateo y Lucas no debe llevarse, con otro: así como se entiende de manera diferente la tentación, de la que se dice, "Dios no tienta a nadie" (Sant. I, 13); y de otra de la que se dice, "El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si le amáis" (Deut. XIII, 3); aquella es de seducción, esta de prueba. Así como el juicio se entiende de manera diferente, del que se dice, "Los que hicieron el bien, a resurrección de vida; los que hicieron el mal, a resurrección de juicio" (Juan V, 29); y de otra manera, del que se dice, "Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa contra gente impía" (Sal. XLII, 1): aquel juicio es de condenación, este de discernimiento.

72. Y hay muchas otras palabras que no tienen un solo significado, sino que, colocadas adecuadamente en diferentes lugares, se entienden de manera diferente, y a veces se dicen con explicación: como aquello, "No seáis niños en el entendimiento, sino sed niños en la malicia, para que seáis perfectos en el entendimiento" (I Cor. XIV, 20). Esto podría haberse dicho brevemente con una sentencia cerrada. No seáis niños, sino sed niños. Y aquello, "Si alguno se cree sabio entre vosotros en este siglo, hágase necio, para que sea sabio" (I Cor. III, 18): ¿qué otra cosa dijo, sino, No sea sabio, para que sea sabio? Pero a veces se dicen cerradas de tal manera que ejercitan al que investiga: como aquello que dice a los Gálatas, "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Porque si alguno se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. Pero cada uno examine su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo respecto de sí mismo, y no en otro. Porque cada uno

llevará su propia carga" (Gál. VI, 2-5). A menos que tomes el nombre de carga con diferentes significados, sin duda pensarás que él mismo se contradice en su discurso, y esto en una sola sentencia con palabras colocadas tan cerca: que cuando poco antes decía, "Llevad los unos las cargas de los otros"; después dijo, "Cada uno llevará su propia carga". Pero unas son las cargas de compartir la debilidad, otras las de rendir cuentas a Dios de nuestros actos: aquellas se comparten con los hermanos para sostenerlas, estas se llevan individualmente. Así también se entiende espiritualmente el bastón, del que decía el Apóstol, "¿Vendré a vosotros con vara?" (I Cor. IV, 21)? y corporalmente, ya sea para usarlo con el caballo o para cualquier otra cosa que sea necesaria: dejando de lado por ahora otras significaciones figuradas de este nombre.

73. Por lo tanto, se debe entender que el Señor dijo a los Apóstoles tanto que no llevaran bastón, como que no llevaran nada sino bastón. Pues cuando según Mateo les decía, "No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestros cinturones; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón"; inmediatamente añadió, "Porque el obrero es digno de su alimento". De donde muestra suficientemente por qué no quiso que poseyeran ni llevaran estas cosas: no porque no sean necesarias para el sustento de esta vida; sino porque así los enviaba, para demostrar que estas cosas les eran debidas por aquellos mismos a quienes anunciaban el Evangelio creyendo, como estipendios a los soldados, como fruto de la viña a los plantadores, como leche del rebaño a los pastores. De donde Pablo dice: "¿Quién va a la guerra a sus propias expensas? ¿Quién planta viña, y no come de su fruto? ¿Quién apacienta el rebaño, y no toma de la leche del rebaño?" Pues de esto hablaba sobre las cosas necesarias para los predicadores del Evangelio: de donde poco después dice, "Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es gran cosa si segamos lo material de vosotros? Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿no más bien nosotros? Pero no hemos usado de este derecho". De donde se muestra que el Señor no ordenó estas cosas como si los evangelistas no debieran vivir de otra cosa que de lo que les proporcionan aquellos a quienes anuncian el Evangelio; de lo contrario, el mismo apóstol habría actuado contra este precepto, quien pasaba su sustento con el trabajo de sus manos, para no ser gravoso a nadie (I Tes. II, 9): sino que dio un poder, en el cual supieran que estas cosas les eran debidas. Pero cuando el Señor ordena algo, si no se hace, es culpa de desobediencia: pero cuando se da un poder, es lícito no usarlo, y ceder como de su propio derecho. Por lo tanto, el Señor hablando a los discípulos, hacía lo que el mismo Apóstol poco después explica más claramente: "¿No sabéis que los que trabajan en el templo, del templo comen? Y los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el Evangelio, que vivan del Evangelio: pero yo de ninguno de estos he usado" (I Cor. IX, 7-15). Por lo tanto, cuando dice que el Señor ordenó así, pero él no usó, muestra que se dio el poder de usar, no la necesidad de servir.

74. Así pues, ordenando el Señor esto, que él ordenó, que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio, decía estas cosas a los Apóstoles, para que seguros no poseyeran, ni llevaran las cosas necesarias para esta vida, ni grandes, ni pequeñas. Por eso puso, "ni bastón", mostrando que a sus fieles se les deben todas las cosas a sus ministros, sin requerir nada superfluo. Y por lo tanto, al añadir, "Porque el obrero es digno de su alimento", abrió y aclaró completamente por qué decía todas estas cosas. Este poder, por lo tanto, significó con el nombre de bastón, cuando dijo que no llevaran nada para el camino, sino solo bastón. Pues también podría haberse dicho brevemente así, No llevéis con vosotros nada necesario, ni bastón, sino solo bastón: para que lo que se dijo "ni bastón", se entienda, ni siquiera las cosas más pequeñas; pero lo que se añadió, "sino solo bastón", se entienda, porque por el poder recibido del Señor, incluso lo que no se lleva no faltará. Por lo tanto, el Señor dijo ambas cosas, pero porque no ambos evangelistas mencionaron ambas, se piensa que aquel que dijo

que el bastón, puesto con otro significado, debía llevarse, es contrario a aquel que dijo que el bastón, significando otra cosa, no debía llevarse; pero ya dada la razón, no se piense así.

75. Así también cuando Mateo dice que no se deben llevar calzados en el camino, prohíbe la preocupación, por la cual se piensa que deben llevarse para que no falten. Esto también debe entenderse de las dos túnicas, para que nadie de ellos, además de la que estaba vestido, pensara que debía llevar otra, preocupado de que fuera necesaria, cuando por ese poder podría recibir. Por lo tanto, Marcos al decir que se calcen con sandalias o suelas, advierte que este calzado tiene algún significado místico, para que el pie no esté ni cubierto ni desnudo en la tierra; es decir, que el Evangelio no se oculte, ni se apoye en comodidades terrenales. Y al prohibir llevar o tener dos túnicas, pero más expresamente al decir, "Y que no se vistan con dos túnicas"; ¿qué les advierte sino que no caminen de manera doble, sino simple?

76. Así que no hay duda de que el Señor dijo todo, en parte propiamente, en parte figuradamente: pero los Evangelistas, uno incluyó unas cosas, otro otras en sus escritos; y algunas cosas las mismas, ya sea dos, o tres de ellos, o todos los cuatro las pusieron: y sin embargo, no todo lo que fue dicho o hecho por él está escrito. Pero quien piense que el Señor no pudo en un solo discurso poner algunas palabras figuradas, otras propiamente, que examine sus demás discursos; verá cuán temeraria e ignorante es esa opinión. Pues este (para decir algo que me viene a la mente por ahora), ya que advierte que no sepa la izquierda lo que hace la derecha (Mat. VI, 3), y las mismas limosnas, y cualquier otra cosa que allí ordena, podría pensar que debe entenderse figuradamente.

77. Ciertamente, vuelvo a advertir, lo que conviene que el lector recuerde, para que no necesite tan frecuentemente de tal advertencia, que en varios lugares de sus discursos el Señor repitió muchas cosas que ya había dicho en otro lugar; no sea que el orden de esos lugares, cuando no concuerde con otro evangelista, haga pensar a alguien que es contrario; cuando debe entenderse que se dice de nuevo en otro lugar, lo que ya se había dicho en otro lugar: y no solo de las palabras, sino también de los hechos debe observarse. Pues nada impide creer que esto mismo se hizo de nuevo: pero calumniar al Evangelio, mientras no se cree que se hizo de nuevo, lo que nadie puede demostrar que no pudo hacerse de nuevo, es de sacrílega vanidad.

CAPÍTULO XXXI.---Donde Juan el Bautista envió a sus discípulos desde la cárcel al Señor, lo que dicen Mateo y Lucas.

78. Mateo continúa y dice: "Y aconteció que cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos. Y Juan, al oír en la cárcel de las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos, y le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?", etc., hasta donde dice, "Y la sabiduría fue justificada por sus hijos" (Mat. XI, 1-19). Todo este pasaje sobre Juan el Bautista, que envió a Jesús, y qué tipo de respuesta recibieron aquellos que envió, y lo que el Señor dijo sobre Juan después de que se fueron, también lo intercala Lucas (Luc. VII, 18-35): no en el mismo orden, pero no aparece quién de ellos sigue el orden de su recuerdo, quién el de los hechos mismos.

CAPÍTULO XXXII.---Donde reprochó a las ciudades por no haber hecho penitencia, lo que también dice Lucas: donde se debe investigar cómo Mateo concuerda con él en el orden narrativo.

79. Mateo continúa y dice: "Entonces comenzó a reprochar a las ciudades en las que se habían hecho la mayoría de sus milagros, porque no se habían arrepentido", etc., hasta donde

dice, "A la tierra de Sodoma le será más tolerable en el día del juicio que a ti" (Mat. XI, 20-24). También esto lo menciona Lucas (Luc. X, 12-15), uniendo estas palabras a un discurso continuo del Señor: por lo que parece más que él lo narra en el orden en que fue dicho por el Señor; pero Mateo siguió el orden de su recuerdo: o si lo que dice Mateo, "Entonces comenzó a reprochar a las ciudades", se cree que debe tomarse de tal manera que se piense que quiso expresar el mismo momento en lo que se dijo, "Entonces", y no el tiempo mismo un poco más amplio en el que se hacían y decían muchas cosas; quien crea esto, crea también que esto se dijo dos veces. Pues cuando en un solo Evangelista se encuentran algunas cosas que el Señor dijo dos veces; como en el mismo Lucas sobre no llevar alforja en el camino y otras cosas similares, se encuentra dicho dos veces por el Señor (Luc. IX, 3, y X, 4): ¿qué maravilla si también algo más se dijo dos veces individualmente por cada uno en el mismo orden en que se dijo, y por eso aparece un orden diferente en cada uno, porque se dijo tanto entonces cuando lo recuerda aquel, como entonces cuando lo recuerda este?

CAPÍTULO XXXIII.---Donde llama a tomar su yugo y carga, cómo Mateo no difiere de Lucas en el orden narrativo.

80. Mateo continúa: "En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos", etc., hasta donde dice, "Porque mi yugo es fácil, y mi carga ligera" (Mat. XI, 25-30). De este pasaje también Lucas hace mención, pero en parte. Pues no dice él mismo, "Venid a mí, todos los que estáis trabajados", y lo que sigue. Pero es creíble que esto se dijo una sola vez por el Señor, pero que Lucas no recordó todo lo que se dijo. Pues Mateo dice, "En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo", después de haber reprochado a las ciudades: pero Lucas después de esa reprochación de las ciudades intercala algunas cosas, aunque no muchas; y añade esto así, "En aquella misma hora se regocijó en el Espíritu Santo, y dijo" (Luc. X, 21). Por lo que incluso si Mateo no dijera "En aquel tiempo", sino "En aquella misma hora", Lucas intercala tan pocas cosas en medio, que parece que se dijo en la misma hora sin absurdo.

CAPÍTULO XXXIV.---Donde los discípulos arrancaron espigas y comieron, cómo concuerdan entre sí Mateo, Marcos y Lucas en el orden narrativo.

81. Sigue Mateo, y dice: En aquel tiempo, Jesús pasó por los sembrados en sábado; y sus discípulos, sintiendo hambre, comenzaron a arrancar espigas y a comer, etc., hasta donde dice: Porque el Hijo del hombre es Señor del sábado también (Mateo XII, 1-8). Esto también se menciona sin ninguna cuestión de contradicción por Marcos y Lucas (Marcos II, 23-28, y Lucas VI, 1-5); pero ellos no dicen "En aquel tiempo". Por lo cual, tal vez Mateo mantuvo aquí más el orden de los hechos, mientras que ellos el de su memoria: a menos que se entienda más ampliamente lo que se dijo, "En aquel tiempo", es decir, cuando se realizaban muchas y diversas cosas.

CAPÍTULO XXXV.---De aquel que tenía la mano seca y fue curado en sábado, cómo la narración de Mateo concuerda con Marcos y Lucas, ya sea en el orden de los hechos, ya sea en las palabras del Señor y de los judíos.

82. Prosigue Mateo, narrando así: Y pasando de allí, vino a la sinagoga de ellos. Y he aquí un hombre que tenía la mano seca, y lo demás, hasta donde dice: Y fue restaurada a la salud como la otra (Mateo XII, 9-13). De este sanado, que tenía la mano seca, tampoco callan Marcos y Lucas (Marcos III, 1-5, y Lucas VI, 6-10). Podría pensarse que lo de las espigas y lo de este sanado ocurrió el mismo día, ya que aquí también se menciona el sábado; a menos

que Lucas haya aclarado que la sanación de la mano seca ocurrió en otro sábado. Por lo tanto, lo que dice Mateo, "Y pasando de allí, vino a la sinagoga de ellos", no significa que vino sino después de haber pasado de allí, pero no se expresa cuántos días después vino a la sinagoga de ellos, después de haber pasado de aquel sembrado, o si fue directamente y de inmediato allí. Así se da lugar a la narración de Lucas, quien dice que la mano de este fue sanada en otro sábado. Pero puede sorprender cómo Mateo dice que ellos preguntaron al Señor, "¿Es lícito curar en sábado?", queriendo encontrar ocasión para acusarlo; y él les propuso la similitud de la oveja, diciendo: "¿Quién de vosotros que tenga una oveja, si cae en un hoyo en sábado, no la tomará y la levantará? ¿Cuánto más vale un hombre que una oveja? Así que es lícito hacer el bien en sábado"; mientras que Marcos y Lucas afirman que ellos fueron interrogados por el Señor: "¿Es lícito hacer el bien en sábado, o hacer el mal? ¿Salvar una vida, o destruirla?" Por lo tanto, se debe entender que ellos primero preguntaron al Señor, "¿Es lícito curar en sábado?"; luego, entendiendo él sus pensamientos, buscando ellos una oportunidad para acusarlo, puso en medio a aquel que iba a sanar, y les preguntó lo que Marcos y Lucas recuerdan que él preguntó; y entonces, mientras ellos callaban, propuso la similitud de la oveja, y concluyó que es lícito hacer el bien en sábado; finalmente, mirándolos con ira, como dice Marcos, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: "Extiende tu mano".

CAPÍTULO XXXVI.---Consideración de si estos tres evangelistas, al apartarse de aquel cuya mano seca fue sanada, no se contradicen en el orden mismo de la narración.

83. Prosigue Mateo, hilando así su narración: "Saliendo los fariseos, hicieron consejo contra él para destruirlo. Pero Jesús, sabiéndolo, se retiró de allí; y lo siguieron muchos, y los sanó a todos: y les mandó que no lo hicieran manifiesto. Para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, diciendo", etc., hasta donde dice: "Y en su nombre esperarán las naciones" (Mateo XII, 14-21). Esto solo lo menciona él, los otros dos se dirigen a otras cosas. Marcos parece haber mantenido un poco el orden de los hechos, quien dice que Jesús, conociendo la maligna disposición de los judíos contra él, se retiró al mar con sus discípulos, y las multitudes acudieron a él, y sanó a muchos (Marcos III, 7-12). Desde donde comenzó a ir a otra cosa, no lo que seguiría en orden, apenas se percibe: si cuando dice que las multitudes acudieron a él; pues esto pudo haber sido ya en otro tiempo: o cuando dice, "subió al monte". Lo que también Lucas parece mencionar diciendo: "Aconteció en aquellos días que salió al monte a orar" (Lucas VI, 12); pues al decir "en aquellos días", muestra suficientemente que no ocurrió de inmediato.

CAPÍTULO XXXVII.---Del mudo y ciego que tenía demonio, cómo concuerdan Mateo y Lucas.

84. Mateo prosigue y dice: "Entonces le fue presentado un endemoniado, ciego y mudo; y lo sanó, de modo que el mudo hablaba y veía" (Mateo XII, 22). Esto no lo menciona Lucas en este orden, sino después de muchas otras cosas, y dice que era solo mudo, no también ciego (Lucas XI, 14); pero no por omitir algo se debe pensar que habla de otro: pues también él hilvana las mismas secuencias que Mateo.

CAPÍTULO XXXVIII.---Donde se le dijo que expulsaba demonios por Beelzebú, todo lo que habló en esa ocasión sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo, y sobre los dos árboles, si en nada Mateo difiere de los otros dos, especialmente de Lucas.

85. Prosigue Mateo, diciendo: "Y todas las multitudes se asombraban y decían: ¿No será este el hijo de David? Pero los fariseos, al oírlo, dijeron: Este no expulsa a los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios. Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino

dividido contra sí mismo, será desolado", etc., hasta donde dice: "Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mateo XII, 23-37). Marcos no menciona lo de Jesús expulsando demonios por Beelzebú a raíz de aquel mudo; sino que, después de algunas otras cosas que solo él menciona, también añade esto, ya sea recordándolo en otro lugar y añadiéndolo, o dejando algo de lado y luego volviendo a este orden (Marcos III, 22-30). Lucas, sin embargo, dice casi con las mismas palabras lo que Mateo (Lucas XI, 14-26); y lo que llama el dedo de Dios, el Espíritu de Dios, no se aparta del mismo sentido; más bien, enseña algo para que sepamos cómo entender dondequiera que leamos en las Escrituras el dedo de Dios. En las otras cosas que no dicen aquí Marcos y Lucas, no hay controversia; ni en las que dicen de manera algo diferente, porque el sentido es el mismo.

CAPÍTULO XXXIX.---Lo que respondió a los que pedían una señal, sobre el profeta Jonás y los ninivitas, y sobre la Reina del Sur, y sobre el espíritu inmundo que, al salir del hombre, regresa y encuentra la casa barrida, cómo Mateo concuerda con Lucas.

86. Prosigue Mateo, y dice: "Entonces le respondieron algunos de los escribas y fariseos, diciendo: Maestro, queremos ver de ti una señal", etc., hasta donde dice: "Así será también a esta generación perversa" (Mateo XII, 38-45). Esto también lo narra Lucas, aunque en un lugar diferente y con un orden algo distinto (Lucas XI, 16-37). Pues lo de que pidieron una señal del cielo al Señor, lo mencionó antes, después del milagro del mudo: y no relató allí qué les respondió el Señor a esto; sino que después, cuando las multitudes se reunieron, dice que esto les fue respondido a ellos, que se da a entender que fueron mencionados anteriormente por él, que buscaban una señal del cielo: y esto lo añade después de haber interpuesto lo de la mujer que dijo al Señor: "Bienaventurado el vientre que te llevó". Esta mujer la interpone, después de haber mencionado el sermón del Señor sobre que el espíritu inmundo, al salir del hombre, regresa y encuentra la casa barrida. Después de aquella mujer, al decir que fue respondido a las multitudes sobre la señal que buscaban del cielo, interpuesta la similitud del profeta Jonás, luego continuando el sermón del mismo Señor, menciona lo dicho sobre la reina del Sur y los ninivitas: así que recordó algo que Mateo calló, más que omitir algo de lo que aquel narró en este lugar. Pero, ¿quién no ve que es superfluo preguntar en qué orden dijo el Señor aquello; cuando también debemos aprender por la autoridad excelentísima de los evangelistas, que no es mentira si alguien no ordenó el discurso de otro en el mismo orden en que salió de aquel de quien procedió, cuando el orden mismo no importa para el asunto, ya sea así, ya sea de otra manera? Y aún Lucas indica que este sermón del Señor fue más extenso, y en él menciona algunas cosas, como las que Mateo en aquel sermón que se dio en el monte (Mateo V-VII), que entendemos que fueron dichas dos veces, tanto allí como aquí. Terminado este sermón, Lucas pasa a otra cosa: en la cual, si guardó el orden de los hechos, es incierto. Pues así conecta: "Y mientras hablaba, le rogó un fariseo que comiera con él". Pero no dice, "Mientras decía estas cosas"; sino, "mientras hablaba". Pues si hubiera dicho, "Mientras decía estas cosas", necesariamente obligaría a entender que no solo fueron narradas por él en este orden, sino también realizadas por el Señor.

CAPÍTULO XL.---Donde le fue anunciada su madre y sus hermanos, si el mismo orden no difiere en Marcos y Lucas.

87. Prosigue, pues, Mateo, y dice: "Aún estaba él hablando a las multitudes, cuando he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, queriendo hablar con él", etc., hasta donde dice: "Porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre" (Mateo XII, 46-50). Sin duda debemos entender que esto se hizo consecuentemente. Pues al pasar a narrar esto, introdujo diciendo: "Aún estaba él hablando a las multitudes": ¿qué es, pues, "Aún", sino aquello que estaba hablando? No dijo,

"Y mientras hablaba a las multitudes, he aquí su madre y sus hermanos"; sino, "Aún estaba él hablando": al decir esto, obliga a entender que estaba hablando de estas cosas que indicaba anteriormente. Pues también Marcos, después de lo que relató sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo, lo que el Señor dijo, relató: "Y vienen", dice, "su madre y sus hermanos" (Marcos III, 31-35): omitiendo algunas cosas, que en el mismo texto del sermón del Señor tanto Mateo más extensamente que Marcos, como Lucas más extensamente que Mateo, pusieron. Lucas, sin embargo, no mantuvo el orden de este hecho, sino que lo anticipó y lo narró recordándolo antes. De hecho, lo intercaló de tal manera que aparece desligado del nexo tanto de lo anterior como de lo posterior. Pues después de haber mencionado algunas parábolas del Señor, así intercaló esto de su madre y sus hermanos recordándolo: "Vinieron a él", dice, "su madre y sus hermanos: y no podían llegar a él a causa de la multitud": no expresó cuándo vinieron a él. Nuevamente, cuando pasa de esto, dice así: "Aconteció, pues, en uno de esos días, que él entró en una barca, y sus discípulos" (Lucas VIII, 19-22). Y aquí, ciertamente, al decir, "Aconteció en uno de esos días", indica suficientemente que no es necesario entender que esto se hizo en el día en que esto ocurrió, o en el que sigue inmediatamente. Por lo tanto, no tiene contradicción con los otros dos lo que Mateo narra sobre la madre y los hermanos del Señor, ni en las palabras del Señor, ni en el mismo orden de los hechos.

CAPÍTULO XLI.---Que desde la barca habló a las multitudes sobre aquel que al sembrar, una parte cayó junto al camino, etc., y sobre aquel al que se le sembró cizaña, y sobre el grano de mostaza, y sobre la levadura; y que en la casa habló sobre el tesoro escondido en el campo, y sobre la perla, y sobre la red echada al mar, y sobre el que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas, cómo Mateo concuerda con Marcos y Lucas, ya sea en lo que dijeron con él, ya sea en el orden de la narración.

88. Prosigue Mateo: "Aquel día, saliendo Jesús de la casa, se sentó junto al mar: y se reunieron junto a él grandes multitudes, de modo que subió a una barca y se sentó: y toda la multitud estaba en la orilla; y les habló muchas cosas en parábolas, diciendo", etc., hasta donde dice: "Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas" (Mateo XIII, 1-52). Después de lo que se narró sobre la madre y los hermanos del Señor, esto se entiende que ocurrió inmediatamente, y que Mateo también mantuvo ese orden en su narración, lo insinúa el hecho de que al pasar de allí, lo hiló de tal manera que dijo: "Aquel día, saliendo Jesús de la casa, se sentó junto al mar, y se reunieron junto a él grandes multitudes". Pues al decir "Aquel día" (a menos que día, como en las Escrituras, signifique tiempo), indica suficientemente que esto ocurrió consecuentemente, o que no pudieron interponerse muchas cosas; especialmente porque Marcos mantiene ese orden (Marcos IV, 1-34): Lucas, sin embargo, después de lo que narra sobre la madre y los hermanos del Señor, pasa a otra cosa, y no hace con esa transición ninguna conexión que parezca contradecir este orden (Lucas VIII, 22). Por lo tanto, de todas estas cosas que Mateo narra que el Señor dijo, las que dijeron con él Marcos y Lucas, no tienen cuestión de contradicción; las que él solo dijo, mucho más están sin controversia: ni en el mismo orden, aunque cada uno mantenga un orden algo diverso, ya sea de los hechos realizados, ya sea de su memoria, veo qué o a quién se opone cada uno.

CAPÍTULO LXII.---Que vino a su patria, y se maravillaban de su doctrina, mientras despreciaban su linaje: cómo Mateo concuerda con Marcos y Lucas, especialmente si el orden de la narración no se opone a otro.

89. Prosigue, pues, Mateo: "Y aconteció que cuando Jesús terminó estas parábolas, pasó de allí: y viniendo a su patria, les enseñaba en sus sinagogas", etc., hasta donde dice: "Y no hizo allí muchos milagros a causa de la incredulidad de ellos" (Mateo XIII, 53-58). Desde el sermón anterior de las parábolas, pasa de tal manera que no muestra la necesidad de un orden consecuente: especialmente porque Marcos, desde estas parábolas, no se dirige a lo que este, sino a otra cosa, a lo que también Lucas conecta su narración, de modo que se muestra más creíble que esto ocurrió más consecuentemente, lo que ellos dos añaden de manera continua, sobre la nave en la que Jesús dormía, y sobre aquel milagro de los demonios expulsados en los gerasenos (Marcos IV, 35; V, 17, y Lucas VIII, 22-37), que Mateo ya recordó anteriormente interponiéndolo (Mateo VIII, 23-34). Ahora bien, veamos si lo que el Señor dijo o le fue dicho en su patria concuerda con los otros dos, Marcos y Lucas. Pues Juan, en lugares muy diferentes y disímiles de su narración, menciona que se dijeron tales cosas al Señor (Juan VI, 42), o que él dijo cosas semejantes, como las que los tres restantes recordaron en este lugar.

90. Y Marcos, en efecto, menciona aquí casi todo lo que Mateo, excepto que dice que el Señor fue llamado carpintero e hijo de María por sus conciudadanos (Marcos VI, 1-6), no, como Mateo, hijo del carpintero. No es de extrañar, ya que se pudo haber dicho de ambas maneras: pues lo creían carpintero por ser hijo de carpintero. Lucas, sin embargo, indica el mismo acontecimiento de manera más extensa y menciona más detalles; y lo inserta no mucho después de su bautismo y tentación, sin duda anticipando algo que ocurrió después de muchos eventos intermedios: de donde cualquiera puede advertir, lo cual es sumamente necesario para esta gran cuestión que hemos asumido resolver con la ayuda de Dios sobre la concordancia de los Evangelistas, que no ignoraban que algo se había omitido, o que, sin saber cómo se ordenaban los hechos, siguieron más bien el orden de su memoria; lo cual se puede entender evidentemente aquí, porque Lucas, antes de narrar que el Señor hizo algo en Cafarnaúm, anticipó este lugar que ahora consideramos, donde sus conciudadanos se asombraban de su poder y despreciaban la humildad de su origen. Pues dice que les dijo: "Sin duda me diréis: Médico, cúrate a ti mismo: lo que hemos oído que hiciste en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria"; cuando según la narración del mismo Lucas, aún no se lee que haya hecho algo en Cafarnaúm. Como esto no es largo, y es muy fácil y necesario, lo insertamos todo, de donde vino a narrar esto y cómo llegó. Después de indicar que el Señor fue bautizado y tentado, sigue así: "Y habiendo terminado toda tentación, el diablo se apartó de él hasta un tiempo. Y Jesús regresó en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la región. Y enseñaba en sus sinagogas, y era glorificado por todos. Y vino a Nazaret, donde había sido criado, y entró, según su costumbre, en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para leer. Y le fue entregado el libro del profeta Isaías. Y al desenrollar el libro, encontró el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos, a proclamar el año agradable del Señor y el día de la retribución. Y enrollando el libro, lo devolvió al ministro, y se sentó. Y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos. Y todos daban testimonio de él, y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es este el hijo de José? Y les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Lo que hemos oído que hiciste en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria" (Lucas IV, 13-23), y lo demás, hasta que completa todo el pasaje de su narración. ¿Qué puede ser más evidente que él, sabiendo esto, lo anticipó para narrarlo, cuando sin duda ya sabía que grandes cosas habían sido hechas por él en Cafarnaúm, y él mismo lo menciona, sabiendo que aún no lo había narrado? Pues no

ha pasado tanto desde su bautismo como para que se le olvide que aún no ha mencionado nada de lo que se hizo en Cafarnaúm: pues apenas ha comenzado a narrar algo del Señor después del bautismo. CAPÍTULO XLIII.---Cómo concuerdan Mateo, Marcos y Lucas sobre las palabras de Herodes cuando oyó de las maravillas del Señor, o sobre el mismo orden de la narración.

91. Mateo continúa: "En aquel tiempo oyó Herodes el tetrarca la fama de Jesús, y dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista; él ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él los poderes" (Mateo XIV, 1, 2). Marcos dice lo mismo y de la misma manera, pero no en el mismo orden (Marcos VI, 14-16). Pues después de que el Señor envió a los discípulos, diciéndoles que no llevaran nada en el camino, excepto un bastón, al terminar ese discurso, según lo que él mencionó, también añadió esto, sin ninguna necesidad de que se entendiera que esto ocurrió consecuentemente: como tampoco Mateo; pues dijo "En aquel tiempo", no "En aquel día" o "hora": excepto que Marcos no dice que Herodes lo dijo, sino que "decían que Juan el Bautista había resucitado de los muertos"; mientras que Mateo dice de Herodes mismo: "Dijo a sus siervos". Lucas también sigue el mismo orden narrativo que Marcos, sin obligar a creer que fue el mismo orden de los hechos, y así lo menciona: "Oyó Herodes el tetrarca todo lo que se hacía por él, y estaba perplejo, porque se decía por algunos que Juan había resucitado de los muertos; por otros, que Elías había aparecido; y por otros, que uno de los antiguos profetas había resucitado. Y dijo Herodes: A Juan yo lo decapité; ¿quién es este de quien oigo tales cosas? Y buscaba verlo" (Lucas IX, 7-9). En estas palabras, Lucas también atestigua a Marcos, solo en cuanto a que otros dijeron, no Herodes, que Juan había resucitado de los muertos. Pero como mencionó que Herodes estaba perplejo, y luego puso sus palabras diciendo: "A Juan yo lo decapité; ¿quién es este de quien oigo tales cosas?", se debe entender que o bien después de esta perplejidad se confirmó en su mente lo que otros decían, cuando dijo a sus siervos, como narra Mateo: "Y dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista; él ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él los poderes"; o estas palabras deben pronunciarse de manera que aún indiquen perplejidad. Pues si dijera: "¿Acaso es este?", o "¿Quizás es este Juan el Bautista?", no sería necesario advertir algo sobre la pronunciación, para que se entienda que duda y está perplejo. Ahora, porque faltan esas palabras, se puede pronunciar de ambas maneras; para que lo tomemos como que lo dijo creyendo, confirmado por las palabras de otros; o aún, como Lucas menciona, perplejo: especialmente porque también Marcos, que anteriormente había dicho que otros dijeron que Juan había resucitado de los muertos, al final no omite que Herodes mismo dijo: "A quien yo decapité, Juan, este ha resucitado de los muertos". Estas palabras también se pueden pronunciar de dos maneras, para que se entiendan como de alguien que confirma o de alguien que duda. Pero como Lucas, después de mencionar esto, pasa a otra cosa; estos dos, Mateo y Marcos, a partir de esta ocasión narran cómo Juan fue asesinado por Herodes.

CAPÍTULO XLIV.---Sobre Juan encarcelado, o incluso asesinado, en qué orden es narrado por estos tres.

92. Mateo continúa, y dice: "Porque Herodes había arrestado a Juan, y lo había encadenado, y lo había puesto en prisión por causa de Herodías, la esposa de su hermano", etc., hasta el lugar donde dice: "Y acercándose sus discípulos, tomaron el cuerpo, y lo sepultaron; y viniendo, lo anunciaron a Jesús" (Mateo XIV, 3-12). Marcos narra esto de manera similar (Marcos VI, 17-29): pero Lucas no lo recuerda en el mismo orden, sino alrededor del mismo bautismo en el que el Señor fue bautizado. Por lo que se entiende que también él lo anticipó por ocasión, para narrar allí lo que ocurrió mucho después. Pues después de haber mencionado las palabras de Juan sobre el Señor, que tiene el aventador en su mano, y limpiará su era, recogerá el trigo en su granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible:

inmediatamente añadió lo que no ocurrió inmediatamente, como el evangelista Juan expone clarísimamente, cuando menciona que después de que Jesús fue bautizado, fue a Galilea, cuando hizo el vino del agua; y de allí, después de una breve estancia en Cafarnaúm, regresó a la tierra de Judea, y allí bautizó a muchos cerca del Jordán, antes de que Juan fuera enviado a prisión (Juan II, 1, 12, y III, 22-24). ¿Quién no pensaría, quien no está muy instruido en estas letras, que como si después de esas palabras sobre el aventador y la era limpiada, inmediatamente Herodes ofendió a Juan, y lo envió a prisión? Pero no se narraron en el orden en que ocurrieron, y ya lo hemos probado en otro lugar, y en este mismo lugar no otro, sino el mismo Lucas lo prueba (Lucas III, 15-21). Pues si después de esas palabras Juan fue enviado inmediatamente a prisión, ¿cómo después de la misma mención de Juan encarcelado fue bautizado Jesús, según la narración del mismo Lucas? Por lo tanto, es evidente que lo recordó por ocasión y lo anticipó, y antes de muchas cosas que iba a narrar que ocurrieron antes de que esto le sucediera a Juan, lo anticipó en su narración. Pero ni esos dos, Mateo y Marcos, colocaron en su narración sobre Juan encarcelado en el orden de los hechos en que aparece que ocurrió incluso en sus escritos: pues también ellos dijeron que, entregado Juan, el Señor fue a Galilea (Mateo IV, 12, y Marcos I, 14); y después de muchas cosas que hizo en Galilea, llegan a la advertencia o perplejidad de Herodes, que Juan, a quien decapitó, ha resucitado de los muertos (Mateo XIV, 1, 2, y Marcos VI, 14-16); y a partir de esta ocasión narran todo lo que le sucedió a Juan encarcelado y asesinado.

CAPÍTULO XLV.---Al milagro de los cinco panes en qué orden por todos, y cómo se llegó.

93. Mateo continúa, después de haber dicho que se le anunció a Cristo que Juan había sido asesinado, y así conecta la narración: "Cuando Jesús lo oyó, se retiró de allí en una barca a un lugar desierto aparte. Y cuando las multitudes lo oyeron, lo siguieron a pie desde las ciudades. Y al salir, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a sus enfermos" (Mateo XIV, 13, 14). Esto lo menciona como ocurrido inmediatamente después de la pasión de Juan. Por lo que después de estos, ocurrieron aquellos que primero se narraron, por los cuales Herodes se conmovió y dijo: "A quien yo decapité, Juan, este ha resucitado". Pues aquellos posteriores deben entenderse, que llegaron a oídos de Herodes, para que se conmoviera y dudara quién podría ser este de quien oía tales cosas, cuando él mismo había matado a Juan. Pero Marcos, después de haber narrado la pasión de Juan, menciona que los discípulos enviados regresaron a Jesús, y le informaron de todo lo que habían hecho y enseñado; y el Señor les dijo (lo cual solo él menciona) que descansaran un poco en el desierto, y subieron con él a la barca, y se fueron: y las multitudes al ver esto los precedieron allí; de las cuales el Señor tuvo compasión y enseñó muchas cosas; y ya avanzada la hora, ocurrió que todos los presentes fueron alimentados con cinco panes y dos peces (Marcos VI, 30-44). Este milagro lo mencionan todos los cuatro Evangelistas. Lucas también, que ya mucho antes había narrado la pasión de Juan (Lucas III, 20), por la ocasión que dijimos, ahora después de haber mencionado esa perplejidad de Herodes sobre quién era el Señor, inmediatamente añade lo que Marcos, es decir, que los Apóstoles regresaron a él, y le contaron todo lo que habían hecho, y tomándolos se retiró a un lugar desierto, y allí lo siguieron las multitudes, y habló sobre el reino de Dios, y sanó a los que necesitaban cura: y de allí también él, al declinar el día, menciona el milagro de los cinco panes (Id. IX, 10-17).

94. Pero Juan, que difiere mucho de esos tres Evangelistas, porque se detiene más en los discursos que el Señor tuvo que en los hechos que hizo maravillosamente, después de haber mencionado que dejó Judea y fue de nuevo a Galilea, lo cual se entiende que ocurrió cuando también los otros Evangelistas dicen que, entregado Juan, fue a Galilea; después de haber mencionado esto, Juan, en su paso por Samaria, conecta a su narración muchas cosas que habló por ocasión de aquella samaritana que encontró en el pozo: y después de dos días dice

que salió de allí a Galilea, luego vino a Caná de Galilea, donde había hecho el vino del agua, y sanó al hijo de un oficial (Juan IV, 3, 5, 43-54). Pero otras cosas que hizo y dijo en Galilea, que otros mencionaron, Juan calla: pero ciertamente, lo que ellos callaron, dice que subió en día de fiesta a Jerusalén, e hizo allí el milagro de aquel hombre que tenía treinta y ocho años en su enfermedad, y no tenía hombre que lo pusiera en la piscina, en la cual los afectados por diversas enfermedades eran sanados; y por esta ocasión menciona que habló mucho. Después de esto dice que fue al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberíades, y lo siguió una gran multitud: luego fue al monte, y allí se sentó con sus discípulos, próximo el día de la Pascua, la fiesta de los judíos: entonces alzando los ojos y viendo la gran multitud, los alimentó con cinco panes y dos peces (Juan V-VI, 13); lo cual también dicen los demás Evangelistas. Y por lo tanto, es seguro que omitió por lo que ellos llegaron narrando a la mención de este milagro; sin embargo, como de otra vía de narración, cuando ellos callaron lo que él dijo, llegaron a este milagro de los cinco panes, y esos tres que casi caminaban juntos, y este que siguiendo los altos discursos del Señor, por otras cosas que ellos callaron, de alguna manera voló alrededor, y se encontró con ellos para mencionar el milagro de los cinco panes, no mucho después de volver a volar hacia lo alto.

CAPÍTULO XLVI.---En el mismo milagro de los cinco panes cómo todos los cuatro concuerdan entre sí.

95. Mateo continúa, y lleva su narración en orden hasta el mismo hecho de los cinco panes: "Al atardecer, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya ha pasado; despide a las multitudes, para que vayan a las aldeas y compren alimentos. Pero Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer", etc., hasta donde dice: "Y los que comieron fueron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños" (Mateo XIV, 15-21). Este milagro, que todos los cuatro Evangelistas mencionan (Marcos VI, 34-44, y Lucas IX, 12-17), y se piensa que discrepan entre sí, debe ser considerado y tratado, para que de esto también se aprendan las reglas de las locuciones, en las que, aunque diversas, se retiene sin embargo la misma sentencia, y se guarda la misma verdad de los hechos. Y la consideración debe comenzar, no con Mateo según el orden de los Evangelistas, sino más bien con Juan, quien expresa esta narración de tal manera que incluso menciona los nombres de los discípulos con quienes el Señor habló sobre este asunto. Así lo dice: "Entonces Jesús, al levantar los ojos y ver que una gran multitud venía hacia él, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos? Pero esto lo decía para probarlo; porque él sabía lo que iba a hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no son suficientes para que cada uno tome un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos? Entonces Jesús dijo: Haced que la gente se recueste. Había mucha hierba en el lugar: se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Entonces Jesús tomó los panes, y habiendo dado gracias, los distribuyó a los que estaban recostados; igualmente de los peces, cuanto querían. Y cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierdan. Los recogieron, pues, y llenaron doce cestas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido" (Juan VI, 5-13).

96. Aquí no se busca lo que este dijo sobre qué tipo de panes eran; pues no ocultó que eran de cebada, lo que los demás callaron: ni se busca aquí que este no dijo que además de los cinco mil hombres, había mujeres y niños, como dice Mateo. Y en general ya debe estar claro, y debe mantenerse como regla en tales cuestiones, que nadie debe inquietarse cuando uno dice lo que otro omite. Pero se busca cómo lo que dijeron todos sea verdad, para que al narrar uno,

no excluya lo que narra otro. Pues si el Señor, según la narración de Juan, al ver las multitudes, preguntó a Felipe, probándolo, de dónde podrían conseguirse alimentos para ellos; puede causar inquietud cómo es verdad lo que otros narraron, que primero los discípulos dijeron al Señor que despidiera a las multitudes para que pudieran comprar alimentos en los lugares cercanos: a lo que Él respondió, según Mateo, "No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer". A lo cual también Marcos y Lucas están de acuerdo, omitiendo solo lo que dijo, "No tienen necesidad de irse". Se entiende, pues, que después de estas palabras el Señor miró a la multitud y dijo a Felipe lo que Juan recuerda, pero estos lo omitieron. Luego, lo que Felipe respondió en Juan, Marcos lo recuerda como respuesta de los discípulos, queriendo que se entienda que Felipe respondió esto en nombre de los demás: aunque también pudieron usar el plural por el singular de manera muy común. Lo que dijo Felipe, "Doscientos denarios de pan no son suficientes para que cada uno reciba un poco", es lo mismo que dijo Marcos, "¿Iremos y compraremos doscientos denarios de pan y les daremos de comer?". Lo que Marcos recuerda que el Señor dijo, "¿Cuántos panes tenéis?", los demás lo omitieron. Lo que Andrés sugirió en Juan sobre los cinco panes y dos peces, los demás lo relataron usando el plural por el singular, desde la perspectiva de los discípulos. Y Lucas, de hecho, combinó la respuesta de Felipe y la de Andrés en una sola sentencia: lo que dijo, "No tenemos más que cinco panes y dos peces", se refiere a la respuesta de Andrés; lo que añadió, "A menos que vayamos y compremos comida para toda esta multitud", parece pertenecer a la respuesta de Felipe; aunque también en la sentencia de Andrés se puede entender esto. Pues cuando dijo, "Hay un muchacho aquí que tiene cinco panes de cebada y dos peces", él mismo añadió, "Pero, ¿qué es esto para tantos?", que es lo mismo que decir, "A menos que vayamos y compremos comida para toda esta multitud".

97. De toda esta variedad de palabras, pero concordancia de hechos y sentencias, queda claro que se nos enseña saludablemente a no buscar nada en las palabras sino la voluntad de los que hablan: a cuya demostración deben estar atentos todos los narradores verídicos, cuando narran algo sobre un hombre, un ángel o Dios; pues la voluntad de estos puede ser expresada con palabras, para que no haya discrepancia entre ellos.

98. Sin duda, no se debe omitir en este lugar hacer al lector atento a lo que tal vez ocurra en otros casos similares, porque Lucas dijo que se les ordenó recostarse en grupos de cincuenta, mientras que Marcos dijo en grupos de cincuenta y de cien. Esto no causa inquietud aquí, porque uno dijo una parte, el otro el todo: pues quien también relató sobre los grupos de cien, relató lo que el otro omitió: por lo tanto, no hay nada contrario. Sin embargo, si uno solo hubiera mencionado los grupos de cincuenta y otro solo los de cien, parecería muy contrario; y no sería fácil discernir que ambos fueron dichos, uno por uno, el otro por otro: y sin embargo, ¿quién no admitiría que, al considerarlo más atentamente, debería haberse encontrado? Dije esto porque a menudo existen algunas cosas de este tipo, que a los que prestan poca atención y juzgan precipitadamente les parecen contrarias, y no lo son.

CAPÍTULO XLVII.---Cómo quienes dijeron que caminó sobre las aguas concuerdan entre sí; y cómo se apartan de ese lugar donde alimentó a las multitudes con cinco panes.

99. Mateo continúa, y dice: "Y después de despedir a la multitud, subió al monte a orar a solas. Al anoecer, estaba allí solo: pero la barca ya estaba en medio del mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario. Y a la cuarta vigilia de la noche, vino a ellos caminando sobre el mar. Y viéndolo caminar sobre el mar, se turbaron, diciendo: Es un fantasma", etc., hasta donde dice, "Vinieron y lo adoraron, diciendo: Verdaderamente eres el Hijo de Dios" (Mat. XIV, 23-33). Marcos también sigue este mismo relato después del milagro de los cinco panes: "Y cuando llegó la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y

viéndolos fatigados remando, porque el viento les era contrario", etc. (Mar. VI, 47-54), de manera similar, excepto que no mencionó a Pedro caminando sobre las aguas. Esto no debe causar inquietud, que Marcos dijo del Señor, cuando caminaba sobre las aguas, que quería pasar de largo. ¿Cómo pudieron entender esto, sino porque iba en dirección opuesta, queriendo pasar de largo como si fueran extraños, por quienes no era reconocido, al punto de ser considerado un fantasma? ¿Quién es tan lento que no quiera advertir que esto se refiere a una significación mística? Sin embargo, al verlos turbados y clamando, les asistió, diciendo, "Tened ánimo, soy yo; no temáis". ¿Cómo, entonces, quería pasar de largo a quienes así confirma, sino porque esa voluntad de pasar de largo valía para provocar ese clamor al que era necesario asistir?

100. Juan también se detiene un poco más con estos. Pues después de narrar el milagro de los cinco panes, él tampoco calla sobre la barca en apuros y la caminata del Señor sobre las aguas, hilando así: "Jesús, entonces, cuando supo que iban a venir para llevárselo y hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo. Al anoecer, sus discípulos descendieron al mar: y cuando subieron a la barca, cruzaron el mar hacia Cafarnaúm. Y ya había oscurecido, y Jesús no había venido a ellos. El mar, sin embargo, se levantaba por un gran viento que soplabá", etc. (Juan VI, 15-21). Aquí no puede parecer nada contrario, excepto que Mateo dice que, después de despedir a las multitudes, subió al monte a orar solo: pero Juan dice que estaba en el monte con las mismas multitudes que alimentó con los cinco panes. Pero como el mismo Juan dice que después de aquel milagro huyó al monte, para que no lo tomaran las multitudes que querían hacerlo rey; evidentemente habían descendido del monte a lugares más llanos cuando se distribuyeron los panes a las multitudes. Y por eso no es contrario que subiera de nuevo al monte, como dicen tanto Mateo como Juan: excepto que Mateo dice, "subió"; Juan, "huyó": lo cual sería contrario si huyendo no subiera. Ni es contrario que Mateo diga, "subió al monte a orar solo"; y Juan, "Cuando supo que iban a venir para hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo". Pues la causa de orar no es contraria a la causa de huir: ya que el Señor, transformando en sí mismo el cuerpo de nuestra humildad, para hacerlo conforme al cuerpo de su gloria (Filip. III, 21), también enseñaba que esta es una gran causa para nosotros de orar, cuando hay una causa para huir. Ni es contrario que Mateo diga que primero ordenó a los discípulos subir a la barca y precederlo al otro lado del mar, hasta que despidiera a las multitudes, y luego, después de despedir a las multitudes, subió al monte a orar solo; mientras que Juan recuerda que primero huyó solo al monte, y luego, "Al anoecer", dice, "sus discípulos descendieron al mar; y cuando subieron a la barca", etc. ¿Quién no ve que Juan, recapitulando, dijo después lo que ya Jesús había ordenado antes de huir al monte; como suele hacerse en el discurso cuando se vuelve a algo omitido de alguna manera? Pero como ese regreso, hecho especialmente en la brevedad y en un punto de tiempo, no se menciona; a menudo quienes escuchan piensan que también eso se hizo después, lo que se dice después. Así también, a quienes dijo que subieron a la barca y cruzaron el mar hacia Cafarnaúm, dice que el Señor vino a ellos caminando sobre las aguas mientras estaban en el mar: lo cual, sin duda, ocurrió primero en el mismo viaje en el que cruzaban hacia Cafarnaúm.

101. Lucas, sin embargo, después de narrar el milagro de los cinco panes, prosigue con otra cosa y se aparta de este orden. Pues no menciona nada sobre aquella barca, ni sobre el camino del Señor sobre las aguas: sino que, después de decir: "Y comieron todos, y se saciaron, y recogieron lo que sobró de los fragmentos, doce cestas"; luego añadió, "Y aconteció que, mientras oraba solo, estaban con él los discípulos, y les preguntó diciendo: ¿Quién dicen las multitudes que soy yo?" (Luc. IX, 17, 18), narrando de ahí en adelante otra cosa, no lo que esos tres que relataron que el Señor caminando sobre las aguas vino a los discípulos navegantes. No debe pensarse, por tanto, que en aquel monte, al que Mateo dice que subió

para orar solo, dijo a los discípulos, "¿Quién dicen las multitudes que soy yo?" (Lucas parece concordar con Mateo en esto, porque dijo, "mientras oraba solo"; cuando aquel había dicho, "subió al monte a orar solo"); sino que en otro lugar, mientras oraba solo, y estaban con él los discípulos, hizo esta pregunta. Pues Lucas dijo que estaba solo, no sin los discípulos, como Mateo y Juan, cuando se apartaron de él para precederlo al otro lado del mar. Este, de hecho, añadió muy claramente, "Estaban con él los discípulos". Por lo tanto, dijo que estaba solo, sin las multitudes, que no habitaban con él.

CAPÍTULO XLVIII.---Cómo Mateo y Marcos no se oponen a Juan en lo que los tres narran sobre lo que ocurrió después de cruzar.

102. Mateo continúa, diciendo: "Y cuando cruzaron, llegaron a la tierra de Genesaret. Y cuando los hombres de aquel lugar lo reconocieron, enviaron a toda aquella región, y le trajeron a todos los enfermos: y le rogaban que al menos tocaran el borde de su manto; y cuantos lo tocaron, quedaron sanos. Entonces se acercaron a él escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué tus discípulos transgreden la tradición de los ancianos? Pues no se lavan las manos cuando comen pan", etc., hasta donde dice, "Pero comer con manos no lavadas no contamina al hombre" (Mat. XIV, 34; XV, 20). Esto también lo recuerda Marcos sin ninguna cuestión de repugnancia (Mar. VII, 1-23): pues cualquier cosa que se diga de manera diferente por otro, no se aparta de la misma sentencia. Juan, sin embargo, desde la barca a la que el Señor vino caminando sobre el mar, después de que desembarcaron, como es su costumbre, enfocado en el discurso del Señor, recuerda que habló mucho, especialmente cosas divinas, por la ocasión del pan; y después de ese discurso, su narración se eleva de nuevo a otra cosa y otra (Juan VI, 22-72). Sin embargo, en lo que se aparta de estos, nada en sus transiciones a otras cosas se opone al orden de estos. Pues, ¿qué impide entender que también aquellos fueron sanados por el Señor, de quienes narran Mateo y Marcos; y que a aquellos que lo siguieron al otro lado del mar, les habló estas cosas que predica Juan: ya que Cafarnaúm, a donde se dice que cruzaron según Juan, está junto al lago de Genesaret, a cuya tierra se dice que desembarcaron según Mateo?

CAPÍTULO XLIX.---Sobre la mujer cananea que dijo, "Y los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos", cómo concuerdan Mateo y Lucas.

103. Mateo continúa después de aquel discurso del Señor, donde trató con los fariseos sobre las manos no lavadas, y así enlaza la narración, manteniendo el orden, según indica la misma transición, de las cosas que también sucedieron: "Y saliendo de allí Jesús, se retiró a las regiones de Tiro y Sidón. Y he aquí una mujer cananea de aquellos confines salió, clamando, diciendo: Ten misericordia de mí, Señor, hijo de David; mi hija es gravemente atormentada por un demonio. Pero él no le respondió palabra", etc., hasta donde dice, "Oh mujer, grande es tu fe; hágase como deseas. Y su hija fue sanada desde aquella hora" (Mat. XV, 21-28). Este milagro de la mujer cananea también lo recuerda Marcos, manteniendo casi el mismo orden de los hechos, sin traer ninguna cuestión de repugnancia, excepto que dice que el Señor estaba en casa cuando aquella mujer vino a él rogando por su hija (Mar. VII, 24-30). Mateo podría fácilmente entenderse como que calló sobre la casa, pero aún así recordó el mismo hecho: pero ya que dice que los discípulos sugirieron al Señor, "Despídela, porque clama tras nosotros"; no parece significar otra cosa que la mujer seguía al Señor mientras caminaba, emitiendo voces de súplica. ¿Cómo, entonces, en casa, a menos que se entienda que Marcos dijo que entró donde estaba Jesús, después de haber dicho que estaba en casa? Pero ya que Mateo dice, "No le respondió palabra"; da a entender que ambos callaron, en ese silencio Jesús salió de aquella casa: y así se enlazan las demás cosas, que ya no difieren en nada. Pues lo que Marcos recuerda que el Señor le respondió sobre no dar el pan de los hijos a los perros,

se dijo después de interponer lo que Mateo no omitió: es decir, que los discípulos rogaron por ella; y que respondió que no había sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel; y que ella vino, es decir, lo alcanzó, y lo adoró diciendo, "Señor, ayúdame": entonces se dijo lo que ambos evangelistas recuerdan.

CAPÍTULO L.---Cuando alimentó a las multitudes con siete panes, si Mateo y Marcos concuerdan entre sí.

104. Mateo continúa narrando: "Y pasando de allí Jesús, vino junto al mar de Galilea; y subiendo al monte, se sentó allí. Y se acercaron a él muchas multitudes, llevando consigo mudos, cojos, ciegos, lisiados, y muchos otros; y los pusieron a sus pies, y los sanó: de modo que las multitudes se maravillaban, viendo a los mudos hablar, a los cojos caminar, a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel. Jesús, entonces, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la multitud, porque ya llevan tres días conmigo, y no tienen qué comer", etc., hasta donde dice, "Y los que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños" (Mat. XV, 29-38). Este otro milagro de los siete panes y pocos pececillos también lo recuerda Marcos en casi el mismo orden, excepto que intercaló lo que ningún otro dice, sobre el sordo a quien el Señor abrió los oídos, escupiendo y diciendo, "Effeta, que es, ábrete" (Mar. VII, 31; VIII, 9).

105. No está de más advertir en este milagro de los siete panes, que dos evangelistas, Mateo y Marcos, lo mencionaron, porque si alguno de ellos lo hubiera dicho, que no hubiera dicho sobre aquellos cinco panes, parecería contrario a los demás. Pues, ¿quién no pensaría que fue un solo y mismo hecho; y no, sin embargo, narrado completa y verazmente, ya sea por aquel, o por los otros, o por todos, sino que o aquel, por cinco panes, mencionó siete por error, o aquellos, por siete, cinco, o que ambos mintieron, o fueron engañados por el olvido? Esto también se pensaría sobre las doce cestas, y sobre las siete espuertas como algo contrario: esto sobre los cinco mil, y sobre los cuatro mil que fueron alimentados. Pero porque aquellos que narraron el milagro de los siete panes, no callaron sobre el de los cinco, no inquieta a nadie, y todos entienden que ambos fueron hechos. Dije esto para que dondequiera que se encuentre un hecho similar realizado por el Señor, que parezca oponerse a otro evangelista de tal manera que no pueda resolverse en absoluto, no se entienda otra cosa que ambos fueron hechos, y uno fue recordado por uno, el otro por otro: como sobre los grupos de cien y de cincuenta que mencionamos; porque si no encontráramos también ambos en uno, pensaríamos que cada uno dijo cosas contrarias.

CAPÍTULO LI.---Lo que dice Mateo que de allí vino a los confines de Magadán, cómo concuerda con Marcos; y en lo que respondió de nuevo sobre Jonás a los que pedían una señal.

106. Mateo continúa, y dice: "Y después de despedir a la multitud, subió a la barca y vino a los confines de Magadán", etc., hasta donde dice, "Generación mala y adúltera busca una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás" (Mat. XV, 39; XVI, 4). Esto ya lo dijo en otro lugar el mismo Mateo (Id. XII, 39). Por lo tanto, debe retenerse una y otra vez que el Señor dijo lo mismo en varias ocasiones; para que cuando algo contrario no pueda resolverse, se entienda que se dijo dos veces. Este mismo orden también sigue Marcos, después de aquel milagro de los siete panes, añade esto mismo que Mateo, excepto que Dalmanuta, que en algunos códices se lee, no lo dijo Mateo, sino Magadán (Mar. VIII, 10-12). Sin embargo, no hay duda de que es el mismo lugar bajo ambos nombres. Pues muchos códices no tienen también según Marcos, sino Magadán. Ni debe inquietar que Marcos no diga que se respondió a los que pedían una señal del cielo, lo mismo que Mateo sobre Jonás,

sino que el Señor respondió, "No se le dará señal". Pues debe entenderse que no se les daría la señal que pedían, es decir, del cielo: pero omitió decir sobre Jonás, que Mateo recordó.

CAPÍTULO LII.---Sobre la levadura de los fariseos, cómo concuerda con Marcos, ya sea en el hecho o en el orden.

107. Sigue Mateo: Y dejándolos, se fue. Y cuando sus discípulos llegaron al otro lado del mar, se olvidaron de llevar panes. Él les dijo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos, etc., hasta donde dice: Entonces entendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos (Mateo XVI, 5-12). Marcos también relata esto en el mismo orden (Marcos VIII, 13-21).

CAPÍTULO LIII.---Cuando preguntó a los discípulos quién decían los hombres que era él, si no hay contradicción entre Mateo, Marcos y Lucas, en los hechos o en el orden.

108. Sigue Mateo: Jesús llegó a las regiones de Cesarea de Filipo y preguntó a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías o uno de los profetas, etc., hasta donde dice: Y todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo (Mateo XVI, 13-19). Marcos narra esto casi en el mismo orden, pero primero intercaló lo del ciego iluminado, que solo él menciona, de aquel que dijo al Señor: Veo a los hombres como árboles que caminan (Marcos VIII, 22-29). Lucas, después de aquel milagro de los cinco panes, recuerda esto e inserta (Lucas IX, 18-20): cuyo orden de recordación, como ya hemos mostrado antes, no contradice el orden de los otros. Pero puede causar inquietud que Lucas diga que el Señor preguntó a sus discípulos quién decían los hombres que era él, cuando estaba solo orando y ellos también estaban presentes; mientras que Marcos dice que los interrogó en el camino. Pero esto inquieta a quien nunca ha orado en el camino.

109. También recuerdo haber dicho que no se piense que Pedro recibió su nombre aquí, cuando le dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. No recibió este nombre sino cuando Juan menciona que le fue dicho: Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro (Juan I, 42). Por lo tanto, tampoco en aquel lugar donde Marcos, al nombrar a los doce discípulos, menciona que fueron llamados Jacobo y Juan hijos del trueno, se debe pensar que Pedro recibió su nombre; porque allí dijo que le impuso el nombre para que fuera llamado Pedro (Marcos III, 16-19): esto lo dijo recordando, no que sucediera en ese momento.

CAPÍTULO LIV.---Donde predijo a sus discípulos su pasión, cuál es la concordancia entre Mateo, Marcos y Lucas.

110. Sigue Mateo, y dice: Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijeran que él era Jesús el Cristo. Desde entonces comenzó Jesús a mostrar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de los ancianos y escribas, etc., hasta donde dice: No entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres (Mateo XVI, 20-23). Marcos y Lucas añaden esto en el mismo orden (Marcos VIII, 30-33, y Lucas IX, 21, 22): pero Lucas calla sobre Pedro, que contradujo la pasión de Cristo.

CAPÍTULO LV.---Donde los mismos tres relatan cómo el Señor mandó que quien quisiera venir tras él, cómo concuerdan entre sí.

111. Sigue Mateo: Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, etc., hasta donde dice: Y entonces dará a cada

uno según sus obras (Mateo XVI, 24-27). Marcos también añade esto manteniendo el mismo orden: pero él no dice sobre el Hijo del Hombre viniendo con sus ángeles para dar a cada uno según sus obras. Sin embargo, menciona que el Señor también dijo: Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles (Marcos VIII, 34-38). Lo cual puede entenderse que pertenece a la misma sentencia que dijo Mateo, para dar a cada uno según sus obras. Lucas también añade lo mismo en el mismo orden, con un modo de palabras no muy diferente, pero con la misma verdad de las sentencias (Lucas IX, 23-26).

CAPÍTULO LVI.---Que el Señor se mostró a tres discípulos en el monte con Moisés y Elías, cómo concuerdan entre sí estos tres en orden y hechos, y especialmente por el número de días, porque Mateo y Marcos dicen que sucedió después de seis días, lo que Lucas dice después de ocho.

112. Sigue Mateo: En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en su reino. Y después de seis días, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto, etc., hasta donde dice: No contéis la visión a nadie hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos. Esta visión del Señor en el monte ante tres discípulos, Pedro, Jacobo y Juan, donde también se le dio testimonio de la voz paterna desde el cielo, es recordada por los tres evangelistas en el mismo orden y con las mismas sentencias (Mateo XVI, 28; XVII, 9; Marcos VIII, 39; IX, 9, y Lucas IX, 27-36): pero las demás cosas según los diversos modos de expresión, sin ninguna diversidad de sentencias, que en muchos lugares hemos demostrado antes, pueden ser vistas por los lectores.

113. Pero lo que Marcos dice que sucedió después de seis días, como Mateo, y Lucas después de ocho, no deben ser despreciados, si a alguien le inquieta, sino instruidos con razón. Porque cuando anunciamos días diciendo: Después de tantos días; a veces no contamos el día en que hablamos, ni aquel en que sucederá la cosa que anunciamos o prometemos, sino los intermedios, después de los cuales realmente completos e íntegros sucederá aquello. Esto hicieron Mateo y Marcos; excepto el día en que Jesús hablaba estas cosas, y aquel en que mostró la visión en el monte, mirando los días intermedios dijeron: Después de seis días: lo que aquel contando los finales, es decir, el primero y el último, dijo: Después de ocho días, de ese modo de hablar en que se menciona la parte por el todo.

114. Asimismo, lo que Lucas dice de Moisés y Elías: Y sucedió que, al apartarse de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es que estemos aquí, y lo demás, no debe considerarse contrario a lo que Mateo y Marcos unieron así, que Pedro sugirió esto como si Moisés y Elías aún estuvieran hablando con el Señor. No expresaron que entonces; sino que más bien callaron lo que este añadió, que al apartarse ellos, Pedro sugirió esto al Señor sobre hacer tres tiendas. También añadió Lucas que al entrar ellos en la nube, se hizo una voz desde la nube; lo que aquellos no dijeron, pero tampoco lo contradijeron.

CAPÍTULO LVII.---Donde habló con ellos sobre la venida de Elías, cuál es la concordancia entre Mateo y Marcos.

115. Sigue Mateo: Y sus discípulos le preguntaron diciendo: ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Él respondiendo les dijo: Elías ciertamente vendrá y restaurará todas las cosas; pero os digo que Elías ya vino, y no lo reconocieron, sino que hicieron con él lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces

entendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista (Mateo XVII, 10-13). Esto mismo Marcos, manteniendo este orden, lo recordó y en alguna diversidad de palabras, sin embargo, nunca se apartó de la verdad de la misma sentencia (Marcos IX, 10-12): pero él no añadió que los discípulos entendieron que el Señor había significado a Juan diciendo que Elías ya había venido.

CAPÍTULO LVIII.---Del que le ofreció a su hijo, que los discípulos no pudieron sanar, cómo estos tres concuerdan también en el orden de la narración.

116. Sigue Mateo, y dice: Y cuando llegó a la multitud, se acercó a él un hombre arrodillándose ante él, diciendo: Señor, ten misericordia de mi hijo, porque es lunático y sufre mucho, etc., hasta donde dice: Pero este género no sale sino con oración y ayuno (Mateo XVII, 14-20). Esto también lo recuerdan Marcos y Lucas en el mismo orden, sin ninguna cuestión de contradicción (Marcos IX, 16-28, y Lucas IX, 38-43).

CAPÍTULO LIX.---Donde después de hablarles de su pasión, se entristecieron, lo que los tres mencionan en el mismo orden.

117. Sigue Mateo, diciendo: Mientras estaban en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres; y lo matarán, y al tercer día resucitará. Y se entristecieron mucho (Mateo XVII, 21, 22). Esto lo recuerdan en el mismo orden Marcos y Lucas (Marcos IX, 29-31, y Lucas IX, 44, 45).

CAPÍTULO LX.---Donde pagó el tributo con la moneda del pez, que solo Mateo menciona.

118. Sigue Mateo, diciendo: Y cuando llegaron a Capernaum, se acercaron los que cobraban el didracma a Pedro, y le dijeron: ¿No paga vuestro maestro el didracma? Él dijo: Sí, etc., hasta donde dice: Encontrarás un estatero; tómalo y dáselo por mí y por ti (Mateo XVII, 23-26). Esto solo lo menciona él, y después de interponerlo sigue el mismo orden en el que también Marcos y Lucas caminan juntos.

CAPÍTULO LXI.---Del niño pequeño que puso como ejemplo a imitar, de los escándalos del mundo, de los miembros del cuerpo que escandalizan, de los ángeles de los pequeños que ven el rostro del Padre, de la oveja perdida de las cien, de corregir al hermano en secreto, de atar y desatar pecados, de la concordia de dos y la congregación de tres, de perdonar los pecados hasta setenta veces siete, del siervo a quien se le perdonó una gran deuda y él no perdonó una pequeña a su consiervo, cómo Mateo no contradice a los demás.

119. Sigue entonces el mismo Mateo, y dice: En aquella hora se acercaron los discípulos a Jesús diciendo: ¿Quién, pues, es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos, hasta donde dice: Así también hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano (Mateo XVIII). De este discurso del Señor, algo más extenso, no todo, sino algunas cosas, Marcos las puso siguiendo el mismo orden; también insertó algunas que Mateo no dice (Marcos IX, 33-49). Todo el discurso hasta donde lo hemos considerado, solo es interrumpido por Pedro, preguntando cuántas veces debe perdonar al hermano. Pues el Señor hablaba tales cosas, que claramente se ve que también lo que Pedro preguntó, y se le respondió, pertenece al mismo discurso. Lucas, sin embargo, salvo lo del niño que puso ante los discípulos para que lo imitaran cuando pensaban en su grandeza, no recuerda nada siguiendo este orden (Lucas IX, 46-48). Pues si dijo otras cosas similares que están en este discurso, las recordó en otro lugar

y por otras ocasiones: como Juan sobre la remisión de los pecados, que serán retenidos si a alguien los retienen; y serán perdonados si a alguien los perdonan, después de la resurrección del Señor lo recuerda (Juan XX, 23); cuando Mateo en este discurso recuerda que el Señor dijo esto, lo que también antes había dicho a Pedro (Mateo XVI, 19). Por lo tanto, debemos recordar que Jesús dijo las mismas cosas en muchos lugares y ocasiones, para que no nos inquietemos si el orden de los dichos parece contradecirse, como ya hemos recomendado tantas veces, para que no sea necesario siempre recordarlo.

CAPÍTULO LXII.---Cuando fue preguntado si es lícito despedir a la esposa, cómo concuerdan Mateo y Marcos, especialmente sobre las preguntas y respuestas del Señor o de los judíos, en las que parecen variar un poco.

120. Sigue Mateo, narrando así: Y aconteció que cuando Jesús terminó estos discursos, partió de Galilea y vino a las regiones de Judea al otro lado del Jordán; y le siguieron muchas multitudes, y allí los sanó. Y se acercaron a él los fariseos, tentándole y diciendo: ¿Es lícito al hombre despedir a su esposa por cualquier causa?, etc., hasta donde dice: El que pueda aceptar esto, que lo acepte (Mateo XIX, 1-12). Esto también lo recuerda Marcos, manteniendo el mismo orden (Marcos X, 1-12). Sin embargo, debe considerarse si parece contradecirse que Marcos dice que el Señor preguntó a los fariseos qué les había mandado Moisés, y así ellos respondieron al que preguntaba sobre el libelo de repudio permitido; mientras que Mateo dice que con las palabras del Señor, al mostrar que en la Ley Dios había unido al hombre y a la mujer, y por eso no debían ser separados por el hombre, ellos respondieron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio y despedirla? A lo que él respondió: Porque Moisés, por la dureza de vuestro corazón, os permitió despedir a vuestras esposas; pero al principio no fue así. Pues Marcos no omite esta respuesta del Señor, sino que la pone después de que ellos respondieron a su pregunta sobre el libelo de repudio.

121. En cuyo orden o modo de palabras debemos entender que para la verdad del asunto no importa si al Señor prohibiendo la separación y afirmando su sentencia con la Ley, ellos introdujeron la cuestión del libelo de repudio permitido por Moisés, por quien también está escrito que Dios unió al hombre y a la mujer (Génesis II, 24); o si esto mismo lo respondieron al que les preguntaba sobre el mandato de Moisés. Pues también su voluntad era no darles razón de por qué Moisés permitió eso, a menos que ellos lo hubieran mencionado primero; esa voluntad suya fue significada por la pregunta que pone Marcos: y la voluntad de ellos era introducir la autoridad de Moisés, ya que mandó dar carta de repudio, como si concluyeran que él sin duda prohibiría la separación; pues por eso se acercaron tentándole. Esa voluntad de ellos fue expresada por Mateo, al no mencionar que fueron interrogados, sino que introdujeron por sí mismos el mandato de Moisés, con el que pretendían convencer al Señor que prohibía la separación de los cónyuges. Por lo tanto, cuando la voluntad de los hablantes, a la que deben servir las palabras, fue mostrada por ambos evangelistas, no importa cuán diferente haya sido el modo de narrar entre ambos, mientras ninguno se apartara de la misma verdad.

122. También puede entenderse que, como dice Marcos, primero al preguntarles sobre el divorcio, el Señor les preguntó a su vez qué les había mandado Moisés: quienes al responder que Moisés permitió escribir carta de repudio y despedir, él les respondió sobre la misma Ley dada por Moisés, cómo Dios instituyó el matrimonio del hombre y la mujer, diciendo lo que pone Mateo, es decir, ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, hombre y mujer los hizo, y lo demás? Al escuchar esto, ellos repitieron lo que primero respondieron al que les preguntaba, diciendo: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de repudio y despedirla? Entonces Jesús mostró que la causa era la dureza de su corazón, que Marcos por brevedad

pone antes, como si fuera la respuesta a su primera respuesta que Mateo omitió, no juzgando que se perdiera la verdad, en cualquier lugar que se devolviera con las mismas palabras que ellos dijeron dos veces, porque con esas mismas palabras el Señor les respondió.

CAPÍTULO LXIII.---De los niños a quienes impuso las manos, del rico a quien dijo: Vende todo lo que tienes; de la viña donde fueron contratados obreros a diferentes horas, cómo Mateo no contradice a los otros dos.

123. Sigue Mateo: Entonces le fueron presentados niños, para que les impusiera las manos y orara; pero los discípulos los reprendían, y lo demás, hasta donde dice: Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos (Mateo XIX, 13; XX, 16). Este orden lo mantuvo con Mateo Marcos (Marcos X, 13-31), pero solo Mateo intercala lo de los obreros contratados para la viña. Lucas, después de haber mencionado lo que les dijo cuando discutían entre sí quién sería el mayor, añadió sobre aquel que vieron echando demonios, aunque no lo seguía: de ahí ya se desvía de estos dos, donde dice que él afirmó su rostro para ir a Jerusalén (Lucas IX, 46-51); y después de interponer muchas cosas, se encuentra con ellos de nuevo para recordar a este rico a quien se le dice: Vende todo lo que tienes (Lucas XVIII, 18-30); que ahora estos recuerdan en el orden en que van juntos. Pues allí también Lucas sobre estos niños, antes de hacer mención del rico, como también estos, no lo omite. Por lo tanto, sobre ese rico que pregunta qué bien debe hacer para obtener la vida eterna, puede parecer que hay alguna diferencia en lo que según Mateo se dice: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? según los otros, ¿Por qué me llamas bueno? Pues, ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? puede referirse más a lo que dijo el que preguntaba: ¿Qué bien haré? Pues allí mencionó el bien, y es una pregunta: Maestro bueno, aún no es una pregunta. Por lo tanto, se entiende muy bien que se dijo ambos, ¿Por qué me llamas bueno? y, ¿me preguntas sobre lo bueno?

CAPÍTULO LXIV.---Donde en secreto predijo a los doce discípulos su pasión, y la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos pidió que uno de ellos se sentara a su derecha y el otro a su izquierda, cómo Mateo no contradice a los otros dos.

124. Sigue Mateo, y dice: Y subiendo Jesús a Jerusalén, tomó a los doce discípulos aparte, y les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas; y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles para burlarse de él, azotarlo y crucificarlo; y al tercer día resucitará. Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, adorando y pidiendo algo de él, etc., hasta donde dice: Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos (Mateo 20, 17-28). Este orden también lo sigue Marcos, indicando que los hijos de Zebedeo dijeron lo que Mateo expresa que fue dicho por la madre, cuando ella llevó su voluntad al Señor. Por lo tanto, Marcos insinúa brevemente que fueron ellos más que ella quienes dijeron lo que se dijo. Finalmente, el Señor, tanto según Mateo como según Marcos, respondió más a ellos que a la madre. Lucas, después de haber recordado en el mismo orden lo que predijo a los doce discípulos sobre su pasión y resurrección, omite lo que estos mencionan, después de lo cual se encuentra con ellos en Jericó (Lucas 18, 31-35). Lo que dijeron Mateo y Marcos sobre los príncipes de las naciones, que dominan a los súbditos, no será así entre ellos, sino que el que sea mayor será también siervo de los demás: Lucas dice algo similar, pero no en ese lugar (Lucas 22, 24-27); y el mismo orden indica que es la misma sentencia dicha por el Señor.

CAPÍTULO LXV.---De los ciegos iluminados en Jericó, cómo no se contradicen Mateo, Marcos o Lucas.

125. Sigue Mateo: Y al salir de Jericó, le siguió una gran multitud. Y he aquí dos ciegos sentados junto al camino, oyeron que Jesús pasaba, y clamaron, diciendo: Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David, etc., hasta donde dice: Y al instante vieron, y le siguieron (Mateo 20, 29-34). Esto también lo menciona Marcos, pero sobre un solo ciego (Marcos 10, 46-52). Esta cuestión se resuelve de la misma manera que se resolvió la de los dos que sufrían una legión de demonios en la región de los Gerasenos (arriba, cap. 24, n. 56). Pues de los dos ciegos que ahora menciona, uno era muy conocido y famoso en esa ciudad, como se evidencia por el hecho de que Marcos menciona su nombre y el de su padre: lo cual no ocurre fácilmente en otros sanados por el Señor, salvo cuando también expresó el nombre de Jairo, el jefe de la sinagoga, cuya hija Jesús resucitó (Marcos 5, 22-43). En esto también se ve más claramente este sentido, porque aquel jefe de la sinagoga ciertamente era noble en ese lugar. Sin duda, Bartimeo, hijo de Timeo, fue arrojado de alguna gran felicidad a una miseria muy conocida y famosa, ya que no solo era ciego, sino que también mendigaba sentado. Por eso, Marcos quiso mencionar solo a él, cuya iluminación dio tanta fama a este milagro como lo era su conocida calamidad.

126. Lucas, aunque relata el mismo hecho de manera similar, debe entenderse que menciona un milagro paralelo en otro ciego, y un modo similar del mismo milagro. Pues él dice que esto ocurrió cuando se acercaba a Jericó (Lucas 18, 35-43), mientras que estos dicen que fue al salir de Jericó. Pero el nombre de la ciudad y la similitud del hecho sugieren que fue un solo evento: pero los evangelistas no se contradicen en esto, ya que uno dice: "Cuando se acercaba a Jericó", y otros: "Cuando salía de Jericó", no persuade esto, salvo a aquellos que prefieren creer que el Evangelio miente, antes que Jesús haya hecho dos milagros similares de manera similar. Pero lo que es más creíble, y lo que es más verdadero, todo hijo fiel del Evangelio lo ve fácilmente; y todo contencioso, al menos cuando se le advierte, ya sea guardando silencio, o incluso si no quiere guardar silencio, se responde a sí mismo reflexionando.

CAPÍTULO LXVI.---Del pollino de asna, cómo Mateo concuerda con los demás, que solo mencionan al pollino.

127. Sigue Mateo, y dice: Y cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, entonces Jesús envió a dos discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que está frente a vosotros, y al instante encontraréis una asna atada y un pollino con ella, etc., hasta el lugar donde dice: Bendito el que viene en el nombre del Señor, Hosanna en las alturas (Mateo 21, 1-9). Esto también lo narra Marcos manteniendo el mismo orden (Marcos 11, 1-10). Lucas, sin embargo, se detiene en Jericó, mencionando algunas cosas que estos omiten, sobre Zaqueo, el jefe de los publicanos, y algunas parábolas. Después de esto, él también se encuentra con ellos en la mención de este pollino, en el que Jesús se sentó (Lucas 19, 1-38). No debe preocupar que Mateo mencione una asna y un pollino, mientras que los demás callan sobre la asna. Más bien, debe recordarse aquella regla que insinuamos anteriormente sobre los que se reclinaban en grupos de cincuenta y de cien cuando las multitudes fueron alimentadas con cinco panes (arriba, cap. 46, n. 98): insinuada esta regla, ya no debería perturbar al lector, ni siquiera si Mateo hubiera callado sobre el pollino, como ellos callaron sobre la asna, para que se pensara que era contradictorio que uno mencionara la asna y otros el pollino de la asna; cuánto menos debería perturbar que uno mencione la asna, de la que los demás callaron, pero no calle sobre el pollino, del que ellos hablaron. Donde se puede entender que ambos hechos ocurrieron, no hay contradicción, ni siquiera si uno menciona una cosa y otro otra.

128. Juan también, aunque calla sobre cómo el Señor envió a sus discípulos a traerle estos animales, sin embargo, brevemente menciona esto del pollino, con el testimonio del profeta que Mateo también emplea (Juan 12, 14-15). En este testimonio profético, aunque la expresión de los evangelistas varía un poco, no se aparta de la misma sentencia: pero puede inquietar que Mateo lo emplee de tal manera que diga que el profeta mencionó la asna; sin embargo, no es así en lo que Juan interpone, ni en los códices eclesiásticos de la interpretación usual. La causa de esto me parece ser que Mateo se dice que escribió el Evangelio en lengua hebrea. Es manifiesto que la interpretación llamada de los Setenta en algunos lugares se presenta de manera diferente a como lo encuentran en hebreo quienes conocen esa lengua y quienes han interpretado esos mismos libros hebreos. Si se busca la causa de esta diferencia, por qué tanta autoridad de la interpretación de los Setenta difiere en muchos lugares de la verdad que se encuentra en los códices hebreos; no encuentro nada más probable que aquellos Setenta interpretaron con el mismo espíritu con el que fueron dichas las cosas que interpretaban: lo cual se confirma por la maravillosa concordancia que se predica de ellos. Por lo tanto, ellos también, al variar en el lenguaje, y sin apartarse de la misma voluntad de Dios, de quien eran dichas aquellas cosas, y a quien las palabras debían servir, no quisieron demostrar otra cosa que lo mismo que ahora admiramos en la concordante diversidad de los cuatro evangelistas, por la cual se nos muestra que no es mentira si alguien narra algo de manera diferente, siempre que no se aparte de la voluntad de aquel a quien debe concordar y consentir. Conocer esto es útil para los modales, para evitar y juzgar las mentiras; y para la misma fe, para que no pensemos que la verdad está protegida como si fueran sonidos consagrados, como si Dios nos recomendara las palabras que deben ser dichas por causa de ella, de la misma manera que la cosa misma; cuando más bien la cosa que debe ser dicha se prefiere a los discursos por los cuales debe ser dicha, de modo que no deberíamos buscar en absoluto estos, si pudiéramos conocerla sin ellos, como la conoce Dios, y en Él sus ángeles.

CAPÍTULO LXVII.---De los vendedores y compradores expulsados del templo, cómo estos tres no contradicen a Juan, que dice lo mismo en un lugar muy diferente.

129. Sigue Mateo, y dice: Y cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es este? Y las multitudes decían: Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea. Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, etc., hasta donde dice: Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Todos mencionan esto de las multitudes de vendedores expulsados del templo, pero Juan en un orden muy diferente (Mateo 21, 10-13; Marcos 11, 15-17; Lucas 19, 45-46; y Juan 2, 1-17). Pues después del testimonio de Juan el Bautista sobre Jesús, cuando menciona que fue a Galilea, cuando convirtió el agua en vino, después de la mención de unos pocos días en Cafarnaúm, dice que subió a Jerusalén, cuando era la Pascua de los judíos, e hizo un látigo de cuerdas y expulsó a los vendedores del templo. De donde es manifiesto que no fue hecho una sola vez, sino nuevamente por el Señor: pero aquello primero fue mencionado por Juan, esto último por los otros tres.

CAPÍTULO LXVIII.---De la higuera seca, y lo que se narra junto a esto, cómo Mateo no contradice a los demás, y especialmente a Marcos en el orden de la narración.

130. Sigue Mateo: Y se acercaron a él ciegos y cojos en el templo, y los sanó. Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los niños clamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al hijo de David! se indignaron, y le dijeron: ¿Oyes lo que estos dicen? Jesús les dice: Sí; ¿nunca leísteis que de la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza? Y dejándolos, salió fuera de la ciudad a Betania, y allí pasó la

noche. Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre: y viendo una higuera junto al camino, se acercó a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca más nazca de ti fruto para siempre; y al instante se secó la higuera. Y viendo esto los discípulos, se maravillaron, diciendo: ¿Cómo se secó al instante? Respondiendo Jesús, les dijo: De cierto os digo, si tenéis fe y no dudáis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho: y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis (Mateo 21, 14-22).

131. Esto también lo dice Marcos consecuentemente, pero no sigue el mismo orden. Primero, lo que Mateo dice que entró en el templo y echó fuera a los vendedores y compradores, no lo menciona Marcos, sino que dice que después de haber mirado todo alrededor, como ya era tarde, salió a Betania con los doce; y al día siguiente, cuando salían de Betania, tuvo hambre, y maldijo la higuera: lo cual también menciona Mateo. Y Marcos añade que vino a Jerusalén, y cuando entró en el templo, echó fuera a los vendedores y compradores, como si hubiera sido hecho al segundo día, no al primero (Marcos 11, 11-17). Pero porque Mateo conecta así: Y dejándolos, salió fuera de la ciudad a Betania, de donde al volver por la mañana a la ciudad maldijo la higuera; se cree más probable que él mantuvo el orden del tiempo sobre los vendedores y compradores expulsados del templo. Pues cuando dice: Y dejándolos, salió fuera; ¿a quiénes se puede entender que dejó, sino a aquellos con quienes hablaba anteriormente, indignados porque los niños clamaban: ¡Hosanna al hijo de David!? Por lo tanto, Marcos omitió lo que se hizo el primer día, cuando entró en el templo; y lo recordó interponiéndolo, cuando dijo que no encontró nada en la higuera sino hojas, lo cual se hizo el segundo día, como ambos testifican. Pero los discípulos se maravillaron de que la higuera se hubiera secado, y el Señor les respondió sobre el poder de la fe, no el mismo segundo día en que dijo a la higuera: Nunca más coma nadie fruto de ti para siempre, sino el tercer día. Pues el mismo segundo día Marcos menciona que los vendedores fueron expulsados del templo, lo cual omitió que se hizo el primer día. Por lo tanto, el segundo día dice que al anochecer salió de la ciudad, y por la mañana cuando pasaban, los discípulos vieron la higuera seca desde las raíces, y Pedro recordando dijo: Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado: entonces él respondió sobre el poder de la fe. Pero Mateo, como si todo esto hubiera ocurrido el segundo día, es decir, tanto lo dicho a la higuera: Nunca más nazca de ti fruto para siempre; y que se secó al instante; y que los discípulos al ver esto se maravillaron y escucharon sobre el poder de la fe. De modo que se entiende que Marcos, el segundo día, recordó lo que omitió del primer día, sobre los vendedores y compradores expulsados del templo: pero Mateo, después de haber mencionado lo que ocurrió el segundo día, sobre la higuera maldecida cuando por la mañana regresaba de Betania a la ciudad, omitió lo que Marcos menciona, que él vino a la ciudad, y al anochecer salió, y por la mañana cuando pasaban, los discípulos se maravillaron de la higuera seca; y añadió a lo que ocurrió el segundo día, cuando la higuera fue maldecida, lo que ocurrió el tercer día, que los discípulos se maravillaron de su sequedad, y escucharon del Señor sobre el poder de la fe: así los unió, que a menos que se preste atención a la narración de Marcos, no se puede reconocer dónde y qué omitió Mateo. Por lo tanto, cuando Mateo dice: Y dejándolos, salió fuera de la ciudad a Betania, y allí pasó la noche. Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre: y viendo una higuera junto al camino, se acercó a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca más nazca de ti fruto para siempre; y al instante se secó la higuera; omitiendo las demás cosas pertenecientes al mismo día, añadió inmediatamente: Y viendo esto los discípulos se maravillaron, diciendo: ¿Cómo se secó al instante? lo cual vieron en un día, y se maravillaron en otro día. Sin embargo, se entiende que no se secó cuando la vieron, sino al instante cuando fue maldecida. Pues no la vieron secándose, sino completamente seca, y así entendieron que se secó al instante con la palabra del Señor.

CAPÍTULO LXIX.---Cuando los judíos preguntaron al Señor con qué autoridad hacía estas cosas, cómo estos tres concuerdan entre sí.

132. Sigue Mateo, y dice: Y cuando vino al templo, se acercaron a él mientras enseñaba los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo, diciendo: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad? Respondiendo Jesús, les dijo: Yo también os haré una pregunta; que si me decís, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? etc., hasta donde dice: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas (Mateo 21, 23-27). Todo esto también lo explican los otros dos, Marcos y Lucas, casi con las mismas palabras (Marcos 11, 27-33, y Lucas 19, 47; 20, 8): y en el orden no parecen discrepar entre sí, salvo en lo que hablé anteriormente, que omitiendo algunas cosas Mateo conecta la narración de tal manera que, a menos que se preste atención, se puede pensar que él todavía está en el segundo día, mientras que Marcos está en el tercero. Lucas, sin embargo, no siguiendo el orden de los días, añadió esto después de haber mencionado que los vendedores y compradores fueron expulsados del templo, omitiendo que salía a Betania, y regresaba a la ciudad, y lo que se hizo con la higuera, y que a los discípulos maravillados se les respondió sobre el poder de la fe: y omitiendo estas cosas, añadió diciendo: Y enseñaba diariamente en el templo. Pero los principales sacerdotes y los escribas y los principales del pueblo buscaban cómo destruirlo: y no encontraban qué hacerle. Porque todo el pueblo estaba pendiente de oírle. Y aconteció en uno de los días, enseñando él al pueblo en el templo y evangelizando, se acercaron los principales sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le dijeron: Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? etc., lo cual también mencionan esos dos. De donde se muestra que no hay contradicción entre ellos, incluso en el mismo orden, cuando lo que dice que ocurrió en uno de los días, se entiende que es el día en que ocurrió lo que también relataron.

CAPÍTULO LXX.---De los dos a quienes el padre ordenó ir a la viña, y de la viña que fue arrendada a otros labradores, cómo no se contradice Mateo a esos dos; con quienes mantiene el mismo orden, y especialmente en esta parábola que los tres dicen sobre la viña arrendada, debido a la respuesta de aquellos a quienes se les decía, donde parece variar un poco.

133. Sigue Mateo: ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña: él respondiendo, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo lo mismo: y él respondiendo, dijo: Voy, señor; y no fue, etc., hasta donde dice: Y el que caiga sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella caiga, lo desmenuzará (Mateo 21, 28-44). Marcos y Lucas no mencionan a estos dos hijos a quienes se les ordenó ir y trabajar en la viña: pero lo que Mateo narra después sobre la viña que fue arrendada a labradores, quienes persiguieron a los siervos enviados a ellos, y después mataron al amado hijo y lo echaron fuera de la viña, tampoco lo callan esos dos, manteniendo el mismo orden (Marcos 12, 1-11, y Lucas 20, 9-18), es decir, después de que sobre el bautismo de Juan los judíos interrogados dijeron que no sabían, y él les respondió: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

134. Por lo tanto, aquí no surge ninguna cuestión de contradicción, excepto que Mateo, después de haber dicho que el Señor preguntó a los judíos: "Cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con esos labradores?", añade que ellos respondieron y dijeron: "A esos malvados les dará una muerte horrible, y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo". Marcos, sin embargo, no menciona que ellos respondieran, sino que el Señor, después de su pregunta, se respondió a sí mismo de alguna manera: pues dice:

"¿Qué hará, entonces, el dueño de la viña? Vendrá, destruirá a esos labradores y dará la viña a otros". Pero se puede entender fácilmente que la voz de ellos se añadió de tal manera que no se interpusiera "Ellos dijeron" o "Ellos respondieron", pero aún así se entendiera; o que esta respuesta se atribuyó al Señor porque, al decir la verdad, también Él, que es la verdad, respondió por ellos.

135. Pero lo que más llama la atención es que Lucas no solo no dice que ellos respondieron esto, también atribuye estas palabras al Señor como lo hace Marcos, sino que también relata una respuesta contraria, diciendo: "¡De ninguna manera!". Así narra: "¿Qué hará, entonces, con ellos el dueño de la viña? Vendrá, destruirá a esos labradores y dará la viña a otros. Al oír esto, dijeron: ¡De ninguna manera!". Pero Él, mirándolos, dijo: "¿Qué significa, entonces, lo que está escrito: La piedra que desecharon los constructores, esta ha llegado a ser la piedra angular?". ¿Cómo, entonces, según Mateo, aquellos a quienes hablaba dijeron: "A esos malvados les dará una muerte horrible, y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo", cuando según Lucas contradijeron con palabras diciendo: "¡De ninguna manera!"? Y en verdad, lo que el Señor dijo después sobre la piedra rechazada por los constructores y convertida en piedra angular, se introdujo de tal manera que aquellos que contradecían la parábola fueran convencidos por este testimonio. Pues Mateo también menciona esto como dicho, como si fuera a los que contradecían, cuando dice: "¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los constructores, esta ha llegado a ser la piedra angular?". ¿Qué significa "¿Nunca leísteis?", sino que respondieron algo contrario? Esto también lo indica Marcos, quien refiere estas mismas palabras así: "¿Ni leísteis esta Escritura: La piedra que desecharon los constructores, esta ha llegado a ser la piedra angular?". Esta sentencia, según Lucas, parece más apropiada en su lugar, después de la contradicción de ellos al decir: "¡De ninguna manera!". Pues vale tanto como lo que él mismo pone: "¿Qué significa, entonces, lo que está escrito: La piedra que desecharon los constructores, esta ha llegado a ser la piedra angular?". Esta es la intención de la sentencia, ya sea "¿Nunca leísteis?", "¿Ni leísteis esto?", o "¿Qué significa, entonces, lo que está escrito?".

136. Por lo tanto, queda entender que entre la multitud que escuchaba, algunos respondieron lo que Mateo menciona diciendo: "Ellos dicen: A esos malvados les dará una muerte horrible, y arrendará la viña a otros labradores"; y otros lo que Lucas no calla, es decir, "¡De ninguna manera!". A aquellos que respondieron eso al Señor, los otros respondieron: "¡De ninguna manera!"; pero la respuesta de aquellos a quienes estos replicaron "¡De ninguna manera!" se atribuyó al Señor tanto por Marcos como por Lucas, porque, como dije, la verdad misma habló a través de ellos, ya sea a través de los ignorantes si eran malos, como a través de Caifás, quien sin saber lo que decía, siendo sumo sacerdote, profetizó (Juan XI, 49-51); o a través de los que ya entendían y creían. Pues allí estaba también aquella multitud, por la cual ya se había cumplido aquella profecía, cuando al encontrarse con Él con gran celebración clamaban: "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Salmo CXVII, 26; Mateo XXI, 9).

137. No debe sorprender que el mismo Mateo diga que los principales sacerdotes y ancianos del pueblo se acercaron al Señor y le preguntaron con qué autoridad hacía estas cosas, y quién le había dado esa autoridad, cuando Él les preguntó a su vez sobre el bautismo de Juan, si era del cielo o de los hombres; y al responder ellos que no sabían, Él dijo: "Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas". Pues de ahí continuó hablando sin interrupción, y dijo: "¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos", etc., sin interponer ninguna cosa o persona, según Mateo, el discurso se conecta hasta lo que se menciona sobre la viña arrendada a los labradores. Pues se puede pensar que todo lo dijo a los principales sacerdotes y ancianos del pueblo, quienes le habían preguntado sobre su autoridad. Quienes, si preguntaron con intención de tentar y como enemigos, no pueden entenderse como aquellos

que habían creído y habían dado testimonio claro del profeta al Señor; quienes también podrían haber respondido ahora, no ignorantes, sino creyentes: "A esos malvados les dará una muerte horrible, y arrendará la viña a otros labradores". Esto no debe movernos a pensar que no había creyentes en aquella multitud que escuchaba entonces las parábolas del Señor. Pues el mismo Mateo, por brevedad, calló lo que Lucas no calla, que esta parábola no fue dicha solo a aquellos que preguntaron sobre la autoridad, sino al pueblo. Pues dice: "Comenzó a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña", etc. En este pueblo, por lo tanto, se debe entender que también pudieron estar aquellos que lo escuchaban como quienes habían dicho: "Bendito el que viene en el nombre del Señor"; y ellos o algunos de ellos fueron quienes respondieron: "A esos malvados les dará una muerte horrible, y arrendará la viña a otros labradores". La respuesta de ellos no solo se atribuyó al Señor porque Él mismo lo dijo, ya que Él es la verdad, que a menudo habla incluso a través de los malos e ignorantes, moviendo de alguna manera oculta la mente del hombre, no por el mérito de su santidad, sino por el derecho de su propio poder: sino también porque pudieron ser tales que no en vano ya fueran considerados como miembros en el mismo cuerpo del Señor, de modo que con razón su voz se atribuyera a Él, de quien eran miembros, porque ya había bautizado a más que Juan (Juan IV, 1), y tenía multitudes de discípulos, como los mismos evangelistas a menudo testifican, y de donde eran también aquellos quinientos hermanos a quienes el apóstol Pablo menciona que se presentó después de la resurrección (1 Cor. XV, 6): especialmente porque según el mismo Mateo no se dijo: "Ellos dicen: A esos malvados les dará una muerte horrible", de tal manera que en lo que se dice "ellos", se deba entender el plural, como si esa respuesta fuera de aquellos que lo habían interrogado engañosamente sobre su autoridad; sino que se dijo: "Ellos dicen a Él", es decir, a Él mismo, en singular, no en plural, lo cual en los códices griegos aparece sin ninguna ambigüedad.

138. Hay un cierto discurso del Señor en el evangelista Juan, donde lo que digo se puede entender más fácilmente. Dice, pues, Jesús a los judíos que habían creído en Él: "Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Y le respondieron: "Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie: ¿cómo dices tú, Seréis libres?". Jesús les respondió: "De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que comete pecado, es esclavo del pecado: el esclavo no permanece en la casa para siempre; el hijo sí permanece para siempre: si, pues, el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. Sé que sois descendencia de Abraham, pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros" (Juan VIII, 31-37). No diría ciertamente a aquellos que ya habían creído en Él: "procuráis matarme", a quienes había dicho: "Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos"; sino porque esto lo había dicho a aquellos que ya habían creído en Él, y estaba presente aquella multitud que tenía más enemigos, incluso sin que el evangelista exprese quiénes fueron los que respondieron, por lo que respondieron y lo que luego merecieron oír de Él, queda claro a qué personas deben atribuirse las palabras. Así como en esta multitud según Juan había quienes ya habían creído en Jesús, también había quienes procuraban matarlo: así en aquella de la que ahora hablamos, había quienes habían interrogado al Señor engañosamente sobre con qué autoridad hacía esas cosas; también había quienes no engañosamente, sino fielmente, habían aclamado: "Bendito el que viene en el nombre del Señor"; y por lo tanto, había quienes decían: "Los destruirá, y dará su viña a otros". Esta voz se entiende correctamente como del mismo Señor, ya sea por la verdad que Él es, o por la unidad de sus miembros con su cabeza. También había quienes a los que respondían de esa manera decían: "¡De ninguna manera!", porque entendían que la parábola se decía contra ellos mismos.

CAPÍTULO LXXI.---Sobre las bodas del hijo del Rey a las que fueron invitadas las multitudes, qué orden siguió Mateo, debido a Lucas que dice algo similar en otro lugar.

139. Mateo continúa: "Y cuando los principales sacerdotes y los fariseos oyeron sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos: y buscando cómo prenderle, temieron a las multitudes; porque lo tenían por profeta. Y respondiendo Jesús, les habló otra vez en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo bodas para su hijo, y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, y no quisieron venir", etc., hasta aquello donde dice: "Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos" (Mateo XXI, 45; XXII, 14). Esta parábola de los invitados a las bodas, solo Mateo la narra: algo similar también menciona Lucas; pero no es esto, como el mismo orden indica, aunque aquello también guarda alguna semejanza con esto (Lucas XIV, 16-24). Lo que Mateo añade después de aquella parábola de la viña y del hijo del padre de familia asesinado, que los judíos comprendieron que todo se decía sobre ellos, y comenzaron a tramar insidias, también lo testifican Marcos y Lucas manteniendo el mismo orden (Marcos XII, 12, y Lucas XX, 19): pero de ahí ellos prosiguen a otra cosa, añadiendo lo que Mateo, después de esta parábola de las bodas que solo él interpuso, inserta en orden.

CAPÍTULO LXXII.---Sobre el tributo a César, cuya imagen tiene la moneda, y sobre la mujer que se casó con siete hermanos, cómo concuerdan estos tres.

140. Mateo continúa: "Entonces los fariseos se fueron y consultaron cómo podrían sorprenderle en alguna palabra. Y le enviaron sus discípulos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios con verdad, y no te importa de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres: dinos, pues, ¿qué te parece, es lícito dar tributo a César, o no?", y así hasta aquello donde dice: "Y oyendo esto las multitudes, se maravillaban de su doctrina" (Mateo XXII, 15-33). Estas dos respuestas del Señor, una sobre la moneda para el tributo a César, y otra sobre la resurrección por aquella mujer que se casó con siete hermanos sucesivamente, Marcos y Lucas las narran de manera similar, y no difieren en el orden (Marcos XII, 13-27, y Lucas XX, 20-40). Después de aquella parábola de los labradores de la viña, y de los judíos a quienes se dirigía, preparando insidias, que los tres mencionaron, estos dos, Marcos y Lucas, omiten la parábola de los invitados a las bodas, que solo Mateo interpuso: y ya siguen con él, narrando estas dos cosas, sobre el tributo a César, y sobre la mujer de los siete maridos, en el mismo orden, sin ninguna cuestión de contradicción.

CAPÍTULO LXXIII.---Sobre aquel a quien se encomendaron los dos mandamientos del amor a Dios y al prójimo, cuál es el orden de los narradores Mateo y Marcos, para que no parezca que difieren de Lucas.

141. Mateo continúa, y dice: "Pero los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se reunieron en uno; y uno de ellos, intérprete de la ley, le preguntó, tentándole: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente: este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo XXII, 34-40). Esto también lo menciona Marcos, manteniendo el mismo orden (Marcos XII, 28-34). No debe sorprender que Mateo diga que aquel que preguntó al Señor lo hizo para tentarlo; Marcos, sin embargo, calla esto, y al final concluye de tal manera que el Señor le dijo a él, respondiendo sabiamente: "No estás lejos del reino de Dios". Puede ser que aunque se acercó para tentar, fue corregido por la respuesta del Señor. O ciertamente no tomemos la tentación como mala,

como si quisiera engañar a un enemigo; sino más bien cauta, como si quisiera probar más a un desconocido. Pues no en vano está escrito: "El que fácilmente cree, es de corazón ligero, y será disminuido" (Eclesiástico XIX, 4).

142. Lucas, sin embargo, no en este orden, sino mucho más adelante, interpone algo similar (Lucas X, 25-37): pero si recuerda esto, o si es otro con quien el Señor trató de manera similar sobre estos dos mandamientos, es completamente incierto: sin embargo, parece más correcto que sea otro, no solo por la gran diferencia de orden, sino porque también se dice que él respondió al Señor que preguntaba, y en su respuesta mencionó estos dos mandamientos; y cuando el Señor le dijo: "Haz esto, y vivirás", para que hiciera lo que él mismo había respondido que era grande en la ley, el evangelista dice: "Pero él, queriendo justificarse, dijo: ¿Y quién es mi prójimo?". Entonces el Señor narró sobre aquel que descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones. Por lo tanto, porque también se dice que tentaba, y él mismo respondió con los dos mandamientos, y después de la admonición del Señor diciendo: "Haz esto, y vivirás", no se le elogia cuando se dice de él: "Pero él, queriendo justificarse"; este, sin embargo, que Mateo y Marcos mencionan en el mismo orden, fue tan bien elogiado que el Señor le dijo: "No estás lejos del reino de Dios": se cree más probable que este sea otro, no aquel.

CAPÍTULO LXXIV.---Sobre la pregunta a los judíos sobre Cristo, de quién es hijo, si no contradice Mateo a los otros dos; porque según este se dice: "¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?", a lo que respondieron: "De David"; pero según aquellos, "¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?".

143. Mateo continúa: "Y estando reunidos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dicen: De David. Él les dijo: ¿Cómo, pues, David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si David, pues, le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie podía responderle palabra, ni osó alguno desde aquel día preguntarle más" (Mateo XXII, 41-46). Esto también lo menciona Marcos en el mismo orden (Marcos XII, 35-37). Lucas también, solo que calla sobre aquel que preguntó al Señor cuál era el primer mandamiento en la ley: pero omitiendo esto, él también sigue el mismo orden; y también narra que el Señor preguntó a los judíos sobre Cristo, cómo es hijo de David (Lucas XX, 41-44). No importa para la sentencia que según Mateo, cuando Jesús preguntó qué pensaban del Cristo, de quién era hijo, ellos respondieron: "De David", y luego añadió cómo David lo llamaba Señor; pero según los otros dos, Marcos y Lucas, no se encuentran interrogados ni que respondieran. Debemos entender que después de su respuesta, la sentencia del mismo Señor fue insinuada por los dos evangelistas, cómo fue dicha por Él, a aquellos que quería informar útilmente con su enseñanza, y alejar de la doctrina de los escribas: quienes sobre Cristo solo sabían que según la carne era del linaje de David, pero no lo entendían como Dios, por lo cual era Señor del mismo David. Por eso, como si sobre aquellos errantes el Señor hablara a estos, a quienes quería liberar de su error, según estos dos evangelistas se menciona: para que lo que se dijo a ellos, "¿Cómo decís?", como narra Mateo, se entienda no como dicho a ellos, sino como dicho sobre ellos a aquellos que quería instruir.

CAPÍTULO LXXV.---Sobre los fariseos sentados en la cátedra de Moisés, y diciendo lo que no hacen, y otras cosas dichas por el Señor contra esos mismos fariseos, si el discurso de Mateo concuerda con los otros dos, y especialmente con Lucas, que no en este orden, sino en otro lugar, menciona algo similar.

144. Sigue Mateo, manteniendo el orden de la narración: Entonces Jesús habló a las multitudes y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: por tanto, todo lo que os digan, hacedlo y guardadlo; pero no hagáis conforme a sus obras. Porque dicen y no hacen, etc., hasta aquello donde dice: No me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor (Mateo XXIII). Lucas también recuerda que el Señor tuvo un discurso similar contra los fariseos y los escribas y doctores de la Ley, pero en la casa de un fariseo que lo había invitado a un banquete. Para narrarlo, se había apartado de Mateo, alrededor del lugar donde ambos habían mencionado lo que el Señor dijo sobre la señal de Jonás de tres días y noches, y sobre la reina del Sur, y sobre los ninivitas, y sobre el espíritu inmundo que regresa y encuentra la casa limpia: después de este discurso, Mateo dice: Mientras él aún hablaba a las multitudes, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, queriendo hablarle (Id. XII, 39-46); Lucas, en cambio, en ese discurso del Señor, recordando también algunas cosas que Mateo omitió, se aparta del orden que había mantenido con Mateo de esta manera: Y mientras hablaba, dice, un fariseo le rogó que comiera con él; y entrando, se reclinó. Pero el fariseo comenzó a decir para sí por qué no se había lavado antes de comer. Y el Señor le dijo: Ahora vosotros, fariseos, limpiáis lo de fuera del vaso y del plato. Y desde aquí dice otras cosas contra los mismos fariseos y escribas y doctores de la Ley, similares a las que Mateo relata en este lugar que ahora hemos asumido considerar (Lucas XI, 29-52). Aunque Mateo relata estas cosas de tal manera que, aunque no menciona la casa de aquel fariseo, no expresa el lugar donde se dijeron, lo cual no contradice a aquella casa: sin embargo, porque el Señor ya había venido a Jerusalén desde Galilea, y después de su llegada, los eventos hasta este discurso se conectan de tal manera que probablemente se entiendan como ocurridos en Jerusalén, Lucas lo narra cuando el Señor aún estaba en camino a Jerusalén; me parece que son dos discursos similares, de los cuales uno fue narrado por uno y el otro por el otro.

145. Sin duda, debe considerarse cómo aquí se dice: No me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor; cuando según el mismo Mateo ya lo habían dicho (Mateo XXI, 9). Y Lucas también dice que esto fue la respuesta del Señor a aquellos que le advirtieron que se fuera de allí, porque Herodes quería matarlo. Allí también recuerda que el Señor dijo contra la misma Jerusalén exactamente las mismas palabras que aquí Mateo. Así se narra según Lucas: En aquel mismo día se acercaron algunos fariseos, diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte. Y él les dijo: Id y decid a aquella zorra: He aquí, expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día seré consumado; sin embargo, es necesario que hoy y mañana y al día siguiente camine, porque no es posible que un profeta perezca fuera de Jerusalén. Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste. He aquí, vuestra casa os será dejada desierta. Y os digo que no me veréis hasta que llegue el momento en que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor (Lucas XIII, 31-35). Esta narración de Lucas no parece contradecir el hecho de que las multitudes dijeron, cuando el Señor venía a Jerusalén: Bendito el que viene en el nombre del Señor; pues según el orden de Lucas, aún no había llegado allí, y aún no se había dicho. Pero como no dice que se apartó de allí para no venir hasta el momento en que ya se dijera aquello (pues continúa en su camino hasta llegar a Jerusalén, y aquello que dice: He aquí, expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día seré consumado, se entiende mística y figuradamente; pues no sufrió en el tercer día desde ese día, ya que inmediatamente dice: Es necesario que hoy y mañana y al día siguiente camine), ciertamente obliga a entender también mística lo que dice: No me veréis hasta que llegue el momento en que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor, refiriéndose a su venida en gloria, significando esto, para que aquello que dice: Expulso

demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día seré consumado, se refiera a su cuerpo, que es la Iglesia. Pues los demonios son expulsados cuando las naciones, abandonando las supersticiones de sus padres, creen en él: y las curaciones se realizan cuando se vive según sus preceptos, después de haber renunciado al diablo y a este mundo, hasta el fin de la resurrección, en la cual como en un tercer día se consumará, es decir, la Iglesia se perfeccionará en la plenitud angélica también por la inmortalidad del cuerpo. Por lo tanto, no se debe pensar que este orden de Mateo se ha desviado hacia otra cosa: sino que Lucas debe entenderse, o bien que anticipó lo que sucedió en Jerusalén, y lo intercaló recordando antes de que su narración llevara al Señor a Jerusalén; o que ya cercano a esa ciudad respondió de manera similar a quienes le advertían que se cuidara de Herodes, como Mateo dice que habló a las multitudes cuando ya había llegado a Jerusalén, y todo lo que se narró anteriormente había sido realizado.

CAPÍTULO LXXVI.---Cuando predijo la destrucción del templo, cómo concuerda el orden narrativo con los otros dos.

146. Mateo continúa, y dice: Y saliendo Jesús del templo, se iba: y se acercaron sus discípulos para mostrarle las edificaciones del templo. Pero él, respondiendo, les dijo: ¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida (Mateo XXIV, 1, 2). Marcos también recuerda esto casi en el mismo orden, después de una breve digresión, hecha para recordar a la viuda que puso dos monedas en el arca del tesoro (Marcos XII, 41; XIII, 2), lo cual solo Lucas recuerda con él. Pues también según Marcos, después de que el Señor trató con los judíos sobre cómo aceptarían a Cristo hijo de David, se narran las cosas que dice sobre cuidarse de los fariseos y su hipocresía: lugar que Mateo persiguió extensamente, y narró muchas más cosas dichas allí: y por eso, después de ese mismo lugar que Marcos brevemente menciona y Mateo desarrolla copiosamente, Marcos no añadió nada más, como dije, que sobre aquella viuda pobrísima y riquísima; y luego añade lo que nuevamente se conecta con Mateo, diciendo sobre la futura destrucción del templo. Lucas también, después de aquello sobre Cristo, cómo era hijo de David, recuerda pocas cosas sobre cuidarse de la hipocresía de los fariseos. Luego, como Marcos, pasa a la viuda que puso dos monedas en el arca del tesoro. Luego añade sobre la futura destrucción del templo, lo que Mateo y Marcos (Lucas XX, 46; XXI, 6).

CAPÍTULO LXXVII.---Sobre el discurso que tuvo en el monte de los Olivos, cuando los discípulos preguntaron cuándo será la consumación, cómo concuerdan estos tres entre sí.

147. Mateo continúa diciendo: Y estando él sentado en el monte de los Olivos, se acercaron a él los discípulos en privado, diciendo: Dinos cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo. Y respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos, etc., hasta aquello donde dice: Y estos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna. Ahora consideremos este extenso discurso del Señor según los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas. Pues manteniendo el mismo orden, juntos conectan estas cosas (Mateo XXIV, 3; XXV, 46, Marcos XIII, 4-37, y Lucas XXI, 7-36). Aquí también dicen algunas cosas propias, en las que no hay que temer ninguna sospecha de contradicción: pero sobre aquellas cosas que dicen juntos, debemos ver que no parezcan contradecirse entre sí. Pues no se puede decir, si algo así ocurre, que fue dicho de otra manera y en otro lugar por el Señor, cuando la narración de los tres se centra en el mismo lugar de hechos y tiempos. Sin duda, el hecho de que no todos mantengan el mismo orden de las mismas sentencias dichas por el Señor, no afecta en nada a la comprensión o insinuación, mientras lo que se refiere que fue dicho por él no se contradiga.

148. Lo que Mateo dice, Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin; también Marcos lo recuerda en el mismo orden, diciendo: Y primero es necesario que el evangelio sea predicado a todas las naciones: no dijo, y entonces vendrá el fin; pero esto significa lo que dice, primero, es decir, Y primero es necesario que el evangelio sea predicado a todas las naciones: porque ellos preguntaron sobre el fin. Por tanto, cuando dice, Primero es necesario que el evangelio sea predicado a todas las naciones, significa ciertamente, primero, antes de que venga el fin.

149. Asimismo, lo que Mateo dice, Cuando veáis la abominación de la desolación, de la que habló el profeta Daniel, en el lugar santo, el que lea, entienda; esto Marcos lo dice así, Pero cuando veáis la abominación de la desolación donde no debe estar, el que lea, entienda: en este cambio de palabras expuso el mismo sentido; por eso precisamente donde no debe estar, porque en el lugar santo no debe estar. Lucas, sin embargo, no dice, Pero cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo; o, donde no debe estar: sino que dice, Pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, entonces sabed que su desolación ha llegado. Entonces será la abominación de la desolación en el lugar santo.

150. Lo que Mateo dice, Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y el que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su manto; casi con las mismas palabras también lo recuerda Marcos. Lucas, sin embargo, dice, Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes: esto como los otros dos; pero lo demás lo dice de otra manera. Sigue diciendo, Y los que estén en medio de ella, salgan; y los que estén en los campos, no entren en ella: porque estos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. Parece bastante diferente lo que los otros dos dijeron, Y el que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y lo que este dice, Y los que estén en medio de ella, salgan: a menos que tal vez porque habrá una gran perturbación ante un peligro tan inminente, aquellos a quienes el asedio haya encerrado, lo que significa diciendo, los que estén en medio de ella, estarán atónitos en la azotea queriendo ver qué se avecina, o por dónde escapar. Pero ¿cómo dice, salgan, cuando antes dijo, pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos? Pues aquello que sigue, Los que estén en los campos, no entren en ella, parece pertenecer a una advertencia adecuada; y puede observarse, para que los que están fuera no entren en ella: pero ¿cómo los que están en medio de ella, cómo salgan, cuando la ciudad ya está rodeada por el ejército? ¿O es esto estar en medio de ella, cuando ya el peligro es tan inminente que temporalmente para preservar la vida presente no se puede escapar; y puesto que entonces el alma debe estar preparada y libre, no ocupada y oprimida por deseos carnales, esto significa lo que los otros dos dijeron, en la azotea, o sobre la azotea: para que lo que este dice, salgan, es decir, que no sean ya capturados por el deseo de esta vida, sino que estén preparados para migrar a otra vida; esto dijeron los otros dos, no descienda para tomar algo de su casa, es decir, que no se incline con ningún afecto hacia la carne como si fuera a recibir algún beneficio de ella: y lo que este dice, Los que estén en los campos, no entren en ella, es decir, los que ya han sido hechos fuera de ella por la buena disposición del corazón, no la deseen de nuevo con codicia carnal; esto dijeron los otros, Y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su manto, es decir, no se envuelvan de nuevo en las preocupaciones de las que se habían despojado?

151. Lo que Mateo dice, Orad, pues, para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado; de esto Marcos dice una parte, y omite otra: Orad, pues, dice, para que no sea en invierno. Lucas, sin embargo, no dice esto, pero dice algo solo, que me parece que ha ilustrado esta misma sentencia que está oscuramente puesta por aquellos: dice, Pero mirad por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería, embriaguez y preocupaciones

de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día: porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que han de suceder. Esta es la huida que Mateo menciona, que no debe ser en invierno ni en sábado. A las preocupaciones de esta vida pertenecen el invierno, que Lucas claramente menciona: a la glotonería y embriaguez pertenece el sábado. Pues las preocupaciones son tristes como el invierno: pero la glotonería y embriaguez sumergen y abruma el corazón con alegría carnal y lujo; lo cual se significó con el nombre de sábado porque esta era ya, como también es ahora, la pésima costumbre de los judíos, abundar en delicias en ese día, ignorando el sábado espiritual. O si algo más debe entenderse en aquellas palabras según Mateo y Marcos, algo más también dijo Lucas, mientras no se suscite ninguna cuestión de contradicción. Pues no hemos asumido ahora exponer los Evangelios, sino defenderlos de las calumnias de falsedad o engaño. Las otras cosas que Mateo pone en este discurso comunes con Marcos, no tienen cuestión: pero las que son comunes con Lucas, no las pone Lucas en este discurso, cuyo orden concuerda con este; sino que en otro lugar recuerda tales cosas o anticipándolas, para que primero mencione lo que después fue dicho por el Señor; o hace entender que fueron dichas dos veces por el Señor, y ahora según Mateo, y entonces según él mismo.

CAPÍTULO LXXVIII.---Lo que Mateo y Marcos recuerdan antes de dos días de la Pascua futura, y luego dicen que fue en Betania, cómo no contradice a Juan, quien con ellos narra lo mismo que sucedió en Betania, y dice, Antes de seis días de la Pascua.

152. Mateo continúa: Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebrará la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado (Mateo XXVI, 1, 2). A esto atestiguan otros dos, Marcos y Lucas, sin apartarse del mismo orden (Marcos XIV, 1, y Lucas XXII, 1). Ni esto lo insinúan como dicho por el Señor; pues esto omitieron insinuarlo: sin embargo, de su propia persona, Marcos dice: Era la Pascua y los panes sin levadura después de dos días; y Lucas: Se acercaba la fiesta de los panes sin levadura, que se llama Pascua. Así pues, se acercaba, de modo que era después de dos días, como más claramente concuerdan los otros dos. Juan, sin embargo, recuerda la proximidad de la misma fiesta en tres lugares, mientras narra algunas otras cosas en los dos primeros lugares: pero en el tercer lugar, su narración parece centrarse en esos mismos tiempos, donde también esos tres indican, es decir, ya inminente la pasión del Señor (Juan XI, 55, XII, 1, y XIII, 1).

153. Pero esto puede parecer contrario a quienes observan con poca atención, ya que Mateo y Marcos, después de decir que la Pascua sería en dos días, mencionan que Jesús estaba en Betania, donde se habla del unguento precioso. Sin embargo, Juan dice que Jesús llegó a Betania seis días antes de la Pascua, cuando narra lo mismo sobre el unguento (Juan XII, 1). ¿Cómo es posible que, según esos dos, la Pascua fuera en dos días, cuando después de decir eso, se encuentran con Juan en Betania hablando del unguento, y él dice que la Pascua sería en seis días? Pero quienes se inquietan así no entienden que Mateo y Marcos mencionaron lo que ocurrió en Betania con el unguento recapitulando, no después de su predicación sobre los dos días, sino que ya había ocurrido cuando aún faltaban seis días para la Pascua. Ninguno de ellos, después de decir que la Pascua sería en dos días, añadió sobre el hecho en Betania diciendo: "Después de esto, cuando estaba en Betania", sino que Mateo dice: "Cuando Jesús estaba en Betania", y Marcos: "Cuando estaba en Betania", lo cual se entiende que fue antes de que se dijera lo que se dijo dos días antes de la Pascua. Así, según la narración de Juan, Jesús llegó a Betania seis días antes de la Pascua: allí se celebró el banquete donde se recuerda el unguento precioso; de allí fue a Jerusalén montado en un asno; luego se llevan a

cabo los eventos que se narran después de su llegada a Jerusalén. Desde el día en que llegó a Betania y ocurrió lo del unguento, hasta el día en que se realizaron y dijeron todas estas cosas, entendemos, aunque los evangelistas no lo mencionen, que transcurrieron cuatro días, para que coincidiera con el día que dos días antes de la Pascua definieron. Lucas, al decir: "Se acercaba el día de la fiesta de los ázimos", no especificó dos días, pero debemos entender esta cercanía que mencionó en el intervalo de dos días. Juan, al decir: "La Pascua de los judíos estaba cerca" (Juan XI, 55), no se refiere a esos dos días, sino a seis días antes de la Pascua. Por lo tanto, después de haber mencionado algunas cosas tras decir esto, queriendo mostrar cuán cercana estaba la Pascua, dice: "Jesús, seis días antes de la Pascua, vino a Betania, donde estaba Lázaro, que había muerto, a quien Jesús resucitó" (Juan XII, 1, 2). Allí le hicieron una cena. Esto es lo que Mateo y Marcos recuerdan recapitulando, después de haber dicho que la Pascua sería en dos días. Recapitulando, regresan a ese día en Betania, que era seis días antes de la Pascua, y narran lo que Juan dice sobre la cena y el unguento: de donde iba a ir a Jerusalén, y después de realizar allí lo que se narra, llegaría al día que era dos días antes de la Pascua, de donde se desviaron para recordar recapitulando lo que antes había ocurrido en Betania con el unguento; y después de completar la narración de este hecho, regresan de nuevo al punto de donde se habían desviado, es decir, para narrar el discurso del Señor que tuvo dos días antes de la Pascua. Porque si eliminamos lo que ocurrió en Betania, que narraron desviándose del orden y recapitulando, y conectamos el orden mismo, el discurso se dirige según Mateo, con el Señor diciendo: "Sabéis que en dos días será la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado. Entonces se reunieron los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo en el patio del sumo sacerdote, llamado Caifás, y tomaron consejo para prender a Jesús con engaño y matarlo. Pero decían: No durante la fiesta, para que no se produzca un tumulto en el pueblo. Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes" (Mateo XXVI, 2-14), etc. Entre lo que se dijo: "Para que no se produzca un tumulto en el pueblo", y lo que se dijo: "Entonces uno de los doce, llamado Judas, fue", se interpuso lo de Betania, que dijeron recapitulando: al omitirlo, conectamos la narración para mostrar que no contradice el orden de los tiempos. Según Marcos, omitiendo también el mismo banquete en Betania, que él también interpuso recapitulando, el orden de la narración se mantiene así: "La Pascua y los ázimos eran en dos días; y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo prenderlo con engaño y matarlo. Porque decían: No durante la fiesta, para que no se produzca un tumulto en el pueblo. Y Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregarlo" (Marcos XIV, 1-10), etc. También aquí, entre lo que se dijo: "Para que no se produzca un tumulto en el pueblo", y lo que añadimos: "Y Judas Iscariote, uno de los doce", se colocó lo de Betania, que dijeron recapitulando. Lucas, sin embargo, omitió el hecho ocurrido en Betania. Esto lo decimos por los seis días antes de la Pascua que mencionó Juan, al narrar el hecho en Betania; y los dos días antes de la Pascua que dijeron Mateo y Marcos, al recordar después de esto lo mismo en Betania que Juan.

CAPÍTULO LXXIX.---Sobre la cena en Betania donde una mujer ungió al Señor con unguento precioso, cómo concuerdan Mateo, Marcos y Juan entre sí, y cómo no se oponen a Lucas, quien menciona algo similar en otro momento.

154. Mateo continúa desde el lugar donde terminamos de considerar la narración, y dice: "Entonces se reunieron los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo en el patio del sumo sacerdote, llamado Caifás, y tomaron consejo para prender a Jesús con engaño y matarlo. Pero decían: No durante la fiesta, para que no se produzca un tumulto en el pueblo. Cuando Jesús estaba en Betania, en casa de Simón el leproso, se acercó a él una mujer con un frasco de alabastro de unguento precioso, y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba

reclinado", etc., hasta donde dice: "Y se dirá lo que ella ha hecho en memoria de ella" (Mateo XXVI, 3-13). Ahora consideremos sobre la mujer y el ungüento precioso que ocurrió en Betania. Aunque Lucas menciona un hecho similar, y el nombre coincide con el de aquel en cuya casa el Señor estaba cenando; pues también lo llama Simón: sin embargo, como no es contrario a la naturaleza o a la costumbre de los hombres que, si un hombre puede tener dos nombres, mucho más pueden dos hombres tener un nombre; es más creíble que fuera otro Simón, no el leproso, en cuya casa esto ocurrió en Betania. Pues Lucas no dice que el hecho que narra ocurrió en Betania: y aunque no menciona la ciudad o aldea donde ocurrió; su narración no parece estar en el mismo lugar. Por lo tanto, no creo que deba entenderse otra cosa, sino que no fue otra mujer, la pecadora que entonces se acercó a los pies de Jesús, y los besó, y los lavó con lágrimas, y los secó con sus cabellos, y los ungió con ungüento; a quien el Señor, aplicando una parábola sobre dos deudores, dijo que sus muchos pecados le eran perdonados, porque amó mucho: sino que la misma María hizo esto dos veces, una vez lo que Lucas narró, cuando primero se acercó con esa humildad y lágrimas y mereció el perdón de los pecados (Lucas VII, 36-50). Pues esto también lo menciona Juan, aunque no como Lucas narra cómo ocurrió, pero al mencionar a María, lo recuerda, cuando ya comenzaba a hablar sobre la resurrección de Lázaro, antes de llegar a Betania. Lo narra así: "Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y Marta su hermana. María era la que ungió al Señor con ungüento, y le secó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo" (Juan XI, 1, 2). Al decir esto, Juan atestigua a Lucas, quien narró que esto ocurrió en casa de un fariseo llamado Simón. Así que María ya había hecho esto. Pero lo que hizo de nuevo en Betania es otro hecho, que no pertenece a la narración de Lucas, sino que es narrado por tres, a saber, Juan (Juan XII, 1-8), Mateo y Marcos (Marcos XIV, 3-9).

155. Entre estos tres, Mateo, Marcos y Juan, veamos cómo concuerdan, de quienes no hay duda de que narran el mismo hecho ocurrido en Betania, donde también los discípulos, como todos los tres mencionan, murmuraron contra la mujer como si fuera un desperdicio de ungüento muy caro. Lo que Mateo y Marcos dicen que la cabeza del Señor fue ungida con ese ungüento, y Juan dice los pies, se muestra que no es contrario a la regla que demostramos cuando alimentó a las multitudes con cinco panes. Pues allí, porque no faltó quien recordara que se recostaron en grupos de cincuenta y de cien, cuando otro dijo cincuenta, no pudo parecer contrario: podría haber parecido si otro hubiera dicho solo de cien, como otro de cincuenta, y sin embargo, debió entenderse que ambos ocurrieron. Con este ejemplo debemos ser instruidos, como advertí allí, incluso donde los evangelistas individuales mencionan cosas individuales, entender que ambos ocurrieron (Supra, cap. 46, n. 98). Por lo tanto, aquí no solo debemos entender que la mujer ungió la cabeza, sino también los pies del Señor. A menos que alguien sea tan absurdo y calumnioso que niegue que algo pudo haber quedado en el frasco roto para ungir también los pies. Pero si alguien insiste en que se rompió de tal manera que no quedó nada, esforzándose contra la verdad del Evangelio; cuánto mejor y más religiosamente insiste otro en que no se rompió de tal manera que se derramara todo, esforzándose por la verdad del Evangelio. Pero si el calumniador es tan obstinadamente ciego que intenta romper la concordia de los evangelistas con el frasco roto, primero acepte que los pies fueron ungidos antes de que se rompiera, para que quedara algo en el frasco intacto para ungir también la cabeza, donde esa ruptura derramaría todo. Pues reconocemos que se nos consulta ordenadamente desde la cabeza, pero también ordenadamente ascendemos desde los pies a la cabeza.

156. Los demás aspectos de este hecho no parecen tener ninguna cuestión. Pues lo que otros dicen que los discípulos murmuraron por el derramamiento del ungüento precioso, y Juan menciona a Judas, y por eso porque era ladrón; creo que es evidente que con el nombre de

discípulos se significó al mismo Judas, con esa forma de hablar que insinuamos sobre Felipe en los cinco panes, usando el plural por el singular (Ibid., n. 96). También se puede entender que otros discípulos o sintieron esto, o lo dijeron, o fueron persuadidos por Judas al decirlo, y que Mateo y Marcos expresaron la voluntad de todos incluso con palabras; pero Judas lo dijo porque era ladrón, mientras que los demás por el cuidado de los pobres; y que Juan quiso mencionar solo a aquel cuya costumbre de robar creyó que debía ser revelada en esta ocasión.

CAPÍTULO LXXX.---Donde envía a los discípulos a preparar la Pascua, cómo concuerdan Mateo, Marcos y Lucas entre sí.

157. Mateo continúa: "Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata", etc., hasta donde dice: "Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la Pascua" (Mateo XXVI, 14-19). Nada en este capítulo puede considerarse contrario a Marcos y Lucas, quienes narran lo mismo de manera similar (Marcos XIV, 10-16, y Lucas XXII, 3-13). Pues lo que dice Mateo: "Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca, en tu casa celebro la Pascua con mis discípulos", se refiere a quien Marcos y Lucas llaman el padre de familia o el dueño de la casa, en la que se les mostró el aposento alto donde prepararían la Pascua: por lo tanto, lo que Mateo intercaló, "a cierto hombre", como desde su propia persona, quiso insinuar brevemente. Pues si dijera que el Señor dijo: Id a la ciudad, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca, en tu casa celebro la Pascua; se entendería como si se dijera a la ciudad. Por lo tanto, no desde la persona del Señor, cuyo mandato narra, sino desde su propia persona, intercaló "a cierto hombre", para insinuarnos que había un cierto hombre en la ciudad, a quien los discípulos del Señor eran enviados para preparar la Pascua. Y así, después de esta interposición de dos palabras desde su propia persona, sigue el orden de las palabras del Señor diciendo: "Y decidle: El Maestro dice". Pues si preguntas, ¿A quién? se responde correctamente, A ese cierto hombre, a quien el evangelista insinuó que el Señor había enviado a sus discípulos, cuando intercaló desde su propia persona, "a cierto hombre": una locución menos común, pero sin embargo, así entendida, es completamente íntegra; o si tiene alguna propiedad en la lengua hebrea, en la que se dice que escribió Mateo, para que incluso todo dicho desde la persona del Señor no carezca de integridad locutiva, que lo vean quienes lo saben. Ciertamente, también podría decirse en latín, si se dijera: Id a la ciudad a cierto hombre, a quien os mostrará un hombre que os encontrará llevando una jarra de agua: de esta manera, al que manda se le podría obedecer sin ambigüedad. O también si dijera: Id a la ciudad a cierto hombre que vive en tal o tal lugar, en tal o tal casa; con la expresión del lugar y la designación de la casa; se podría entender, se podría hacer. Pero con estos y otros indicios similares tácitos, quien dice: Id a cierto hombre, y decidle, no puede ser escuchado, porque quiere que se entienda a un hombre cierto, cuando dice, a cierto hombre, y no expresa cómo reconocerlo. Pero si tomamos lo dicho intercalado desde la persona del evangelista, será una locución ciertamente oscura por necesidad de brevedad, pero sin embargo íntegra. Pues lo que Marcos llama jarra, y Lucas ánfora; aquel significó el tipo de vasija, este la medida: ambos, sin embargo, conservaron la verdad de la sentencia.

158. Mateo continúa: "Al atardecer, se reclinó con los doce discípulos; y mientras comían, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar. Y entristecidos en gran manera, comenzaron cada uno a decir: ¿Soy yo, Señor?", etc., hasta donde dice: "Respondiendo Judas, el que lo entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Le dijo: Tú lo has dicho" (Mateo XXVI, 20-25). En estas cosas que ahora hemos propuesto considerar, los otros evangelistas que mencionan cosas similares no aportan ninguna cuestión (Marcos XIV, 17-21; Lucas XXII, 14-23, y Juan XIII, 21-27).

LIBRO TERCERO.

En el que se demuestra la concordia de los evangelistas desde la narración de la cena hasta el final del Evangelio, comparando y ordenando el contexto de cada uno.

PRÓLOGO.

1. Ya que la narración de los cuatro se centra en ese lugar donde es necesario que caminen juntos hasta el final, y no se desvíen mucho entre sí, donde uno menciona algo que otro omite; me parece que podemos demostrar más fácilmente la concordancia de todos los evangelistas si desde este punto en adelante conectamos todo de todos, y lo organizamos en una sola narración y rostro. Así, creo que lo que hemos emprendido se explicará de manera más conveniente y fácil, para que abordemos la narración mencionando todo, con el testimonio de esos evangelistas, quienes de todo esto cada uno mencionó lo que pudo o quiso: para que, sin embargo, todo esto sea dicho por todos, lo cual se demostrará que en nada es contrario entre sí.

CAPÍTULO PRIMERO.---Sobre la cena del Señor y sobre el traidor expresamente señalado, cómo concuerdan los cuatro entre sí.

2. Comencemos, pues, según Mateo: Mientras cenaban, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo (Mateo XXVI, 20-26). Esto también lo recuerdan Marcos y Lucas (Marcos XIV, 17-22, y Lucas XXII, 14-23). Lo que Lucas menciona dos veces sobre el cáliz, primero antes de dar el pan y luego después de haberlo dado; lo que dijo antes, lo anticipó como suele hacer; pero lo que puso en su orden, no lo había mencionado antes: ambos juntos forman esta sentencia, que también es de ellos. Juan, sin embargo, no dijo nada sobre el cuerpo y la sangre del Señor en este lugar, pero claramente en otro lugar testifica que el Señor habló mucho más abundantemente sobre esto (Juan VI, 32-64). Ahora bien, después de haber recordado que el Señor se levantó de la cena y lavó los pies de los discípulos, dando también la razón por la cual lo hizo, en la que el Señor había significado aún de manera velada, mediante el testimonio de la Escritura, que sería entregado por aquel que comía su pan; llega a este lugar, que los otros tres igualmente insinúan: Cuando Jesús hubo dicho esto, se turbó en espíritu, y declaró, diciendo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará. Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba (Juan XIII, 2-32). Y entristecidos, como dicen Mateo y Marcos, comenzaron a decirle uno por uno: ¿Acaso soy yo? Y él respondiendo dijo, como sigue Mateo, El que mete la mano conmigo en el plato, ese me entregará. Y sigue el mismo Mateo añadiendo: El Hijo del Hombre va, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido: en esto también Marcos concuerda en este orden. Luego Mateo añade: Respondiendo Judas, el que lo entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Le dijo: Tú lo has dicho. Aquí tampoco se expresa claramente si era él. Pues aún puede entenderse como si dijera, No lo he dicho yo: también pudo decirlo así Judas y el Señor responderle, de modo que no todos se dieran cuenta.

3. Luego sigue Mateo e inserta el misterio del cuerpo y la sangre dado por el Señor a los discípulos, como también Marcos y Lucas. Pero cuando hubo entregado el cáliz, nuevamente habló de su traidor, lo que Lucas prosigue diciendo: Sin embargo, he aquí la mano del que me entrega está conmigo en la mesa; y el Hijo del Hombre va según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! Aquí ya se debe entender que sigue lo que

Juan narra, pero que estos omitieron; así como Juan omitió algunas cosas que ellos dijeron. Cuando, pues, después de haber entregado el cáliz, el Señor dijo lo que Lucas pone, Sin embargo, he aquí la mano del que me entrega está conmigo en la mesa, etc., se une aquello según Juan: «Estaba recostado uno de sus discípulos en el seno de Jesús, a quien Jesús amaba: Simón Pedro le hizo señas y le dijo: ¿Quién es de quien habla? Entonces, recostándose él sobre el pecho de Jesús, le dice: Señor, ¿quién es? Jesús respondió: Aquel a quien yo dé el pan mojado. Y cuando hubo mojado el pan, lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y después del bocado, entonces entró en él Satanás.»

4. Aquí debe considerarse, no solo para que no parezca contradecir a Lucas, quien ya había dicho que Satanás había entrado en el corazón de Judas cuando pactó con los judíos para entregarlo por dinero, sino también para que no parezca contradecirse a sí mismo Juan, quien ya había dicho antes, antes de que recibiera este bocado. Y después de la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón de Judas que lo entregara. Pues, ¿cómo entra en el corazón, sino sugiriendo pensamientos inicuos a los inicuos? Pero ahora debemos entender que Judas fue poseído más plenamente por el diablo: así como, en el bien, aquellos que ya habían recibido el Espíritu Santo, cuando después de la resurrección sopló sobre ellos diciendo, Recibid el Espíritu Santo (Juan XX, 22); después, cuando fue enviado desde lo alto el día de Pentecostés, ciertamente lo recibieron más plenamente. Después del bocado, entonces entró en él Satanás: «Y,» como Juan mismo relata, «Jesús le dice: Lo que haces, hazlo pronto. Pero ninguno de los que estaban a la mesa supo para qué se lo dijo. Algunos pensaban, porque Judas tenía la bolsa, que Jesús le había dicho, Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diera algo a los pobres. Cuando, pues, hubo tomado el bocado, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, Jesús dijo: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él: y si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo, y lo glorificará pronto.»

CAPÍTULO II.---Sobre la predicha negación de Pedro, cómo se muestra que no hay contradicción entre ellos.

5. «Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; y, como dije a los judíos, a donde yo voy, vosotros no podéis venir: y ahora os lo digo a vosotros. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros. Simón Pedro le dijo: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; pero me seguirás después. Pedro le dijo: ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré por ti. Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? En verdad, en verdad te digo, no cantará el gallo antes que me niegues tres veces» (Juan XIII, 33-38). Esta predicha negación suya a Pedro no solo la recuerda Juan, de cuyo Evangelio he interpuesto ahora estas palabras, sino también los otros tres (Mateo XXVI, 30-35; Marcos XIV, 26-31, y Lucas XXII, 31-34). No todos, ciertamente, llegan a recordarla por la misma ocasión del discurso: pues Mateo y Marcos la añaden en el mismo orden y lugar de su narración, después de que el Señor salió de aquella casa donde habían comido la Pascua; pero Lucas y Juan, antes de que hubiera salido de allí. Pero fácilmente podríamos entender que aquellos dos la pusieron recapitulando, o estos anticipando; a menos que más nos mueva el hecho de que tan diversas, no solo palabras, sino también sentencias del Señor preceden, por las cuales Pedro se sintió movido a expresar aquella presunción de morir con el Señor o por el Señor, que más bien nos obligan a entender que expresó su presunción tres veces en diferentes lugares del discurso de Cristo, y tres veces le respondió el Señor que lo negaría tres veces antes de que cantara el gallo.

6. Pues no es increíble que, con intervalos de tiempo algo separados, Pedro se sintiera movido a presumir, así como a negar; o que el Señor le respondiera algo similar tres veces: ya que incluso de manera continua, sin interponer otras cosas o palabras, después de la resurrección le preguntó tres veces si lo amaba, y a él que le respondió tres veces lo mismo, también le dio el mandato de apacentar sus ovejas una y la misma vez tres veces (Juan XXI, 15-17). Esto, sin embargo, es más creíble, que Pedro mostró su presunción tres veces, y sobre su triple negación lo oyó tres veces del Señor, se prueba así por las mismas palabras de los evangelistas, que recuerdan de manera diversa y diferente lo dicho por el Señor. Recordemos lo que ahora interpusimos del Evangelio de Juan; ciertamente dijo: «Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; y, como dije a los judíos, a donde yo voy, vosotros no podéis venir: y ahora os lo digo a vosotros. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros. Simón Pedro le dijo: Señor, ¿a dónde vas?» Aquí es evidente que Pedro se sintió movido por esas palabras a decir, Señor, ¿a dónde vas? porque había oído decir, A donde yo voy, vosotros no podéis venir. Jesús respondió a Pedro: A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; pero me seguirás después. Entonces él dijo: ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré por ti. A esta presunción respondió el Señor con la futura negación de Pedro. Lucas, sin embargo, después de haber recordado que el Señor dijo, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo: pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, cuando hayas vuelto, fortalece a tus hermanos; entonces añadió que Pedro respondió, Señor, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte. Y él dijo: Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tres veces niegues conocerme. ¿Quién no ve cuán diferente es esto de aquello que movió a Pedro a presumir, según Juan o según Lucas? Pero Mateo dice, Y después de cantar un himno, salieron al monte de los Olivos. Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas. Pero después de que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Así también Marcos. ¿Qué tienen estas palabras o sentencias de similar a aquellas, o a las que según Juan, o a las que según Lucas, Pedro expresó su presunción? Y aquí sigue: Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré. Jesús le dijo: En verdad te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo.

7. Esto casi con las mismas palabras también lo recuerda Marcos, salvo que no de manera general, sino más distintivamente, cómo sería, expresó dicho por el Señor, En verdad te digo que tú hoy, en esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Así que, cuando todos dicen que el Señor predijo que Pedro lo negaría antes de que el gallo cantara, pero no todos dicen cuántas veces cantarían el gallo, Marcos lo narró más expresamente. Por lo cual a algunos les parece que no concuerda con los demás, porque prestan poca atención, y sobre todo su intención se nubla cuando se enfrentan al Evangelio con un ánimo hostil. Pues toda la negación de Pedro es una triple negación. En la misma permaneció la turbación del ánimo y la disposición al engaño, hasta que, advertido de lo que se le había predicho, se sanó con amargo llanto y dolor del corazón. Pero toda esta, es decir, la triple negación, si comenzara después del primer canto del gallo, parecería que tres dijeron falsamente: de los cuales Mateo dijo, En verdad te digo que en esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces; Lucas, Digo a ti, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tres veces niegues conocerme; y Juan, En verdad, en verdad te digo, no cantará el gallo antes que me niegues tres veces. Pues con diferentes palabras y orden de palabras explicaron la misma sentencia que dijo el Señor, que antes de que el gallo cantara, Pedro lo negaría tres veces. Nuevamente,

si toda la triple negación se completara antes de que el gallo comenzara a cantar, se encontraría que Marcos dijo en vano desde la persona del Señor, En verdad te digo que tú hoy, en esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Pues, ¿qué sentido tenía decir, antes que dos veces, cuando, si toda esa triple negación se completara antes del primer canto del gallo, se encontraría completada no solo antes del segundo, sino también antes del tercero, y antes de todos los cantos del gallo de esa noche, que se probaría completada antes del mismo primer canto? Pero porque antes del primer canto del gallo comenzó esa triple negación, aquellos tres atendieron no a cuándo la completaría Pedro, sino a cuán grande sería, y cuándo comenzaría; es decir, que sería triple, y que antes del canto del gallo: aunque en su ánimo, y antes del primer canto del gallo, toda pueda entenderse. Aunque en las palabras del negador antes del primer canto comenzó, pero antes del segundo canto del gallo se completó toda esa triple negación; sin embargo, en la afección del ánimo y el temor de Pedro antes del primer canto del gallo toda fue concebida. Y no importa cuántos intervalos de tiempo haya entre las tres voces, cuando su corazón incluso antes del primer canto del gallo la poseyó toda, tan grande, ciertamente, fue el temor que lo invadió, que pudo negar al Señor, no solo una vez, sino dos y tres veces interrogado, para que más correctamente y con más atención se observe, como ya ha cometido adulterio con una mujer en su corazón quien la mira para codiciarla (Mateo V, 28); así Pedro, cuandoquiera que expresara con palabras el temor que había concebido tan vehementemente en su ánimo, que pudiera perdurar hasta la tercera negación del Señor, toda la triple negación debe atribuirse a ese tiempo cuando lo invadió el temor suficiente para una triple negación: desde el cual, incluso si después del primer canto del gallo comenzaran a brotar las palabras de negación, no absurdamente ni falsamente se diría que negó tres veces antes del canto del gallo, cuando antes del canto del gallo un temor tan grande había ocupado su mente, que pudiera llevarlo hasta la tercera negación. Mucho menos, por tanto, debe movernos el hecho de que la triple negación, incluso con las tres voces del negador antes del canto del gallo, comenzara, aunque no se completara antes del primer canto del gallo. Como si a alguien se le dijera, Esta noche, antes de que el gallo cante, me escribirás una carta en la que me insultarás tres veces: ciertamente, si comenzara a escribirla antes de cualquier canto del gallo, y la terminara después del primer canto del gallo, no se diría que la predicción fue falsa. Marcos, por tanto, habló más claramente sobre los intervalos de las voces mismas, quien dijo desde la persona del Señor, Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Así se verá que sucedió, cuando lleguemos a ese mismo lugar de la narración evangélica, para que también allí se muestre que los evangelistas concuerdan entre sí.

8. Pero si se buscan las palabras exactas que el Señor dijo a Pedro; ni pueden encontrarse, ni es necesario buscarlas; ya que la sentencia de él, para cuyo conocimiento se pronuncian las palabras, incluso en las diversas palabras de los evangelistas puede ser muy conocida. Por tanto, ya sea que Pedro, movido por diferentes lugares de los discursos del Señor, haya expresado su presunción tres veces individualmente, y tres veces el Señor le haya predicho su negación; o ya sea que de alguna manera se puedan reunir las conmemoraciones de todos los evangelistas en una sola, que muestre que el Señor predijo una vez a Pedro presumiendo que lo negaría; no se podrá encontrar ninguna contradicción entre los evangelistas, como no la hay.

CAPÍTULO III.---Sobre lo que se dijo por el Señor hasta que salió de la casa donde cenaron, cómo se muestra que no hay discrepancia.

9. Ahora, pues, en la medida de nuestras posibilidades, sigamos el orden de los hechos. Así, según Juan, esto fue predicho a Pedro, y el mismo Juan continúa con el discurso del Señor,

diciendo: "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí: en la casa de mi Padre hay muchas moradas", etc. Narra sus palabras sublimes y gloriosas durante mucho tiempo, hasta llegar al lugar donde el Señor dice: "Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste; y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos" (Juan XIV-XVII).

Cuando surgió una disputa entre ellos sobre quién de ellos parecía ser el mayor, como recuerda Lucas, les dijo: "Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados benefactores. Pero no será así entre vosotros; sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Y yo dispongo para vosotros un reino, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos, juzgando a las doce tribus de Israel".

El Señor dijo a Simón, como Lucas mismo añade: "Simón, mira que Satanás ha pedido zandaros como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, cuando hayas vuelto, fortalece a tus hermanos". Él le dijo: "Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte". Y él le dijo: "Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tres veces niegues conocerme". Y les dijo: "Cuando os envíe sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?" Ellos dijeron: "Nada". Entonces les dijo: "Pero ahora, el que tenga bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tenga, venda su capa y compre una espada. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito: 'Y fue contado con los inicuos'. Porque lo que se refiere a mí tiene su fin". Ellos dijeron: "Señor, aquí hay dos espadas". Y él les dijo: "Basta" (Lucas XXII, 24-38).

Y después de cantar un himno, como recuerdan Mateo y Marcos, salieron al monte de los Olivos. Entonces Jesús les dice: "Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche. Porque está escrito: 'Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas'. Pero después de que resucite, iré delante de vosotros a Galilea". Pedro, respondiendo, le dijo: "Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré". Jesús le dijo: "De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces". Pedro le dijo: "Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré". Y todos los discípulos dijeron lo mismo (Mateo XXVI, 30-35). Hemos insertado esto según Mateo; pero también Marcos lo relata casi con las mismas palabras (Marcos XIV, 26-31), salvo por la diferencia que ya hemos explicado sobre el canto del gallo.

CAPÍTULO IV.---De lo que sucedió en el huerto al que llegaron después de la cena, y cómo la concordancia de los tres, es decir, Mateo, Marcos y Lucas, se demuestra, ya que Juan guarda silencio sobre esto.

10. Mateo continúa la narración y dice: "Entonces Jesús fue con ellos a un lugar llamado Getsemaní" (Mateo XXVI, 36-46). Esto también lo dice Marcos (Marcos XIV, 32-42); y Lucas, aunque no menciona expresamente el lugar, dice: "Y saliendo, fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron. Y cuando llegó al lugar, les dijo: Orad para que no entréis en tentación" (Lucas XXII, 39-46). Entendemos que este es el lugar que ellos llamaron Getsemaní. Allí había un huerto, que Juan menciona al narrar: "Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos" (Juan XVIII, 1).

Luego, según Mateo, "dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras voy allí y oro. Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú. Y vino a sus discípulos, y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Y vino otra vez, y los halló durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras. Entonces vino a sus discípulos y les dijo: Dormid ya, y descansad; he aquí, ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega".

11. Marcos también relata esto de manera similar y en el mismo orden, a veces resumiendo algunas frases y aclarando otras. Pues parece que este discurso según Mateo es como si se contradijera a sí mismo, ya que después de la tercera oración vino a sus discípulos y les dijo: "Dormid ya, y descansad; he aquí, ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega". ¿Cómo es que primero dice "Dormid ya, y descansad", y luego conecta "he aquí, ha llegado la hora", y por eso dice "Levantaos, vamos"? Esta aparente contradicción ha llevado a algunos lectores a interpretar "Dormid ya, y descansad" como una expresión de reproche, no de permiso. Esto sería correcto si fuera necesario; pero como Marcos lo relata diciendo "Dormid ya, y descansad", y luego añade "basta", y después introduce "Ha llegado la hora; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado", se entiende que después de decirles "Dormid ya, y descansad", el Señor guardó silencio por un tiempo, permitiendo que descansaran, y luego añadió "he aquí, ha llegado la hora". Por eso, según Marcos, se dice "basta", es decir, ya es suficiente el descanso. Pero como no se menciona la pausa de silencio del Señor, se requiere otra interpretación en esas palabras.

12. Lucas, sin embargo, omite cuántas veces oró; pero menciona lo que los otros callan, que un ángel lo confortó mientras oraba, y que su sudor fue como gotas de sangre que caían a tierra. Cuando dice "Y cuando se levantó de la oración y vino a sus discípulos", no especifica en qué oración fue; sin embargo, no contradice a los otros dos. Juan, por su parte, después de decir que entró en el huerto con sus discípulos, no menciona lo que hizo allí hasta que su traidor vino con los judíos para arrestarlo.

13. Así, estos tres narraron el mismo hecho de tal manera que incluso una sola persona podría contarlos tres veces con alguna variación, pero sin contradicción. Lucas aclara más cuánto se alejó, es decir, se apartó para orar, diciendo "como un tiro de piedra". Marcos, por su parte, primero narra que el Señor rogó que, si fuera posible, pasara de él aquella hora, es decir, la de la pasión, que luego simbolizó con el cáliz. Luego, las palabras mismas del Señor las enuncia así: "Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí este cáliz". Si se añaden las palabras que dijeron los otros dos, y que el mismo Marcos también puso antes, la sentencia se manifiesta así: "Padre, si es posible, todas las cosas son posibles para ti, aparta de mí este cáliz"; para que nadie piense que disminuyó el poder del Padre al decir "si es posible": no dijo "si puedes", sino "si es posible"; pero es posible lo que él quiera. Así, se dijo "si es posible", como si se dijera "si quieres". Marcos manifiesta en qué sentido debe entenderse "si es posible", cuando dice "todas las cosas son posibles para ti". Y lo que mencionaron que dijo "Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que tú", que equivale a decir

"Pero no mi voluntad, sino la tuya se haga", muestra claramente que no se dijo "si es posible" por imposibilidad, sino por la voluntad del Padre; especialmente porque Lucas también lo indicó más claramente: no dijo "si es posible", sino "si quieres". A esta sentencia más clara se une más claramente lo que Marcos puso, para que se diga así: "Si quieres, todas las cosas son posibles para ti, aparta de mí este cáliz".

14. Pero Marcos no solo recuerda que dijo "Padre", sino "Abba, Padre", que es "Abba" en hebreo, lo que en latín es "Padre". Y tal vez el Señor dijo ambos por algún sacramento, queriendo mostrar que asumió esa tristeza en la persona de su cuerpo, es decir, de la Iglesia, de la cual es la piedra angular, viniendo a él parte de los hebreos, a quienes corresponde lo que dice "Abba"; parte de los gentiles, a quienes corresponde lo que dice "Padre" (Efesios II, 11-22). También el apóstol Pablo, no omitiendo este sacramento, dice: "En quien clamamos, Abba, Padre" (Romanos VIII, 15); y nuevamente dice: "Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, que clama: Abba, Padre" (Gálatas IV, 6). Era necesario que el buen maestro y verdadero salvador, compadeciéndose de los más débiles, mostrara en sí mismo que sus mártires no debían desesperar si alguna tristeza, por fragilidad humana, se introdujera en sus corazones en el momento de la pasión, cuando la vencieran, anteponiendo la voluntad de Dios a la suya, porque él sabe lo que conviene a quienes aconseja. No es el momento ahora de discutir más extensamente sobre todo esto: se trata ahora de la concordancia de los evangelistas, en cuya diversidad de palabras aprendemos saludablemente que no se debe buscar otra cosa en las palabras para escuchar la verdad que la intención del que habla. Esto es "Padre", lo que "Abba, Padre": pero para indicar el sacramento, es más claro "Abba, Padre"; para significar la unidad, basta "Padre". Y se debe creer que el Señor dijo "Abba, Padre": pero la sentencia no se aclararía si otros no dijeran "Padre", mostrando así que esas dos iglesias de judíos y griegos son una. Por tanto, se dijo "Abba, Padre" en el mismo sentido en que el Señor dijo en otro lugar: "Tengo otras ovejas que no son de este redil", refiriéndose a los gentiles, cuando tenía ovejas también en el pueblo de Israel. Pero como añadió: "Es necesario que yo las traiga también, para que haya un solo rebaño y un solo pastor" (Juan X, 16); tanto vale "Abba, Padre" para israelitas y gentiles, como "Padre" para un solo rebaño.

CAPÍTULO V.---De lo que sucedió en su aprehensión, que todos recuerdan, y cómo no parece haber disensión entre ellos.

15. Mientras aún hablaba, como dicen Mateo y Marcos, he aquí que Judas, uno de los doce, vino, y con él una gran multitud con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y ancianos del pueblo. El que lo entregaba les había dado una señal, diciendo: "A quien yo bese, ese es; prendedlo". Y al instante, acercándose a Jesús, dijo: "Salve, rabí". Y lo besó (Mateo XXVI, 47-56, y Marcos XIV, 43-50). Y le dijo primero lo que Lucas dice: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" (Lucas XXII, 47-53); luego lo que Mateo dice: "Amigo, ¿a qué vienes?" Después dijo lo que Juan recuerda: "¿A quién buscáis?" Respondieron: "A Jesús Nazareno". Jesús les dijo: "Yo soy". Y estaba también Judas, el que lo entregaba, con ellos: cuando les dijo "Yo soy", retrocedieron y cayeron en tierra. Les preguntó de nuevo: "¿A quién buscáis?" Ellos dijeron: "A Jesús Nazareno". Jesús respondió: "Os he dicho que yo soy; si me buscáis a mí, dejad ir a estos". Para que se cumpliera la palabra que había dicho: "De los que me diste, no perdí ninguno" (Juan XVIII, 2-11).

16. Viendo los que estaban con él lo que iba a suceder, como dice Lucas, le dijeron: "Señor, ¿herimos con la espada?" Y uno de ellos, como dicen los cuatro, hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja, como dicen Lucas y Juan, la derecha. El que hirió, según Juan, era Pedro; y el que fue herido se llamaba Malco. Luego, lo que Lucas dice: "Respondiendo Jesús, dijo: Dejad hasta aquí"; y añadió lo que Mateo recuerda: "Vuelve tu espada a su lugar.

Porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora rogar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirían las Escrituras, que así debe ser?" A estas palabras se puede añadir lo que Juan recuerda que dijo en ese lugar: "¿No he de beber el cáliz que el Padre me ha dado?" Entonces, como dice Lucas, tocó la oreja del que había sido herido, y lo sanó.

17. No debe parecer contradictorio que Lucas diga que, al preguntar los discípulos si herían con la espada, el Señor respondiera: "Dejad hasta aquí", como si después de esa herida se hubiera dicho así, que le agradó lo hecho hasta ese punto, pero no quiso que se hiciera más; cuando en las palabras que Mateo pone, se entiende más bien que todo lo hecho por Pedro con la espada no le agradó al Señor. Pues es más cierto que cuando le preguntaron diciendo: "Señor, ¿herimos con la espada?", entonces respondió: "Dejad hasta aquí"; es decir, no os preocupéis por lo que va a suceder; deben ser permitidos avanzar hasta aquí, es decir, para que me prendan, y se cumplan las Escrituras sobre mí. Pero entre las demoras de las palabras de los que preguntaban al Señor y su respuesta, Pedro, por el deseo de defensa y mayor conmoción por el Señor, hirió; pero no pudieron decirse al mismo tiempo lo que pudo hacerse al mismo tiempo. Pues no diría "Respondiendo Jesús, dijo", si no respondiera a la pregunta de ellos, no al hecho de Pedro. Pues sobre el hecho de Pedro, lo que juzgó, solo Mateo lo dijo. Donde tampoco dijo Mateo: "Respondiendo Jesús a Pedro, dijo: Vuelve tu espada"; sino que dijo: "Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada", lo que parece que el Señor dijo después del hecho. Lo que Lucas puso: "Respondiendo Jesús, dijo: Dejad hasta aquí", debe entenderse como respuesta a los que preguntaron; pero como dijimos, entre las palabras de la pregunta y la respuesta del Señor, se hizo la herida de un solo golpe, juzgó narrarlo en ese orden, para insertarla también entre las palabras de la pregunta y la respuesta. No es, pues, contrario a lo que dijo Mateo: "Porque todos los que tomen espada, a espada perecerán", es decir, los que usen la espada. Podría parecer contrario si el Señor, de esa respuesta, al menos hasta uno, aprobara el uso espontáneo de la espada, aunque no fuera una herida mortal. Aunque también se puede entender todo lo dicho a Pedro de manera congruente, para que se conecte lo que Lucas y Mateo relataron, como mencioné antes: "Dejad hasta aquí"; y "vuelve tu espada a su lugar. Porque todos los que tomen espada, a espada perecerán", etc. Cómo debe entenderse "Dejad hasta aquí", ya lo he explicado: y si de otra manera puede ser mejor, que así sea; mientras la verdad de los evangelistas permanezca.

18. Después sigue Mateo, y recuerda que en esa hora dijo a las multitudes: "¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis". Luego añadió también las palabras que Lucas pone: "Pero esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas". Todo esto sucedió, como dice Mateo, "para que se cumplieran las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron"; como también dice Marcos. Lo seguía un joven envuelto en una sábana, como recuerda el mismo Marcos; y cuando lo prendieron, dejando la sábana, huyó desnudo de ellos.

CAPÍTULO VI.---De lo que sucedió cuando el Señor fue llevado a la casa del sumo sacerdote, y lo que ocurrió en esa casa cuando fue llevado de noche, y especialmente sobre la negación de Pedro, cómo todos concuerdan entre sí.

19. Entonces, aquellos que habían arrestado a Jesús lo llevaron ante Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos, como dice Mateo (Mateo 26, 57-75). Pero primero fue llevado ante Anás, suegro de Caifás, como dice Juan (Juan 18, 12-27). Sin embargo, Marcos y Lucas no mencionan el nombre del sumo sacerdote (Marcos 14,

53-72, y Lucas 22, 54-62). Fue llevado atado, mientras estaban presentes en esa multitud el tribuno, la cohorte y los servidores de los judíos, como recuerda Juan. Pedro lo seguía de lejos hasta el patio del sumo sacerdote, y entrando, se sentó con los servidores para ver el desenlace, como dice Mateo. Y se calentaba junto al fuego, como dice Marcos en ese pasaje de la narración. Lucas también recuerda que Pedro lo seguía de lejos: encendido el fuego en medio del patio y estando ellos sentados alrededor, Pedro estaba en medio de ellos. Y Juan dice que Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Ese otro discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el patio del sumo sacerdote, como dice Juan. Pero Pedro estaba de pie afuera, según el mismo Juan. Entonces salió el otro discípulo, que era conocido del sumo sacerdote, habló con la portera e introdujo a Pedro, como dice el mismo Juan. Así fue como Pedro también estaba dentro del patio, como dicen los otros.

20. Los sumos sacerdotes y todo el consejo, como dice Mateo, buscaban un falso testimonio contra Jesús para entregarlo a la muerte, pero no lo encontraron, aunque se presentaron muchos falsos testigos. Pues los testimonios no coincidían, como dice Marcos al recordar el mismo pasaje. Finalmente, se presentaron dos falsos testigos, como dice Mateo, y dijeron: "Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios y en tres días reedificarlo". Marcos también menciona que otros dijeron: "Nosotros le oímos decir: Yo destruiré este templo hecho por manos, y en tres días edificaré otro no hecho por manos"; y por eso su testimonio no era coherente, como dice el mismo Marcos. Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: "¿No respondes nada a lo que estos testifican contra ti?" Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo: "Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Jesús respondió: "Tú lo has dicho", dice Mateo. Marcos dice lo mismo con otras palabras, excepto que omite que el sumo sacerdote lo conjuró; pero muestra que lo que Jesús le dice, "Tú lo has dicho", equivale a decir "Yo soy". Pues sigue diciendo, como dice el mismo Marcos: "Jesús le dijo: Yo soy. Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo con las nubes del cielo". Esto también lo dice Mateo, pero no menciona que Jesús respondió "Yo soy". Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: "Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos?" como recuerda Mateo, y sigue: "He aquí, ahora habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?" Y ellos, respondiendo, dijeron: "Es reo de muerte". Esto también lo testifica Marcos. Y Mateo continúa: "Entonces le escupieron en el rostro y le golpearon con los puños. Otros le dieron bofetadas, diciendo: Profetiza, Cristo, ¿quién es el que te golpeó?" Esto también lo dice Marcos, y menciona que le cubrieron el rostro. Lucas también atestigua sobre estos hechos.

21. Se entiende que el Señor sufrió estas cosas hasta la mañana en la casa del sumo sacerdote, a donde fue llevado primero, donde también Pedro fue tentado. Pero sobre la tentación de Pedro, que ocurrió entre estas afrentas al Señor, no todos narran en el mismo orden: pues Mateo y Marcos primero mencionan estas afrentas, luego la tentación de Pedro; Lucas explica primero la tentación de Pedro, y luego estas afrentas al Señor; Juan comienza a hablar de la tentación de Pedro, e intercala algunos hechos sobre las afrentas al Señor, y añade que de allí fue enviado al sumo sacerdote Caifás; y luego recapitula para explicar la tentación de Pedro en la casa a donde fue llevado primero, y regresa al orden para mostrar cómo fue llevado el Señor a Caifás.

22. Así pues, Mateo continúa: "Pedro estaba sentado fuera en el patio, y se le acercó una criada diciendo: También tú estabas con Jesús el Galileo. Pero él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices. Y al salir hacia la puerta, lo vio otra criada y dijo a los que estaban allí: También este estaba con Jesús el Nazareno. Y de nuevo negó con juramento: No conozco al hombre. Y un poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro: Verdaderamente tú también eres de ellos, porque tu manera de hablar te delata. Entonces

comenzó a maldecir y a jurar: No conozco al hombre. Y enseguida cantó el gallo", dice Mateo. Se entiende que después de que salió, habiendo negado una vez, el gallo cantó por primera vez, lo cual Mateo omite y Marcos menciona.

23. No negó de nuevo fuera, ante la puerta, sino cuando había regresado al fuego: cuando regresó, no era necesario mencionarlo. Marcos lo narra así: "Y salió fuera, al atrio, y el gallo cantó. Y la criada, al verlo de nuevo, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos. Pero él negó de nuevo". Esta criada no es la misma, sino otra, como dice Mateo. Se entiende que en la segunda negación fue interpelado por dos: por la criada que mencionan Mateo y Marcos, y por otro que menciona Lucas. Así lo narra Lucas: "Pedro lo seguía de lejos. Encendido un fuego en medio del atrio, y estando ellos sentados, Pedro estaba en medio de ellos. Al verlo una criada sentado a la luz, y habiéndolo mirado, dijo: También este estaba con él. Pero él negó, diciendo: Mujer, no lo conozco. Y un poco después, otro al verlo, dijo: Tú también eres de ellos". Así que lo que Lucas dice, "Y un poco después", ya había salido Pedro hacia la puerta, y el primer gallo había cantado; ya había regresado, y como dice Juan, estando de pie junto al fuego, negó de nuevo. Juan, en la primera negación de Pedro, no solo omite el primer canto del gallo, como los demás, excepto Marcos; sino que tampoco menciona que la criada lo reconoció sentado al fuego. Solo dice: "La criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Él dijo: No lo soy". Luego intercala lo que sucedió con Jesús en la misma casa, que consideró necesario mencionar, narrando así: "Los siervos y los guardias estaban de pie junto al fuego, porque hacía frío, y se calentaban; y Pedro estaba con ellos, de pie, calentándose". Aquí ya se entiende que Pedro había salido y regresado: primero estaba sentado al fuego; y después, al regresar, comenzó a estar de pie.

24. Pero tal vez alguien diga: No había salido aún, sino que se había levantado para salir. Esto puede decir quien piensa que negó por segunda vez fuera, ante la puerta. Veamos entonces lo que sigue en Juan: "El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le respondió: Yo he hablado abiertamente al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada en secreto. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que han oído lo que les he hablado; ellos saben lo que he dicho". Al decir esto, uno de los guardias que estaba allí dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así respondes al sumo sacerdote?" Jesús le respondió: "Si he hablado mal, da testimonio de lo malo; pero si bien, ¿por qué me golpeas?" Y Anás lo envió atado a Caifás, el sumo sacerdote. Aquí se muestra que Anás era sumo sacerdote: pues aún no había sido enviado a Caifás cuando ya le decían: "¿Así respondes al sumo sacerdote?" Y Lucas también menciona a estos dos, Anás y Caifás, como sumos sacerdotes al inicio de su Evangelio (Lucas 3, 2). Después de decir esto, Juan regresa a lo que había comenzado sobre la negación de Pedro, es decir, a la misma casa donde sucedieron los hechos que narró, y de donde fue enviado a Caifás, a quien desde el principio era llevado, como dijo Mateo. Juan recordó estos hechos que intercaló recapitulando sobre Pedro, y regresando a esa narración, dice así para completar la triple negación: "Simón Pedro estaba de pie, calentándose. Le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Él negó y dijo: No lo soy". En este lugar encontramos que Pedro negó por segunda vez, no ante la puerta, sino de pie junto al fuego: lo cual no podría ser, si no hubiera regresado después de haber salido. Pues no había salido aún, y fuera lo vio otra criada: pero cuando salió, lo vio, es decir, cuando se levantó para salir, lo notó y dijo a los que estaban allí, es decir, a los que estaban junto al fuego dentro del atrio: "También este estaba con Jesús el Nazareno". Pero él, que había salido, al oír esto, regresó y juró a los que se oponían: "No conozco al hombre". Pues también Marcos dice de la misma criada: "Y comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos". Pues no le decía a él, sino a los que

permanecían allí cuando él salía, de modo que él lo oyera: por lo cual, regresando y de nuevo estando de pie junto al fuego, se resistía negando sus palabras. Luego, en lo que Juan dice: "Le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos?" lo entendemos dicho al regresar y estar de pie, lo cual también se confirma, no solo por aquella otra criada que mencionan en esta segunda negación Mateo y Marcos, sino también por otro que menciona Lucas, que lo hizo con Pedro; de donde Juan dice: "Le dijeron". Por lo tanto, ya sea que después de que él saliera, la criada dijera a los que estaban con ella en el atrio que este era de ellos, al oír esto él regresó para justificarse negando; o, lo que es más creíble, no oyó lo que se dijo de él cuando salió, y después de regresar, la criada y aquel otro que menciona Lucas le dijeron: "¿No eres tú también de sus discípulos?" y él dijo: "No lo soy"; insistiendo más aquel de quien Lucas dice, y diciendo: "Tú también eres de ellos"; a quien Pedro dijo: "Hombre, no lo soy". Sin embargo, se concluye claramente, al comparar todos los testimonios de los evangelistas sobre este asunto, que Pedro no negó por segunda vez ante la puerta, sino dentro del atrio junto al fuego. Mateo y Marcos, que mencionaron que salió, omitieron su regreso por brevedad.

25. Ahora veamos la congruencia de la tercera negación, que recordamos que solo Mateo ya ha explicado. Marcos sigue diciendo: "Y un poco después, los que estaban allí decían de nuevo a Pedro: Verdaderamente eres de ellos, porque también eres galileo. Pero él comenzó a maldecir y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y enseguida cantó el gallo por segunda vez". Lucas sigue narrando lo mismo: "Y pasado como una hora, otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente este también estaba con él, porque también es galileo. Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y enseguida, mientras aún hablaba, cantó el gallo". Juan sigue explicando la tercera negación de Pedro: "Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro cortó la oreja, dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él? Pedro negó de nuevo, y enseguida cantó el gallo". Lo que Mateo y Marcos dicen, "un poco después", cuánto tiempo fue esto, lo aclara Lucas diciendo: "Y pasado como una hora"; sobre este intervalo, Juan guarda silencio. Además, lo que Mateo y Marcos dicen en plural sobre los que hablaban con Pedro, mientras Lucas menciona a uno, y Juan también a uno, que era pariente de aquel a quien Pedro cortó la oreja; es fácil entender que Mateo y Marcos usaron el plural por el singular, una locución común; o que uno, como sabiendo y habiéndolo visto, afirmaba principalmente, y los demás, siguiendo su testimonio, presionaban a Pedro: de donde dos evangelistas usaron el plural por brevedad; y los otros dos quisieron señalar solo a aquel que era el principal en esto. Ahora bien, lo que Mateo dice que fue dicho a Pedro: "Verdaderamente tú también eres de ellos, porque tu manera de hablar te delata"; como Juan afirma que fue dicho a Pedro: "¿No te vi yo en el huerto con él?" Marcos, sin embargo, dice que hablaban entre ellos sobre Pedro: "Verdaderamente es de ellos, porque también es galileo"; como también Lucas, no a Pedro, sino sobre Pedro, dice: "Otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente este también estaba con él, porque también es galileo"; podemos entender que sostuvieron la misma opinión aquellos que dicen que Pedro fue interpelado; pues valió tanto lo que se decía de él en su presencia, como si se le dijera a él: o que se hizo de ambas maneras, y unos evangelistas mencionaron un modo, y otros, el otro. El canto del gallo después de la tercera negación lo entendemos como el segundo, como lo expresó Marcos.

26. Mateo continúa diciendo: "Y Pedro se acordó de la palabra de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces; y saliendo fuera, lloró amargamente". Marcos dice: "Pedro se acordó de la palabra que Jesús le había dicho: Antes que cante el gallo dos veces, me negarás tres veces; y comenzó a llorar". Lucas dice: "Y el Señor, volviéndose, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, como le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces; y saliendo fuera, Pedro lloró amargamente". Juan guarda silencio sobre el recuerdo y el llanto de Pedro. Sin embargo, en lo que Lucas

dice que "el Señor, volviéndose, miró a Pedro", debemos considerar más detenidamente cómo debe entenderse. Aunque se dice que también los atrios interiores, sin embargo, Pedro estaba en el atrio exterior entre los siervos, que se calentaban junto al fuego: no es creíble que allí se escuchara al Señor por los judíos, para que esa mirada fuera corporal. Pues cuando Mateo dice: "Entonces le escupieron en el rostro, y le golpearon con los puños; otros le dieron bofetadas, diciendo: Profetiza, Cristo, ¿quién es el que te golpeó?", continúa diciendo: "Pedro estaba sentado fuera en el atrio"; lo cual no diría si esos hechos ocurrieran dentro: y según se deduce de la narración de Marcos, no solo en los interiores, sino también en los superiores de la casa se llevaban a cabo. Pues después de que Marcos narra tales cosas, continúa diciendo: "Y estando Pedro en el atrio de abajo". Así como Mateo, al decir "Pedro estaba sentado fuera en el atrio", muestra que esos hechos ocurrían dentro: así también Marcos, al decir "Y estando Pedro en el atrio de abajo", muestra que no solo en los interiores, sino también en los superiores se llevaban a cabo los hechos que había narrado. ¿Cómo, entonces, miró el Señor a Pedro con el rostro corporal? Por lo tanto, me parece que esa mirada fue hecha divinamente, para que le viniera a la mente cuántas veces ya había negado, y lo que el Señor le había predicho, y así, misericordiosamente mirado por el Señor, se arrepintiera y llorara saludablemente: como decimos diariamente, Señor, mírame; y, El Señor lo miró, quien ha sido liberado de algún peligro o trabajo por la misericordia divina: y como se ha dicho, Mira, y escúchame (Salmo 12, 4); y Vuélvete, Señor, y libera mi alma (Salmo 6, 5): así creo que se dijo, El Señor, volviéndose, miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor. Finalmente, aunque más frecuentemente suelen poner a Jesús que al Señor en sus narraciones, ahora Lucas puso al Señor diciendo, El Señor, volviéndose, miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor; pero Mateo y Marcos, porque guardaron silencio sobre esa mirada, dijeron que se acordó de la palabra de Jesús, no de la palabra del Señor: para que también de esto entendamos que esa mirada no fue hecha por los ojos humanos de Jesús, sino divinamente.

CAPÍTULO VII.---De los hechos que ocurrieron por la mañana, antes de que fuera entregado a Pilato, cómo los evangelistas no discrepan entre sí; y del testimonio de Jeremías que Mateo intercaló por el precio del Señor, aunque no se encuentra en la Escritura de ese profeta.

27. Sigue, por tanto, Mateo y dice: "Por la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron consejo contra Jesús para entregarlo a la muerte; y lo llevaron atado y lo entregaron a Poncio Pilato, el gobernador" (Mateo 27, 1-10). Marcos de manera similar: "Y al instante, por la mañana, los sumos sacerdotes, con los ancianos y los escribas y todo el consejo, hicieron consejo, ataron a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato" (Marcos 15, 1). Lucas, después de completar la narración de la negación de Pedro, recapituló lo que sucedió con el Señor, ya que, como se ve, fue alrededor de la mañana, y así continuó la narración: "Y los hombres que lo tenían, se burlaban de él, golpeándolo; y lo cubrieron, y golpeaban su rostro, y le preguntaban, diciendo: Profetiza, ¿quién es el que te golpeó? Y decían muchas otras blasfemias contra él. Y cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas; y lo llevaron a su consejo, diciendo: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Y él les dijo: Si os lo digo, no me creeréis; y si os pregunto, no responderéis ni me dejaréis ir: pero desde ahora el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Y todos dijeron: ¿Entonces tú eres el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que yo soy. Y ellos dijeron: ¿Qué necesidad tenemos aún de testimonio? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca. Y levantándose toda la multitud de ellos, lo llevaron a Pilato" (Lucas 22, 63; 23, 1). Lucas narró todo esto; donde se entiende que también Mateo y Marcos narraron que el Señor fue interrogado sobre si él era el Hijo de Dios, y que dijo: "Os digo, desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder, y viniendo en las

nubes del cielo", ya al amanecer, cuando Lucas dice: "Y cuando se hizo de día"; y así narra cosas similares, aunque también menciona algo que ellos callaron. Sin embargo, entendemos que durante la noche se actuó contra el Señor con falsos testigos, lo cual Mateo y Marcos mencionaron brevemente, pero Lucas lo omitió, quien narró lo que sucedió alrededor de la mañana. Pues también ellos, es decir, Mateo y Marcos, continuaron la narración de lo que sucedió con el Señor hasta la mañana: pero luego regresaron a narrar la negación de Pedro; y una vez terminada, volvieron a la mañana, para desde allí continuar con lo demás, hasta llevar a cabo lo que sucedió con el Señor, pero aún no habían mencionado lo que ocurrió en la mañana (Mateo 26, 59-75, y Marcos 14, 55-72). Juan también, después de haber mencionado lo que sucedió con el Señor en la medida que le pareció, y toda la negación de Pedro, dice: "Llevaron, pues, a Jesús de Caifás al pretorio. Era de mañana" (Juan 18, 28): donde entendemos que o hubo alguna causa que obligó a Caifás a estar en el pretorio, y no estar presente cuando otros príncipes de los sacerdotes tenían la cuestión sobre el Señor; o que el pretorio estaba en su casa: sin embargo, desde el principio se le llevaba a él, a quien al final fue llevado. Pero como ya lo llevaban como a un reo convicto, y Caifás ya había decidido que Jesús debía morir, no hubo demora en entregarlo a Pilato para que fuera ejecutado. Lo que, por tanto, sucedió con Pilato respecto al Señor, así lo narra Mateo.

28. Primero se desvía de allí para mencionar el final de Judas el traidor, que solo él narró, diciendo: "Entonces Judas, el que lo había entregado, viendo que había sido condenado, arrepentido, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: He pecado entregando sangre inocente. Pero ellos dijeron: ¿Qué nos importa? Tú verás. Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró; y yendo, se ahorcó. Los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito ponerlas en el tesoro, porque es precio de sangre. Y después de deliberar, compraron con ellas el campo del alfarero para sepultura de extranjeros: por lo cual aquel campo fue llamado Campo de Sangre, hasta el día de hoy. Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, diciendo: Y tomaron las treinta monedas de plata, el precio del apreciado, a quien apreciaron los hijos de Israel, y las dieron por el campo del alfarero, como me ordenó el Señor."

29. Si alguien se inquieta porque este testimonio no se encuentra en la Escritura del profeta Jeremías, y por eso piensa que se debe restar algo a la fe del Evangelista; primero debe saber que no todos los códices de los Evangelios tienen que fue dicho por Jeremías, sino solo por el profeta. Podemos, por tanto, decir que se debe creer más bien a estos códices que no tienen el nombre de Jeremías; pues esto fue dicho por el profeta, pero Zacarías: de donde se piensa que los códices que tienen el nombre de Jeremías son erróneos, porque debieron tener el de Zacarías, o ninguno, como algunos, sino solo "por el profeta diciendo", que sin duda se entiende Zacarías. Pero que use esta defensa quien le plazca: a mí, sin embargo, no me agrada por esta razón, porque muchos códices tienen el nombre de Jeremías; y quienes han considerado el Evangelio más diligentemente en los ejemplares griegos, dicen haberlo encontrado así en los griegos más antiguos: y no hubo causa para añadir este nombre, para que se cometiera un error; pero sí hubo causa para que se quitara de algunos códices, lo cual hizo la audaz ignorancia, cuando se turbó con la cuestión de que este testimonio no se encontraba en Jeremías.

30. ¿Qué, pues, se debe entender, sino que esto se hizo por un consejo más secreto de la providencia de Dios, por la cual las mentes de los Evangelistas fueron gobernadas? Pues pudo suceder que al escribir el Evangelio, a Mateo le viniera a la mente Jeremías en lugar de Zacarías, como suele suceder, lo cual sin duda alguna habría corregido, al menos advertido por otros, que aún viviendo él en la carne pudieron leer esto, a menos que pensara que a su memoria, que era guiada por el Espíritu Santo, no le vino en vano otro nombre de profeta en

lugar de otro, sino porque así el Señor dispuso que se escribiera. Pero la primera causa, la más útil, debe ser fácilmente pensada, que así se insinúa que todos los santos profetas hablaron con un solo espíritu, con una maravillosa concordancia entre ellos, de modo que esto es mucho más que si todo lo de todos los profetas se dijera con la boca de un solo hombre: y por eso se debe aceptar sin duda alguna todo lo que el Espíritu Santo dijo por ellos, y que cada cosa es de todos, y todo de cada uno. Por tanto, lo que se dijo por Jeremías es tanto de Zacarías como de Jeremías, y lo que se dijo por Zacarías es tanto de Jeremías como de Zacarías; ¿qué necesidad había de que Mateo corrigiera, cuando al releer lo que había escrito, le vino a la mente otro nombre en lugar de otro; y no más bien, siguiendo la autoridad del Espíritu Santo, por quien sentía que su mente era gobernada más que por nosotros, dejara esto escrito así como el Señor le había advertido, para informarnos de tal concordancia de sus palabras entre los profetas, que no sería absurdo, sino congruentemente, atribuir a Jeremías lo que encontramos dicho por Zacarías? Pues si hoy alguien queriendo indicar las palabras de alguien, dice el nombre de otro de quien no son dichas, que sin embargo es muy amigo y familiar de aquel cuyas palabras quiso decir; y al instante recordando que dijo otro en lugar de otro, se corrige y dice: Bien dije; ¿qué otra cosa observa, sino que hay tal concordancia entre ambos, entre aquel cuyas palabras quiso decir, y el otro cuyo nombre le vino en lugar del de aquel, que es como si este lo hubiera dicho, como si aquel lo hubiera dicho? Cuánto más esto debe ser entendido y especialmente recomendado sobre los santos profetas, para que tomemos los libros de todos como un solo libro de uno, en el cual no se crea que hay discrepancia de cosas, como no se encuentra, y en el cual haya mayor constancia de verdad, que si todo eso lo dijera un solo hombre por más docto que fuera. Por tanto, lo que los infieles o ignorantes intentan tomar como argumento de aquí, como para mostrar la disonancia de los santos evangelistas, esto más bien deben tomarlo los fieles y doctos para mostrar la unidad de los santos profetas.

31. Hay también otra causa, que me parece que debe ser tratada con más detalle en otro momento, para no extender más el discurso de lo que la necesidad de terminar esta obra exige, por qué este nombre de Jeremías en el testimonio de Zacarías se permitió permanecer así, o más bien fue ordenado por la autoridad del Espíritu Santo. Hay en Jeremías, que compró un campo del hijo de su hermano, y le dio plata; no bajo este nombre de precio que se menciona en Zacarías, treinta monedas de plata; sin embargo, la compra del campo no está en Zacarías: pero que el evangelista interpretó la profecía de las treinta monedas de plata en relación con lo que ahora se cumplió en el Señor, para que este fuera su precio, es evidente; pero que también se refiera a aquello del campo comprado que Jeremías dijo, pudo ser mística y significativamente indicado, para que no se pusiera aquí el nombre de Zacarías, quien dijo las treinta monedas de plata, sino de Jeremías, quien habló del campo comprado; para que al leer el Evangelio y encontrar el nombre de Jeremías, y al leer Jeremías y no encontrar el testimonio de las treinta monedas de plata, pero sí el campo comprado, el lector sea advertido de comparar ambos, y de ahí desentrañar el sentido de la profecía, cómo se refiere a lo que se cumplió en el Señor. Pues aquello que Mateo añadió a este testimonio cuando dijo: "A quien apreciaron los hijos de Israel, y los dieron por el campo del alfarero, como me ordenó el Señor", no se encuentra ni en Zacarías ni en Jeremías. De donde más bien debe ser tomado como elegantemente y mística insertado por el mismo evangelista, porque supo por revelación del Señor que esta profecía de este tipo se refería a lo que se hizo con el precio de Cristo. Pues el libro del campo comprado en Jeremías se ordena poner en un vaso de barro (Jeremías 32, 9-44), y aquí se compra con el precio del Señor un campo de alfarero, y esto para sepultura de extranjeros, como para la permanencia de descanso de aquellos que, peregrinando en este mundo, son sepultados con Cristo por el Bautismo. Pues también aquella compra del campo el Señor dijo a Jeremías que significaba esto, que habría

permanencia de los liberados de la cautividad en aquella tierra. Esto he considerado delinear, al advertir qué se debe buscar más diligente y atentamente en estos testimonios proféticos reunidos en uno y comparados con la narración evangélica. Esto intercaló Mateo sobre Judas el traidor.

CAPÍTULO VIII.---De lo que sucedió ante Pilato, cómo no hay disensión entre ellos.

32. Luego sigue, y dice: "Jesús, pues, estaba ante el gobernador, y el gobernador le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús le dijo: Tú lo dices. Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, no respondió nada. Entonces Pilato le dijo: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Y no le respondió ni una palabra, de modo que el gobernador se maravilló mucho. En el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisieran: y tenían entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Congregados, pues, ellos, Pilato les dijo: ¿A quién queréis que os suelte; a Barrabás, o a Jesús, que es llamado Cristo? Porque sabía que por envidia lo habían entregado. Y estando él sentado en el tribunal, su mujer le envió a decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él. Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a las multitudes para que pidieran a Barrabás, y destruyeran a Jesús. Respondiendo el gobernador, les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, que es llamado Cristo? Todos dijeron: ¡Sea crucificado! El gobernador les dijo: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado! Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que más bien se hacía un tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo; vosotros veréis. Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, lo entregó para ser crucificado." Esto narró Mateo sobre lo que sucedió con Pilato respecto al Señor (Mateo 27, 11-26).

33. Marcos también concuerda casi con las mismas palabras y hechos. Las palabras de Pilato, con las que respondió al pueblo que pedía que se les soltara un preso en la fiesta, las refiere así: "Pilato les respondió, y dijo: ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?" Pero Mateo dice: "Congregados, pues, ellos, Pilato les dijo: ¿A quién queréis que os suelte; a Barrabás, o a Jesús, que es llamado Cristo?" No hay cuestión de que él calló que ellos pidieron que se les soltara a alguien: pero se puede preguntar qué palabras dijo Pilato; si las que refiere Mateo, o las que refiere Marcos. Pues parece ser diferente decir: "¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás, o a Jesús, que es llamado Cristo?" a decir: "¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?" Pero como a los reyes se les llamaba cristos, y quien dijo aquel o aquel, es evidente que preguntó si querían que se les soltara al rey de los judíos, es decir, al Cristo; no hay diferencia en la sentencia, lo que aquí calló Marcos sobre Barrabás, solo queriendo decir lo que se refería al Señor; ya que en la respuesta de ellos él mismo muestra suficientemente a quién quisieron que se les soltara: "Los príncipes, dice, incitaron a la multitud para que más bien les soltara a Barrabás: sigue diciendo, y dice, Pilato les dijo de nuevo: ¿Qué, pues, queréis que haga del rey de los judíos?" De donde ya es suficientemente claro, que Marcos quiere mostrar al decir "rey de los judíos", lo que Mateo al decir "Cristo". Pues no se llamaban cristos a los reyes, sino a los judíos: ya que en ese mismo lugar Mateo dice: "Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, que es llamado Cristo?" Por tanto, sigue Marcos: "Pero ellos clamaron de nuevo: ¡Crucificalo!"; lo que aquel dice: "Todos dijeron: ¡Sea crucificado!" Y sigue Marcos: "Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más: ¡Crucificalo!" Esto Mateo no lo dijo: pero como dijo: "Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que más bien se hacía un tumulto"; también dijo que se lavó las manos delante del pueblo, para significar que era inocente de la sangre del justo; lo cual también Marcos y los

otros callan: Mateo muestra suficientemente que el gobernador trató con el pueblo para que se le soltara. Lo cual brevemente significó Marcos en lo que refiere que Pilato dijo: "¿Pues qué mal ha hecho?" Luego también él concluye así lo que sucedió con Pilato respecto al Señor: "Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuera crucificado": esto narró Marcos sobre lo que sucedió ante el gobernador (Marcos 15, 2-15).

34. Lucas narra los hechos ante Pilato de la siguiente manera: Comenzaron a acusarlo, diciendo: Hemos hallado a este hombre subvirtiendo a nuestra nación, prohibiendo dar tributo al César y diciendo que él es Cristo, un rey. Esto no lo mencionaron los otros dos evangelistas, aunque dijeron que lo acusaban. Por lo tanto, Lucas también revela los mismos crímenes falsos que le imputaron. Sin embargo, omite lo que Pilato le dijo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. Pero claramente sigue y dice lo que también dijeron ellos: Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Y él, respondiendo, dijo: Tú lo dices. Esto lo mencionaron Mateo y Marcos antes de decir que Jesús, al ser acusado por ellos, no respondía. No importa para la verdad en qué orden Lucas haya relatado estas cosas, así como no importa si uno omite algo que otro menciona; de la misma manera, en lo que sigue dice: Pilato dijo a los principales sacerdotes y a las multitudes: No hallo causa en este hombre. Pero ellos insistían, diciendo: Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí. Pilato, al oír mencionar Galilea, preguntó si el hombre era galileo; y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, lo envió a Herodes, quien también estaba en Jerusalén en esos días. Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho, pues hacía tiempo que deseaba verlo, porque había oído muchas cosas acerca de él; y esperaba ver alguna señal hecha por él. Le hizo muchas preguntas, pero él no le respondió nada. También estaban allí los principales sacerdotes y los escribas, acusándolo vehementemente. Herodes, con sus soldados, lo menospreció y, burlándose de él, lo vistió con una ropa espléndida y lo envió de nuevo a Pilato. Y aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes eran enemigos entre sí. Todo esto, es decir, que el Señor fue enviado de Pilato a Herodes y lo que allí sucedió, solo lo indica Lucas; aunque diga algo similar que pueda encontrarse en otros lugares de las narraciones de otros: los demás solo quisieron contar lo que sucedió ante Pilato, hasta que el Señor fue entregado para ser crucificado. Lucas, volviendo a lo que sucedía ante el gobernador, de donde se había desviado para narrar lo que ocurrió ante Herodes, continúa así: Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: Me habéis presentado a este hombre como alguien que desvía al pueblo, y he aquí que, habiéndolo interrogado delante de vosotros, no he hallado en este hombre causa alguna de las cosas de que lo acusáis. Aquí entendemos que omitió cómo le preguntó al Señor qué respondería a sus acusadores. Ni tampoco Herodes, dice: pues os lo envié, y he aquí que nada digno de muerte ha hecho. Así que, después de castigarlo, lo soltaré. Era necesario que les soltara uno en el día de la fiesta. Pero toda la multitud gritó a una, diciendo: ¡Fuera con este, y suéltanos a Barrabás! Este había sido encarcelado por una sedición hecha en la ciudad y por un homicidio. Pilato les habló de nuevo, queriendo soltar a Jesús. Pero ellos gritaban, diciendo: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho este? No hallo en él causa de muerte; lo castigaré, pues, y lo soltaré. Pero ellos insistían a grandes voces, pidiendo que fuera crucificado, y prevalecieron las voces de ellos. Mateo atestigua suficientemente este intento de Pilato, quien muchas veces trató con ellos, queriendo que Jesús fuera soltado, con muy pocas palabras, cuando dice: Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto: lo cual no diría si no hubiera insistido mucho; aunque haya callado cuántas veces intentó lograrlo, para librar a Jesús de su furia. Y así Lucas concluye lo que sucedió ante el gobernador: Y Pilato, dice, sentenció que se hiciera lo que pedían. Soltó,

pues, al que había sido encarcelado por sedición y homicidio, a quien pedían; y entregó a Jesús a la voluntad de ellos (Luc. XXIII, 2-25).

35. Ahora consideremos lo mismo según Juan, es decir, lo que sucedió a través de Pilato. Y ellos, dice, no entraron en el pretorio, para no contaminarse, sino para poder comer la Pascua. Entonces Pilato salió a ellos y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. Esto debe ser examinado, para que no sea contrario a lo que dice Lucas, que se dijeron acusaciones específicas contra él; y dice cuáles fueron dichas: Comenzaron a acusarlo, diciendo: Hemos hallado a este hombre subvirtiendo a nuestra nación, prohibiendo dar tributo al César y diciendo que él es Cristo, un rey. Lo que ahora he mencionado según Juan, parece que los judíos no quisieron decir las acusaciones, cuando Pilato les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Pues respondieron: Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado: evidentemente para que, siguiendo su autoridad, dejara de preguntar qué se le imputaba; sino que solo por eso lo creyera culpable, porque había merecido ser entregado por ellos. Por lo tanto, debemos entender que se dijo tanto esto como lo que Lucas mencionó. Pues se dijeron muchas cosas y hubo muchas respuestas, de las cuales cada uno de ellos extrajo lo que le pareció y puso en su narración lo que juzgó suficiente. Pues el mismo Juan dice algunas cosas que fueron objetadas, que veremos en sus lugares. Así que sigue: Entonces Pilato les dijo: Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley. Los judíos le dijeron: A nosotros no nos es lícito dar muerte a nadie: para que se cumpliera la palabra de Jesús, que había dicho, indicando de qué muerte iba a morir. Pilato entró de nuevo en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús respondió: ¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Y esto parecería no concordar con lo que otros han mencionado, Jesús respondió: Tú lo dices; a menos que en lo que sigue se muestre que también se dijo eso. De donde se muestra que lo que ahora dice, fue más bien callado por los otros evangelistas que no dicho por el Señor. Presta atención, pues, a lo demás: Pilato respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí: ¿qué has hecho? Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo: si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Pilato le dijo: ¿Luego eres tú rey? Jesús respondió: Tú dices que yo soy rey. He aquí cuando se llega a lo que los otros evangelistas han mencionado. Sigue, pues, diciendo aún el Señor, lo que los demás callaron. «Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Pilato le dijo: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió de nuevo a los judíos y les dijo: Yo no hallo en él causa alguna. Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la Pascua: ¿queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos? Entonces todos volvieron a gritar, diciendo: No a este, sino a Barrabás: y Barrabás era un ladrón. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; y venían a él y decían: Salve, rey de los judíos; y le daban bofetadas. Pilato salió de nuevo y les dijo: He aquí, os lo traigo fuera, para que sepáis que no hallo en él causa alguna. Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura, y les dijo: He aquí el hombre. Cuando los principales sacerdotes y los servidores lo vieron, gritaron diciendo: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Pilato les dijo: Tomadlo vosotros y crucifícalo; porque yo no hallo en él causa. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios.» Esto puede concordar con lo que Lucas menciona en la acusación de los judíos, «Hemos hallado a este hombre subvirtiendo a nuestra nación,» para añadir, «Porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios.» Sigue, pues, Juan, y dice: «Cuando Pilato oyó este dicho, tuvo más miedo: y entró de nuevo en el pretorio y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta. Pilato le dijo: ¿A mí no me hablas?

¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para soltarte? Jesús respondió: No tendrías ningún poder sobre mí si no te fuera dado de arriba. Por eso, el que me entregó a ti tiene mayor pecado. Desde entonces Pilato procuraba soltarlo. Pero los judíos gritaban diciendo: Si sueltas a este, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se opone al César.» Esto puede concordar con lo que Lucas narra en la misma acusación de los judíos: cuando dijeron, «Hemos hallado a este hombre subvirtiendo a nuestra nación;» añadió, «y prohibiendo dar tributo al César, y diciendo que él es Cristo, un rey.» De lo cual se resuelve aquella cuestión, en la que se podría pensar que Juan dijo que no se le imputó ningún crimen al Señor por parte de los judíos, cuando respondieron y le dijeron: «Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.» Sigue, pues, Juan, y dice: «Pilato, cuando oyó estas palabras, sacó a Jesús fuera y se sentó en el tribunal en el lugar llamado Litóstrotos, en hebreo Gabbatha. Era la preparación de la Pascua, y como la hora sexta, y dijo a los judíos: He aquí vuestro rey. Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícalo! Pilato les dijo: ¿A vuestro rey he de crucificar? Los principales sacerdotes respondieron: No tenemos más rey que el César. Entonces lo entregó a ellos para que fuera crucificado.» Esto narró Juan sobre lo que sucedió a través de Pilato (Juan XVIII, 28; XIX, 16).

CAPÍTULO IX.---De la burla con la que fue burlado por la cohorte de Pilato, cómo no disienten los tres que lo dicen, Mateo, Marcos y Juan.

36. Es consecuente ahora que veamos la misma pasión del Señor según los testimonios de los cuatro evangelistas, que Mateo comienza así: «Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la cohorte; y saliendo, le pusieron un manto escarlata; y tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha; y arrodillándose delante de él, se burlaban, diciendo: Salve, rey de los judíos» (Mat. XXVII, 27-31). Esto lo dice Marcos en el mismo lugar de la narración de esta manera: «Los soldados lo llevaron dentro del atrio del pretorio, y convocan a toda la cohorte; y le vistieron de púrpura, y le ponen una corona tejida de espinas: y comenzaron a saludarle, Salve, rey de los judíos: y le golpeaban la cabeza con una caña, y le escupían; y, arrodillándose, le adoraban» (Mar. XV, 16-20). Se entiende, pues, que lo que Mateo dice, «Le pusieron un manto escarlata,» es lo que Marcos dice, le vistieron de púrpura. Pues en lugar de la púrpura real, aquel manto escarlata fue puesto por los que se burlaban: y es una púrpura roja muy similar al escarlata. También puede ser que Marcos haya mencionado la púrpura que tenía el manto, aunque fuera escarlata. Lucas omitió esto. Juan, sin embargo, antes de decir que Pilato lo entregó para ser crucificado, lo menciona diciendo: «Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; y venían a él y decían: Salve, rey de los judíos; y le daban bofetadas» (Juan XIX, 1-3). De donde se muestra que Mateo y Marcos lo mencionaron recapitulando, no que sucediera entonces, cuando Pilato ya lo había entregado para ser crucificado: pues Juan dice que esto sucedió claramente ante Pilato; de donde aquellos que lo habían pasado por alto lo recordaron. A esto también pertenece lo que Mateo dice a continuación: «Y escupiéndole, tomaron la caña y le golpeaban la cabeza: y después de burlarse de él, le quitaron el manto y le pusieron sus ropas, y lo llevaron para crucificarlo.» Esto de que le quitaron el manto y le pusieron sus ropas, se entiende que sucedió al final, cuando ya lo llevaban. Marcos lo dice así: «Y después de burlarse de él, le quitaron la púrpura y le pusieron sus ropas.»

CAPÍTULO X.---Cómo no contradice que Mateo, Marcos y Lucas digan que fue obligado a llevar su cruz; cuando Juan dice que Jesús mismo la llevó.

37. Sigue, pues, Mateo: «Y al salir, hallaron a un hombre de Cirene, llamado Simón; a este obligaron a llevar su cruz» (Mat. XXVII, 32). También Marcos: «Y lo sacan,» dice, «para crucificarlo. Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, que venía del campo, padre de Alejandro y de Rufo, a llevar su cruz» (Mar. XV, 20, 21). Esto Lucas lo dice así: «Y cuando lo llevaban, tomaron a un cierto Simón de Cirene que venía del campo, y le pusieron la cruz para que la llevara detrás de Jesús» (Luc. XXIII, 26). Pero Juan narra así: «Tomaron, pues, a Jesús, y lo llevaron; y llevando él mismo su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron» (Juan XIX, 16-18). De donde se entiende que él mismo llevaba su cruz cuando salió al lugar mencionado. Pero aquel Simón fue obligado en el camino, del cual hablan tres, a quien después se le dio la cruz para llevarla hasta el lugar. Así encontramos que ambas cosas sucedieron; primero lo que dice Juan, luego lo que los otros tres.

CAPÍTULO XI.---Del brebaje que le dieron antes de que se mencionara su crucifixión, cómo concuerdan Mateo y Marcos.

38. Sigue, pues, Mateo: «Y llegaron al lugar llamado Gólgota, que es lugar de la Calavera: de este lugar concuerdan claramente. Luego añade el mismo Mateo: Y le dieron a beber vino mezclado con hiel, y después de probarlo, no quiso beber» (Mat. XXVII, 33, 34). Esto Marcos lo narra así: «Y le daban a beber vino mezclado con mirra; pero él no lo tomó» (Mar. XV, 23). Esto se entiende que Mateo dijo, «mezclado con hiel»: pues Mateo usó hiel para referirse a la amargura; el vino mezclado con mirra es muy amargo: aunque puede ser que tanto la hiel como la mirra hicieran el vino muy amargo. Por lo tanto, lo que Marcos dice, «no lo tomó»; se entiende, no lo tomó para beber. Pero lo probó, como testifica Mateo; para que lo que el mismo Mateo dice, «no quiso beber,» sea lo que Marcos dice, «no lo tomó»; pero omitió que lo probó.

CAPÍTULO XII.---De la división de sus vestiduras, cómo todos concuerdan entre sí.

39. Sigue Mateo: «Después de crucificarlo, repartieron sus vestiduras echando suertes; y sentados, lo vigilaban» (Mat. XXVII, 35, 36). Esto mismo Marcos lo dice así: «Y crucificándolo, repartieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas, para ver qué se llevaría cada uno» (Mar. XV, 24). Esto Lucas lo dice así: «Repartieron sus vestiduras echando suertes; y el pueblo estaba mirando» (Luc. XXIII, 34, 35). Brevemente lo dijeron tres; pero Juan lo explica más detalladamente cómo se hizo: «Los soldados, después de crucificarlo, tomaron sus vestiduras e hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. Pero la túnica era sin costura, tejida de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la rompamos, sino echemos suertes sobre ella para ver de quién será: para que se cumpliera la Escritura que dice: Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes» (Juan XIX, 23, 24).

CAPÍTULO XIII.---De la hora de la pasión del Señor, cómo no disienten entre sí Marcos y Juan, por la tercera y la sexta.

40. Sigue Mateo: «Y pusieron sobre su cabeza la causa escrita: Este es Jesús, el rey de los judíos» (Mat. XXVII, 37). Pero Marcos, antes de decir esto, dice: «Era la hora tercera, y lo crucificaron» (Mar. XV, 25); pues esto lo añade después de haber hablado de la división de las vestiduras: lo cual debe ser considerado con mucho cuidado, para que no cause un gran error. Hay quienes piensan que el Señor fue crucificado a la hora tercera; pero que desde la sexta hora hubo tinieblas hasta la novena, para que se entiendan consumidas tres horas desde que fue crucificado hasta que se hicieron las tinieblas. Y esto podría entenderse muy

correctamente, si Juan no dijera que a la hora casi sexta Pilato se sentó en el tribunal en el lugar llamado Litóstrotos, en hebreo Gabbatha. Pues sigue: «Era la preparación de la Pascua, y como la hora sexta, y dijo a los judíos: He aquí vuestro rey. Pero ellos gritaban: ¡Fuera, fuera, crucificalo! Pilato les dijo: ¿A vuestro rey he de crucificar? Los principales sacerdotes respondieron: No tenemos más rey que el César. Entonces lo entregó a ellos para que fuera crucificado» (Juan XIX, 13-16). Si, pues, a la hora casi sexta Pilato, sentado en el tribunal, fue entregado a los judíos para ser crucificado, ¿cómo fue crucificado a la hora tercera, como algunos que no entienden las palabras de Marcos han pensado?

41. Primero, veamos a qué hora pudo haber sido crucificado; luego, examinaremos por qué Marcos dice que fue crucificado a la hora tercera. Era aproximadamente la hora sexta cuando fue entregado para ser crucificado por Pilato, quien estaba sentado, como se ha dicho, en el tribunal. No era aún la sexta hora completa, sino aproximadamente la sexta, es decir, había pasado la quinta y algo de la sexta había comenzado. Nunca dirían ellos, "Quinta y un cuarto", o "quinta y un tercio", o "quinta y media", o algo por el estilo. Las Escrituras tienen esta costumbre de referirse al todo por la parte, especialmente en cuestiones de tiempo: como en el caso de aquellos ocho días, después de los cuales se dice que subió al monte (Lucas IX, 28), donde Mateo y Marcos, al observar los días intermedios, dijeron "Después de seis días" (Mateo XVII, 1, y Marcos IX, 1). Especialmente porque Juan se expresó de manera tan moderada, que no dijo "sexta", sino "aproximadamente la sexta"; lo cual, si no lo hubiera dicho así, sino que simplemente hubiera dicho "sexta", podríamos entenderlo, como suelen hablar las Escrituras, refiriéndose al todo por la parte, de modo que, habiendo pasado la quinta y comenzado la sexta, se llevaran a cabo estos eventos narrados en la crucifixión de nuestro Señor, hasta que, completada la sexta, mientras él colgaba, ocurrieran las tinieblas, a las que atestiguan los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas (Mateo XXVII, 45; Marcos XV, 33, y Lucas XXIII, 44).

42. Ahora busquemos, consecuentemente, por qué Marcos dice, después de haber mencionado que los que lo crucificaron dividieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas para ver quién se quedaría con qué, y luego añadió: "Era la hora tercera, y lo crucificaron". Ya había dicho: "Y los que lo crucificaron dividieron sus vestiduras" (Marcos XV, 24): así también los demás atestiguan que, una vez crucificado, se dividieron las vestiduras. Si Marcos quería recordar el tiempo en que se realizó este acto, bastaría con decir: "Era la hora tercera"; ¿por qué añadió "y lo crucificaron", sino porque quería significar algo recapitulando, que se encontraría al buscarlo cuando se leyera la Escritura en aquellos tiempos en que toda la Iglesia sabía a qué hora el Señor fue colgado en el madero, de modo que este error pudiera corregirse o la mentira refutarse? Pero como sabía que el Señor fue colgado por los soldados, no por los judíos, como Juan lo dice clarísimamente (Juan XIX, 23), quiso mostrar ocultamente que ellos más bien lo crucificaron, quienes clamaron para que fuera crucificado, que aquellos que prestaron servicio a su príncipe según su oficio. Se entiende, por tanto, que fue la hora tercera cuando los judíos clamaron para que el Señor fuera crucificado, y se demuestra veracísimamente que entonces lo crucificaron cuando clamaron: especialmente porque no querían parecer que lo habían hecho, y por eso lo entregaron a Pilato, lo cual sus palabras indican suficientemente, según Juan. Pues cuando Pilato les dijo: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?", respondieron y le dijeron: "Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado". Pilato les dijo entonces: "Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley". Los judíos le dijeron: "A nosotros no nos es lícito matar a nadie" (Juan XVIII, 29-31). Lo que, por tanto, no querían parecer haber hecho, Marcos muestra que lo hicieron a la hora tercera; juzgando veracísimamente que la lengua de los judíos fue más homicida del Señor que las manos de los soldados.

43. Cualquiera que diga que no fue la hora tercera cuando los judíos clamaron por primera vez, se muestra insensatamente enemigo del Evangelio; a menos que, tal vez, pueda resolver la misma cuestión de otra manera: pues no tiene de dónde probar que no fue entonces la hora tercera; y por eso es más creíble el evangelista verídico que las sospechas contenciosas de los hombres. ¿De dónde, preguntas, pruebas que fue la hora tercera? Respondo: Porque creo a los evangelistas: y si tú también crees, muestra cómo pudo el Señor ser crucificado tanto a la hora sexta como a la hora tercera. Pues de la sexta, para admitirlo, nos apremia el relato de Juan; la tercera la menciona Marcos: si ambos creemos, muestra tú de otra manera cómo pudo suceder ambos; descansaré gustosamente. Pues no amo mi opinión, sino la verdad del Evangelio. Y ojalá también otros encuentren más salidas a esta cuestión: hasta que eso suceda, usa esto conmigo si te place. Pues si no se puede encontrar otra salida, esta sola será suficiente: si se puede, cuando se demuestre, la elegiremos. Solo no pienses que es consecuente que cualquiera de los cuatro evangelistas haya mentido, o haya errado en tan alto y santo pináculo de autoridad.

44. Pero si alguien dice que prueba que no fue la hora tercera cuando los judíos clamaron eso, porque después de que Marcos dijo: "Pilato, respondiendo de nuevo, les dijo: ¿Qué queréis que haga con el rey de los judíos? Y ellos clamaron de nuevo: Crucificalo"; no se interpone ninguna pausa en la narración de Marcos, y se llega inmediatamente a que el Señor sea entregado a la cruz por Pilato, lo cual Juan recuerda que sucedió a la hora casi sexta: entienda quien dice esto, que muchas cosas se omitieron, que sucedieron en medio, cuando Pilato intentaba ver cómo lo libraba de los judíos, y se esforzaba con todos los medios posibles contra su voluntad insana. Mateo dice: "Pilato les dijo: ¿Qué haré entonces con Jesús, que es llamado Cristo? Todos dijeron: Sea crucificado": entonces decimos que fue la hora tercera. Pero lo que Mateo sigue narrando: "Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que más bien se hacía un tumulto"; y en los esfuerzos de Pilato por librar al Señor, y en el tumulto de los judíos que se oponían, entendemos que se consumió el tiempo de dos horas, y que comenzó la sexta, durante la cual, aún no terminada, se llevaron a cabo las cosas que se narran desde el momento en que Pilato entregó al Señor hasta que se hicieron las tinieblas. Pero lo que Mateo recuerda antes: "Mientras él estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió a decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque he sufrido mucho hoy en sueños por causa de él" (Mateo XXVII, 22, 23, 24, 19); Pilato había estado sentado en el tribunal después, pero entre las cosas que antes narraba, Mateo, recordando lo que dijo sobre la esposa de Pilato, quiso interponerlo allí, para mostrar por qué razón Pilato no quería entregarlo a los judíos ni siquiera al final.

45. Lucas narra, cuando Pilato dijo: "Lo castigaré y lo soltaré", que toda la multitud exclamó: "Quita a este, y suéltanos a Barrabás": pero tal vez aún no habían dicho "Crucificalo". De nuevo, Pilato, según el mismo Lucas, les habló queriendo soltar a Jesús: pero ellos gritaban diciendo: "Crucificalo, crucificalo": entonces se entiende que fue la hora tercera. Lo que sigue Lucas, y dice: "Él les dijo por tercera vez: ¿Qué mal ha hecho este? No encuentro en él causa de muerte; lo castigaré, pues, y lo soltaré. Pero ellos insistían con grandes voces, pidiendo que fuera crucificado; y prevalecían las voces de ellos" (Lucas XXIII, 16-23); también él indica suficientemente que hubo un gran tumulto; y después de cuánto tiempo les dijo por tercera vez: "¿Qué mal ha hecho?", se puede entender lo suficiente para la verdad que se busca: y después de lo que dice: "Insistían con grandes voces, y prevalecían las voces de ellos", ¿quién no ve que sucedió porque veían que Pilato no quería entregárselo? Y porque él no quería esto en gran medida, ciertamente no cedió en un momento, sino que dos horas y algo más pasaron en esa vacilación.

46. Pregunta también a Juan, y ve cuánta fue la vacilación y la negativa de Pilato a tan vil ministerio: pues él narra mucho más detalladamente, aunque tampoco él dice todo, en lo que dos horas y algo de la sexta pasaron. Entonces, cuando azotó a Jesús, y permitió que los soldados lo maltrataran con vestiduras burlonas y muchas burlas (creo que para ver si de este modo al menos mitigaba su furia, para que no se extendiera hasta la muerte), "Pilato salió de nuevo y les dijo: He aquí, os lo traigo fuera, para que sepáis que no encuentro en él causa alguna. Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y el manto púrpura. Y les dijo: He aquí el hombre"; para que, al verlo en esa apariencia ignominiosa, se apaciguaran. Pero añade, y dice: "Cuando lo vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, clamaron diciendo: ¡Crucificalo, crucificalo!": entonces decimos que fue la hora tercera. Presta atención a lo que sigue: "Pilato les dijo: Tomadlo vosotros, y crucificalo; porque yo no encuentro en él causa. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios. Cuando Pilato oyó este dicho, tuvo más miedo: y entró de nuevo en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta. Pilato le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte? Jesús respondió: No tendrías ningún poder sobre mí si no te fuera dado de arriba. Por eso, el que me entregó a ti tiene mayor pecado. Desde entonces Pilato procuraba soltarlo". En esto, pues, que Pilato procuraba soltarlo, ¿cuánto tiempo creemos que se consumió, cuántas cosas omitidas que se decían por Pilato o se contradecían por los judíos, hasta que los judíos dijeron lo que lo conmovió y cedió? Así sigue: "Pero los judíos clamaban diciendo: Si sueltas a este, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se opone al César. Pilato, pues, cuando oyó este dicho, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo, Gabbatha. Era la preparación de la Pascua, y como la hora sexta". Desde aquella voz de los judíos en que primero dijeron "Crucificalo", cuando era la hora tercera, hasta esto en que se sentó en el tribunal, durante las pausas intermedias de la vacilación de Pilato y el tumulto de los judíos, pasaron dos horas, y habiendo pasado la quinta, ya algo de la sexta había comenzado. Dice, pues, a los judíos: "He aquí vuestro rey". Pero ellos clamaban: "¡Quita, quita, crucificalo!". Pero ni siquiera ya movido Pilato por el temor de la calumnia cedía fácilmente. Entonces su esposa le había enviado un mensaje mientras estaba sentado en el tribunal: lo cual Mateo anticipó, quien solo lo recordó antes de llegar a ese lugar de la narración, para ponerlo allí donde lo juzgó oportuno. Intentando, pues, aún Pilato, por si lograba algo, les dijo: "¿A vuestro rey he de crucificar?". Los principales sacerdotes respondieron: "No tenemos más rey que el César". Entonces lo entregó para que fuera crucificado (Juan XIX, 4-16). Y mientras se dirigía, y mientras era crucificado con dos ladrones, mientras se dividían sus vestiduras, y se echaba suertes sobre su túnica, y entre estas cosas era insultado con varios improperios (pues mientras se hacían estas cosas, también se lanzaban insultos), se completó la hora sexta, y se hicieron las tinieblas, que Mateo, Marcos y Lucas recuerdan.

47. Que caiga ya, pues, la impía obstinación, y crea que el Señor Jesucristo fue crucificado a la hora tercera por la lengua de los judíos, y a la sexta por las manos de los soldados: porque en el tumulto de los judíos, y en las agitaciones de Pilato, pasaron dos horas y más desde la voz en que dijeron "Crucificalo". Pero el mismo Marcos, que es especialmente seguidor de la brevedad, quiso insinuar brevemente la voluntad y el esfuerzo de Pilato por la vida del Señor. Pues cuando dijo: "Pero ellos clamaron de nuevo: ¡Crucificalo!", donde mostró que ya habían clamado, cuando querían que se les soltara a Barrabás: añadió: "Pero Pilato les decía: ¿Qué mal ha hecho?" (Marcos XV, 13, 14). De este modo insinuó brevemente lo que se hizo durante mucho tiempo. Sin embargo, recordando también él lo que quería que se entendiera, no dijo: "Pilato les dijo"; sino que dijo: "Pilato les decía: ¿Qué mal ha hecho?". Porque si hubiera dicho "dijo", entenderíamos que se dijo una sola vez: pero al decir "decía", insinuó

suficientemente a los entendidos que se dijo de muchas maneras y muchas veces, hasta que comenzó la hora sexta. Pensemos, pues, cuán brevemente lo dijo Marcos en comparación con Mateo, cuán brevemente Mateo en comparación con Lucas, cuán brevemente Lucas en comparación con Juan, aunque cada uno recordara cosas diferentes; cuán brevemente, finalmente, el mismo Juan en comparación con las cosas que se hicieron, y las pausas mientras se hacían: y sin la locura de resistir, creamos que dos horas y algo pudieron pasar en ese intervalo.

48. Pero quien diga que Marcos pudo, si así fuera, decir que era la hora tercera en el momento en que era la hora tercera, cuando la voz de los judíos sobre la crucifixión del Señor sonó, también decir que ellos lo crucificaron entonces; impone muy soberbiamente leyes a los narradores de la verdad. Pues así puede decir, si él mismo narrara estas cosas, que debieron ser narradas por todos del mismo modo y orden en que él las narró. Que se digne, pues, el consejo del evangelista Marcos superar su propio consejo, quien juzgó que debía ponerse en ese lugar lo que la inspiración divina sugirió. Pues sus recuerdos fueron guiados por la mano de aquel que gobierna el agua, como está escrito, como le place. La memoria humana flota por varias cogitaciones, y no está en el poder de nadie qué y cuándo le vendrá a la mente. Cuando, pues, aquellos santos y veraces hombres, como si fuera por casualidad, confiaron el orden de la narración a la potestad oculta de Dios, a quien nada es casual, no debe nadie decir, lejos de los ojos de Dios y lejos peregrinando, "Esto debió ponerse aquí", lo cual ignora mucho por qué Dios quiso que se pusiera en ese lugar. Porque si nuestro evangelio está velado, dice el Apóstol, está velado para los que perecen (II Cor. IV, 3). Y cuando dijo: "Para unos somos olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte"; añadió inmediatamente: "¿Y para estas cosas quién es suficiente?" (II Cor. II, 16), es decir, ¿quién es suficiente para entender cuán justamente se hace? Lo mismo dice el Señor: "Yo he venido para que los que no ven, vean; y los que ven, sean hechos ciegos" (Juan IX, 39). Esta es la profundidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios, por la cual de la misma masa se hace un vaso para honra, otro para deshonra; y se dice a la carne y sangre: "Oh hombre, ¿quién eres tú para que respondas a Dios?" (Rom. IX, 21, 20). ¿Quién, pues, en esta materia conoce el entendimiento del Señor, o quién fue su consejero? (Rom. XI, 33, 34), donde así gobernó los corazones de los evangelistas recordantes, y en el pináculo de la Iglesia con tan alto culmen de autoridad los elevó, que por estas mismas cosas que en ellos pueden parecer contrarias, muchos sean cegados, dignamente entregados a las concupiscencias de su corazón, y a un sentido reprobado (Rom. I, 24, 28); y muchos sean ejercitados para pulir un entendimiento piadoso según la justicia oculta del Omnipotente. Dice el profeta al Señor: "Tus pensamientos se han hecho muy profundos; el hombre insensato no los conocerá, y el necio no entenderá esto" (Sal. XCI, 6, 7).

49. Pido, pues, y advierto a quienes lean estas cosas, elaboradas por nosotros con la ayuda del Señor, que recuerden este discurso que he considerado oportuno interponer aquí, en toda cuestión similar de dificultad, para que no se repitan las mismas cosas con frecuencia. Pero quien quiera atender sin la dureza de la impiedad, verá fácilmente cuán oportunamente Marcos puso esto de la hora tercera, para que allí cualquiera recuerde a qué hora los judíos crucificaron al Señor, quienes querían transferir el mismo crimen a los romanos o a los príncipes o a los soldados, donde se recordó lo hecho por los ministros soldados. Dice: "Y los que lo crucificaron dividieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas, para ver quién se quedaría con qué": ¿quiénes, sino los soldados, como Juan manifiesta? Por tanto, para que nadie, desviado de los judíos, convirtiera el pensamiento de tan gran crimen en aquellos soldados, dice: "Era la hora tercera y lo crucificaron"; para que ellos más bien sean encontrados que lo crucificaron, quienes a la hora tercera pudieron clamar para que fuera

crucificado, como el diligente investigador encontrará, cuando advierta que esto que fue hecho por los soldados, fue hecho a la hora sexta.

50. Aunque no faltan quienes desean entender que la hora sexta de la parasceve, mencionada por Juan al decir: "Era la parasceve de la Pascua, cerca de la hora sexta", se refiera a la tercera hora del día, cuando Pilato se sentó en el tribunal: de modo que se completara esa misma tercera hora cuando fue crucificado; y mientras ya colgaba en el madero, transcurrieran otras tres horas y entregara su espíritu: de modo que desde la hora en que murió, es decir, la sexta del día, se hicieran tinieblas hasta la novena. Dicen que, en efecto, aquel día que precedía al sábado, era la parasceve de la Pascua de los judíos, ya que desde ese sábado comenzaban los Ázimos: pero que la verdadera Pascua, que ya se realizaba en la pasión del Señor, no era la de los judíos, sino la de los cristianos, y que comenzó a prepararse, es decir, a tener parasceve, desde la novena hora de la noche, en el hecho de que el Señor estaba siendo preparado para ser muerto por los judíos. Pues parasceve se interpreta como preparación. Desde esa novena hora de la noche hasta su crucifixión coincide la hora sexta de la parasceve según Juan, y la tercera hora del día según Marcos: de modo que Marcos no haya recordado recapitulando aquella hora en que los judíos clamaron: "¡Crucificalo, crucificalo!"; sino que haya dicho precisamente la tercera hora en que el Señor fue fijado en el madero. ¿Qué fiel no favorecería esta solución de la cuestión, si de algún modo se pudiera conjeturar un punto de partida desde la novena hora de la noche, desde donde entendamos que comenzó la parasceve de nuestra Pascua, es decir, la preparación de la muerte de Cristo? Pues si decimos que comenzó cuando el Señor fue apresado por los judíos; aún eran las primeras partes de la noche: si cuando fue llevado a la casa del suegro de Caifás, donde también fue oído por los príncipes de los sacerdotes; aún no había cantado el gallo, lo cual deducimos de la negación de Pedro, que ocurrió cuando ya se le escuchaba: sí, en cambio, cuando fue entregado a Pilato; ya está claramente escrito que era de mañana. Resta, pues, que entendamos que esta parasceve de la Pascua, es decir, la preparación de la muerte del Señor, comenzó cuando todos los príncipes de los sacerdotes, ante quienes primero fue oído, respondieron y dijeron: "Es reo de muerte"; lo cual se encuentra en Mateo y Marcos (Mat. XXVI, 66, y Marc. XIV, 64): de modo que recapitulando se entienda que dijeron después sobre la negación de Pedro lo que había ocurrido antes. Pues no es absurdo conjeturar que en el tiempo en que, como dije, lo pronunciaron reo de muerte, pudo haber sido la novena hora de la noche: desde la cual hasta la hora en que Pilato se sentó en el tribunal, fue como la sexta hora, no del día, sino de la parasceve, es decir, de la preparación de la inmolación del Señor, que es la verdadera Pascua: de modo que la sexta plena de esa misma parasceve, que coincidía con la tercera plena del día, el Señor fuera suspendido en el madero. Así que, ya sea que se elija entender esto, o que Marcos haya recordado la tercera hora, y haya querido especialmente conmemorarla para la condenación de los judíos en la crucifixión del Señor, en la que se entiende que pudieron clamar para que fuera crucificado, para que más bien entendamos que ellos lo crucificaron, que aquellos en cuyas manos fue suspendido en el madero; como aquel Centurión se acercó más al Señor, que aquellos amigos que envió: sin duda la cuestión sobre la hora de la pasión del Señor está resuelta, la cual suele especialmente incitar la impudencia de los contenciosos y perturbar la ignorancia de los débiles.

CAPÍTULO XIV.---De los dos ladrones crucificados con él, cómo todos concuerdan.

51. Mateo continúa, y dice: "Entonces fueron crucificados con él dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda" (Mat. XXVII, 38). Y Marcos de manera similar y Lucas (Marc. XV, 27, y Luc. XXIII, 33). Ni Juan plantea alguna cuestión, aunque no los llamó ladrones:

pues dice: "Y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio Jesús" (Juan XIX, 18). Sería contrario si, cuando aquellos dijeron ladrones, este dijera inocentes.

CAPÍTULO XV.---De los que insultaron al Señor, cómo concuerdan entre sí Mateo, Marcos y Lucas.

52. Mateo continúa, y dice: "Los que pasaban lo blasfemaban, moviendo sus cabezas, y diciendo: Tú que destruyes el templo y en tres días lo reconstruyes, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz". Marcos casi con las mismas palabras concuerda. Luego Mateo continúa, y dice: "De igual manera, los príncipes de los sacerdotes burlándose con los escribas y ancianos decían: A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él: confió en Dios, que lo libre ahora si lo quiere; pues dijo: Soy Hijo de Dios" (Mat. XXVII, 39-43). Marcos y Lucas, aunque dicen otras palabras, sin embargo, concuerdan en el mismo sentido, cuando uno omite lo que otro recuerda (Marc. XV, 29-32, y Luc. XXIII, 35-37). Pues no callan que los príncipes de los sacerdotes insultaron al Señor crucificado; aunque Marcos calló a los ancianos: pero Lucas, al decir príncipes, y no añadir de los sacerdotes, abarcó más bien a todos los principales con un nombre general, de modo que allí puedan entenderse también los escribas y ancianos.

CAPÍTULO XVI.---De la burla de los ladrones, cómo no se oponen Mateo y Marcos a Lucas, quien dijo que uno de ellos insultó, y otro creyó.

53. Mateo continúa, y dice: "Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él" (Mat. XXVII, 44). Ni Marcos discrepa, diciendo lo mismo con otras palabras (Marc. XV, 32). Sin embargo, Lucas puede parecer contrario, a menos que no olvidemos un género de locución bastante usado. Pues Lucas dice: "Uno de los ladrones que estaban colgados lo blasfemaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros". Y el mismo continúa, y así enlaza: "Pero respondiendo el otro, lo reprendía, diciendo: ¿Ni siquiera temes a Dios, estando en la misma condenación? Y nosotros, en verdad, justamente, pues recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero este no ha hecho nada malo. Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Y Jesús le dijo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 39-43). ¿Cómo, pues, como dice Mateo, "los ladrones que estaban crucificados con él, le injuriaban"; o, como dice Marcos, "y los que estaban crucificados con él, le injuriaban": cuando uno de ellos, según el testimonio de Lucas, lo injurió, y el otro lo reprendió y creyó en el Señor? A menos que entendamos que Mateo y Marcos, al tratar brevemente este pasaje, usaron el número plural en lugar del singular: como leemos en la Epístola a los Hebreos que se dijo en plural, "cerraron las bocas de los leones", cuando se entiende que se refiere solo a Daniel; y se dijo en plural, "fueron aserrados" (Heb. XI, 33-37), cuando se dice que solo Isaías fue aserrado. También en el Salmo, lo que se dijo, "se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno", etc., se usa el número plural en lugar del singular, como se expone en los Hechos de los Apóstoles: pues entendieron reyes por Herodes, príncipes por Pilato, quienes aplicaron el testimonio de ese mismo salmo (Sal. II, 2; Hech. IV, 26, 27). Pero como también los paganos suelen calumniar el Evangelio, vean cómo hablaron los autores de ellos, Fedras, Medeas y Clitemnestras, cuando fueron individuales. ¿Y qué más usual, por ejemplo, que alguien diga, Y los campesinos me insultan; incluso si uno insulta? Entonces sería contrario a lo que Lucas manifestó sobre uno, si aquellos hubieran dicho que ambos ladrones injuriaron al Señor; pues así no podría entenderse uno bajo el número plural: pero cuando se dijo, "ladrones", o, "los que estaban crucificados con él", y no se añadió, ambos; no solo si ambos lo hubieran hecho, podría decirse esto, sino también porque uno lo hizo, pudo significarse de manera usual con el número plural.

CAPÍTULO XVII.---Del ofrecimiento de vinagre, cómo todos concuerdan entre sí.

54. Mateo continúa y dice: "Desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena" (Mat. XXVII, 45). Esto también lo atestiguan los otros dos (Marc. XV, 33-36, y Luc. XXIII, 44, 45): pero Lucas añadió también de dónde vinieron las tinieblas, es decir, el sol se oscureció. Mateo continúa: "Y cerca de la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eli, Eli, lamma sabactani? esto es, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: A Elías llama este. Marcos casi con las mismas palabras, pero en el mismo sentido, no casi, sino completamente concuerda. Mateo continúa: "Y al instante, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, la llenó de vinagre, y poniéndola en una caña, le daba de beber. Así también dice Marcos: "Corriendo uno, y llenando una esponja de vinagre, y poniéndola en una caña, le daba de beber diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarlo". Lo cual sobre Elías, no lo dijo el que ofreció la esponja con vinagre, sino que Mateo narró que lo dijeron los demás: pues dice: "Los demás decían: Dejad, veamos si viene Elías a liberarlo"; de donde entendemos que tanto él como los demás dijeron esto. Lucas, sin embargo, antes de narrar sobre la burla del ladrón, recordó esto del vinagre así: "También los soldados se burlaban de él, acercándose y ofreciéndole vinagre, y diciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo" (Luc. XXIII, 36, 37). Quiso abarcar de una vez lo que fue hecho y dicho por los soldados. No debe preocupar que no dijo que uno de ellos ofreció el vinagre: pues el género de locución es evidente, poniendo el plural por el singular (Capítulo anterior 16). Esto del vinagre también lo recordó Juan, donde dice: "Después, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed. Había allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos, empapando una esponja en vinagre, la pusieron en una rama de hisopo y se la acercaron a la boca" (Juan XIX, 28, 29). Pero que en el mismo Juan se encuentra que dijo, "Tengo sed", y que había allí una vasija llena de vinagre, no es extraño que los demás lo hayan callado.

CAPÍTULO XVIII.---De las palabras del Señor que emitió inmediatamente antes de morir, cómo no se oponen Mateo y Marcos a Lucas, y estos tres a Juan.

55. Mateo continúa: "Jesús, clamando otra vez a gran voz, entregó el espíritu" (Mat. XXVII, 50). Marcos de manera similar: "Jesús, emitiendo un gran clamor, expiró" (Marc. XV, 37). Lucas, sin embargo, declaró qué dijo con esa gran voz; pues dijo: "Y clamando a gran voz Jesús, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo esto, expiró" (Luc. XXIII, 46). Juan, sin embargo, así como calló aquella primera voz, "Eli, Eli", que Mateo y Marcos relataron; también calló esta que solo Lucas indicó, pero que aquellos dos significaron con el nombre de gran voz, es decir, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu": lo cual Lucas también atestiguó que lo dijo con gran voz, para que entendamos que esta fue la gran voz que Mateo y Marcos recordaron. Pero Juan dijo lo que ninguno de aquellos tres, que dijo, "Consumado es", cuando tomó el vinagre: lo cual entendemos que dijo antes de esa gran voz. Estas son las palabras de Juan: "Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo, Consumado es; e inclinando la cabeza entregó el espíritu" (Juan XIX, 30). Entre aquello que dijo, "Consumado es", y aquello que dijo, "e inclinando la cabeza entregó el espíritu", se emitió aquella gran voz que este calló, pero que los otros tres recordaron. Esto parece ser el orden, que primero dijera, "Consumado es", cuando se cumplió en él lo que de él se había profetizado, y como si esperara para esto, quien ciertamente moriría cuando quisiera, luego encomendando entregó el espíritu. Pero en cualquier orden que alguien crea que pudo haberse dicho, esto debe evitarse especialmente, para que no parezca a alguien que algún evangelista se opone a otro, si o bien calló lo que otro dijo, o dijo lo que otro calló.

CAPÍTULO XIX.---De la rasgadura del velo, cómo no disienten Mateo y Marcos de Lucas, en qué orden ocurrió.

56. Mateo continúa: "Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo" (Mat. XXVII, 51). Y Marcos así: "Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo" (Marc. XV, 38). Lucas, sin embargo, dijo de manera similar: "Y el velo del templo se rasgó por la mitad" (Luc. XXIII, 45); pero no en el mismo orden. Pues queriendo añadir milagro a milagro, cuando dijo, "El sol se oscureció", inmediatamente pensó que debía añadir, "Y el velo del templo se rasgó por la mitad": anticipando evidentemente lo que ocurrió cuando el Señor expiró, para luego recapitulando continuar sobre el ofrecimiento de vinagre, y sobre aquella gran voz, y sobre la misma muerte, que antes de la rasgadura del velo después de las tinieblas se entiende que ocurrió. Pues Mateo, quien cuando dijo, "Jesús, clamando otra vez a gran voz, entregó el espíritu", inmediatamente añadió, "Y he aquí, el velo del templo se rasgó", expresó suficientemente que fue rasgado cuando Jesús entregó el espíritu. Pero si no hubiera añadido, "Y he aquí", sino que hubiera dicho simplemente, "Y el velo del templo se rasgó"; sería incierto si él y Marcos lo recordaron recapitulando, y Lucas mantuvo el orden; o si Lucas recapituló lo que aquellos pusieron en orden.

CAPÍTULO XX.---De la admiración del Centurión y de los que estaban con él, cómo concuerdan entre sí Mateo, Marcos y Lucas.

57. Mateo continúa: "Y la tierra tembló, y las rocas se partieron, y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, resucitaron; y saliendo de los sepulcros después de su resurrección, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos". Estas cosas que solo él dijo, no es de temer que parezcan contradecir a ninguno de los demás. Mateo continúa: "El centurión y los que estaban con él guardando a Jesús, al ver el terremoto y las cosas que sucedieron, temieron en gran manera, diciendo: Verdaderamente este era el Hijo de Dios" (Mat. XXVII, 51-54). Marcos así: "Viendo el centurión, que estaba frente a él, que así clamando había expirado, dijo: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios" (Marc. XV, 39). Lucas así: "Viendo el centurión lo que había sucedido, glorificó a Dios diciendo: Verdaderamente este hombre era justo" (Luc. XXIII, 47). No es contrario que Mateo diga que el centurión se admiró al ver el terremoto, y los que estaban con él, cuando Lucas dice que se admiró de que, emitiendo aquella voz, expirara, mostrando cuán en su poder tenía cuándo morir: pues en eso que el mismo Mateo no solo dijo, "al ver el terremoto", sino que también añadió, "y las cosas que sucedieron"; mostró suficientemente el lugar completo de Lucas, para que dijera que el centurión se admiró de la misma muerte del Señor; porque también esto está entre aquellas cosas que entonces sucedieron de manera admirable. Aunque si Mateo no hubiera añadido eso, se debía entender que, habiendo sucedido muchas cosas admirables, y todas pudieron ser admiradas por el centurión y los que estaban con él, era libre para los narradores qué quisieran recordar que él admiró: ni se oponen cuando uno dice que admiró esto, y otro aquello; cuando todo lo había admirado. Pero que uno diga que el centurión dijo, "Verdaderamente este era el Hijo de Dios", y otro, "Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios"; no moverá a quien no se le hayan olvidado tantas cosas similares dichas y expuestas anteriormente: pues ambas palabras concurren a un mismo sentido; ni lo que uno calló, "hombre", y otro dijo, es de ningún modo contrario. Más bien lo que Lucas no dijo que el centurión dijera, "era el Hijo de Dios", sino, "era justo", puede parecer diverso: pero o debemos entender que el centurión dijo ambas cosas, y unos recordaron una cosa, y otro otra; o tal vez Lucas quiso expresar el sentido del centurión, cómo dijo que Jesús era el Hijo de Dios. Pues tal vez el centurión no entendió que era el Unigénito igual al Padre; sino que por eso lo llamó Hijo de Dios, porque lo creyó justo, como muchos justos han sido llamados hijos de Dios. Pero también lo que Lucas dijo, "Viendo el

centurión lo que había sucedido", incluyó en ese género todas las cosas que en aquella hora sucedieron de manera admirable, como recordando un hecho admirable, cuyas partes y miembros eran todos aquellos milagros. Ahora bien, lo que Mateo añadió sobre los que estaban con el centurión, y los otros lo callaron; ¿quién no ve que según la regla más conocida no es contrario, cuando uno dice lo que otro calla? Y lo que Mateo dijo, "temieron en gran manera"; pero Lucas no dijo, "temió", sino, "glorificó a Dios"; ¿quién no entiende que glorificó temiendo?

CAPÍTULO XXI.---De las mujeres que estaban allí, cómo Mateo, Marcos y Lucas, que dijeron que estaban de lejos, no se oponen a Juan, quien nombró a una de ellas estando junto a la cruz.

58. Sigue Mateo: «Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole; entre ellas estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo» (Mateo 27, 55-56). Marcos dice así: «También había mujeres mirando de lejos; entre ellas estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé; quienes, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían, y muchas otras que habían subido con él a Jerusalén» (Marcos 15, 40-41). No veo nada entre estos relatos que pueda considerarse contradictorio: ¿qué importa para la verdad que algunos mencionen a ciertas mujeres juntas y otros individualmente? Lucas también narra así: «Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que sucedía, se volvían golpeándose el pecho. Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban mirando de lejos» (Lucas 23, 48-49). Por lo tanto, concuerda suficientemente con los dos anteriores sobre la presencia de las mujeres, aunque no menciona a ninguna de ellas por nombre; también concuerda con Mateo sobre la multitud que estaba presente y que, viendo lo que sucedía, se golpeaba el pecho y se volvía, aunque lo añade por separado: «El centurión y los que estaban con él». Por lo tanto, solo se encuentra que Lucas menciona a sus conocidos que estaban mirando de lejos. Juan también menciona la presencia de las mujeres antes de que el Señor entregara su espíritu, narrando así: «Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Juan 19, 25-27). En este caso, si Mateo y Marcos no hubieran mencionado claramente a María Magdalena, podríamos decir que unas estaban de lejos y otras junto a la cruz; pues ninguno de ellos, excepto Juan, menciona a la madre del Señor. Ahora bien, ¿cómo se entiende que la misma María Magdalena estuviera tanto de lejos con otras mujeres, como dicen Mateo y Marcos, y junto a la cruz, como dice Juan? A menos que estuvieran a tal distancia que pudieran ser consideradas tanto cerca, porque estaban a la vista de él, como de lejos en comparación con la multitud más cercana que rodeaba al centurión y a los soldados. También podemos entender que aquellas que estaban con la madre del Señor, después de que él la encomendó al discípulo, comenzaron a retirarse para alejarse de la multitud y observar de lejos lo que sucedía; de modo que los otros evangelistas, que las mencionan después de la muerte del Señor, las mencionan ya de lejos.

CAPÍTULO XXII.---De José, quien pidió el cuerpo del Señor a Pilato, cómo todos concuerdan, y cómo Juan no discrepa de sí mismo.

59. Sigue Mateo: «Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también era discípulo de Jesús; este se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato ordenó que se le entregara el cuerpo» (Mateo 27, 57-58). Marcos dice así: «Y cuando ya era

tarde, porque era la preparación, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea, noble consejero, que también esperaba el reino de Dios; y con valentía entró a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto; y llamando al centurión, le preguntó si ya estaba muerto; y cuando lo supo por el centurión, concedió el cuerpo a José» (Marcos 15, 42-45). Lucas dice así: «Y he aquí un hombre llamado José, que era consejero, hombre bueno y justo (este no había consentido en el consejo y en los actos de ellos), de Arimatea, ciudad de Judea, que también esperaba el reino de Dios; este se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús» (Lucas 23, 50-52). Juan, después de narrar sobre las piernas quebradas de los que fueron crucificados con el Señor y sobre el costado del Señor traspasado con una lanza, lo cual solo él menciona, añade en concordancia con los demás, narrando así: «Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le permitiera llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato lo permitió. Entonces vino y se llevó el cuerpo de Jesús» (Juan 19, 38). En esto no hay nada en lo que alguno de ellos parezca contradecir a otro. Pero quizás alguien se pregunte cómo Juan no discrepa de sí mismo, afirmando con los demás que José pidió el cuerpo de Jesús, y diciendo solo él que era discípulo del Señor en secreto por miedo a los judíos: pues es razonable preguntarse por qué aquel que era discípulo en secreto por miedo, se atrevió a pedir su cuerpo, lo que ninguno de los que lo seguían abiertamente se atrevió a hacer. Pero se debe entender que lo hizo con la confianza de su dignidad, con la cual podía entrar familiarmente a Pilato: y en ese último oficio de rendir homenaje fúnebre, se preocupó menos por los judíos, aunque solía evitar sus enemistades al escuchar al Señor.

CAPÍTULO XXIII.---De su sepultura, cómo los tres no discrepan de Juan.

60. Sigue Mateo: «Y tomando el cuerpo, José lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había excavado en la roca; y rodó una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se fue» (Mateo 27, 59-60). Marcos dice así: «José compró una sábana, y bajándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en la roca; y rodó una piedra a la entrada del sepulcro» (Marcos 15, 46). Lucas dice así: «Y bajándolo, lo envolvió en una sábana, y lo puso en un sepulcro excavado, en el cual nadie había sido puesto aún» (Lucas 23, 53). De estos tres no puede surgir ninguna cuestión de disensión: Juan, sin embargo, menciona que la sepultura del Señor no fue cuidada solo por José, sino también por Nicodemo. Comenzando con Nicodemo, narra así: «Vino también Nicodemo, el que antes había venido a Jesús de noche, trayendo una mezcla de mirra y áloe, como cien libras». Luego sigue añadiendo a José mismo, y dice: «Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias, como es costumbre entre los judíos sepultar. Había en el lugar donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie había sido puesto aún: allí, pues, por causa de la preparación de los judíos, porque el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús» (Juan 19, 39-42). Tampoco aquí hay algo que contradiga a quienes entienden correctamente. Pues aquellos que no mencionaron a Nicodemo, no afirmaron que el Señor fue sepultado solo por José, aunque solo lo mencionaron a él; ni porque dijeron que fue envuelto en una sábana por José, prohibieron entender que también pudieron haberse traído otros lienzos por Nicodemo y añadirse, para que Juan dijera la verdad, que no fue envuelto en un solo lienzo, sino en lienzos: aunque también por el sudario que se aplicaba a la cabeza, y las vendas con las que todo el cuerpo fue atado, porque todo era de lino, aunque hubiera una sola sábana, se pudo decir con toda verdad, «lo envolvieron en lienzos». Pues se llaman lienzos en general las cosas tejidas de lino.

CAPÍTULO XXIV.---De las cosas que sucedieron alrededor del tiempo de la resurrección del Señor, cómo todos no discrepan entre sí.

61. Sigue Mateo: «Estaba allí María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro» (Mateo 27, 61). Lo que Marcos dice así: «María Magdalena y María la madre de José miraban dónde lo ponían» (Marcos 15, 47). De donde es evidente que no hay disensión entre ellos por esto.

62. Sigue Mateo: «Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, recordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, lo roben, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos; y será el último error peor que el primero. Pilato les dijo: Tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia» (Mateo 27, 62-66). Esto solo lo narra Mateo, sin que ninguno de los otros narre algo que parezca contrario a esto.

63. Luego sigue el mismo Mateo, y dice: «Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y he aquí, hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor descendió del cielo, y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él, los guardias temblaron y se quedaron como muertos. Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto, decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos; y he aquí, va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho» (Mateo 28, 1-15). Marcos concuerda con esto (Marcos 16, 1-11). Pero puede causar inquietud cómo, según Mateo, el ángel estaba sentado sobre la piedra removida del sepulcro: pues Marcos dice que al entrar ellas en el sepulcro vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca, y se asombraron: a menos que entendamos que Mateo omitió al ángel que vieron al entrar; y Marcos omitió al que vieron afuera sentado sobre la piedra: de modo que vieron a dos, y de ambos escucharon por separado lo que dijeron los ángeles sobre Jesús, primero de aquel que vieron afuera sentado sobre la piedra, luego de aquel que vieron al entrar en el sepulcro, sentado a la derecha; a donde fueron exhortadas a entrar por las palabras de aquel que estaba sentado afuera diciendo, «Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor»: al llegar allí, como se dijo, y al entrar, vieron a aquel de quien Mateo calla, pero de quien Marcos habla, sentado a la derecha, de quien escucharon cosas similares. O ciertamente debemos entender que al entrar en el sepulcro en algún recinto de un muro, que es creíble que el lugar estuviera cercado en algún espacio antes de la roca, donde se había hecho el lugar de sepultura: de modo que lo vieron sentado a la derecha en ese mismo espacio, a quien Mateo dice sentado sobre la piedra, que el terremoto había removido de la entrada del sepulcro, es decir, del lugar de la sepultura, que había sido excavado en la roca.

64. También puede preguntarse cómo Marcos dice, «Pero ellas, saliendo, huyeron del sepulcro; porque les había invadido temblor y espanto: y no dijeron nada a nadie; porque tenían miedo»; cuando Mateo dice, «Y salieron del sepulcro con temor y gran gozo, corriendo a dar las nuevas a sus discípulos»: a menos que entendamos que no se atrevieron a decir nada a nadie de los ángeles, es decir, a responder a lo que habían oído de ellos, o ciertamente a los guardias que vieron yaciendo. Pues aquel gozo que Mateo menciona, no contradice al temor del que habla Marcos: debemos entender que ambos sentimientos se produjeron en el ánimo de ellas, aunque Mateo no mencionara el temor; pero como él mismo dice, «Salieron del sepulcro con temor y gran gozo», no permite que quede ninguna cuestión de esta discrepancia.

65. Sobre la misma hora en que las mujeres vinieron al sepulcro, surge una cuestión no despreciable. Pues mientras Mateo dice, «Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro»: ¿qué significa que dice Marcos, «Y muy de mañana, el primer día de la semana, vienen al sepulcro, ya salido el sol»? En lo cual, ciertamente, no discrepa de los otros dos, es decir, Lucas y Juan. Pues lo que dice Lucas, «muy de madrugada»; y Juan, «temprano, cuando aún estaba oscuro»: esto se entiende que dice Marcos, «muy de mañana, ya salido el sol», es decir, cuando el cielo ya comenzaba a clarear por la proximidad del sol naciente: pues ese es el resplandor que suele llamarse aurora. Por eso no contradice a aquel que dice, «cuando aún estaba oscuro». Pues al surgir el día, algunas reliquias de oscuridad se atenúan tanto más cuanto más surge la luz. Ni así debe entenderse lo que dice, «muy de mañana», como si el sol mismo ya se viera sobre la tierra: sino más bien como solemos decir a aquellos a quienes queremos significar que algo debe hacerse temprano. Pues cuando decimos, «De mañana», para que no piensen que decimos ya con el sol visible sobre la tierra, a menudo añadimos, «Muy de mañana»; para que entiendan que nos referimos a lo que también se llama clarear. Aunque también es común que después del canto del gallo repetido varias veces, cuando las personas comienzan a conjeturar que el día ya se acerca, digan, «Ya es de mañana»; y cuando después de esta expresión prestan atención, y ya al salir el sol, es decir, ya próximo a llegar a estas partes, ven el cielo enrojecer o clarear, añaden quienes decían, «Es de mañana», y dicen, «Es muy de mañana». Pero, ¿qué importa, mientras que ya sea de esta manera o de aquella, no entendamos otra cosa por «de mañana» de Marcos, sino lo que Lucas llama «de madrugada»; y esto «muy de mañana», lo que él llama «muy de madrugada», y lo que Juan llama «temprano, cuando aún estaba oscuro»; pero ya «salido el sol», es decir, ya comenzando a iluminar el cielo con su salida? ¿Cómo, entonces, concuerda Mateo con estos tres, quien no dice ni de madrugada ni de mañana, sino «pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana»? Esto debe investigarse con más atención. Pues desde la primera parte de la noche, que es el atardecer, Mateo quiso significar la noche misma, cuyo fin fue cuando las mujeres vinieron al sepulcro. Y se entiende que llamó a esa misma noche de esa manera porque ya desde el atardecer se permitía traer especias, habiendo pasado el sábado. Por lo tanto, como estaban impedidas por el sábado para hacerlo antes, nombró la noche desde el momento en que se les permitió hacerlo, en cualquier momento de esa misma noche. Así, pues, se dijo «pasado el sábado», como si se dijera, «en la noche del sábado», es decir, en la noche que sigue al día del sábado: lo cual sus mismas palabras indican suficientemente. Pues dice: «Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana»: lo cual no puede ser, si entendemos que solo se refiere a la primera parte de la noche, es decir, solo al inicio de la noche, con la palabra «atardecer»; pues no es el inicio mismo lo que alumbra el primer día de la semana, sino la noche misma que la luz comienza a terminar. Pues el término de la primera parte de la noche es el inicio de la segunda parte; pero la luz es el término de toda la noche: de donde no puede decirse «atardecer que alumbra el primer día de la semana», a menos que se entienda que con el nombre de «atardecer» se refiere a toda la noche que la luz termina. Por lo tanto, vinieron en ese atardecer, que es la misma noche en que vinieron; pero vinieron en esa noche, que es la misma noche aunque en su parte final.

66. Porque incluso el mismo triduo, durante el cual el Señor murió y resucitó, no puede entenderse correctamente sino de esta manera de hablar, en la que se suele decir el todo por la parte. Él mismo dijo: "Así como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mateo 12, 40). Sin embargo, al computar los tiempos, ya sea desde que entregó el espíritu o desde que fue sepultado, no se llega a una conclusión clara, a menos que tomemos el día intermedio, es

decir, el sábado, como un día completo con su noche, y aquellos que lo colocaron en medio, es decir, la parasceve y el primer día de la semana, que llamamos domingo, los entendamos como el todo por la parte. ¿De qué sirve que algunos, constreñidos por estas dificultades y sin saber que este modo de hablar, es decir, el todo por la parte, es de gran valor para resolver cuestiones de las Sagradas Escrituras, quisieran contar como noche esas tres horas desde la sexta hasta la novena en las que el sol se oscureció, y como día otras tres horas en las que volvió a brillar sobre la tierra, es decir, desde la novena hasta su ocaso? Pues sigue la noche del futuro sábado, que al computarse con su día, ya serán dos noches y dos días; además, después del sábado sigue la noche del primer día de la semana, es decir, del amanecer del día del Señor, en la cual el Señor resucitó: serán, por tanto, dos noches y dos días, y una noche, incluso si se pudiera entender toda, sin mostrar que ese amanecer es su parte final; por lo tanto, ni contando esas seis horas, de las cuales tres el sol estuvo oscurecido y tres brilló, se establecerá la razón de tres días y tres noches. Queda, pues, que con ese modo de hablar tan usado en las Escrituras, en el que se entiende el todo por la parte, encontremos el último día como el tiempo de la parasceve, en el que el Señor fue crucificado y sepultado, y tomemos desde esa última parte todo el día con su noche, que ya había pasado: el día intermedio, es decir, el sábado, no por la parte, sino íntegramente todo: el tercero nuevamente por su primera parte, es decir, toda la noche con su tiempo diurno; y así será el triduo: como aquellos ocho días después de los cuales subió al monte, de los cuales Mateo y Marcos, atendiendo a los días intermedios completos, dijeron: "Después de seis días"; lo que Lucas dijo: "Después de ocho días".

67. Ahora veamos cómo concuerdan los demás con Mateo. Lucas dice claramente que dos ángeles fueron vistos por las mujeres que vinieron al sepulcro, de los cuales entendimos que cada uno fue mencionado por dos; uno por Mateo, es decir, aquel que estaba sentado fuera del sepulcro sobre la piedra; otro por Marcos, es decir, aquel que estaba sentado dentro del sepulcro a la derecha. Pero Lucas narra así: "Era el día de la parasceve, y el sábado amanecía. Las mujeres que habían venido con él desde Galilea le siguieron, vieron el sepulcro y cómo fue colocado su cuerpo; y regresando, prepararon aromas y ungüentos: y el sábado descansaron según el mandamiento. El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado; y encontraron la piedra removida del sepulcro; y entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús: y sucedió que, mientras estaban perplejas por esto, he aquí que dos hombres se pararon junto a ellas con vestiduras resplandecientes. Y como ellas temieran y bajaran el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado: recordad cómo os habló, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y sea crucificado, y al tercer día resucite. Y recordaron sus palabras, y regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás" (Lucas 23, 54; 24, 12). ¿Cómo, entonces, se vio a cada uno sentado, uno según Mateo fuera sobre la piedra; y otro según Marcos dentro a la derecha; cuando según Lucas dos estaban de pie junto a ellas, aunque dijeron cosas similares? Podemos entender que un ángel fue visto por las mujeres, tanto según Mateo como según Marcos, como dijimos antes: que al entrar en el sepulcro lo tomaron como un espacio rodeado por un muro, de modo que se podía entrar antes de llegar al lugar rocoso del sepulcro, y allí vieron al ángel sentado sobre la piedra removida del sepulcro, como dice Mateo, de modo que esto es estar sentado a la derecha, como dice Marcos; luego, dentro de ellas, mientras miraban el lugar donde yacía el cuerpo del Señor, vieron a otros dos ángeles de pie, como dice Lucas, diciendo cosas similares para exhortar su ánimo y edificar su fe.

68. Pero veamos también lo que dice Juan, si concuerda o cómo concuerda con esto. Así narra Juan: "El primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, cuando aún estaba oscuro, al sepulcro, y vio la piedra quitada del sepulcro. Corrió, pues, y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron, pues, Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos, y el otro discípulo corrió más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro: y al inclinarse, vio los lienzos puestos, pero no entró. Llegó, pues, Simón Pedro siguiéndole, y entró en el sepulcro; y vio los lienzos puestos, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, y vio, y creyó. Porque aún no sabían la Escritura, que era necesario que él resucitara de los muertos. Volvieron, pues, los discípulos a los suyos. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro: mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles vestidos de blanco sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús de pie, y no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el jardinero, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: María. Ella, volviéndose, le dijo: Rabboni, que significa Maestro. Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre: pero ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. María Magdalena fue y anunció a los discípulos: He visto al Señor, y me ha dicho estas cosas" (Juan 20, 1-18). En esta narración de Juan, el día o el tiempo en que se llegó al sepulcro concuerda con los demás; también el hecho de que se vieron dos ángeles concuerda con Lucas: pero que él dice que los ángeles fueron vistos de pie, mientras que este dice que estaban sentados, y las otras cosas que ellos no dicen, cómo pueden entenderse aquí sin discrepar de los demás, y en qué orden se llevaron a cabo, a menos que se consideren cuidadosamente, pueden parecer contradictorias.

69. Por lo tanto, todas estas cosas que ocurrieron alrededor del tiempo de la resurrección del Señor, según los testimonios de todos los evangelistas, en una cierta narración, en la medida en que el Señor nos ayude, ordenaremos cómo pudieron haberse llevado a cabo. El primer día de la semana, al amanecer, como todos coinciden, se llegó al sepulcro. Ya había ocurrido lo que solo Mateo menciona sobre el terremoto y la piedra removida, y los guardias aterrorizados, de modo que en alguna parte yacían como muertos. Sin embargo, vino, como dice Juan, María Magdalena, sin duda con las otras mujeres que habían servido al Señor, con un fervor de amor muy grande, de modo que no sin razón Juan solo la menciona, omitiendo a las que estaban con ella, como testifican los otros. Vino, pues, y al ver la piedra quitada del sepulcro, antes de examinar algo más detenidamente, sin dudar de que el cuerpo de Jesús había sido llevado, corrió, como dice el mismo Juan, y lo anunció a Pedro y a Juan mismo. Él es el discípulo a quien Jesús amaba. Entonces ellos comenzaron a correr hacia el sepulcro, y Juan, adelantándose, se inclinó y vio los lienzos puestos, pero no entró: Pedro, sin embargo, al llegar, entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino enrollado aparte. Luego también Juan entró, y vio de manera similar, y creyó lo que María había dicho, que el Señor había sido llevado del sepulcro. "Porque aún no sabían la Escritura, que era necesario que él resucitara de los muertos. Volvieron, pues, los discípulos a los suyos. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro," es decir, ante el lugar rocoso del sepulcro, pero dentro del espacio al que ya habían entrado: pues allí había un jardín, como el mismo Juan menciona (Juan 19, 41). Entonces vieron al ángel sentado a la derecha sobre la piedra removida del sepulcro, del cual hablan Mateo y Marcos. "Entonces les dijo: No temáis vosotras: sé que buscáis a Jesús, el

crucificado; no está aquí, porque ha resucitado, como dijo: venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado; y he aquí que va delante de vosotros a Galilea, allí le veréis; he aquí que os lo he dicho": cosas similares también Marcos no las calló. A estas palabras, mientras María lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro, y vio a dos ángeles, como dice Juan, vestidos de blanco sentados; uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. "Ellos le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Aquí se debe entender que los ángeles se levantaron, para que también se les viera de pie, como Lucas menciona que fueron vistos, y dijeron según el mismo Lucas a las mujeres temerosas y con el rostro inclinado a tierra: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado: recordad cómo os hablé, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y sea crucificado, y al tercer día resucite. Y recordaron sus palabras. Después de esto, María se volvió y vio a Jesús de pie, como dice Juan, y no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el jardinero, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: María. Ella, volviéndose, le dijo: Rabboni, que significa Maestro. Jesús le dijo: No me toques; porque aún no he subido a mi Padre: pero ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." Entonces salió del sepulcro, es decir, de aquel lugar donde había un espacio de jardín ante la piedra excavada: y con ella las otras, a quienes según Marcos invadió el temblor y el miedo; y no dijeron nada a nadie. Entonces ya, según Mateo, "he aquí que Jesús les salió al encuentro diciendo: Salve. Y ellas se acercaron y abrazaron sus pies, y le adoraron." Así pues, concluimos que tuvieron la conversación con los ángeles dos veces al venir al sepulcro, y con el mismo Señor: una vez allí cuando María pensó que era el jardinero; y ahora nuevamente cuando les salió al encuentro en el camino, para confirmarlas con esa repetición, y recrearlas del miedo. "Entonces les dijo: No temáis, id, anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán. María Magdalena fue, pues, anunciando a los discípulos que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas": no solo ella, sino también las otras, que Lucas menciona, "que anunciaron estas cosas a los once discípulos y a todos los demás. Y estas palabras les parecieron como un delirio, y no las creyeron." A esto también atestigua Marcos. Pues después de haber mencionado que salieron temblando y asustadas del sepulcro, y que no dijeron nada a nadie, añadió que resucitando el Señor apareció por la mañana del primer día de la semana, primero a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios; y que ella fue y lo anunció a los que habían estado con él, que estaban llorando y lamentándose; y que ellos, al oír que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron. Ciertamente, Mateo también insertó que, al irse las mujeres que habían visto y oído todas esas cosas, algunos de aquellos guardias que yacían como muertos vinieron a la ciudad y anunciaron a los principales sacerdotes todo lo que había sucedido, es decir, lo que también ellos pudieron percibir: y ellos, reunidos con los ancianos, tomaron consejo, y dieron mucho dinero a los soldados, para que dijeran que sus discípulos vinieron y lo robaron mientras ellos dormían; prometiéndoles también seguridad del gobernador que los había puesto como guardias: y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido, y se divulgó esta palabra entre los judíos hasta el día de hoy.

CAPÍTULO XXV.---En cuanto a que después se manifestó a los discípulos, cómo todos los evangelistas no se contradicen entre sí, con los testimonios también del apóstol Pablo y de los Hechos de los Apóstoles.

70. Después de la resurrección, es importante considerar cómo el Señor se apareció a los discípulos, no solo para resaltar la concordancia entre los cuatro Evangelistas (Mateo

XXVIII, Marcos XVI, Lucas XXIV y Juan XX, XXI), sino también para que coincida con el apóstol Pablo, quien en su primera carta a los Corintios habla de este tema de la siguiente manera: "Porque os he transmitido en primer lugar lo que también recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas, luego a los doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y algunos han muerto; después se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, se me apareció también a mí" (1 Cor. XV, 3-8). Ninguno de los Evangelistas sigue este orden: por lo tanto, es necesario considerar si el orden que ellos siguieron no contradice este. Pues ni Pablo lo dijo todo, ni ellos lo dijeron todo; solo es necesario ver si lo que todos dijeron no se contradice entre sí. Lucas, de los cuatro Evangelistas, es el único que no dice que el Señor fue visto por las mujeres, sino solo por los ángeles: Mateo dice que se le apareció cuando regresaban del sepulcro; Marcos también dice que primero fue visto por María Magdalena, al igual que Juan; pero no dice cómo se le apareció, lo cual es explicado por Juan. Lucas no solo omite, como dije, que se apareció a las mujeres, sino que también relata que dos de ellos, uno de los cuales era Cleofás, hablaron con él antes de reconocerlo, como si las mujeres solo hubieran anunciado que vieron ángeles que decían que él vivía. Así narra: "He aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén; y hablaban entre sí de todas estas cosas que habían acontecido. Y sucedió que mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos; pero sus ojos estaban velados para que no lo reconocieran. Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe las cosas que han acontecido en estos días? Y él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos dijeron: De Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo los principales sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para ser condenado a muerte, y lo crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y además de todo esto, hoy es el tercer día desde que estas cosas acontecieron. Aunque también algunas mujeres de entre nosotros nos asombraron, las cuales antes del amanecer fueron al sepulcro, y al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto una visión de ángeles, que decían que él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron". Esto es lo que Lucas narra, recordando lo que las mujeres dijeron, o lo que los discípulos que corrieron al sepulcro dijeron cuando se les anunció que su cuerpo había sido retirado. Y Lucas dice que solo Pedro corrió al sepulcro, y al inclinarse vio solo los lienzos, y se fue maravillado de lo que había sucedido. Esto lo menciona de Pedro antes de narrar sobre los dos que encontró en el camino, después de haber narrado sobre las mujeres que vieron ángeles y escucharon de ellos que Jesús había resucitado, como si Pedro hubiera corrido al sepulcro en ese momento. Pero se entiende que Lucas lo menciona recapitulando sobre Pedro. Pedro corrió al sepulcro cuando también lo hizo Juan, después de que las mujeres, especialmente María Magdalena, les anunciaron sobre el cuerpo retirado; y esto fue después de que ella vio la piedra removida del sepulcro: y después ocurrieron estas cosas sobre la visión de los ángeles y del mismo Señor, quien se apareció dos veces a las mujeres; una vez en el sepulcro, y otra vez al encontrarse con ellas cuando regresaban del sepulcro. Esto fue antes de que se apareciera a los dos en el camino, uno de los cuales era Cleofás. Pues Cleofás, hablando con el Señor a quien aún no reconocía, no dijo que Pedro fue al sepulcro; sino que dijo: "Algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho": lo cual se entiende que dijo recapitulando, es decir, lo que las mujeres primero anunciaron a Pedro y a Juan sobre el cuerpo del Señor retirado. Por lo tanto, cuando Lucas dice que Pedro corrió al sepulcro, y Cleofás dice que algunos de ellos fueron al sepulcro, se

entiende que atestigua a Juan, que dos fueron al sepulcro; pero primero mencionó solo a Pedro, porque María le había anunciado primero. También puede sorprender que Lucas diga que Pedro, al inclinarse, vio solo los lienzos y se fue maravillado; mientras que Juan dice que él mismo, el discípulo a quien Jesús amaba, no entró en el sepulcro, aunque llegó primero, pero al inclinarse vio los lienzos; y también dice que él mismo entró después. Así, se entiende que Pedro primero vio al inclinarse, lo que Lucas menciona y Juan omite; pero después entró, aunque entró antes de que Juan lo hiciera, para que todos se encuentren diciendo la verdad sin ninguna contradicción.

71. Por lo tanto, el orden de los eventos que pudo haber sido, cómo el Señor, además de haberse aparecido ya a las mujeres, también se apareció a los discípulos varones, debe ser tejido y demostrado según los testimonios no solo de los cuatro Evangelistas, sino también del apóstol Pablo. Se entiende, entonces, que de todos los hombres, el primero a quien se apareció fue Pedro, de todos aquellos que los cuatro Evangelistas y el apóstol Pablo mencionan. Sin embargo, si se apareció a alguno de ellos antes que a Pedro, lo cual todos callaron, ¿quién se atrevería a afirmarlo o negarlo? Pues Pablo tampoco dijo: "Se apareció primero a Cefas"; sino que dijo: "Se apareció a Cefas, luego a los doce, después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez". Así, no se especifica a cuáles doce, ni a cuáles quinientos. Pues es posible que estos doce fueran de la multitud de discípulos, no sé quiénes. Porque aquellos a quienes llamó apóstoles, ya no eran doce, sino once, como algunos códices también tienen; lo cual creo que fue corregido por personas confundidas, pensando que se refería a los doce apóstoles, que ya eran once tras la muerte de Judas. Pero ya sea que esos códices sean más correctos al tener once, o que Pablo quiera que se entienda a otros doce discípulos, o que quisiera que el sagrado número permaneciera incluso en once; porque el número de doce era tan místico entre ellos, que no se podía sustituir a Judas sino por otro, es decir, Matías, para conservar el sacramento del mismo número (Hechos 1, 26); cualquiera de estas opciones, no hay nada que parezca contradecir la verdad o a alguno de estos narradores veracísimos: sin embargo, se cree razonablemente que después de aparecer a Pedro, se apareció a estos dos, uno de los cuales era Cleofás, de quienes Lucas narra todo, y Marcos lo menciona brevemente: "Después de esto, se apareció en otra forma a dos de ellos que iban caminando al campo". No es absurdo aceptar que esa aldea también podría llamarse campo; lo cual ahora se llama Belén, que antes se llamaba ciudad; aunque ahora tiene un honor mayor, por el nombre del Señor, que nació allí, así difundido por las Iglesias de todas las naciones. Y en los códices griegos encontramos más el término campo que aldea: pues con el nombre de campo no solo se llaman aldeas, sino también municipios y colonias fuera de la ciudad, que es la cabeza y casi madre de las demás, de donde se llama metrópoli.

72. Lo que dice Marcos, que el Señor se les apareció en otra forma; Lucas dice que sus ojos estaban velados para que no lo reconocieran. Algo había sucedido a sus ojos, que se permitió que permaneciera hasta la fracción del pan, por una causa misteriosa, para que se les mostrara otra forma, y así no lo reconocieran sino en la fracción del pan, como se muestra en el relato de Lucas. Por el mérito de sus mentes, que aún no comprendían que era necesario que Cristo muriera y resucitara, algo similar sucedió a sus ojos, no porque la verdad engañara, sino porque ellos no podían percibir la verdad, y opinaban algo diferente de lo que era; para que nadie piense que ha reconocido a Cristo si no es partícipe de su cuerpo, es decir, de la Iglesia, cuya unidad en el sacramento del pan el Apóstol recomienda, diciendo: "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (1 Cor. X, 17); para que cuando les ofreciera el pan bendecido, se abrieran sus ojos y lo reconocieran; se abrieran ciertamente a su conocimiento, removiendo el impedimento que los mantenía de reconocerlo. Pues no caminaban con los ojos cerrados; pero había algo que no les permitía reconocer lo que veían: lo cual tanto la niebla como algún

humor suelen causar. No porque el Señor no pudiera transformar su carne, para que realmente fuera otra forma, no la que solían contemplar; ya que incluso antes de su pasión fue transformado en el monte, para que su rostro resplandeciera como el sol (Mateo XVII, 2): pues de cualquier cuerpo verdadero hace el cuerpo que quiere, quien de agua hizo verdadero vino verdadero (Juan II, 7-11); pero no lo había hecho así cuando se apareció a esos dos en otra forma. No se les apareció como era, cuyos ojos estaban velados para que no lo reconocieran. No es incongruente aceptar que este impedimento en sus ojos fue causado por Satanás, para que Jesús no fuera reconocido: pero sin embargo, Cristo permitió que esto sucediera hasta el sacramento del pan; para que, al participar de la unidad de su cuerpo, se entienda que el impedimento del enemigo fue removido, para que Cristo pueda ser reconocido.

73. Pues se debe creer que estos son los mismos de quienes también narra Marcos; porque dice que ellos, al ir, lo anunciaron a los demás: como Lucas dice que ellos, levantándose en esa misma hora, regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los once, y a los que estaban con ellos, diciendo que el Señor había resucitado verdaderamente, y se había aparecido a Simón; y entonces también ellos narraron lo que había sucedido en el camino, y cómo lo reconocieron en la fracción del pan. Ya había, por tanto, rumores de que Jesús había resucitado, hecho por aquellas mujeres, y por Simón Pedro, a quien ya se le había aparecido: pues esto encontraron hablando aquellos dos a quienes llegaron en Jerusalén. Por lo tanto, es posible que por temor en el camino no quisieran decir que lo habían oído resucitar, cuando solo dijeron que las mujeres habían visto ángeles: pues ignorando con quién hablaban, podrían estar preocupados de que, al hablar abiertamente de la resurrección de Cristo, cayeran en manos de los judíos. Lo que dice Marcos, "Anunciaron a los demás, y no les creyeron"; mientras que Lucas dice que ya hablaban de que el Señor había resucitado verdaderamente, y se había aparecido a Simón: ¿qué se debe entender, sino que había algunos allí que no querían creerlo? ¿A quién no le queda claro que Marcos omitió lo que Lucas explicó narrando, es decir, lo que Jesús les dijo antes de que lo reconocieran, y cómo lo reconocieron en la fracción del pan? Pues tan pronto como dijo que se les apareció en otra forma a los que iban al campo, inmediatamente añadió: "Y ellos, al ir, lo anunciaron a los demás, y no les creyeron": como si pudieran anunciar a quien no habían reconocido; o pudieran reconocerlo, a quienes se les había aparecido en otra forma. ¿Cómo, entonces, lo reconocieron, para que pudieran anunciarlo, Marcos sin duda lo omitió. Esto debe recordarse para que nos acostumbremos a notar el hábito de los Evangelistas de omitir lo que no mencionan, y de unir lo que mencionan, para que aquellos que no tienen experiencia en esta consideración no caigan en error, pensando que no concuerdan entre sí.

74. Lucas, por lo tanto, continúa y dice: "Mientras hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros; soy yo, no temáis. Pero ellos, aterrados y asustados, pensaban que veían un espíritu. Y él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo: palpádmelos y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y al decir esto, les mostró las manos y los pies". Esta manifestación del Señor después de la resurrección se entiende que también la menciona Juan, hablando así: "Cuando llegó la tarde de aquel día, el primero de la semana, y las puertas estaban cerradas donde los discípulos estaban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros. Y al decir esto, les mostró las manos y el costado". Por lo tanto, a estas palabras de Juan se pueden unir las que dice Lucas, pero que Juan omite. Así continúa Lucas: "Pero como ellos aún no creían de gozo, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel. Y cuando hubo comido

delante de ellos, tomando las sobras, se las dio". A estas palabras se pueden unir las que Lucas omite, pero que Juan dice: "Entonces los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros; como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos". A estas palabras, unamos las que Juan omite, pero que Lucas menciona: "Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén: y vosotros sois testigos de estas cosas. Y he aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros: pero quedaos en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto". Aquí Lucas menciona la promesa del Espíritu Santo, que no encontramos hecha por el Señor sino en el Evangelio de Juan (Juan XIV, 26, y XV, 26). Esto no debe pasarse por alto, para recordar cómo los Evangelistas se atestiguan mutuamente sobre algunas cosas que ellos mismos no dicen, pero que saben que fueron dichas. Después de esto, Lucas omite todo lo que sucedió, y no menciona nada hasta que Jesús asciende al cielo: y sin embargo, lo une de tal manera que parece que esto sigue a estas palabras que dijo, cuando esto sucedió el primer día de la semana, el día en que el Señor resucitó; pero aquello fue el cuadragésimo día, como el mismo Lucas narra en los Hechos de los Apóstoles (Hechos I, 2-9). Lo que dice Juan, que el apóstol Tomás no estaba con ellos entonces, cuando según Lucas aquellos dos, uno de los cuales era Cleofás, regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los once, y a los que estaban con ellos; sin duda se entiende que Tomás había salido de allí antes de que el Señor se les apareciera mientras hablaban.

75. Aquí, Juan menciona otra manifestación de sí mismo que el Señor hizo a los discípulos después de ocho días, cuando también estaba Tomás, quien no lo había visto antes. «Y después de ocho días», dice, «estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros. Luego dice a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos, y acerca tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente. Tomás respondió y le dijo: Señor mío y Dios mío. Jesús le dijo: Porque me has visto, has creído: bienaventurados los que no vieron, y creyeron». Esta segunda visión del Señor hacia los discípulos, es decir, la que Juan menciona en segundo lugar, podríamos reconocerla en Marcos, quien la menciona brevemente como suele hacer, si no fuera porque dice: Finalmente, se apareció a los once mientras estaban sentados a la mesa: no porque Juan no mencione que estaban sentados, ya que pudo haber omitido esto; sino porque él dice, Finalmente, como si ya no se les apareciera más; cuando Juan aún va a narrar una tercera manifestación suya en el mar de Tiberíades: además, porque Marcos dice, Reprochándoles su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado: a saber, a aquellos dos a quienes se apareció mientras iban al campo, después de haber resucitado; y a Pedro, a quien primero se le apareció, como se ha investigado en Lucas; tal vez también a María Magdalena, y a las otras mujeres que estaban con ella, cuando se les apareció en el sepulcro, y luego les salió al encuentro en el camino de regreso. Pues así Marcos conecta la narración, después de haber mencionado brevemente a aquellos dos a quienes se apareció mientras iban al campo, que lo anunciaron a los demás, y no les creyeron: Finalmente, dice, se apareció a los once mientras estaban sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. ¿Cómo entonces finalmente, como si ya no lo hubieran visto más?

Pues lo último fue cuando los apóstoles vieron al Señor en la tierra, cuando ascendió al cielo; lo cual ocurrió el cuadragésimo día después de su resurrección. ¿Acaso entonces iba a reprocharles que no habían creído a los que lo habían visto resucitado, cuando ya ellos mismos lo habían visto tantas veces después de la resurrección, y especialmente el mismo día de su resurrección, es decir, el primer día de la semana ya al anochecer, como Lucas y Juan mencionan? Por lo tanto, queda entender que el mismo día de su resurrección, es decir, el primer día de la semana, cuando lo vio María después del amanecer y las otras mujeres con ella, cuando también Pedro, cuando aquellos dos de los cuales uno era Cleofás, a quienes también parece mencionar Marcos, cuando ya al anochecer aquellos once (excepto Tomás) y los que estaban con ellos, cuando estos también les contaron lo que habían visto, Marcos quiso mencionarlo brevemente a su manera; y por eso dijo, Finalmente, porque ese día fue lo último, ya comenzando el tiempo nocturno, después de que aquellos del pueblo, donde lo habían reconocido al partir el pan, regresaron a Jerusalén, y encontraron, como dice Lucas, a aquellos once, y a los que estaban con ellos, ya hablando de la resurrección del Señor, y que había sido visto por Pedro: a quienes también contaron lo que había sucedido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Pero ciertamente había allí quienes no creían: de donde es verdad lo que dice Marcos, Ni a ellos les creyeron. A estos, pues, ya sentados, como dice Marcos, y aún hablando de esto, como dice Lucas, el Señor se puso en medio de ellos, y les dijo, Paz a vosotros, como Lucas y Juan: pero las puertas estaban cerradas cuando entró a ellos, lo cual solo Juan menciona. Por lo tanto, entre las palabras del Señor que Lucas y Juan dicen que habló entonces a los discípulos, se intercala también ese reproche del que habla Marcos, que no habían creído a los que lo habían visto resucitado.

76. Pero esto nuevamente plantea la cuestión de cómo dice Marcos que el Señor se apareció a los once mientras estaban sentados, si ese tiempo es del día del Señor ya al inicio de la noche, que Lucas y Juan recuerdan. Pues Juan dice claramente que el apóstol Tomás no estaba con ellos entonces, a quien creemos que salió de allí antes de que el Señor entrara a ellos, después de que aquellos dos regresaron del pueblo y hablaron con los once, como se encuentra en Lucas. Pero Lucas en su narración da lugar para que se entienda que, mientras hablaban de estas cosas, Tomás salió de allí primero, y luego el Señor entró. Sin embargo, Marcos, quien dice, Finalmente se apareció a los once mientras estaban sentados, también obliga a admitir que Tomás estaba allí. A menos que, aunque uno estuviera ausente, quiso llamarlos once, porque entonces esa sociedad apostólica se nombraba con ese número, antes de que Matías fuera subrogado en lugar de Judas. O si esto es difícil de aceptar, entonces tomemos que, después de muchas manifestaciones suyas en las que se presentó a los discípulos durante cuarenta días, también finalmente se apareció a los once mientras estaban sentados, es decir, el mismo cuadragésimo día: y porque ya iba a ascender al cielo, quiso especialmente reprocharles ese día que no habían creído a los que lo habían visto resucitado, antes de que ellos mismos lo vieran; cuando ciertamente después de su ascensión, al predicar ellos el Evangelio, también las naciones iban a creer lo que no habían visto. Pues después de ese reproche, Marcos dice: Y les dijo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura: el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Por lo tanto, al predicar esto, que el que no creyere será condenado, ya que ciertamente no creerá lo que no ha visto; ¿no debían ellos ser primero reprendidos, porque antes de ver al Señor, no creyeron a quienes se les había aparecido primero?

77. Pero esta última representación corporal del Señor a los apóstoles en la tierra también nos recuerda que creamos, porque así sigue diciendo Marcos: Y estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas: tomarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y

sanarán. Luego añade: Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Ellos, entonces, saliendo, predicaron en todas partes, cooperando el Señor con ellos, y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Por lo tanto, cuando dice, Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo; parece mostrar suficientemente que este fue su último discurso con ellos en la tierra: aunque no parece restringirlo completamente a eso. Pues no dice, Después que les habló estas cosas; sino, después que les habló: de donde admite, si la necesidad lo obligara, que no fue esta la última conversación, ni este el último día en que estuvo presente con ellos en la tierra, sino que puede referirse a todo lo que les habló durante todos esos días, lo que se dijo, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo. Pero porque lo que dijimos antes, sugiere más que este fue el último día, que entender que los once que fueron diez sin Tomás; por eso, después de esta conversación que Marcos menciona, añadiendo también consecuentemente aquellas palabras, ya sean de los discípulos o de él mismo, que se mencionan en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 1, 4-8), se debe creer que el Señor fue recibido arriba en el cielo, es decir, el cuadragésimo día después de su resurrección.

78. Sin embargo, Juan, aunque confiesa que ha omitido muchas cosas que hizo Jesús, quiso también mencionar la tercera representación suya hecha a los discípulos después de la resurrección en el mar de Tiberíades, a siete discípulos, a Pedro, Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo, y otros dos que no nombró expresamente, mientras pescaban; cuando, por su mandato, echando las redes a la derecha, sacaron grandes peces, ciento cincuenta y tres; cuando también preguntó a Pedro tres veces si lo amaba, y le encomendó apacentar sus ovejas, y predijo su propia pasión, y sobre el mismo Juan dijo, Así quiero que él permanezca hasta que yo venga. Con esto Juan terminó su Evangelio.

79. Ahora bien, debemos preguntarnos cuándo fue visto por primera vez por los discípulos en Galilea; porque también lo que Juan narra en tercer lugar, ocurrió en Galilea en el mar de Tiberíades: lo cual es fácil de ver para quien recuerda aquel milagro de los cinco panes, que Juan comienza a narrar así: Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberíades (Juan 6, 1). ¿Dónde, entonces, se puede pensar que debía ser visto por primera vez por los discípulos después de la resurrección, sino en Galilea? si se recuerdan las palabras de aquel ángel que, según Mateo, habla a las mujeres que vienen al sepulcro así: No temáis vosotras: porque sé que buscáis a Jesús, el crucificado; no está aquí, porque ha resucitado, como dijo: venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto, decid a sus discípulos que ha resucitado; y he aquí que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis: he aquí, os lo he dicho: también según Marcos, ya sea el mismo ángel o otro, No os asustéis: buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí: he aquí el lugar donde lo pusieron. Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro, que va delante de vosotros a Galilea: allí lo veréis, como os dijo. Estas palabras parecen sonar como si Jesús no fuera a mostrarse a los discípulos después de la resurrección, sino en Galilea. Esta manifestación ni siquiera la menciona Marcos, quien dice que se apareció temprano el primer día de la semana primero a María Magdalena, y que ella lo anunció a los discípulos, a los que habían estado con él, llorando y lamentándose; pero ellos no creyeron: después de esto, se apareció a dos de ellos mientras iban al campo, y ellos lo anunciaron a los demás, lo cual ocurrió, como Lucas y Juan testifican conjuntamente, en Jerusalén, el mismo día de la resurrección, ya al inicio de la noche: luego viene a esa manifestación suya, que dice que fue la última, mientras estaban sentados los once: después de esto dice que fue recibido arriba en el cielo; lo cual sabemos que ocurrió en el monte de los Olivos, no lejos de Jerusalén: por lo tanto, Marcos no menciona en ningún lugar que se cumpliera lo que el ángel había anunciado. Mateo, sin embargo, no dice nada más, ni menciona ningún otro lugar en absoluto, ni antes ni después,

donde los discípulos, después de que resucitó, vieran al Señor, sino en Galilea según la predicción del ángel. Finalmente, después de insinuar lo que el ángel dijo a las mujeres, y añadir lo que ocurrió con los guardias sobornados para mentir; inmediatamente como si nada más siguiera (porque en verdad así fue dicho por el ángel, Ha resucitado, y he aquí que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, para que no parezca que debía seguir algo más), Los once discípulos, dice, fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado: y viéndolo, lo adoraron; pero algunos dudaron. Y acercándose Jesús, les habló, diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra: id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Así Mateo cerró su Evangelio.

80. Por lo tanto, si las narraciones consideradas de los demás no obligaran a una investigación más diligente, no pensaríamos otra cosa sino que el Señor después de la resurrección no fue visto por los discípulos en ningún lugar más que en Galilea primero. Además, si Marcos hubiera guardado silencio sobre esa predicción del ángel, podría alguien pensar que Mateo dijo que los discípulos fueron a Galilea al monte, y allí adoraron al Señor, para que pareciera cumplido lo que él mismo había narrado que fue mandado y predicho por el ángel. Sin embargo, ahora que Lucas y Juan manifiestan claramente que el mismo día de su resurrección el Señor fue visto en Jerusalén por sus discípulos, de donde Galilea está tan lejos que no podría ser visto por ellos en ambos lugares en un solo día; y Marcos, aunque narra la predicción del ángel de manera similar, no menciona en ningún lugar que el Señor fuera visto por los discípulos en Galilea después de la resurrección: obligan fuertemente a preguntar cómo se dijo, He aquí que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Pues incluso si Mateo no dijera en absoluto que los once discípulos fueron al monte en Galilea, donde Jesús les había ordenado, y allí lo vieron y adoraron, no pensaríamos que nada de esta predicción se cumplió literalmente, sino que todo fue predicho en un sentido figurado: como aquello según Lucas, He aquí que hoy y mañana echo fuera demonios, y hago curaciones, y al tercer día soy consumado; lo cual es cierto que no se cumplió literalmente. También si el ángel hubiera dicho, Va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis primero; o, allí solamente lo veréis; o, no lo veréis sino allí; sin duda Mateo contradiría a los otros evangelistas: pero cuando se dijo, He aquí que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis; y no se expresó cuándo sucedería eso, si antes de que fuera visto en otro lugar por ellos; o después de que lo hubieran visto en algún lugar además de en Galilea: y lo mismo que Mateo dice que los discípulos fueron a Galilea al monte, no expresa el día, ni conecta el orden de la narración de tal manera que imponga la necesidad de entender que esto ocurrió primero: no contradice las narraciones de los demás, y da lugar para entenderlas y aceptarlas; sin embargo, el hecho de que el Señor no donde primero iba a mostrarse, sino en Galilea, donde necesariamente fue visto después, mandó que se le viera, tanto por el ángel diciendo, He aquí que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis; como por él mismo diciendo, id, anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán; hace que cualquier fiel esté atento a buscar en qué misterio se entiende que fue dicho.

81. Pero primero debe considerarse cuándo también corporalmente pudo ser visto en Galilea, diciendo Mateo: Los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado: y viéndolo, lo adoraron; pero algunos dudaron. Porque ciertamente no el mismo día en que resucitó: pues en Jerusalén fue visto ese día al inicio de la noche, Lucas y Juan lo afirman clarísimamente; Marcos, sin embargo, no claramente. ¿Cuándo, entonces, vieron al Señor en Galilea? no según lo que dice Juan, en el mar de Tiberíades; pues entonces eran siete, y fueron encontrados pescando: sino según lo que dice Mateo, donde estaban los once

en el monte, al cual según la predicción del ángel Jesús los había precedido. Pues parece narrar que allí lo encontraron, porque ciertamente según lo acordado los había precedido. No, por lo tanto, el mismo día en que resucitó, ni en los siguientes ocho días, después de los cuales Juan dice que el Señor se apareció a los discípulos, donde Tomás lo vio por primera vez, quien no lo había visto el día de su resurrección. Pues ciertamente si dentro de esos mismos ocho días ya lo habían visto los once en el monte de Galilea, ¿cómo después de ocho días lo vio por primera vez Tomás, quien había estado entre esos once? A menos que alguien diga que no eran esos once que ya entonces se llamaban apóstoles, sino discípulos allí once, de entre el gran número de discípulos. Pues aún se llamaban apóstoles aquellos once, pero no eran los únicos discípulos. Por lo tanto, puede suceder que no todos, sino algunos de ellos estuvieran allí; otros discípulos con ellos, de modo que se completaran once: y así no estaba allí Tomás, quien después de esos ocho días vio al Señor por primera vez. Pues Marcos cuando menciona a esos once, no dice simplemente once, sino que dice, se apareció a esos once. Lucas también, Regresaron, dice, a Jerusalén, y encontraron reunidos a los once, y a los que estaban con ellos. Y este mostró que esos once, es decir, los apóstoles, estaban allí. Pues cuando añadió, y a los que estaban con ellos; ciertamente declaró suficientemente que esos once eran llamados con quienes estaban los demás: y por lo tanto se entiende que eran aquellos que ya se llamaban apóstoles. Esto, por lo tanto, pudo haber sucedido, que de entre el número de apóstoles y otros discípulos, se completaran once discípulos, que vieron a Jesús en el monte de Galilea.

82. Pero surge otra cosa que se opone: pues Juan cuando menciona que no en el monte por los once, sino en el mar de Tiberíades por siete pescadores fue visto el Señor, Este ya es el tercero, dice, que Jesús se manifestó a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos. Si, sin embargo, aceptamos que dentro de esos ocho días, antes de que Tomás lo viera, fue visto por once discípulos en el monte de Galilea; no será esta la tercera manifestación en el mar de Tiberíades, sino la cuarta. Lo cual ciertamente debe evitarse, no sea que alguien piense que Juan dijo tercero, como si solo hubieran sido tres manifestaciones: sino que debe entenderse que lo refirió al número de días, no al número de las mismas manifestaciones; ni de días continuos, sino con intervalos, como el mismo testifica. Pues el primer día de su resurrección, excepto que fue visto por las mujeres, es decir, lo que en el Evangelio está claro, se manifestó tres veces; una vez a Pedro, otra vez a aquellos dos de los cuales uno era Cleofás, y tercero a muchos ya hablando de ello al inicio de la noche: pero Juan refiriendo todo esto a un solo día lo cuenta una vez; otra vez, es decir, otro día, cuando lo vio también Tomás; y tercero en el mar de Tiberíades, es decir, el tercer día de su manifestación, no la tercera manifestación. Por lo tanto, después de todo esto, nos vemos obligados a entender que ocurrió lo que los discípulos once vieron al Señor en el monte de Galilea según Mateo, donde los había precedido según lo acordado, para que se cumpliera también literalmente lo que había predicho tanto por el ángel como por él mismo.

83. Encontramos, pues, en los cuatro Evangelistas que el Señor fue visto diez veces por los hombres después de la resurrección. Una vez, por las mujeres en el sepulcro (Juan 20, 14). Otra vez, por las mismas mujeres regresando del sepulcro en el camino (Mateo 28, 9). Tercera, por Pedro (Lucas 24, 35). Cuarta, por dos que iban a una aldea (Ibid. 15). Quinta, por varios en Jerusalén donde no estaba Tomás (Juan 20, 19-24). Sexta, donde lo vio Tomás (Ibid. 26). Séptima, en el mar de Tiberíades (Id. 21, 1). Octava, en el monte de Galilea, según Mateo (Mateo 28, 16-17). Novena, lo que dice Marcos, "Finalmente, estando ellos a la mesa", porque ya no estaban en la tierra para convivir con él (Marcos 16, 14). Décima, en el mismo día, ya no en la tierra, sino elevado en una nube, cuando ascendía al cielo; lo cual Marcos y Lucas mencionan: Marcos, después de aquello, que les apareció mientras estaban a la mesa,

continúa diciendo: "Y el Señor, después de hablarles, fue llevado al cielo" (Ibid. 19); Lucas, omitiendo todo lo que pudo haber hecho con los discípulos durante cuarenta días, une silenciosamente el primer día de su resurrección, cuando apareció a muchos en Jerusalén, con el último día en que ascendió al cielo, narrando así: "Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo; y aconteció que, mientras los bendecía, se apartó de ellos y fue llevado al cielo" (Lucas 24, 50-51). Así que lo vieron, además de verlo en la tierra, también mientras era llevado al cielo. Por tanto, fue mencionado tantas veces en los Libros evangélicos que fue visto por los hombres antes de ascender al cielo; en la tierra, nueve veces, y en el aire, una vez ascendiendo.

84. Pero no todo está escrito, como confiesa Juan (Juan 21, 25). Pues su frecuente conversación con ellos fue durante cuarenta días, antes de ascender al cielo (Hechos 1, 3); sin embargo, no les apareció durante todos los cuarenta días continuos. Porque después del primer día de su resurrección, Juan dice que pasaron otros ocho días, después de los cuales se les apareció de nuevo. La tercera vez, en el mar de Tiberíades, quizás al día siguiente; pues nada lo impide: y luego cuando quiso, estableciendo lo que antes había predicho, que los precedería al monte de Galilea: y en total durante esos cuarenta días, cuantas veces quiso, a quienes quiso, como quiso; como dice Pedro, cuando predicaba a Cornelio y a los que estaban con él, "Quien comimos y bebimos con él después de que resucitó de los muertos, durante cuarenta días" (Hechos 10, 41): no que comieran y bebieran con él todos los días durante cuarenta días; pues sería contrario a Juan, quien intercaló esos ocho días en los que no se les apareció, para que se manifestara por tercera vez en el mar de Tiberíades. Desde entonces, aunque se les apareciera y conviviera con ellos todos los días, nada lo impide. Y quizás por eso se dijo "durante cuarenta días", que son cuatro veces diez en el misterio ya sea del mundo entero o de todo el siglo temporal, porque también esos primeros diez días, en los que estaban esos ocho días, pueden contarse en su totalidad según el modo de las Escrituras sin disonancia.

85. Compárese, pues, lo que dice el apóstol Pablo, si no trae ninguna cuestión: "Resucitó", dice, "al tercer día según las Escrituras, y apareció a Cefas". No dijo, "Primero apareció a Cefas"; pues sería contrario a lo que se lee en el Evangelio que primero apareció a las mujeres. "Después", dice, "a los doce": a quienes sea, a la hora que sea, sin embargo, en el mismo día de la resurrección. Luego "apareció a más de quinientos hermanos a la vez": ya sea que estos estuvieran congregados con los once a puertas cerradas por miedo a los judíos, de donde salió Tomás, Jesús vino a ellos; o después de esos ocho días cuando sea; no tiene nada adverso. "Después", dice, "apareció a Jacobo": no debemos entender que fue visto por Jacobo por primera vez entonces, sino en alguna manifestación propia singularmente. Luego a todos los Apóstoles: no por primera vez entonces, sino ya para que conviviera más familiarmente con ellos hasta el día de su ascensión. "Finalmente, a todos", dice, "como a un abortivo me apareció también a mí" (1 Corintios 15, 4-8): pero esto ya desde el cielo después de no poco tiempo de su ascensión.

86. Ahora veamos lo que habíamos pospuesto, por qué motivo según Mateo y Marcos, resucitando, mandó así: "Os precederé a Galilea; allí me veréis" (Mateo 26, 32; 28, 7; y Marcos 14, 28; 16, 7): lo cual, aunque se cumplió, sin embargo, se cumplió después de muchas cosas, cuando fue mandado así (aunque sin prejuicio de necesidad), como si esto solo, o esto primero, debiera esperarse que se hiciera. Sin duda, pues, ya que esta voz no es del Evangelista narrando que así se hizo, sino del ángel por mandato del Señor y del mismo Señor después, el Evangelista narrando, sino que así fue dicho por el ángel y por el Señor, debe ser entendido proféticamente. Galilea, en efecto, se interpreta como Transmigración o Revelación. Primero, según el significado de transmigración, ¿qué otra cosa se entiende, "Os

precede a Galilea; allí lo veréis", sino que la gracia de Cristo iba a transmigrar del pueblo de Israel a los Gentiles? A quienes los Apóstoles predicando el Evangelio de ningún modo serían creídos, si el mismo Señor no les preparara el camino en los corazones de los hombres; y esto se entiende, "Os precede a Galilea". Pero que se alegraran admirándose de que, rotas y vencidas las dificultades, se les abriera la puerta en el Señor por la iluminación de los fieles; esto se entiende, "allí lo veréis", es decir, allí encontraréis sus miembros, allí reconoceréis su cuerpo vivo en aquellos que os reciban. Según aquello que Galilea se interpreta como Revelación, ya no debe entenderse en la forma de siervo, sino en aquella en la que es igual al Padre (Filipenses 2, 6-7): la cual prometió en Juan a sus amados, cuando dijo, "Y yo lo amaré, y me manifestaré a él" (Juan 14, 21). No ciertamente según lo que ya veían, y lo que también resucitado con cicatrices, no solo para ser visto, sino también para ser tocado mostró después: sino según aquella luz inefable, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, según la cual brilla en las tinieblas, y las tinieblas no lo comprendieron (Id. 1, 9, 5). Allí nos precedió, de donde viniendo a nosotros no se apartó, y a donde precediéndonos no nos abandonó. Esa será la revelación como la verdadera Galilea, cuando seremos semejantes a él; allí lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Esa será también la transmigración más bienaventurada de este siglo a aquella eternidad, si abrazamos sus preceptos de tal manera que merezcamos ser separados a su derecha. Entonces irán los de la izquierda al fuego eterno, y los justos a la vida eterna (Mateo 25, 33, 46). De aquí allá transmigrarán, y allí lo verán, como no lo ven los impíos. Porque será quitado el impío, para que no vea la claridad del Señor (Isaías 26, 10): y los impíos no verán la luz. Esta es, dice, la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo (Juan 17, 3); como en aquella eternidad será conocido, a donde llevará a sus siervos por la forma de siervo, para que libres contemplen la forma del Señor.

LIBRO CUARTO.

De las cosas que son peculiares de Marcos, Lucas y Juan.

PRÓLOGO.

1. Ahora, ya que considerando la narración de Mateo de manera continua, y comparándola con los otros tres hasta el final, hemos demostrado que en nada se contradicen ni entre ellos ni consigo mismos, veamos de manera similar a Marcos; para que, exceptuando lo que dijo con Mateo, de lo cual ya hemos discutido lo que parecía necesario, al inspeccionar y comparar el resto de su relato, se muestre que no contradice a ninguno de ellos hasta la cena del Señor. Pues desde allí ya hemos tratado cómo todo lo de los cuatro concuerda hasta el final.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el Evangelio de Marcos, exceptuando lo que dijo con Mateo, cómo no se demuestra ninguna contradicción desde el principio hasta donde dice, "Y entraron en Cafarnaúm, y en el sábado enseñaba en la sinagoga": lo cual dice con Lucas.

2. Así comienza Marcos: "Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en el profeta Isaías", etc., hasta donde dice, "Y entraron en Cafarnaúm, y en el sábado, entrando en la sinagoga, les enseñaba" (Marcos 1, 1-21). En toda esta conexión, todo lo anterior ha sido considerado con Mateo: pero esto que dice Marcos, que entrando en Cafarnaúm enseñaba en la sinagoga en los sábados, lo dice con Lucas (Lucas 4, 31); pero no tiene ninguna cuestión.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Del hombre del que fue expulsado el espíritu inmundo convulsionándolo, cómo no contradice a Lucas, quien dijo esto con él.

3. Continúa Marcos, y dice: "Y se asombraban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Y había en la sinagoga de ellos un hombre con un espíritu inmundo, y exclamó, diciendo: ¿Qué tenemos contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos?", etc., hasta el lugar donde dice, "Y predicaba en las sinagogas de ellos, y en toda Galilea, y expulsaba demonios" (Marcos 1, 22-39). Y en todo este lugar, aunque hay algunas cosas que dijo solo con Lucas, ya han sido tratadas, cuando manteníamos la narración continua de Mateo; porque en ese orden se presentaron, de modo que no consideré que debían omitirse. Pero Lucas dice del espíritu inmundo que salió del hombre sin hacerle daño: Marcos, sin embargo, dice, "Y el espíritu inmundo, convulsionándolo, exclamando con gran voz, salió de él". Puede, por tanto, parecer contrario: ¿cómo es que convulsionándolo, o, como algunos códices tienen, sacudiéndolo, no le hizo daño según Lucas? Pero el mismo Lucas dice, "Y cuando el demonio lo arrojó en medio, salió de él, y no le hizo daño" (Lucas 4, 33-35). De donde se entiende que Marcos dijo esto, "convulsionándolo", lo que Lucas dijo, "cuando lo arrojó en medio": para que lo que sigue, "y no le hizo daño", se entienda que esa sacudida de los miembros y esa convulsión no lo debilitó, como suelen salir los demonios, incluso con algunos miembros dañados por la convulsión.

CAPÍTULO TERCERO.

Del nombre de Pedro, cómo se recomienda una y otra vez, no contradice a Juan, quien dijo cuándo recibió este nombre.

4. Continúa el mismo Marcos: "Y vino a él un leproso rogándole, y arrodillándose le dijo: Si quieres, puedes limpiarme", etc., hasta el lugar donde dice, "Y clamaban diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y les reprendía severamente para que no lo manifestaran" (Marcos 1, 40; 3, 12). Algo similar a esto último también dice Lucas, pero sin ninguna cuestión de contradicción (Lucas 4, 41). Continúa Marcos: "Y subiendo al monte, llamó a los que quiso, y vinieron a él: e hizo que fueran doce con él, y para enviarlos a predicar; y les dio poder para sanar enfermedades y expulsar demonios. Y puso a Simón el nombre de Pedro", etc., hasta el lugar donde dice, "Y se fue, y comenzó a proclamar en Decápolis cuán grandes cosas Jesús había hecho por él, y todos se maravillaban" (Marcos 3; 5, 20). Ya he hablado de los nombres de los discípulos antes, cuando seguía el orden de Mateo (Supra, lib. 2, c. 17 y 53); y aquí nuevamente advierto, para que nadie piense que ahora recibió el nombre Simón, para ser llamado Pedro, y sea contrario a Juan, quien mucho antes recuerda que le fue dicho, "Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro" (Juan 1, 42): pues Juan recordó las mismas palabras del Señor con las que le impuso el nombre; pero Marcos en este lugar lo recordó recapitulando, cuando dice, "Y puso a Simón el nombre de Pedro". Pues cuando quiso enumerar los nombres de los doce Apóstoles, y tuvo que decir Pedro, quiso insinuar brevemente que no se llamaba así antes, sino que el Señor le impuso este nombre, no entonces, sino cuando Juan puso las mismas palabras del Señor. Lo demás no contradice a nadie, y ya ha sido tratado antes.

CAPÍTULO CUARTO.

Lo que dijo, "Cuanto más les mandaba que callaran, tanto más lo proclamaban", cómo no contradice su presciencia, que se recomienda en el Evangelio.

5. Continúa Marcos: "Y cuando Jesús pasó de nuevo en la barca al otro lado, se reunió mucha gente alrededor de él, y estaba junto al mar", etc., hasta el lugar donde dice, "Y los apóstoles se reunieron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado" (Marcos 5, 21; 6, 30). Esto último lo dijo con Lucas, sin ninguna discordancia (Lucas 9, 10): todo lo demás ya ha sido considerado, cuando los comparábamos con Mateo. Pero se debe tener cuidado de que nadie piense que esto que puse al final del Evangelio de Marcos, contradice a todos los que muestran que en muchos de sus hechos y dichos él sabía lo que sucedía en los hombres, es decir, que no podían ocultársele los pensamientos y voluntades de ellos: como Juan dice muy claramente, "Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diera testimonio del hombre, porque él sabía lo que había en el hombre" (Juan 2, 24-25). Pero ¿qué maravilla si veía las voluntades presentes de los hombres, quien incluso predijo a Pedro la futura, que entonces ciertamente no tenía, cuando presumía estar preparado para morir por él o con él (Mateo 26, 33-35)? Siendo así, ¿cómo no es contrario a su tan gran conocimiento y presciencia lo que dice Marcos, "Les mandó que no lo dijeran a nadie: pero cuanto más les mandaba, tanto más lo proclamaban"? Pues si sabía que ellos, como aquel que tenía conocidas tanto las voluntades presentes como futuras de los hombres, tanto más lo proclamarían cuanto más les mandaba que no lo proclamaran; ¿por qué les mandaba esto? A menos que quisiera mostrar a los perezosos, cuánto más diligente y fervorosamente deben proclamarlo aquellos a quienes ordena que proclamen, cuando aquellos que eran prohibidos no podían callar.

CAPÍTULO QUINTO.

De lo que sugirió Juan, que en su nombre expulsaba demonios no asociado a los discípulos, y dijo, "No se lo prohibáis: porque el que no está contra vosotros, está a favor vuestro"; cómo no contradice a aquella sentencia donde dice, "El que no está conmigo, está contra mí".

6. Continúa Marcos: «En aquellos días, de nuevo había una gran multitud y no tenían qué comer», etc., hasta donde dice, «Juan le respondió diciendo: Maestro, vimos a uno que expulsaba demonios en tu nombre, quien no nos sigue, y se lo prohibimos. Pero Jesús dijo: No se lo prohíban, porque nadie que haga un milagro en mi nombre podrá hablar mal de mí en seguida; pues el que no está contra ustedes, está a favor de ustedes» (Marcos VIII, 1; IX, 39). Lucas narra esto de manera similar (Lucas IX, 49, 50), excepto que él no dice, «Porque nadie que haga un milagro en mi nombre podrá hablar mal de mí en seguida»; por lo tanto, no hay entre ellos cuestión alguna de contradicción. Pero debe considerarse si esto se opone a aquella sentencia del Señor donde dice, «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mateo XII, 30, y Lucas XI, 23). Pues, ¿cómo no estaba contra él quien no estaba con él, de quien Juan sugirió que no lo seguía con ellos, si está contra él quien no está con él? O si estaba contra él, ¿cómo dice a los discípulos, «No se lo prohíban: porque el que no está contra ustedes, está a favor de ustedes»? ¿O alguien dirá que hay una diferencia porque aquí dice a los discípulos, «El que no está contra ustedes, está a favor de ustedes»; pero allí habló de sí mismo, «El que no está conmigo, está contra mí»? Como si pudiera no estar con él quien se asocia a sus discípulos como a sus miembros: de lo contrario, ¿cómo será verdad, «El que los recibe a ustedes, me recibe a mí» (Mateo X, 40); y, «Cuando lo hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron» (Id. XXV, 40)? ¿O puede alguien no estar contra él, quien está contra sus discípulos? Pues, ¿dónde quedará aquello, «El que los desprecia a ustedes, me desprecia a mí» (Lucas X, 16); y, «Cuando no lo

hicieron a uno de estos más pequeños, tampoco a mí me lo hicieron» (Mateo XXV, 45); y, «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hechos IX, 4), cuando perseguía a sus discípulos? Pero sin duda quiere que se entienda que alguien no está con él en la medida en que está contra él; y no está contra él en la medida en que está con él. Por ejemplo, como este mismo que hacía milagros en el nombre de Cristo y no estaba en la sociedad de los discípulos de Cristo, en la medida en que obraba milagros en su nombre, en esa medida estaba con ellos, y no estaba contra ellos; pero en la medida en que no se adhería a su sociedad, en esa medida no estaba con ellos, y estaba contra ellos. Pero como ellos le prohibieron hacer esto, en lo que estaba con ellos, el Señor les dijo, «No se lo prohíban». Debieron prohibir aquello que estaba fuera de su sociedad, para que le persuadieran la unidad de la Iglesia; no aquello en lo que estaba con ellos, recomendando el nombre de su Maestro y Señor en la expulsión de demonios. Así como hace la Iglesia católica, no desaprobando en los herejes los Sacramentos comunes; en esto están con nosotros, y no están contra nosotros: pero desaprueba y prohíbe la división y separación, o cualquier opinión contraria a la paz y la verdad; en esto están contra nosotros, porque en esto no están con nosotros, y no recogen con nosotros, y por eso desparraman.

CAPÍTULO VI.

Cómo en la ocasión de aquel que expulsaba demonios en el nombre de Cristo, aunque no seguía con los discípulos, Marcos narra que el Señor dijo más que Lucas, y cómo se muestra que esto pertenece a lo mismo que prohibió que se impidiera hacer milagros en su nombre.

7. Continúa Marcos y dice: «Porque cualquiera que les dé a beber un vaso de agua en mi nombre, porque son de Cristo, en verdad les digo, no perderá su recompensa. Y cualquiera que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar. Y si tu mano te escandaliza, córtala: mejor te es entrar manco en la vida, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego inextinguible, donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga», etc., hasta donde dice, «Tengan sal en ustedes mismos, y tengan paz entre ustedes» (Marcos IX, 40-49). Marcos recuerda que el Señor habló de esto después de que prohibió que se impidiera a aquel que expulsaba demonios en su nombre y no seguía con los discípulos; mencionando algunas cosas que ningún otro evangelista puso, algunas que también puso Mateo, y algunas que también Mateo y Lucas: pero ellos en otras ocasiones, y en otro orden de cosas, no en este lugar donde se sugirió sobre aquel que no seguía con los discípulos de Cristo y expulsaba demonios en su nombre. Por lo que me parece que también en este lugar el Señor dijo, según la fe de Marcos, lo que dijo en otros lugares, porque pertenecían suficientemente a esta misma sentencia suya, por la cual prohibió que se impidiera hacer milagros en su nombre, incluso por aquel que no seguía con los discípulos. Pues así lo conecta: «Porque el que no está contra ustedes, está a favor de ustedes: porque cualquiera que les dé a beber un vaso de agua en mi nombre, porque son de Cristo, en verdad les digo, no perderá su recompensa». De donde muestra que también aquel de quien Juan sugirió, y de donde surgió este discurso suyo, no estaba tan separado de la sociedad de los discípulos como para desaprobala como un hereje: sino como suelen ser los hombres que aún no se atreven a recibir los Sacramentos de Cristo, y sin embargo favorecen el nombre cristiano, de modo que incluso reciben a los cristianos, y no por otra razón les sirven, sino porque son cristianos, de los cuales dice que no pierden su recompensa. No porque ya deban considerarse seguros y a salvo por esta benevolencia que tienen hacia los cristianos, aunque no sean lavados por el bautismo de Cristo, ni incorporados a su unidad: sino porque ya son gobernados por la misericordia de Dios, para que también lleguen a eso, y así seguros partan de este mundo. Quienes ciertamente, incluso antes de ser asociados al número de los cristianos, son más útiles que aquellos que, aunque ya se llamen cristianos y

estén imbuidos de los Sacramentos cristianos, aconsejan tales cosas que, a quienes persuaden, los arrastran con ellos a la pena eterna: a quienes, bajo el nombre de miembros corporales como una mano o un ojo que escandaliza, manda arrancar del cuerpo, es decir, de la misma sociedad de la unidad, para que sin ellos se llegue a la vida, más bien que con ellos se vaya al infierno. Pero se separan de aquellos de quienes se separan, porque no se consiente con ellos que aconsejan el mal, es decir, que escandalizan. Y si a todos los buenos, con quienes tienen sociedad, también se les hace conocer esta perversidad, se separan completamente de toda sociedad, y de la misma participación de los Sacramentos divinos: pero si a algunos son conocidos así, y a muchos más es desconocida esta perversidad de ellos; deben ser tolerados, como antes de la ventilación se tolera la paja en la era, para que ni se consienta con ellos en la comunión de la iniquidad, ni por ellos se abandone la sociedad de los buenos: esto hacen quienes tienen en sí mismos sal, y tienen paz entre ellos.

CAPÍTULO VII.

Desde aquí hasta la cena del Señor, donde se comenzó a considerar todo de todos, no se ha tratado ninguna cuestión de Marcos.

8. Continúa Marcos: «Y levantándose de allí, vino a los confines de Judea, al otro lado del Jordán, y de nuevo se reunieron multitudes a él, y como solía, de nuevo les enseñaba», etc., hasta donde dice, «Porque todos echaron de lo que les sobraba: pero esta, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo su sustento» (Marcos X, 1; XII, 44). En toda esta narración, todo lo anterior ha sido considerado, para que no parezca tener algo contrario, cuando lo comparamos con el orden de Mateo: pero esto de la viuda pobre que echó dos moneditas en el tesoro, solo lo dicen dos, Marcos y Lucas (Lucas XXI, 1-4), pero sin ninguna cuestión concuerdan. Desde aquí hasta la cena del Señor, donde hemos tratado todo de todos hasta el final, Marcos no dice nada que obligue a compararlo con alguien, para investigar si parece contradecir.

CAPÍTULO VIII.

Sobre el Evangelio de Lucas, cómo su principio concuerda con el principio del libro de los Hechos de los Apóstoles.

9. Ahora, por tanto, tratemos en orden el Evangelio de Lucas, excepto lo que tiene en común con Mateo y Marcos; ya que todo eso ya ha sido tratado. Así comienza Lucas: «Puesto que muchos han intentado ordenar una narración de las cosas que entre nosotros han sido cumplidas, tal como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra: me ha parecido bien a mí también, habiendo investigado diligentemente todas las cosas desde el principio, escribírtelas en orden, excelentísimo Teófilo, para que conozcas la verdad de las palabras en las que has sido instruido» (Lucas I, 1-4). Este principio aún no pertenece a la narración del Evangelio. Sin embargo, nos advierte que sepamos que el mismo Lucas también escribió aquel libro que se llama Hechos de los Apóstoles, no solo porque el nombre de Teófilo también está allí; pues podría suceder que otro escribiera a ese mismo Teófilo, como Lucas el Evangelio: sino porque allí también comienza diciendo, «En el primer tratado, oh Teófilo, hablé de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y enseñar, hasta el día en que, habiendo dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido, les mandó predicar el Evangelio» (Hechos I, 1 y 2); dio a entender que ya había escrito un libro del Evangelio, uno de los cuatro, cuya autoridad es sublime en la Iglesia. Y no porque dijo que hizo un tratado de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y enseñar hasta el día en que mandó a los apóstoles, debe pensarse que

escribió todo en su Evangelio lo que Jesús hizo y dijo mientras estaba en la tierra con los apóstoles; para que no sea contrario a Juan, quien dice que Jesús hizo muchas otras cosas, que si se escribieran, el mundo entero no podría contener esos libros (Juan XXI, 25): ya que también consta que otros evangelistas narraron no pocas cosas que Lucas mismo no tocó narrando. Por lo tanto, hizo un tratado de todas las cosas, eligiendo de todas las cosas de las que hacer un tratado, lo que juzgó apto y congruente para satisfacer el oficio de su dispensación. Y cuando dice que muchos intentaron ordenar una narración de las cosas que entre nosotros han sido cumplidas, parece significar a algunos que no pudieron cumplir con esta tarea asumida: por eso dice que le pareció bien escribir diligentemente en orden, porque muchos lo intentaron; pero debemos entender que se refiere a aquellos cuya autoridad no existe en la Iglesia, porque no pudieron cumplir con lo que intentaron. Este, sin embargo, no solo llevó su narración hasta la resurrección y ascensión del Señor, para tener un lugar digno de su labor entre los cuatro autores de la Escritura evangélica: sino que también escribió de lo que sucedió después a través de los apóstoles, lo que creyó suficiente para edificar la fe de los lectores o oyentes, de tal manera que su libro es el único considerado digno de fe en la Iglesia sobre los hechos de los apóstoles, rechazando a todos los que no escribieron con la fe que debían, sobre los hechos y dichos de los apóstoles. Pues en ese tiempo escribieron Marcos y Lucas, cuando no solo por la Iglesia de Cristo, sino también por los mismos apóstoles que aún permanecían en la carne, pudieron ser aprobados.

CAPÍTULO IX.

Cómo se muestra que lo que Lucas recordó sobre la pesca no pertenece a lo que parece similar que Juan narró después de la resurrección del Señor, y desde allí hasta la cena del Señor, donde se ha tratado todo de todos hasta el final, no se ha tratado ninguna cuestión del Evangelio de Lucas.

10. Así comienza Lucas a narrar el Evangelio: «Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; y su mujer era de las hijas de Aarón, y se llamaba Isabel», etc., hasta el lugar donde dice, «Cuando cesó de hablar, dijo a Simón: Lleva la barca a lo profundo, y echen sus redes para pescar» (Lucas I, 5; V, 4). Todo esto no tiene ninguna cuestión de contradicción. Juan parece decir algo similar, pero eso es algo muy diferente, que ocurrió después de la resurrección del Señor en el mar de Tiberíades (Juan XXI, 1-11). Pues allí no solo el tiempo mismo es muy diferente, sino que también el hecho mismo difiere mucho. Porque allí las redes echadas a la derecha capturaron ciento cincuenta y tres peces; grandes, ciertamente: pero fue pertinente para el evangelista decir que aunque eran tan grandes, las redes no se rompieron, refiriéndose precisamente a este hecho que Lucas recuerda, donde por la multitud de peces las redes se rompían. Ya las demás cosas similares a Juan, Lucas no las dijo, excepto alrededor de la pasión y resurrección del Señor: todo ese lugar desde la cena hasta el final ha sido tratado por nosotros, para mostrar que no disienten al comparar los testimonios de todos.

CAPÍTULO X.

Sobre el evangelista Juan, qué lo distingue de los otros tres.

11. Juan es el restante, quien ya no queda para ser comparado con alguien. Pues cualquier cosa que cada uno haya dicho, que no haya sido dicha por otros, difícilmente tendrá alguna cuestión de contradicción. Por lo tanto, está claro que estos tres, Mateo, Marcos y Lucas, se han ocupado principalmente de la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, según la cual es rey y sacerdote. Y por eso Marcos, quien en aquel misterio de los cuatro animales (Apoc. IV,

6, 7), parece mostrar la persona del hombre, parece más compañero de Mateo, porque con él dice más cosas debido a la persona real que no suele estar sin compañía, como mencioné en el primer libro (Lib. 1, cap. 3); o lo que se entiende más probablemente, avanza con ambos. Pues aunque en más cosas concuerda con Mateo, sin embargo en otras no pocas concuerda más con Lucas: para mostrar con esto mismo que al león y al becerro, es decir, tanto a la persona real que Mateo insinúa, como a la sacerdotal que Lucas insinúa, lo que Cristo hombre es, pertenece, la figura que Marcos lleva perteneciendo a ambos. Pero la divinidad de Cristo, por la cual es igual al Padre, según la cual es el Verbo y Dios con Dios, y el Verbo hecho carne para habitar entre nosotros (Juan I, 11-4), según la cual él y el Padre son uno (Id. X, 30), fue principalmente encomendada a Juan; quien como águila se detiene en lo que Cristo habló más sublimemente, y casi rara vez desciende a la tierra. De hecho, aunque claramente testimonia conocer a la madre de Cristo, sin embargo, ni en su nacimiento dice algo con Mateo y Lucas, ni su bautismo con los tres, sino que solo allí da testimonio de Juan, recomendándolo alta y sublimemente, dejando a ellos, prosigue con él a las bodas en Caná de Galilea: donde aunque el mismo evangelista recuerda que su madre estaba allí, sin embargo él dice, «¿Qué tengo yo contigo, mujer?» (Id. II, 1-11), no rechazando a aquella de quien tomó carne, sino insinuando entonces principalmente su divinidad, al convertir el agua en vino: esa divinidad que también hizo a esa mujer, no fue tocada en ella.

12. De allí, después de pocos días hechos en Capernaum, regresa al templo, donde lo recuerda diciendo del templo de su cuerpo, «Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré» (Ibid., 12-22): donde principalmente insinúa no solo porque era Dios en el templo el Verbo hecho carne; sino también, porque él mismo resucitó esa misma carne, no ciertamente sino según lo que es uno con el Padre, ni opera separadamente: cuando en otros lugares tal vez todas las Escrituras no dicen, sino que Dios lo resucitó; ni en ningún lugar está tan expresamente dicho, que cuando Dios resucitó a Cristo, también él se resucitó, porque con el Padre es un Dios, como en este lugar donde dice, «Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré».

13. De allí, con aquel Nicodemo, ¡cuán grandes, cuán divinas cosas habló! De allí, de nuevo, prosigue al testimonio de Juan, y recomienda al amigo del esposo no alegrarse sino por la voz del esposo. Donde advierte al alma humana no iluminarse a sí misma, ni ser bienaventurada, sino por la participación inmutable de la sabiduría. De allí a la mujer samaritana, donde se recuerda el agua de la cual quien beba no tendrá sed jamás. De allí, de nuevo, en Caná de Galilea, donde había hecho de agua vino: donde lo recuerda diciendo al oficial, cuyo hijo estaba enfermo, «Si no ven señales y prodigios, no creen» (Id. III, 1-IV, 54); queriendo elevar la mente del creyente sobre todas las cosas mutables, para que ni siquiera los mismos milagros, que aunque divinamente se hacen de la mutabilidad de los cuerpos, sean buscados por los fieles.

14. Luego regresa a Jerusalén; sana al enfermo de treinta y ocho años. ¡Cuántas cosas se dicen a partir de esta ocasión! ¡Cuánto tiempo se dicen! Allí se dijo: Los judíos buscaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios: donde se muestra suficientemente que no lo dijo de manera usual, como suelen decir los hombres santos, sino insinuando que es igual a Él: pues poco antes les había dicho a los que lo criticaban por el sábado: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Allí se enfurecieron, no porque dijera que Dios era su Padre, sino porque quería ser entendido como igual a Él, diciendo: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo: mostrando que es consecuente que, ya que el Padre trabaja, también el Hijo trabaja; porque el Padre no trabaja

sin el Hijo. Allí también poco después dijo, ya enojados por esto: Porque todo lo que Él hace, también el Hijo lo hace de igual manera (Id. V).

15. Luego Juan desciende con esos tres junto al mismo Señor en la tierra, para que cinco mil hombres sean alimentados con cinco panes: donde, sin embargo, solo él menciona que cuando quisieron hacerlo rey, él solo huyó al monte. En esto no me parece que quisiera recordar otra cosa al alma racional, sino que reina sobre nuestra mente y razón desde lo alto, sin ninguna comunión de naturaleza con los hombres, solo, porque es único para el Padre: este misterio huye de los hombres carnales que descienden, porque es muy sublime; por eso también él huye al monte, de aquellos que buscaban su reino con mente terrenal; por eso también en otro lugar dice: Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36): ni tampoco esto lo menciona otro que Juan, elevándose de alguna manera con vuelo etéreo sobre la tierra, y gozándose en la luz del sol de justicia. Desde ese monte, después del milagro de los cinco panes, permaneciendo un poco con esos tres hasta que cruzaron el mar, cuando caminó sobre las aguas, inmediatamente se eleva de nuevo en la palabra del Señor, cuán grande, cuán extensa, cuán celestial y elevada, surgida por la ocasión del pan, cuando dijo a las multitudes: En verdad, en verdad os digo, me buscáis, no porque visteis señales, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis: trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna: y desde allí ya cosas tan largas y elevadísimas. Entonces cayeron de esta altura de la palabra aquellos que ya no caminaron tras él; a quien ciertamente se adherieron, quienes pudieron entender: El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada (Id. VI): porque ciertamente también a través de la carne el espíritu aprovecha; y solo el espíritu aprovecha; pero la carne sin el espíritu no aprovecha nada.

16. Luego, cuando sus hermanos, es decir, sus parientes según la carne, le sugieren que suba a la fiesta para que pueda hacerse conocido por la multitud; ¡con qué altura respondió: Mi tiempo aún no ha llegado; pero vuestro tiempo siempre está preparado. No puede el mundo odiaros; pero a mí me odia, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas! Esto es, pues, Vuestro tiempo siempre está preparado, porque vosotros deseáis este día, del cual el profeta dice: Pero yo no me he fatigado siguiéndote, Señor: y el día del hombre no he deseado; tú lo sabes (Jerem. XVII, 16): esto es volar hacia la luz del Verbo, y desear aquel día que Abraham deseó ver, y vio, y se alegró (Juan VIII, 56). Luego, cuando ya había subido a la fiesta en el templo, ¡qué cosas tan maravillosas, tan divinas, tan elevadas recuerda Juan que dijo! que ellos no podrían venir a donde él iba; que ellos sabían quién era él, y de dónde era; y que era verdadero quien lo envió, a quien ellos no conocían: como si dijera, Y sabéis de dónde soy, y no sabéis de dónde soy. ¿Qué otra cosa quiso dar a entender, sino que según la carne podía ser conocido por ellos, y su gente, y su patria; pero según la divinidad, desconocido? Allí también, hablando del don del Espíritu Santo, mostró quién era, cuando pudo dar el don más alto (Id. VII).

17. Nuevamente, regresando desde el monte de los Olivos, ¡qué cosas y cuán grandes narra que dijo, después de haber dado el perdón a la adúltera, que le fue presentada como para ser apedreada por los tentadores! cuando escribía con el dedo en la tierra, como si significara que tales personas debían ser escritas en la tierra, no en el cielo, donde advirtió a los discípulos que se alegraran de estar escritos (Luc. X, 20); o que, humillándose, lo que mostraba con la inclinación de su cabeza, hacía señales en la tierra; o que ya era tiempo de que su ley se escribiera en la tierra que diera fruto, no en la piedra estéril, como antes. Después de esto, se dijo luz del mundo, y que quien lo siguiera no caminaría en tinieblas, sino que tendría la luz de la vida. También dijo que él era el principio, lo que les hablaba. Con este nombre ciertamente se distinguió de aquella luz que hizo, como la luz por la cual fueron hechas todas las cosas: para que aquello que se dijo de él, luz del mundo, no se entendiera de la misma

manera que dijo a los discípulos: Vosotros sois la luz del mundo. Ellos como lámpara, que no debe ponerse debajo del celemín, sino sobre el candelero (Mat. V, 14, 15), como también de Juan Bautista, Él era, dice, lámpara ardiente y brillante (Juan V, 35): pero él como principio, de quien se dijo, Todos hemos recibido de su plenitud (Id. I, 16). Allí dijo que él era el Hijo, la verdad, que si no libera, nadie será libre (Id. VIII, 1-36).

18. Luego, después de haber iluminado al ciego de nacimiento, a partir de esa ocasión en su largo discurso, Juan se detiene sobre las ovejas, el pastor, la puerta, y sobre el poder de poner su vida y volver a tomarla, en lo cual mostró el poder excelentísimo de su divinidad. Luego, cuando se celebraban las Encenias en Jerusalén, recuerda que los judíos le dijeron: ¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Y tomando de allí la oportunidad del discurso, narra también qué cosas sublimes dijo. Allí dijo: Yo y el Padre somos uno. Luego ya proclama que resucitó a Lázaro, donde dijo: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. En estas palabras, ¿qué otra cosa reconocemos sino la altura de su divinidad, de cuya participación viviremos eternamente? Luego nuevamente Juan se encuentra en Betania con Mateo y Marcos (Mat. XXVI, 6-13, y Marc. XIV, 3-9), donde ocurrió aquello del ungüento precioso, con el que sus pies y su cabeza fueron ungidos por María (Juan IX, 1-XII, 8): y desde aquí en adelante hasta la pasión y resurrección del Señor, Juan camina con los tres evangelistas, pero en los mismos lugares con narración diferente.

19. Sin embargo, en cuanto a los discursos del Señor, no cesa de elevarse en lo que él también habló sublimemente y por largo tiempo. Pues incluso cuando los gentiles quisieron verlo a través de Felipe y Andrés, tuvo un discurso elevado, que ninguno de los otros evangelistas incluyó: allí nuevamente recuerda cosas claras sobre la luz que ilumina y hace hijos de la luz (Id. XII, 20-50). Luego, en la misma cena, de la cual ninguno de los evangelistas guardó silencio, ¡cuántas y cuán elevadas palabras de él recuerda Juan, que los otros callaron! no solo sobre la recomendación de la humildad, cuando lavó los pies de los discípulos; sino cuando, después de que el traidor salió tras recibir el bocado, permaneciendo con los once, en su discurso maravillosamente asombroso y muy prolongado, el mismo Juan se detuvo, donde dijo: El que me ha visto, ha visto al Padre: donde habló mucho sobre el Espíritu Santo, el Paráclito que les enviaría; y sobre su glorificación que tuvo con el Padre antes de que el mundo existiera; y que nos haría uno en él, como él y el Padre son uno; no que él y el Padre y nosotros seamos uno, sino que nosotros seamos uno como ellos son uno: y muchas otras cosas maravillosamente sublimes, sobre las cuales, aunque fuéramos capaces, no hemos asumido discutir en esta obra, como cualquiera puede notar (Juan XIII-XVII); lo cual tal vez deba ser tratado en otro lugar, pero ciertamente no aquí. Queremos, pues, recomendar a los amantes de la palabra de Dios y a los estudiosos de la santa verdad, aunque Juan, quien es verdadero y veraz, fue el anunciador y predicador de Cristo en su Evangelio, del cual también los otros tres que escribieron el Evangelio, y los otros apóstoles que no asumieron escribir la narración misma, sin embargo, en esa predicación cumplieron su oficio: sin embargo, este fue llevado mucho más alto en las cosas de Cristo desde el principio de su libro, raramente estuvo con los otros, es decir, primero cerca del Jordán por el testimonio de Juan Bautista; luego cruzando el mar de Tiberíades, cuando alimentó a las multitudes con cinco panes, y caminó sobre las aguas; tercero en Betania, donde fue ungido con el ungüento precioso por la devoción de una mujer fiel; hasta que desde allí se encontró con ellos en el tiempo de la pasión, que necesariamente iba a narrar con ellos: donde, sin embargo, la misma cena del Señor, de la cual ninguno de ellos guardó silencio, la presentó mucho más abundantemente como del almacén del pecho del Señor, donde solía recostarse. Luego golpea a Pilato con palabras más elevadas, diciendo que su reino no es de este mundo, y que nació

rey, y para esto vino al mundo, para dar testimonio de la verdad (Id. XVIII, 36 y 37). También, evitando a María después de la resurrección con mística altura, dice: No me toques, porque aún no he subido al Padre (Id. XX, 17). También, al soplar sobre los discípulos, les dio el Espíritu Santo (Ibid. 22), para que no se pensara que el Espíritu, que es consustancial y coeterno con la Trinidad, es solo del Padre, y no también del Hijo.

20. Finalmente, al encomendar sus ovejas a Pedro, que lo amaba y confesaba ese amor tres veces, dice que quiere que ese mismo Juan permanezca hasta que él venga (Id. XXI, 15 y 23): donde también me parece que enseñó con alto misterio, que esta misma dispensación evangélica de Juan, que se eleva sublimemente hacia la luz clarísima del Verbo, donde se puede ver la igualdad e inmutabilidad de la Trinidad, y donde se puede ver claramente y conocer con la máxima propiedad la diferencia del hombre cuya asunción hizo que el Verbo se hiciera carne, no puede ser vista ni conocida claramente, sino cuando el mismo Señor venga: por eso permanecerá así hasta que venga; pero ahora permanecerá en la fe de los creyentes, entonces será contemplado cara a cara (I Cor. XIII, 12), cuando aparezca nuestra vida, y nosotros aparezcamos con él en gloria (Col. III, 4). Pero quien piense que al hombre que aún vive esta vida mortal le puede suceder que, eliminada y disipada toda nube de fantasías corporales y carnales, pueda disfrutar de la luz serenísima de la verdad inmutable, y adherirse constante e inquebrantablemente a ella con la mente completamente alejada de la costumbre de esta vida; no entiende qué busca, ni quién busca: crea, pues, más bien en la autoridad sublime y nada engañosa, que mientras estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor, y caminamos por fe, no aún por visión (II Cor. V, 6, 7); y así, reteniendo y guardando perseverantemente la fe, la esperanza y la caridad, atienda a la visión desde la prenda que hemos recibido del Espíritu Santo, quien nos enseñará toda la verdad (Juan XVI, 13), cuando Dios, que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, vivificará también nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en nosotros (Rom. VIII, 10, 11). Pero antes de que se vivifique esto que está muerto por el pecado, sin duda es corruptible, y pesa sobre el alma (Sab. IX, 15); y si alguna vez, ayudada, excede esta nube, que cubre toda la tierra (Ecli. XXIV, 6), es decir, esta oscuridad carnal, que cubre toda vida terrena, como un rápido relámpago es deslumbrada, y regresa a su debilidad, viviendo el deseo de ser nuevamente elevada, sin suficiente pureza para ser fijada. Y cuanto más puede alguien esto, tanto mayor es: cuanto menos, tanto menor. Pero si la mente del hombre aún no ha experimentado algo así, en la cual, sin embargo, habita Cristo por la fe, debe insistir en disminuir y terminar los deseos de este siglo, con la acción de la virtud moral, como caminando en compañía de esos tres evangelistas con el mediador Cristo: y a aquel que siempre es el Hijo de Dios, hecho hijo del hombre por nosotros, para que su eterna virtud y divinidad, templada a nuestra debilidad y mortalidad, hiciera de lo nuestro para nosotros en él y hacia él un camino, lo mantenga con la alegría de una gran esperanza. Que no peque, sea gobernado por el rey Cristo; si acaso peca, sea expiado por el mismo sacerdote Cristo: y así, nutrido en la acción de buena conversación y vida, elevado con las alas de la doble caridad como con dos alas fuertes desde la tierra, sea iluminado por el mismo Cristo Verbo, Verbo que en el principio era, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1); aunque sea por espejo y en enigma, sin embargo, mucho más sublime que toda semejanza corporal. Por lo tanto, aunque en esos tres resplandezcan los dones de la virtud activa, en el Evangelio de Juan resplandezcan los de la virtud contemplativa para aquellos que son capaces de discernir estas cosas; sin embargo, también este de Juan, porque es en parte, así permanecerá hasta que venga lo que es perfecto (I Cor. XIII, 12, 9, 10). Y a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu (Id. XII, 8); uno saborea el día del Señor (Rom. XIV, 6), otro bebe algo más claro del pecho del Señor, otro elevado hasta el tercer cielo, oye palabras inefables (II Cor. XII, 2-4): todos, sin embargo, mientras están en el cuerpo, están ausentes

del Señor (Id. V, 6); y a todos los fieles de buena esperanza escritos en el libro de la vida se les guarda lo que se dijo: Y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). Sin embargo, en esta peregrinación, cuanto más haya progresado alguien en la inteligencia o conocimiento de esta cosa, tanto más debe evitar los vicios diabólicos, la soberbia y la envidia. Recuerde que este mismo Evangelio de Juan, cuanto más eleva a la contemplación de la verdad, tanto más ordena sobre la dulzura de la caridad: y porque ese precepto es muy verdadero y saludable, Cuanto más grande eres, tanto más humíllate en todo (Ecli. III, 20); el evangelista que recomienda a Cristo mucho más alto que los demás, en él lava los pies a los discípulos (Juan XIII, 5).